



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO

CONFIGURACIONES DE LA INTIMIDAD EN LA SOCIEDAD CHILENA
CONTEMPORÁNEA:
Orientaciones íntimas y trayectorias sexuales y afectivas en Santiago de Chile.

Tesis para optar al grado de Doctora en Ciencias Sociales

CLAUDIA MORENO STANDEN

Directora:
Prof. Irma Palma

Santiago de Chile, 2019

Esta tesis fue realizada gracias al apoyo del Programa de Becas de Doctorado Nacional de la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología CONICYT
(Beca Folio N° 21130741)

*Para Antonio, Diego, Emilia y Gabriel.
Con amor infinito*

Resumen

La presente investigación tiene como objeto de estudio los modos de configuración de las experiencias y sentidos de la sexualidad, y sus marcos socioculturales de referencia, en el contexto de las transformaciones ocurridas en la sociedad chilena en las últimas décadas. Se parte del supuesto de que la esfera de la sexualidad ha experimentado profundas transformaciones que responden a una reconfiguración de las construcciones sociales en que esta se organiza, las que deben ser comprendidas a la luz de las transformaciones socioculturales más amplias que atraviesan las sociedades. Una clave interpretativa para dar cuenta de dichos cambios que ha sido ampliamente utilizada es la de radicalización de los procesos de individualización. El incremento de las exigencias y expectativas de que los sujetos ensayen y construyan autónomamente sus propias biografías, la desestabilización de normas e instituciones que tradicionalmente regulaban el ejercicio de la sexualidad al tiempo que nuevos referentes cobran mayor fuerza, la pluralización de los mundos de vida, entre otros, tensionan, ponen en cuestión y recrean los modos en que las experiencias y los sentidos ligados a la sexualidad y la vida afectiva se despliegan en las trayectorias de los individuos.

Es en esta tensión que se enmarca nuestra investigación, preguntándose –desde el campo de la sociología de la sexualidad y los estudios de género– por los modos de configuración, entendidos bajo el concepto de *orientaciones íntimas*, de las experiencias subjetivas y los sentidos referidos a la sexualidad, los marcos socioculturales de referencia a partir de los cuales los sujetos atribuyen esos significados y definen una realidad como sexual o no, y cómo sirven para dar cuenta de una cierta representación de sí, más o menos unificada y coherente, o por el contrario, diversa y contradictoria. Particularmente interesa comprender cómo estas configuraciones u orientaciones íntimas se articulan con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena, especialmente en las últimas cuatro décadas, así como las declinaciones que puedan observarse referidas al género y la edad y pertenencia generacional.

Se utilizó un diseño metodológico cualitativo, con enfoque narrativo-biográfico, se produjeron relatos de vida con eje en las experiencias sexuales y afectivas de los sujetos a través de entrevistas narrativas. Se conformó una muestra de 27 entrevistados/as, hombres y mujeres, de dos cohortes de edad, pertenecientes a un sector socioeconómico medio-bajo. El análisis del material se hizo siguiendo la propuesta de análisis comprensivo de Bertaux (2005).

A partir del análisis de los resultados se describen cinco tipos de orientaciones íntimas: la conyugal tradicional, la conyugal romántica, la conyugal individualizada, la individual tradicional y la individual individualizada. Se discute el modo en que la construcción y estabilización de dichas orientaciones en los individuos está fuertemente vinculada a sus trayectos biográficos, y a los marcos institucionales y soportes materiales en que estos se despliegan. Se describen las diferencias más importantes en términos de género y de edad de los entrevistados, y se da cuenta cómo los individuos pueden transitar entre diferentes orientaciones íntimas a lo largo de su vida, y cómo estas pueden entrar en tensión exigiendo un trabajo del individuo sobre sí mismo para configurar un cierto sentido de coherencia y continuidad a nivel de sus experiencias y trayectorias sexuales y afectivas. Se discuten las implicancias de los hallazgos y del modelo conceptual de las orientaciones íntimas para la comprensión de las sexualidades contemporáneas y para el campo de la sociología de la sexualidad.

Índice

RESUMEN	4
AGRADECIMIENTOS	8
PRESENTACIÓN	10
PARTE I	16
1. EL LUGAR DE LA SEXUALIDAD EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS	17
1.1 EL PROBLEMA A INVESTIGAR.....	19
1.2 PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN	22
1.2.1 Objetivos de la investigación.....	24
PARTE II	26
2. LA TESIS DE LA INDIVIDUALIZACIÓN COMO CLAVE INTERPRETATIVA DE LOS CAMBIOS EN LA ESFERA DE LA SEXUALIDAD	27
2.1 LA INDIVIDUALIZACIÓN COMO VARIANTE PARTICULAR DE LA INDIVIDUACIÓN EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS	28
2.2 PRINCIPALES ARGUMENTOS DE LA TESIS DE LA INDIVIDUALIZACIÓN	32
2.3 NUEVOS MODOS RELACIONALES: SEXUALIDAD PLÁSTICA, RELACIÓN PURA Y AMOR CONFLUENTE	38
2.4 PERSPECTIVAS CRÍTICAS A LA TESIS DE LA INDIVIDUALIZACIÓN	42
2.4.1 Individualización	42
2.4.2 Destradicionalización	45
2.4.3 Reflexividad	48
3. LA SEXUALIDAD COMO OBJETO SOCIOLÓGICO	51
3.1 NATURALEZA VS. CULTURA: SITIOS DE PRODUCCIÓN DE LA SEXUALIDAD EN CONFLICTO	54
3.1.1 La sexualidad como naturaleza a dominar: nativismo, naturalismo y esencialismo	55
3.1.2 La sexualidad como construcción social	59
3.2 PRINCIPALES APROXIMACIONES TEÓRICAS EN EL CAMPO DE ESTUDIO SOCIAL DE LAS SEXUALIDADES	62
3.2.1 Michel Foucault y el <i>dispositivo de sexualidad</i>	63
3.2.2 La teoría de los guiones sexuales de William Simon y John H. Gagnon	64
3.2.3 Aportes y limitaciones de la perspectiva foucaultiana y la teoría de los guiones sexuales de Gagnon & Simon.....	66
3.3 ORIENTACIONES ÍNTIMAS DE LA SEXUALIDAD.....	68
3.3.1 Diversificación contemporánea de las experiencias de la sexualidad y necesidad de coherencia del si mismo	70
3.3.2 Tipos de orientaciones íntimas	71
Modelo de red sexual.....	73
Modelo del deseo individual.....	74
Modelo de la sexualidad conyugal.....	75
3.3.3 Pluralidad y divergencias en las orientaciones íntimas	77
4. EL PROBLEMA DE PENSAR EL GÉNERO	79
4.1 EL GÉNERO ES UNA CONSTRUCCIÓN SOCIAL	81

4.2	RECONCEPTUALIZANDO EL GÉNERO: PODER, JERARQUÍA, PRINCIPIO DE PARTICIÓN Y NORMATIVIDAD.....	84
4.3	EL SEXO, CONSTRUCCIÓN DE GÉNERO	89
4.4	LA RELACIÓN SEXO/GÉNERO Y OTRAS ASIMETRÍAS: INTERSECCIONALIDAD	91
5.	REPENSAR LA HETEROSEXUALIDAD: ARTICULACIONES ENTRE GÉNERO Y SEXUALIDAD.....	96
5.1	LA HETERONORMATIVIDAD COMO REGULADORA DEL GÉNERO (Y EL SEXO)	97
5.2	LA HETERONORMATIVIDAD Y SUS LÍMITES	100
5.3	DISRUPCIONES EN EL CAMPO DE LA HETEROSEXUALIDAD: HETERODOXIAS	102
6.	LAS TRANSFORMACIONES SOCIALES Y CULTURALES DE LA SEXUALIDAD Y EL GÉNERO, CHILE.....	104
6.1	AUTONOMIZACIÓN DE LA ESFERA DE LA SEXUALIDAD RESPECTO DE LA REPRODUCCIÓN	104
6.2	LA SEXUALIDAD DE LA PAREJA CONTEMPORÁNEA Y EMERGENCIA DE NUEVOS MODOS DE RELACIÓN.....	108
6.3	DIVERSIFICACIÓN DE LAS TRAYECTORIAS SEXUALES Y AFECTIVAS	109
6.4	TRANSFORMACIONES NORMATIVAS DE LA SEXUALIDAD	113
6.5	SEXUALIDADES DIVERSAS Y CUESTIONAMIENTO DE LA HETERONORMATIVIDAD.....	118
6.6	LA SEXUALIDAD EN EL MARCO DE LOS DERECHOS: AUTONOMÍA SEXUAL Y REPRODUCTIVA.....	119
6.7	PEDAGOGIZACIÓN Y MEDICALIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD	120
6.8	LECTURAS DE LOS CAMBIOS EN LA ESFERA DE LA SEXUALIDAD MEDIADOS POR LA TESIS DE LA INDIVIDUALIZACIÓN.....	124
	PARTE III.....	130
7.	METODOLOGÍA.....	131
7.1	PERSPECTIVA METODOLÓGICA	131
7.2	ENFOQUE TEÓRICO METODOLÓGICO: ENFOQUE BIOGRÁFICO.....	133
7.3	DEFINICIÓN DE LA MUESTRA	138
7.3.1	Criterios de selección de la muestra	138
7.4	TÉCNICA PARA LA PRODUCCIÓN DE RELATOS DE VIDA: LA ENTREVISTA NARRATIVA O CON ORIENTACIÓN BIOGRÁFICA	142
7.4.1	Diseño de Entrevista.....	143
7.5	DISEÑO DE UN DISPOSITIVO INTERPRETATIVO PARA EL ANÁLISIS DE LOS RELATOS DE VIDA Y DE LAS TRAYECTORIAS SEXUALES Y AFECTIVAS	144
7.5.1	Método de análisis.....	147
7.5.2	Características del relato narrativo biográfico para el análisis.....	150
	La elasticidad narrativa.....	150
	La trama y el motivo narrativo	151
	Narrativas públicas y narrativas personales.....	152
	Indicios, epifanías o turning points.....	153
7.5.3	Transcripción.....	154
7.6	CRITERIOS DE EVALUACIÓN Y CALIDAD DEL DISEÑO METODOLÓGICO	155
7.6.1	Criterios de confiabilidad	155
7.6.2	Criterios de autenticidad.....	155
7.6.3	Criterios éticos.....	156
8.	ORIENTACIONES ÍNTIMAS: MODOS DE CONFIGURACIÓN DE LA EXPERIENCIA SEXUAL EN LA SOCIEDAD CHILENA.....	158
8.1	TIPOS DE ORIENTACIONES ÍNTIMAS	162

8.1.1	Orientación conyugal institucional.....	162
8.1.2	Orientación conyugal romántica.....	171
8.1.3	Orientación conyugal individualizada.....	181
8.1.4	Orientación individual tradicional.....	191
8.1.5	Orientación individual individualizada.....	199
8.2	LAS ORIENTACIONES ÍNTIMAS EN EL DEVENIR DE LAS TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS.....	206
8.2.1	Tránsitos en las trayectorias biográficas y en las orientaciones íntimas.....	206
8.2.2	Conflictos en las orientaciones íntimas.....	208
8.2.3	Escisiones en la experiencia de la sexualidad.....	209
8.2.4	Divergencias en la interpretación de la sexualidad.....	210
8.3	LA CONFIGURACIÓN DE LAS ORIENTACIONES ÍNTIMAS Y SU RELACIÓN CON EL DESPLIEGUE DE LOS PROCESOS DE INDIVIDUALIZACIÓN.....	212
8.3.1	Una lectura los procesos de individualización a la luz de las orientaciones íntimas.....	212
	El despliegue de proyectos de individualización.....	212
	La relación de los individuos a los marcos normativos.....	216
	Reflexividad en torno a la experiencia: crítica retrospectiva.....	217
9.	DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS DE INVESTIGACIÓN.....	220
	REFLEXIONES FINALES.....	230
	BIBLIOGRAFÍA.....	234
	ANEXOS.....	246
1.	CONSTRUCCIÓN DEL GUIÓN DE ENTREVISTA.....	246
2.	CONSENTIMIENTO INFORMADO.....	251
3.	PRODUCCIÓN NARRATIVA.....	254

Agradecimientos

En primer lugar, me corresponde agradecer a la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología CONICYT, que a través de la Beca Nacional de Doctorado, me brindó el apoyo económico para que esta tesis pudiera realizarse.

Al Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, en la persona de sus coordinadoras Emmanuelle Barozet, María Emilia Tijoux y Catalina Arteaga, quienes desde su labor posibilitaron las condiciones para que la experiencia de realizar el doctorado fuese siempre grata y sin sobresaltos. Muy especialmente, quisiera expresar mi gratitud y reconocimiento a Valeria Vega, quien durante todos estos años ha sido un soporte invaluable para resolver con su amable disposición e impecable gestión, los distintos asuntos administrativos que acompañan estos procesos.

La participación en los Talleres y Seminarios de Tesis fue un recurso invaluable. Los comentarios y sugerencias de mis compañeras y compañeros, especialmente de Antonia Lara, Humberto Abarca, Leonardo Cancino, Adriana Zapata y Nicolás Delaire, y de las profesoras Paulina Osorio y Catalina Arteaga, provenientes de las lecturas compartidas de nuestros trabajos y avances, fueron una guía importante desde el inicio. Me dieron la posibilidad de contar con un espacio reflexivo y de acompañamiento, e hizo que la tarea de realizar la tesis, que la mayor parte del tiempo es un trabajo árido y solitario, estuviera animada por la solidaridad y el compañerismo. A todos ellos les doy las gracias.

Debo especialmente agradecer a mi profesora guía, Irma Palma. Los motivos para expresarle mi gratitud exceden con creces su acompañamiento y orientación en este proceso. Desde los años en que estudiaba el pregrado en la carrera de Psicología, su trabajo ha sido fundamental para cultivar mi propio interés por el tema de las sexualidades en las sociedades contemporáneas. Gracias por la posibilidad que me ha brindado de trabajar en distintas ocasiones a su lado. En ella reconozco a quien ha sido, y es mi mentora y me alegra también poder decir, una amiga.

A Michel Bozon debo agradecer el haber leído algunos avances de este texto y darme su opinión y consejo generoso y erudito, además de ser un referente intelectual ineludible.

Agradezco también a Katherine Vásquez, quién colaboró en la búsqueda de informantes y en la organización de entrevistas. Sin su ayuda todo hubiera sido más difícil.

El desarrollo de la actividad académica es, muchas veces, difícil de compatibilizar con la gestión de la vida personal y doméstica. En este periodo debo por sobretodo expresar mi gratitud y amor a quienes de diversas maneras me acompañaron y ayudaron para poder cumplir con las diversas obligaciones que impone la vida cotidiana. A Alicia Galaz y Reina Urbano, quienes en distintos momentos cuidaron de mis hijos con cariño y dedicación, dándome la tranquilidad y confianza de saber que se encontraban a su cargo. A toda mi familia extendida, muy especialmente a las abuelas de mis hijos, mi tía Elisa y mi suegra Virginia, quienes se hicieron cargo de todo en los momentos en que yo no podía estar. También a mis hermanos, Marcela, Rodrigo y Francisca por la compañía, la complicidad y el apoyo, desde siempre y en estos últimos tiempos en particular.

Por sobre todo, esta tesis no tendría fundamento ni sentido si no fuera por quienes tuvieron la generosidad de participar en ella con sus historias y experiencias personales. En el corazón de este trabajo están las historias de las mujeres y hombres que accedieron a compartir conmigo el relato de sus vidas, abriéndome la puerta de sus casas y de su intimidad. Espero que en el resultado final se hayan podido reflejar las vicisitudes y complejidades de sus vidas.

Finalmente, la mayor deuda contraída es con mi pareja, Antonio. Por arroparme y apoyarme de manera incondicional. Su inteligencia y reflexión me ayudaron más de una vez, cuando me vi atorada por las dudas, la confusión y el desánimo. Y para nuestros hijos Diego, Emilia y Gabriel porque iluminan mi vida en un sentido más profundo del que puedo expresar. Todos con cariño y paciencia infinitas me han acompañado y cuidado en este trayecto. Por esto, es a ellos a quienes esta tesis está dedicada.

Presentación

Ya es cita común la afirmación de que la experiencia social y personal se ha modificado de manera creciente en el transcurso del siglo XX y de lo que llevamos recorrido de este nuevo siglo. Un horizonte de emancipación, igualdad y mayores libertades individuales perfilan un mundo social en que las normas dejan de tener carácter de certezas absolutas, en que el apego y obediencia estricta a ellas no es exigible, en que las relaciones sociales –animadas por un ideal democratizador– se vuelven menos jerárquicas, y en que los individuos tienen la impresión de tener que responder y rendir cuentas, primero a sí mismos antes que a los otros.

Si acaso estos cambios han sido más acusados en las últimas cuatro décadas, y que de todos los ámbitos de la vida social en que estos se revelan, es en la esfera de la sexualidad y de las relaciones de género donde el cambio se expresa con manifiesta extensión y profundidad, también es una referencia ampliamente evidenciada y discutida. En efecto, cualquiera que desee realizar un balance de su trayectoria biográfica, y especialmente de los hitos y los sentidos que marcan su vida sexual, reproductiva y afectiva, podrá acreditar las diferencias de su propia experiencia cuando la compara con la vida de los propios padres, y aún más, con la de sus abuelos. Estos cambios en las generaciones no dicen solo relación con que hoy las mujeres en edad reproductiva tengan notoriamente menos hijos que sus antecesoras, y que, cuando deciden ser madres, lo hagan a edades mucho más tardías, que inicien su vida sexual más temprano que ellas y que tengan mucho más que una pareja sexual en la vida, que sean más proclives a formar una pareja de mutuo acuerdo y sin casarse, que si la convivencia no es armónica y el afecto se debilita, se prefiera ponerle fin, y que luego, se considere la posibilidad legítima de buscar una nueva pareja. Los cambios se vinculan además con que la sexualidad para las mujeres, así como también para los hombres, no se encuentra más ligada de manera exclusiva a la reproducción. De hecho, los tiempos en que una pareja se encuentra focalizada en la tarea procreativa son bastante excepcionales, lo que deja la sexualidad liberada de la carga de la reproducción, tecnologías de prevención mediante –sin perjuicio

de que pueda resultar un embarazo no previsto consecuencia del sexo desprotegido— para devenir en una esfera autónoma, con sus propios sentidos, reglas y relaciones.

La potencia de estas transformaciones es más notoria y radical cuando se trata de la vida de las mujeres, pero por cierto se han remecido también las bases en las que se asentaba tradicionalmente la masculinidad y el lugar de los hombres en el orden social. Aun cuando los cambios no sean regulares ni homogéneos, tienen un carácter transversal y extensivo al conjunto de la sociedad.

En las últimas décadas, la sexualidad pasó de estar circunscrita a la intimidad de la alcoba conyugal y del sermón dominical a ser parte de las conversaciones ordinarias, de las deliberaciones públicas, las producciones culturales, y las inquisiciones científicas. Se la tematiza de un sinnúmero de maneras. Alertados por sus riesgos, respecto del abuso y la violencia sexual, los embarazos no previstos, las enfermedades de transmisión sexual y el VIH, en lecturas catastrofistas respecto de la liberalización de los comportamientos sexuales que reaccionan ante ellas con pánico moral; pero también en sus zonas más luminosas, una reivindicación creciente por la exploración de experiencias de deseo y placer, vinculada o no a la constitución de la pareja y al reconocimiento de múltiples modos de vivir la sexualidad que desafían las normas de la heterosexualidad obligatoria.

De esta manera la sexualidad comienza a percibirse menos como una experiencia regulada unilateralmente por instituciones específicas como la religión y la ciencia, y se presenta como una esfera con capacidad para proveer de sentido al yo. Donde alguna vez hubo, al menos en términos normativos, una línea precisa de conducta y un sentido unívoco e inapelable de la sexualidad —digamos, su disposición al servicio de la reproducción de la pareja vinculada por el matrimonio—, hoy encontramos en la sociedad contemporánea una diversidad de trayectorias posibles en las que la sexualidad se inscribe en las biografías de los individuos, así como la multiplicación de las referencias sociales y culturales disponibles para dar sentido a sus experiencias. Este contexto hace que el ejercicio de poner en coherencia dichas experiencias en relación con marcos interpretativos que son diversos, comporte un desafío para los individuos contemporáneos.

Estos nuevos escenarios suscitan la emergencia de diversas cuestiones que interpelan e interesan a las ciencias sociales. ¿A qué nuevos marcos de referencia tanto normativos como

socioculturales apelan los individuos para inscribir sus experiencias ligadas a la sexualidad y la afectividad en sus biografías? ¿De qué maneras las cambiantes relaciones entre los géneros se expresan en estos marcos de referencia y en las experiencias personales? ¿En qué medida estos marcos de referencia son novedosos o bien son relecturas de marcos de referencia más tradicionales? ¿Todavía persisten lecturas más tradicionales respecto de las relaciones de género y de los marcos de referencia de la sexualidad y la afectividad? ¿Cómo se declinan estos cambios si consideramos que las experiencias son situadas y enmarcadas por condiciones de orden estructural, como el género, la generación y el nivel socioeconómico en el que los individuos se sitúan? ¿A qué marcos interpretativos dentro de las ciencias sociales es posible apelar para comprender estos cambios tomando en consideración las particularidades de la sociedad chilena?

Esta tesis hace eco de dichas inquietudes. A la vez que se propone cualificar los cambios en las experiencias de la sexualidad en la sociedad chilena, pretende articular la mirada de estos a la luz de las transformaciones sociales y culturales que han modificado los escenarios posibles para la experiencia social.

En su desarrollo toma como clave de lectura la tesis de que las sociedades de la modernidad tardía se caracterizan por un creciente proceso de individualización, es decir, que ha habido un progresivo incremento de la autonomía de los sujetos que, en concordancia con un repliegue de las instituciones que la sostenían, les permite no dar por sentado un determinado trayecto vital, sino que se les compele a ser “autores de sus propias biografías”. Dicho incremento en la autonomía es posible también porque las instituciones y los marcos normativos que solían operar de manera rígida, prescribiendo y proscribiendo las conductas de los sujetos también se van desdibujando, por efecto de la pluralización de los discursos sociales y disciplinares que sirven como fuentes de sentido y que hacen parte de los procesos de secularización de las sociedades contemporáneas.

Finalmente, la individualización y los procesos de destradicionalización que le acompañan, no tendrían viabilidad si no fuera por un aumento de la capacidad reflexiva de los individuos y de las instituciones, ya que en un entorno donde es necesario tomar elecciones, conducirse con valores propios, sin contar con un apoyo sólido de las instituciones, ejercer la autonomía demanda al sujeto un constante ejercicio de evaluación y de mirar sobre sí mismo. Dado que

el conjunto de estas tesis ha sido pensado en referencia a los procesos de modernidad de las sociedades noratlánticas, su pertinencia para hacer una lectura de los procesos en sociedades latinoamericanas, y la chilena en específico, requiere considerar que los procesos de modernización en la región han tenido un trayecto que les es particular.

En una segunda vertiente teórica, esta tesis se sostiene en la concepción de la sexualidad como una esfera de la vida social y personal que, a contrario sensu de la idea de constituirse como una fuerza de carácter innato, natural o esencial, que requiere ser contenida y modulada por lo social, es producida por lo social. En cuanto tal, es producida en el crisol de las relaciones sociales, de las cuales, las de género cuentan como especialmente relevantes. El género, en tanto dimensión estructurante de lo social, es ante todo una relación de poder, que por medio de mecanismos estructurales y simbólicos, produce jerarquías y desigualdades, condiciona identidades y subjetividades. En su intersección con el género, la sexualidad hace parte del régimen que regula y circunscribe, por medio de la heterosexualidad, los modos aceptables y legítimos de vivirla. La heterosexualidad es considerada también como un constructo social y cultural, sentada en la naturalización de las relaciones entre hombres y mujeres que tienen como uno de sus articuladores más importantes las relaciones sexuales y las instituciones sociales en las que estas se inscriben. Esta mirada en particular no ha sido explorada del mismo modo como ha sido interrogada la heteronormatividad desde la perspectiva de la diversidad sexual, como norma de condicionamiento de los tipos de prácticas legítimas y aceptadas, y aquellas que, al estar fuera de la norma, se sitúan en el terreno de lo anormal y lo abyecto. Como operador analítico recurrimos al concepto de orientaciones íntimas, que propone dar cuenta del modo en que se configuran las lógicas de interpretación de la experiencia sexual y afectiva en el marco de representaciones y normas socioculturales que son, en las sociedades contemporáneas, más diversas, divergentes e incluso, contradictorias entre sí.

Una tercera vertiente, dice relación con la aproximación teórico-metodológica que se propone para la realización del trabajo empírico. Se privilegió el trabajo con un enfoque narrativo biográfico, que posibilitara una aproximación no solo a las significaciones y prácticas de la sexualidad, sino que un acercamiento a la biografía de los sujetos, puesto que las orientaciones íntimas se articulan en la necesidad de coherencia interna que los sujetos requieren para dar cuenta de sus experiencias en la reconstrucción de sus itinerarios afectivos

y sexuales, así como su articulación con otros procesos sociales, como son los procesos de individualización.

La tesis está dividida en tres partes. La primera parte, contiene el capítulo destinado a exponer la problematización de la pregunta de investigación que guía el estudio, así como los objetivos que orientaron el trabajo de investigación (Capítulo 1).

En la segunda parte, desarrollamos el marco teórico que sustenta la tesis. Comenzamos por considerar la tesis de la individualización como herramienta de lectura de los cambios en las sociedades de la modernidad tardía (Capítulo 2). En primer término, se la sitúa dentro de la vertiente sociológica que privilegia la individuación como clave de inteligibilidad de lo social; luego se exploran sus líneas argumentales centrales; se profundiza en su propuesta para comprender la experiencia de la intimidad en la modernidad tardía; finalizando con una evaluación crítica.

El Capítulo 3 se interesa por abordar teóricamente el concepto de sexualidad. Para ello comenzamos por entregar el marco más amplio de la discusión epistémica sobre sus fundamentos; se debate sobre las principales aproximaciones para el estudio de la sexualidad en el campo de estudios sociales de la sexualidad, enfatizando en sus aportes y limitaciones; para terminar con una propuesta alternativa, pertinente a los objetivos de indagación de esta tesis: el concepto de orientaciones íntimas como operador analítico para la comprensión de las transformaciones sociales y culturales en el ámbito de la sexualidad.

Capítulo 4 está dedicado al entramado teórico del concepto de género como categoría de análisis, para lo cual se revisa su genealogía en la teoría feminista.

El Capítulo 5 indaga en la articulación entre los conceptos descritos en los dos capítulos anteriores, a saber, la relación entre sexualidad y género.

El último capítulo que compone el marco teórico está dedicado a la contextualización de la discusión (Capítulo 6). Para ello se describen las principales transformaciones sociales y culturales de la sexualidad en Chile en las últimas décadas.

En la tercera, y última parte de la tesis, se expone el trabajo empírico de la investigación doctoral. Primero, se expone el enfoque teórico-metodológico de la tesis –enfoque biográfico-narrativo– y presenta el diseño de investigación abordado (Capítulo 7).

Los resultados de la investigación empírica son presentados en el Capítulo 8, aquí se describen las configuraciones específicas de la sexualidad en el grupo estudiado, se discuten algunas de sus características principales y se vinculan a una lectura de los procesos de individualización.

Los principales hallazgos de la investigación son discutidos con relación al marco teórico metodológico en el Capítulo 9.

La tesis concluye con algunas reflexiones finales. Completa el trabajo la presentación de las referencias bibliográficas utilizadas y los anexos metodológicos.

Parte I

1. El lugar de la sexualidad en las sociedades contemporáneas

Las extensas transformaciones sociales y culturales que han tenido lugar en las sociedades modernas, y que se han acelerado en las cuatro últimas décadas han sido objeto de análisis de distintos campos disciplinares de las ciencias sociales y humanas. De estos cambios, aquellos operados en el ámbito de la vida privada de las personas han sido especialmente relevados por constituir un ejemplo de la radicalidad de estas transformaciones. De manera particular, los modos de organización de la sexualidad y de la constitución de vínculos afectivos, así como las orientaciones normativas ligadas a ellas, han sido ampliamente destacados (Beck, 1998; Garretón, 2000; Melucci, 2001; Wagner, 1997).

Una característica distintiva de las sociedades modernas, en relación a organizaciones sociales más tradicionales, es la emergencia de un modo particular de experimentar las relaciones interpersonales, y que refiere a la constitución de una esfera específica de la experiencia, la intimidad (Illouz, 2009; Jamieson, 1998). Expresado de manera bastante general, se puede decir que el campo de la intimidad es aquel en el cual se articulan los afectos, la sexualidad, las relaciones familiares y la amistad, vínculos que se constituyen en pilares fundamentales de la vida social de las personas.

Más específicamente, diversos autores (Bauman, 2005; Beck & Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 1995) han señalado la centralidad de la sexualidad, así como del amor, para la conceptualización de la propia individualidad, y su papel estructurante en los procesos de individualización característicos de la modernidad, especialmente en el contexto de la tardomodernidad (Aboim, 2009). Las transformaciones socioculturales de las últimas décadas, caracterizadas por la globalización, radicalización de la individualización y reconfiguración de las identidades colectivas (PNUD, 2000), han conllevado importantes cambios en la esfera íntima, situándola como un objeto de interés para las Ciencias Sociales, tanto en sí misma como en tanto clave para el análisis de los cambios de las instituciones y las orientaciones normativas y su relación con los sujetos.

Una de las tesis recurrentes para dar cuenta de los cambios contemporáneos en la esfera de la intimidad ha sido aquella que da cuenta de la destradicionalización y la radicalización de

los procesos de individualización presentes en las sociedades de la modernidad tardía (Beck & Beck-Gernsheim, 2001; Giddens, 1995). Esta línea argumental de la modernización reflexiva, ha sido en las últimas décadas utilizada también como clave interpretativa de los cambios culturales más generales en Chile y América Latina (Aboim, 2006, 2009; Alves, 2009; Barrientos, 2006; Carmona, 2011; Guevara, 2005; Heilborn, 2004; Neves, 2007; Palma, 2006, 2012; PNUD, 2002, 2010; Sharim, Araya, Carmona & Riquelme, 2011; Silva & Barrientos, 2008).

Es posible afirmar que hoy en día el marco desde el cual los sujetos, hombres y mujeres, construyen su experiencia en torno a la sexualidad y la afectividad está sometido a un fuerte proceso de revisiones y cambios. En este sentido, asistimos a la transformación de algunos contenidos de las orientaciones y significaciones, así como de las prácticas de los y las sujetos referidas a la “vida íntima”.

En términos amplios, siguiendo a Castells (2001), son cuatro los ejes fundamentales que habrían estado a la base de estos cambios en la intimidad: los movimientos de mujeres y feministas, que instalaron una demanda de emancipación para la situación de las mujeres; el ingreso masivo de las mujeres al trabajo remunerado y su acceso a mayores niveles educativos; la introducción de tecnologías que han permitido la separación de la reproducción y de la sexualidad; así como el impacto de la globalización en la difusión de las ideas, que habría vehiculizado los idearios feministas. Su impacto y consecuencias serían observables a nivel de las prácticas y significaciones de la sexualidad, de la conformación de las identidades y de los roles esperados para cada género.

Las normas de la sexualidad, cada vez menos vinculada en forma única a la procreación y al marco institucional del matrimonio, han producido un quiebre en relación con las generaciones anteriores en las cuales la sexualidad era una práctica mucho más regulada institucionalmente. La sexualidad deviene entonces, en un campo de valores, sentidos y sensibilidades, que cada persona debe poner al servicio de la expresión personal.

Algunos ámbitos que sintetizan los principales cambios experimentados en la sexualidad, y que remiten a fin de cuentas, a una concepción individualizada de la misma son, por ejemplo, el progresivo descenso de las tasas de fecundidad de las chilenas, así como las transformaciones en la conformación de los hogares, la disminución de las uniones

conyugales, la diversificación de las trayectorias sexuales (expresado en el descenso de las edades de iniciación sexual y el aumento del número de parejas sexuales a lo largo de la vida) unido al aumento en el uso de tecnologías anticonceptivas. Estos cambios son indicativos de que las personas en general, y las mujeres especialmente, están menos adscritas a los mandatos tradicionales de género que suponen una sexualidad que tiene por prioridad la reproducción y la institucionalización de las relaciones por el matrimonio. Por otra parte, estudios de corte más cualitativo, orientados a conocer las percepciones de los sujetos sobre estos cambios, señalan las tensiones y malestares subjetivos que les acompañan, especialmente a las mujeres y como a la vez que emergen nuevos marcos de interpretación más igualitarios sobre las relaciones de género, también estos son resignificados dentro de parámetros tradicionales.

1.1 El problema a investigar

La evidencia empírica en relación a las transformaciones que se han llevado a cabo en el ámbito de la sexualidad es contundente¹, sin embargo, de su lectura se desprenden nuevas interrogantes y focos de problematización que requieren ser abordados.

En primer lugar, surge la pregunta por el sentido que tendría estudiar las transformaciones contemporáneas de la sexualidad. Como señalan Bozon (2001a) y Weeks (2009), dos lecturas frecuentes son interpretar el sentido de estos cambios desde una clave emancipatoria, la cual se expresa por ejemplo en las ideas de “liberación” o de “revolución” sexual, o por el contrario, en una clave de decadencia moral. Sin embargo, desde una perspectiva de las ciencias sociales, su interés reside en comprender que más allá del evidente relajamiento de las regulaciones sociales en este dominio, se trata de una complejización creciente de la construcción social de las sexualidades. Se trataría de una transformación profunda de los comportamientos sexuales y de la intimidad, que se conecta con otras transformaciones del orden de la sociedad, la cultura y los sujetos. Esta presunción se funda en un supuesto teórico compartido en las aproximaciones a la sexualidad desde las ciencias sociales, que comprende la sexualidad como un mecanismo de producción de lo social (Foucault, 1998; Simon &

¹ En el Capítulo 6 ahondaremos en los datos empíricos que evidencian los cambios descritos.

Gagnon, 1984), al mismo tiempo que como una fuente fundamental de sentido para la constitución del sí mismo (Foucault, 1998).

Por una parte, si los modos de regulación, así como las instituciones que desempeñan esa tarea se han modificado, surge la pregunta por la relación entre el sujeto y dichas regulaciones (normas), y por las formas en que éstos se relacionan con el contexto más general de transformaciones que cursan las sociedades. Sugerimos que es de interés una lectura no sólo del orden de los desplazamientos en dichas regulaciones, sino de los modos de configuración entre las instituciones reguladoras en materia de sexualidad –considerando el declive de la religión y el aumento de las disciplinas científicas y del Estado (laico) en la regulación de la sexualidad (Barrientos, 2006)– las normas que de ellas emanan, los marcos socioculturales en que estas se inscriben y los modos de apropiación reflexiva que se dan en la experiencia de los sujetos.

Por otra parte, debe plantearse la pregunta por la conexión entre las transformaciones de la sexualidad con aquellas de orden más global que han acaecido en las sociedades contemporáneas en las últimas décadas. Como señala Weeks (2009), lo que hace que los cambios en la esfera de la sexualidad sean tan significativos es que “(se trata de una) reconfiguración de la vida diaria bajo la presión de la globalización, la des-tradicionalización y una individualización acentuada” (p.14). En este marco, se entiende que las transformaciones que han acaecido en la esfera de la sexualidad son parte de transformaciones más amplias, y que deben ser atendidas en ese contexto.

La individualización –entendida como el proceso de desvinculación del individuo respecto de su entorno tradicional, mediante el cual los sujetos aumentan de manera creciente su autonomía, y en que los individuos son llamados a crear e inventar sus certezas y formas de autoridad, así como también sus propias identidades, liberados de adscripciones tradicionales (Adkins, 2002)– constituye una clave interpretativa potente para la comprensión de estos procesos de transformación de la sexualidad.

Sin embargo, se ha discutido que su utilización ha privilegiado más una dimensión descriptiva que analítica del concepto (Martuccelli, 2010a; Yopo, 2013), así como su adecuación, en tanto matriz que surge de los procesos de las sociedades noratlánticas de modernización avanzada (Wagner, 1997), para sociedades que han cursado un tránsito

particular en su recorrido de la modernidad, como es el caso de las sociedades latinoamericanas y de Chile, en particular (Garretón, 2000; Larraín, 1996). En este sentido, cabe interrogarse tanto por las especificidades que configuran estos procesos en la sociedad chilena, considerando su contexto histórico, social, cultural y político, así como por el hecho de que no se trata de una matriz que se imprime homogéneamente desde la sociedad a los individuos, sino que se va constituyendo en las prácticas sociales de los sujetos, y que por ende, están sujetas a transformaciones y a declinaciones particulares en razón de sus posiciones sociales y experiencias personales. De este modo resulta fundamental al interrogar esta problemática reconocer la diversidad de recursos y experiencias que disponen y recorren los individuos en función de distintos anclajes socio-estructurales, tales como el género, la generación y la condición socioeconómica.

En segundo lugar, surge la pregunta por cómo estos procesos de transformación hacia una sexualidad más individualizada y menos adscrita a marcos de regulación tradicionales, que dotan de mayor reflexividad y autonomía a los sujetos y que animan un horizonte normativo de relaciones de género de mayor simetría, son experimentadas efectivamente por los sujetos.

En efecto, el contexto de transformaciones que asiste al campo de la sexualidad en Chile representa señales indicativas de que los individuos, en general, adscriben cada vez con menor intensidad a los mandatos tradicionales de género que suponen una sexualidad que tiene por prioridad la reproducción y la institucionalización de las relaciones por el matrimonio. Sin embargo, la experiencia subjetiva de estas transformaciones muestran las tensiones y malestares que les acompañan, y cómo, a la vez que emergen nuevos marcos de interpretación más igualitarios sobre las relaciones de género, también estos pueden ser resignificados dentro de parámetros tradicionales.

Diversos estudios dan cuenta del impacto que las transformaciones sociales, culturales y económicas en curso están teniendo en los roles e identidades de género de chilenas y chilenos (Gutiérrez & Osorio, 2008). En términos generales, estas investigaciones son coincidentes en señalar que junto con, y a pesar de, los cambios señalados, todavía es posible encontrar elementos de género tradicionales en las mujeres para referirse a su rol de madre y de pareja, los cuales continúan siendo los ejes articuladores de sus biografías (Mora, 2006; Sharim, 2005). En contraste, las transformaciones en la esfera de la masculinidad se han dado

preferentemente en relación a los cambios en los significados atribuidos a la paternidad, aunque sean principalmente a nivel retórico (Olavarría, 2005). Sin embargo, el trabajo y la política persisten como las referencias biográficas principales (Sharim, 2005). Los elementos tradicionales conviven con referentes más modernos o emergentes, que son connotados positivamente y que aparecen validados socialmente, pero que no son posibles de asociar a una práctica específica. Es decir, se incluyen y circulan a nivel discursivo, pero no encuentran forma de encarnarse en proyectos concretos.

La persistencia de elementos identificatorios más tradicionales entran en tensión con el incremento de las demandas de autonomía y expresión personal, y la emergencia de nuevos marcos de reconocimiento (como el trabajo asalariado, para las mujeres), siendo generadoras de malestar para muchos sujetos. El incipiente movimiento hacia la democratización de las relaciones, en un contexto de crisis derivada de los procesos de desinstitucionalización de las familias hace “más compleja la trama de representaciones simbólicas, [que] tiene una importante repercusión en la vivencia subjetiva, en el sentido de la intimidad de las personas, en las identidades y las relaciones de género” (Gutiérrez & Osorio, 2008, p. 121). El amplio marco para la acción que suponen los procesos de individualización para las personas también es productor de incertidumbre y angustia, si no hay sostén disponible a nivel social y cultural que permita tramitar e integrar adecuadamente referentes emergentes (Moreno, 2008).

1.2 Preguntas de investigación

Un marco privilegiado para comprender los rasgos y las experiencias de la vida contemporánea ha sido el propuesto a partir de la tesis de la modernización reflexiva, especialmente en la formulación que de ella han hecho Giddens (1997) y Beck & Beck-Gernsheim (2003). En términos generales, dicha tesis puede comprenderse a partir de tres tesis interrelacionadas en relación con la vida social (Adkins, 2002). En primer lugar, que la vida social contemporánea se caracteriza por un incremento en las capacidades de reflexividad; segundo, que esto se relaciona con la destradicionalización de lo social en lo referente a las reglas y tradiciones de la modernidad; y tercero, que el declive de las certezas (aumento de la incertidumbre) de las sociedades industriales ha fomentado procesos de

individualización por los cuales las personas están compelidas a crearse a sí mismos como individuos.

Las tensiones devenidas del incremento en la autonomía con que los sujetos pueden ensayar sus propias biografías, la desestabilización de las normas e instituciones que tradicionalmente regulaban el ejercicio de la sexualidad, así como la emergencia de nuevos referentes que cobran mayor vigor, ponen en cuestión los modos en que las experiencias y los sentidos ligados a ellas pueden ser integradas, de modo más o menos coherente, al servicio de la propia construcción de sí mismo. La comprensión de los modos en que se configuran para los sujetos las experiencias de la sexualidad a la luz de los distintos marcos de sentido disponibles en una sociedad, debe ser sensible a las articulaciones que devienen del lugar en que el género, la generación y el nivel socio-económico que modulan dichas experiencias. Como señala Bozon,

En un universo que no cesa de estar estructurado en profundidad por las desigualdades de sexo y clase, pero donde las normas en materia de sexualidad más que desaparecer tendieron a proliferar, los individuos están ahora obligados a establecer ellos mismos –a pesar de la referencia pertinente– la coherencia de sus experiencias íntimas, pero continúan, sin embargo, siendo sometidos a juicios sociales estrictos, diferentes según la edad y según el hecho de ser hombres o mujeres. (2004, p. 2, traducción nuestra).

En el marco de los cambios socioculturales reseñados, y atendiendo a ciertos vacíos en el desarrollo de la investigación empírica en Chile, surge la necesidad de ampliar nuestra comprensión sobre los modos en que la vida íntima, especialmente en relación a la experiencia y significación de la vida sexual ha ido configurándose para las mujeres y hombres chilenos, en el contexto de los cambios socioculturales reseñados y desde una perspectiva de cambio generacional.

Para comprender estos modos de configuración nos serviremos de la propuesta teórica realizada por el sociólogo francés Michel Bozon, quien propone la existencia de configuraciones distintas, a las que denomina *orientaciones íntimas*, que vinculan las prácticas de la sexualidad con las representaciones de sí mismo, y que sirven a la construcción subjetiva de los individuos. Estos marcos delimitan el ejercicio de la sexualidad, definen el sentido que se le atribuye e indican el papel representado por ella en la construcción de sí mismo (Bozon, 2001b).

En este sentido, nos formulamos como pregunta central de investigación, ¿Cuáles son los modos de configuración, entendidos bajo el concepto de *orientaciones íntimas*, de las experiencias y los sentidos referidos a la sexualidad y los marcos socioculturales de referencia a partir de los cuales dichos significados son atribuidos, y cómo se articulan con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena? ¿Qué declinaciones particulares puedan observarse en estas configuraciones referidas al género, la edad y pertenencia generacional, y nivel socioeconómico de los sujetos?

1.2.1 Objetivos de la investigación

Objetivos Generales:

- Comprender los diversos modos de configuración de las experiencias y sentidos de la sexualidad y sus marcos socioculturales de referencia, a la luz de su articulación con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena, en hombres y mujeres pertenecientes a dos generaciones de sector socioeconómico medio-bajo y bajo de Santiago de Chile.

Objetivos Específicos:

- Analizar las trayectorias afectivas y sexuales de distintas generaciones de sujetos, hombres y mujeres, y las orientaciones íntimas a las que dichas trayectorias se vinculan en la sociedad chilena.
- Analizar los marcos socioculturales sobre la sexualidad presentes en la sociedad chilena observando las similitudes y diferencias, cambios y continuidades que se expresan en las biografías desde una perspectiva de género y de generación.

- Identificar las experiencias y los sentidos referidos a la sexualidad de distintas generaciones de sujetos, hombres y mujeres, y las orientaciones íntimas a las que dichas trayectorias se vinculan en la sociedad chilena.
- Comprender el contexto de las transformaciones en la esfera de la sexualidad y de las relaciones de género que han sucedido en la sociedad chilena en los últimos cuarenta años, a través de las trayectorias afectivas y sexuales, las experiencias sexuales de los sujetos y los marcos socioculturales que dotan de sentido a sus prácticas.

Parte II

2. La tesis de la individualización como clave interpretativa de los cambios en la esfera de la sexualidad

Las últimas tres décadas han sido testigos de profundos procesos de modernización económica, política y cultural en la sociedad chilena. Las reformas estructurales de corte neoliberal introducidas desde los ochenta por la dictadura militar, el retorno a la democracia en los noventa y su posterior consolidación a partir del comienzo del nuevo milenio, junto con la inserción de la sociedad chilena en las redes globales han supuesto un tránsito a una nueva fase de la modernidad (Garretón, 2000; PNUD, 2000, 2002).

Siguiendo a Domingues (2009) y Larraín (1996) asistimos a un proceso de reconfiguración de la sociedad de carácter más amplio que da cuenta del ingreso de las sociedades latinoamericanas a un nuevo estadio en su singular trayecto a la modernidad. Desde mediados de los ochenta América Latina habría comenzado un proceso, el que Domingues (2009) caracteriza como una tercera fase de la modernidad, la cual surge a partir de la crisis de la modernidad latinoamericana estatalmente organizada (segunda fase). Esta supone una profunda rearticulación de los imaginarios y las instituciones que definen la condición moderna, y que sería el equivalente regional al tránsito descrito de la modernidad industrial a la modernidad tardía en Europa (Giddens, 1995; Wagner, 1997).

Se trataría, en síntesis, de un progresivo desplazamiento desde una matriz societal centrada en el Estado a una centrada en el mercado. Mientras la primera se basa en el desarrollo y promoción de la industrialización y modernización desde Estados nacionales fuertemente intervencionistas y proteccionistas, en las cuales la política y la economía son los ejes centrales en la construcción de los actores sociales; en la segunda, los mercados productivos, comerciales y financieros, articulados transnacionalmente e impulsados por la innovación tecnológica se constituyen en los principales agentes de modernización y de las dinámicas de integración/exclusión social y donde la cultura, las comunicaciones y el consumo se constituyen en los referentes centrales de actores sociales crecientemente individualizados y demandantes de sus derechos (Garretón, 2000).

Para dar cuenta de los cambios experimentados por las sociedades latinoamericanas, Martuccelli (2010a), explica,

A través de los procesos de urbanización, de globalización, de expansión del sistema educativo, de los nuevos sistemas de comunicación pero también a causa de las reformas estructurales, las sociedades latinoamericanas se habrían individualizado y democratizado en proporciones históricamente inéditas. A pesar de la aparente continuidad que pueden transmitir ciertos indicadores de desigualdad y pobreza, las formas del tejido social y de asociación así como los universos simbólicos se estarían transformando profundamente. En realidad, la vida social se habría transformado de manera más profunda que el Estado y la economía, pues la sociedad es más porosa y dinámica, incluyendo los avances en las relaciones entre los géneros y el reconocimiento de la diversidad étnica. Un proceso de democratización que habría encontrado su verdadero motor menos en los sistemas políticos (...) que en la sociedad y en la cultura. (Martuccelli, 2010a, p. 67)

La diversidad de los cambios producidos por los procesos de modernización es tal, que se impone la necesidad de contar con una categoría de análisis que permita condensar las tendencias fundamentales de esos procesos en un cierto nivel de abstracción (Stecher, 2012). El concepto de **radicalización de los procesos de individualización** es, en ese sentido, útil para sintetizar las dinámicas de cambio cultural ocurridas en la región, y en Chile en particular, en las últimas décadas (PNUD, 2000, 2002; Stecher, 2012).

En términos generales, dicha tesis puede comprenderse a partir de tres tesis interrelacionadas en relación a la vida social (Adkins, 2002). En primer lugar, que la vida social contemporánea se caracteriza por un incremento en las capacidades de reflexividad; segundo, que esto se relaciona con la destradicionalización de lo social en lo referente a las reglas y tradiciones de la modernidad; y tercero, que el declive de las certezas (aumento de la incertidumbre) de las sociedades industriales ha fomentado procesos de individualización por los cuales las personas están compelidas a crearse a si mismos como individuos.

2.1 La individualización como variante particular de la individuación en las sociedades contemporáneas

La tesis que sostiene que el individuo es una vía relevante para entender las sociedades contemporáneas, ha adquirido una creciente importancia en las ciencias sociales (Martuccelli & Singly, 2012). La centralidad actual del individuo en la sociología procede de la crisis de la idea de sociedad y da cuenta de una transformación profunda de nuestra sensibilidad, el hecho que el individuo se configura como una clave de inteligibilidad de nuestros modos de percibir lo social. Lo social obtiene (o no) sentido en referencia a sus experiencias, situándose el individuo en el lugar de “pregnancia analítica” que otrora ocuparon las nociones de civilización, historia, sociedad, Estado-nación o clase. En este contexto, el principal desafío

de la sociología será dar cuenta de los principales cambios sociales desde una comprensión “que tenga por horizonte el individuo y sus experiencias” (Araujo & Martuccelli, 2010, p. 79).

El lugar de privilegio del individuo como *vértice* de análisis, no implica de modo alguno una renuncia a la voluntad de dar cuenta de lo social, o una reducción del análisis al nivel del actor, de las interacciones, de la constitución de identidades, o a una perspectiva microsociológica, puesto que “el lugar acordado al individuo resulta de las normas sociales y las leyes, y traduce un cambio global de la sociedad” (Martuccelli & Singly, 2012, p. 16). La centralidad del individuo se remite al hecho de que “su proceso de constitución permite describir una nueva manera de hacer sociedad. Es la entrada a otro periodo histórico y societal que funda, por lo tanto, en último análisis, la verdadera razón de ser de ese proceso” (Martuccelli & Singly, 2012, p. 34). Es el carácter específico de esta segunda modernidad la que urge a la sociología a estudiar otras dimensiones y facetas que permanecían ocultas dentro de concepciones sistémicas totalizantes.

El interés actual por el individuo procede de una convicción teóricamente fundada: el estudio de la sociedad contemporánea es inseparable del análisis del imperativo social que obliga a los individuos a constituirse en tanto individuos. En este sentido, Martuccelli destaca tres estrategias sociológicas para su comprensión: la socialización, la subjetivación y la individuación. En tanto la socialización estudia el proceso de fabricación socio-psicológico del individuo; la subjetivación aborda el problema de la constitución del sujeto como el resultado de una dinámica socio-política de emancipación; la individuación se interesa, desde una perspectiva socio-histórica, por el tipo de individuo fabricado en una sociedad (Martuccelli, 2010b).

En el caso de la individuación la interrogante fundamental consiste en estudiar las consecuencias del despliegue de la modernidad sobre las trayectorias individuales, tratando para ello de poner en relación la historia y las experiencias personales. Su característica es la articulación entre la historia de la sociedad y las biografías individuales. La pregunta fundamental es ¿qué tipo de individuo se fabrica estructuralmente en una sociedad? Para responder a ello, la individuación se sirve del cruce de un eje diacrónico con un eje sincrónico. Es decir, las grandes transformaciones diacrónicas (históricas) tienen que ser

percibidas a partir de las experiencias sincrónicas de los actores sociales en un momento dado (Martuccelli, 2010b).

Según Martuccelli, la vía de la individuación comienza a desarrollarse desde principios del siglo XX en la teoría social, dando lugar a un programa que busca fundamentalmente establecer factores de individuación, es decir, constatar aquellos factores que han posibilitado la emergencia del individuo moderno². Posteriormente, a partir de los años sesenta, y sobre todo desde los ochenta, esta matriz de análisis comienza a interesarse progresivamente por las experiencias singulares de los sujetos. En términos generales, estos pueden caracterizarse bajo la denominación de individualización, siguiendo el concepto acuñado por Beck, y al cual tantos otros sociólogos, especialmente en Europa, han adherido.

La individualización es una variante de lectura particular (y contemporánea) de la matriz de la individuación. Si bien persisten las preguntas en relación a las grandes transformaciones estructurales en acción –los factores de la individuación–, el giro más relevante es que se interesa cada vez más por las experiencias individuales.

La tesis fundamental de la individualización es la afirmación que en las sociedades contemporáneas, la tradición ha dejado de ser una guía para la acción de los sujetos, lo cual ha redefinido el lugar y el trabajo de las instituciones. Son los individuos quienes cotidianamente se ven confrontados a problemas inéditos (a causa de la rapidez de los cambios, a causa de una acumulación de consecuencias no intencionales de sus conductas pasadas, etc.), lo que los obliga cada vez más a hacer un uso permanente de la reflexividad.

Es este uno de los puntos que, a juicio de Martuccelli, marcan la mayor inflexión entre ciertos trabajos actuales de la socialización y los estudios de la individualización. Mientras que en el caso de la socialización se insiste en el rol inconsciente de los hábitos incorporados y, en consecuencia, se limita el rol de la reflexividad; en la visión que propone la tesis de la individualización, se insiste, por el contrario, muy fuertemente, en las capacidades crecientes de reflexividad a las que están sometidos los actores. La reflexividad se yergue como un elemento fundamental de los actuales procesos de individualización, toda vez que los

² Como parte de estos abordajes, el autor sitúa los trabajos de la escuela de Chicago (en su vínculo ciudad e individuo), pero también trabajos como el de Ferdinand Tönnies en relación al tránsito de la comunidad a la sociedad moderna o de Marx en relación a la emergencia del individuo en tanto trabajador libre de las esclavas del feudalismo, que debe proveerse de su sustento.

individuos deben sistemáticamente operar reflexivamente ante la alta heterogeneidad y novedad de escenarios sociales que se le presentan, y ante los cuales las instituciones no pueden dar tampoco respuestas unívocas.

El modelo de la socialización aparece cada vez menos pertinente a medida que la noción de una sociedad integrada pierde sentido y que se impone la representación de una sociedad contemporánea marcada por la incertidumbre y la contingencia. Como señalan Araujo & Martuccelli (2010), la relación entre un conjunto de procesos estructurales, una trayectoria colectiva (clasista, genérica o generacional) y una experiencia personal, que caracteriza la idea del personaje social reivindicado por el modelo de la socialización, estaría en crisis, y perdería su efectividad analítica³.

Los trabajos sobre la individualización, si bien siguen interesándose por los factores de individuación, buscan ante todo dar cuenta de los problemas sociales a nivel de los individuos. Esta elección no se sostiene por una preferencia particular por este nivel en sí mismo (como fue el caso de las microsociologías de los años sesenta) sino para tratar de explicar cómo los cambios estructurales explican estas variaciones personales. Las experiencias individuales son un elemento clave de la interpretación y del análisis sociológico.

Podría decirse que la perspectiva más prominente e influyente ha emergido de la sociología política, en las obras de autores que han llegado a ser conocidos como los “teóricos de la individualización”: Anthony Giddens, Ulrich Beck, Elizabeth Beck-Gernsheim y Zygmunt Bauman. En conjunto, sus análisis a menudo se agrupan y se entienden como una “tesis de individualización” coherente. Las ideas de estos teóricos de la individualización se

³ En relación a la vertiente analítica que privilegia la subjetivación, las principales críticas a su utilización, desde una perspectiva de la individuación, se refieren al “trabajo del individuo”. De manera más específica: “surge la cuestión de saber con qué herramientas conceptuales y analíticas es posible acercarse al trabajo del individuo, evitando, por un lado, psicologizarlo – poniendo el acento en profundizar el estudio de los procesos de interiorización o inscripción –, por el otro, caer en un normativismo que desplaza nociones producidas para ciertas realidades histórico sociales a otras – haciendo, por ejemplo, de sus atributos de autonomía personal o capacidad de elección, como lo propone la tesis de la individualización, un modelo general” (Araujo & Martuccelli, 2010, p. 86). Esta discusión sobre el estatuto del sujeto en las ciencias sociales, que va desde Foucault hasta los aportes del psicoanálisis lacaniano, no serán profundizados en este trabajo, en consideración a la extensión del mismo, y porque nos interesa en este momento centrarnos más en las dinámicas de cambio social desde la perspectiva de los individuos, que en el trabajo de constitución subjetiva que resulta a partir del mismo.

desarrollaron como contribuciones a los debates en las últimas décadas del siglo XX sobre la naturaleza cambiante de la modernidad. Su trabajo sobre la individualización es parte de una narrativa más amplia que integra conceptos influyentes como “sociedad del riesgo” y “modernidad reflexiva”. Estos análisis conectan las experiencias personales de individualización con los desarrollos económicos, sociales y políticos que trascienden al individuo.

En el núcleo de esta tesis radica un intento por dar cuenta del ascenso del individuo no en términos del declive de lo social, sino como un fenómeno social. Si bien los teóricos de la individualización comparten suposiciones cruciales, sus diferencias son a menudo ignoradas, dando la impresión de que se trata de una producción teórica homogénea (Howard, 2011). Sin embargo, sostenidos en bases teóricas divergentes, privilegiando datos empíricos distintos, los retratos que producen del individuo contemporáneo son diferentes, e incluso, contradictorios. Como señala Howard (2011) “tomados individualmente y en conjunto, sus trabajos resaltan los diversos elementos de los procesos contemporáneos de individualización, las tensiones y dilemas forzados en los individuos y los riesgos y ansiedades que enfrentan actualmente las personas en sus vidas diarias” (p. 113, traducción nuestra).

2.2 Principales argumentos de la tesis de la individualización

Los argumentos que van componiendo la tesis de la individualización se despliegan a partir de una observación común, que es que (en) la modernidad (se) ha(n) corroído las estructuras sociales que una vez obligaron a las personas a vivir de acuerdo con reglas y normas históricamente predeterminadas e impuestas externamente. Siguiendo con la preocupación de la sociología clásica, resaltan la decreciente importancia de la tradición –la noción de que las acciones y las estructuras pueden justificarse por el hecho de que las personas siempre han actuado de la misma manera, y siempre han existido las mismas estructuras– para determinar la dirección y contenido de la vida de las personas. Si los sociólogos clásicos se centraron en el período histórico en el que la autoridad de la tradición fue confrontada y superada por las fuerzas de la modernidad racionalista, los teóricos de la individualización se concentran en la experiencia de vivir después de que las tradiciones han sido desmanteladas, en una sociedad “post-tradicional” (Beck, Giddens & Lash, 1997).

Sin embargo, hay ciertas tradiciones, como la autoridad patriarcal, que persisten, e incluso fueron reforzadas en cierta medida por algunos elementos de la modernidad temprana; por ejemplo, la división sexual del trabajo clásico, fue apuntalada por los modelos fordistas que se basaron en las tradiciones patriarcales para legitimar el empleo masculino a tiempo completo y el repliegue de la mujer a la esfera privada de la reproducción social.

Según la tesis de la individualización, la modernidad también ha socavado importantes agrupaciones sociales que en el pasado cumplían el propósito de prescribir comportamientos, proporcionar fuentes de identificación y apoyo material y emocional a sus miembros. Por ejemplo, la familia (Beck & Beck-Gernsheim, 2003). El resultado de este debilitamiento institucional es que los individuos se han liberado para tomar un mayor control sobre sus vidas, pero al mismo tiempo, tienen una mayor responsabilidad para satisfacer sus propias necesidades y han perdido la certeza que venía con la tradición, así como se han desdibujado los mecanismos de responsabilización colectiva por circunstancias individuales. En este sentido, el ascenso del individuo es tanto una causa como una consecuencia del cambio hacia la “sociedad del riesgo” (Beck, 2001).

Como señala Howard (2011), es tentador concluir que estas observaciones son una variación de la tesis de la emancipación individual de los constreñimientos sociales, es decir, una liberación de agencia respecto de la estructura. Por el contrario, la tesis de la individualización rechaza la idea de que los factores y las fuerzas sociales sean menos significativos en la modernidad tardía que en períodos anteriores. En cambio, argumentan que la naturaleza de la estructura social ha cambiado, a fin de alentar y, en última instancia, obligar a las personas a convertirse en individuos. Como lo expresa Beck, “la individualización es la estructura social de la segunda modernidad” (en Beck & Willms, 2004, p.63, citado en Howard, 2011). En consecuencia, nuestras vidas no están menos dominadas por la estructura social que en tiempos anteriores; es simplemente que la estructura social nos obliga a ser individuos. Por lo tanto, la individualidad no es una cuestión de elección individual, sino una obligación social (Bauman, 2003).

Con frecuencia se sostiene que la individualización significa la eliminación total de apoyos externos, lo que obliga a las personas a valerse por sí mismas y a ser completamente independientes (Howard, 2011). Sin duda, la individualización sugiere la retirada de ciertos

apoyos, pero ni Giddens, Beck & Beck-Gernsheim ni Bauman argumentan que la individualización represente de forma inequívoca una mayor independencia y autosuficiencia. En cambio, muestran cómo la individualización implica un cambio en las formas de dependencia, lejos de las tradiciones y los colectivos, y hacia las instituciones modernas. Los individuos modernos dependen de varias instituciones críticas: el mercado laboral, los sistemas educativos, los estados de bienestar, la disciplina de la psicología, los medios de comunicación y el capitalismo de consumo, entre otras. Estas instituciones se diferencian de los antiguos objetos de dependencia por varias razones. Primero, no suministran identidades coherentes u “opciones predeterminadas”, que las personas puedan seleccionar y, por lo tanto, evitar el esfuerzo y la incertidumbre de la autodefinición. En segundo lugar, generalmente brindan apoyos que les permiten a los individuos moldear sus propias identidades y diferenciarse de los demás. En tercer lugar, casi siempre exigen que quienes participan en ellos compartan la responsabilidad de las decisiones y los resultados.

Estos procesos contemporáneos de individualización no serían lineales ni directos, sino que se reconocen grandes tensiones en el proceso, por ejemplo, entre las demandas de diferentes individuos por sus propios espacios para el crecimiento y la libertad personales, y entre las prioridades individuales y las presiones institucionales. Para Beck & Beck-Gernsheim (2003), las mujeres experimentan especialmente la individualización como una serie de tensiones, ya que están atrapadas entre una desproporcionada carga de cuidado y trabajo doméstico, y las expectativas y la necesidad de participar activamente en el trabajo remunerado. Sin embargo, estas contradicciones, entre carrera y familia, por ejemplo, que reflejan problemas estructurales, no se encuentran con soluciones estructurales o sistémicas integrales. Más bien, los individuos se ven obligados a “buscar soluciones biográficas a las contradicciones sistémicas” (Beck & Beck-Gernsheim, 2001, p. xxii), lo que significa que deben descubrir individualmente cómo sobrevivir y vivir vidas significativas en el contexto de fuerzas económicas, políticas y sociales más allá de su control.

En el relato de Giddens (1997), la modernidad tardía fomenta un tipo particular de individualidad reflexiva, vinculada a un camino autodirigido o “trayectoria” coherente. Aunque Giddens comparte con sus contemporáneos la noción de que la vida moderna tardía contiene presiones contradictorias y discontinuidades fragmentadas, su trabajo sobre la identidad hace hincapié en las formas en que los individuos pueden superar estas condiciones

para desarrollar un sentido coherente de identidad propia. Para ello dependen de las instituciones, de dos maneras. En primer lugar, las instituciones modernas tardías “secuestran” nuestras experiencias, lo que significa que excluyen problemas morales y existenciales difíciles. En segundo lugar, las instituciones modernas tardías proporcionan herramientas para que los individuos tomen decisiones racionales y, por lo tanto, tomen el control deliberado de sus vidas. Giddens considera que las instituciones son “sistemas expertos” que pueden ayudar a las personas a comprender mejor sus circunstancias y las limitaciones que enfrentan, lo que les permite tomar decisiones de vida de manera más sistemática.

Otras instituciones sociales modernas tardías también promueven las trayectorias personales. Por ejemplo, mientras que las relaciones íntimas se formaron y estructuraron tradicionalmente de acuerdo con los mandatos y las condiciones externas, así como en las tradiciones patriarcales que rigen los roles de género en el matrimonio, en *La transformación de la intimidad* (1995) Giddens sugiere que las relaciones íntimas se han convertido en expresiones puras de las personalidades, interacciones y voluntades de los miembros de las parejas, que son libres de disolverse cuando lo deseen⁴. De esta manera, las instituciones formales e informales de la modernidad tardía obligan y apoyan la formación y el mantenimiento de una identidad propia coherente.

Mientras que el modelo de identidad contemporánea de Giddens enfatiza fuertemente la continuidad del yo, el enfoque de Zygmunt Bauman para entender la identidad personal enfatiza la fluidez. Bauman (2005) sugiere que la vida moderna tardía no tiene certezas y que los individuos están obligados a enfrentar y abrazar la discontinuidad biográfica. Argumenta que es cada vez más difícil resolver la propia identidad, ya que el ritmo acelerado y el alcance cada vez mayor del cambio cultural, económico, político y social obliga a los individuos a deshacerse de las identidades existentes y reemplazarlos por nuevas narrativas biográficas. En este contexto, todos los acuerdos y relaciones se vuelven fluidos, no permanentes e impredecibles, de modo que, incluso a nivel de asociaciones íntimas y personales, la continuidad no se puede dar por sentada, y los compromisos solo se mantienen hasta nuevo aviso (Bauman, 2005). La naturaleza cambiante de la vida personal y las nuevas demandas

⁴ Por su pertinencia para el objeto de esta tesis, desarrollamos estas ideas más adelante en este capítulo.

de la gobernanza y la economía política favorecen a quienes pueden moverse rápidamente y pueden adaptarse a los cambios y explotar las oportunidades emergentes. De acuerdo con el autor (2003), habitar un mundo moderno y líquido es como vivir en un laberinto, sin caminos o direcciones claras, muchas opciones y poca capacidad de mirar hacia adelante o hacia atrás en el tiempo y el espacio, ya que las huellas siempre desaparecen.

Mientras que Giddens describe la autoidentidad contemporánea como una trayectoria coherente, y Bauman cuenta una historia de fluidez e incertidumbre biográficas, Beck & Beck Gernsheim (2001) se centran en los esfuerzos creativos de los individuos para construir identidades para sí mismos frente a las contradicciones estructurales. Las instituciones de la modernidad tardía obligan a las personas a responsabilizarse de sus propias vidas, obligándolas a convertirse en el foco de sus esfuerzos. Sin embargo, muchos de los problemas de la vida siguen siendo estructurales, o más allá del control inmediato de los individuos, como la continua desconexión entre las expectativas de carrera de las mujeres y la realidad del trabajo doméstico distribuido de manera desigual. Las instituciones formales refuerzan estas contradicciones: mientras que algunas, como las escuelas y universidades, alientan y apoyan activamente a las mujeres a seguir carreras en la fuerza laboral remunerada, otras, como los sistemas de seguridad social y de asistencia social, no brindan apoyos para la independencia de las mujeres (como cuidado infantil organizado). Beck & Beck-Gernsheim (2001) afirman que no es posible que las personas encuentren soluciones biográficas completas para los problemas estructurales y, ante la falta de esfuerzos colectivos o públicos para superar estas dificultades, las personas se ven obligadas a buscar los mejores medios para hacer frente de manera creativa a las contradicciones y tensiones que encuentran en sus propias vidas.

Beck & Beck-Gernsheim (2001) argumentan que este contexto exige que los individuos adopten una actitud experimental hacia sus vidas, que creen y prueben una serie de prototipos biográficos para encontrar modelos que ofrezcan comodidad y significado en un mundo de contradicciones e incertidumbres. Es importante destacar que los individuos no pueden idear respuestas biográficas por sí mismas, sino que dependen fundamentalmente de las instituciones para obtener apoyo y orientación. En este relato, el Estado del bienestar juega un papel crítico en facilitar la experimentación.

Al igual que Giddens, Beck (Beck & Willms, 2004, citado por Howard, 2011) considera que la “seguridad básica” es un requisito previo fundamental de la individualización moderna, y considera que el estado de bienestar es un componente clave en este marco de certeza ontológica. Sin embargo, la noción de Beck y Beck-Gernsheim de la biografía experimental difiere del modelo lineal de autoidentidad de Giddens porque asume un grado de contradicción y riesgo que excluye las trayectorias limpias. Si bien las instituciones ofrecen una combinación de apoyos que los individuos pueden asumir en su búsqueda de estrategias de afrontamiento individualizadas, estos apoyos no superan los dilemas e incertidumbres de la vida moderna tardía. Por lo tanto, los experimentos biográficos individuales siempre corren el riesgo de fracasar, y las autoidentidades se enfrentan a la amenaza constante de ruptura (Beck & Beck-Gernsheim, 2001). Además, en contraste con los argumentos de Giddens sobre el secuestro de la experiencia, Beck & Beck Gernsheim sugieren que las instituciones modernas no cierran o superan las cuestiones morales difíciles, sino que introducen nuevos dilemas y obligan a los individuos a lidiar con las paradojas de manera continua (Beck & Beck-Gernsheim, 2001). Por ejemplo, las tecnologías de detección prenatal obligan a los futuros padres que interactúan con las instituciones médicas modernas a enfrentar profundos dilemas éticos y decisivos que no existían en épocas anteriores. El enfoque de Beck & Beck-Gernsheim también difiere del enfoque de Bauman en la necesidad de que las personas inviertan tiempo y energía en crear y mantener estrategias de afrontamiento biográficas viables, lo que implica que las personas no simplemente consumen y descartan componentes de identidad prefabricados.

En resumen, la individualización se entiende como el proceso mediante el cual las personas incrementan su autonomía y asumen la tarea de construir reflexivamente su identidad y dar forma a sus biografías. Éste, uno de los rasgos definitorios de la modernidad, en las últimas décadas se ha ampliado significativamente, tanto en extensión (abarcando a un número mayor de personas) como en profundidad (incrementándose significativamente los ámbitos de la experiencia que cada individuo debe gestionar por sí mismo), motivo por el cual se habla de una radicalización de los procesos de individualización.

La individualización, forjar a los miembros de una sociedad como individuos compelidos a autodeterminarse, es la consecuencia de ciertas instituciones, prácticas e imaginarios socioculturales propios de la modernidad y, más específicamente, propios de la modernidad

tardía. Como señala Melucci (2001), la radicalización de la individualización, es decir, la posibilidad de que más personas se conciban a sí mismos como individuos que deben construir autónomamente sus proyectos de vida, sólo ha sido posible en las últimas décadas debido a la transformación y expansión de los sistemas educativos, el cambio de los valores familiares, la extensión de los derechos personales y civiles, la ampliación de los intercambios culturales, la libertad de elección en las relaciones afectivas, entre otros.

En la actualidad, los sujetos desarrollan mayores capacidades para interrogar y reflexionar sobre las condiciones de su existencia (reflexividad), lo que amplía las posibilidades de cuestionar y problematizar las fuentes tradicionales de sentido (Beck, 2001). Al mismo tiempo, la sociedad se vuelve más compleja y diferenciada, se multiplican los sistemas de creencias y valores, diversificándose el abanico de opciones en relación a las cuales los individuos deben construir y hacer significativa su experiencia (Lechner, 2002). En un contexto de “destradicionalización”, cada individuo debe tomar decisiones cotidianamente, evaluar opciones y cursos de acción posibles. Las identidades personales se abren, así, a una multiplicidad de oportunidades, riesgos y ambigüedades que cada individuo debe gestionar reflexivamente en un horizonte donde las normas y las reglas de acción son cada vez más inciertas.

2.3 Nuevos modos relacionales: Sexualidad plástica, relación pura y amor confluyente

La individualización –entendida como el proceso de desvinculación del individuo respecto de su entorno tradicional, mediante el cual los sujetos aumentan de manera creciente su autonomía, y en que los individuos son llamados a crear e inventar sus certezas y formas de autoridad, así como también sus propias identidades, liberados de adscripciones tradicionales (Adkins, 2002)– constituye una clave interpretativa potente para la comprensión de estos procesos de transformación de la sexualidad.

Los sujetos, en el marco de la individualización, tienen crecientes grados de libertad para realizar “elecciones” dentro de la esfera de la intimidad, así pueden, por ejemplo, escoger cohabitar, casarse, o probar la relación conviviendo antes de decidir casarse.

A la delantera de las transformaciones referidas, los autores de la individualización citan a las mujeres, enfatizando la radicalidad de los cambios en la experiencia de la sexualidad y la

vida íntima para las mujeres (Giddens, 1995; Castells, 2001). La matriz cultural tradicional de género definió para las mujeres un campo restringido para la experiencia de la sexualidad, convergente con una construcción identitaria arraigada en lo maternal, funcional con el rol social esperado para las mujeres. Sin embargo, en el transcurso del siglo XX, y muy especialmente en su segunda parte, los cambios en la participación de las mujeres en diversas actividades de la vida productiva y cultural, los avances tecnológicos que hacen posible el control natal, la rápida difusión de ideas producto de la globalización, y muy especialmente, del surgimiento de la segunda ola del movimiento de mujeres y feminista, posibilitaron un desplazamiento y disociación entre dichos elementos: sexualidad, en su dimensión de práctica y de significado, identidad personal y de género y rol esperado (Castells, 2001).

El proceso que se inicia con la limitación del tamaño de las familias a fines del siglo XIX, pero que se profundiza y extiende rápidamente por la difusión de la tecnología contraceptiva moderna a partir de la década de 1960, y que permite que la sexualidad se desligue de la reproducción, conforma lo que Giddens (1995) llama **sexualidad plástica**. La sexualidad plástica denota una “sexualidad descentrada”, liberada de las necesidades y demandas de la reproducción, que para fines del siglo XX se transformaría en un componente central del self.

Es un concepto crítico para comprender la emancipación implícita en las nuevas formas de relacionamiento moderno, así como para las demandas de placer sexual de las mujeres. En principio, la sexualidad plástica prometería liberar la sexualidad del “dominio del falo”, implicaría “una actitud neutral al pene” (Giddens, 1995, p. 130).

Si bien no sería posible conocer los modos en que la brecha existente entre mujeres y hombres pudiera ser reducida, especialmente el “abismo emocional” abierto entre ambos géneros, lo substancial es el potencial existente hacia la transformación de la intimidad. A pesar de que Giddens reconoce el profundo enraizamiento de las estructuras sociales de género, así como la posibilidad de que la violencia masculina opere de manera reactiva a estos cambios, existe la posibilidad de transformar la intimidad hacia una “negociación transaccional de lazos personales por iguales”, pero esto necesariamente implicaría una democratización total de las relaciones interpersonales. Tal transformación cuestionaría muchas de las otras instituciones opresivas de género, “liberando” tanto a hombres como a mujeres. La sexualidad plástica en este relato implica una mayor flexibilidad en las relaciones y

encuentros sexuales y un aumento en el placer. Representa la sexualidad autónoma, abierta y accesible al desarrollo de diversos estilos de vida: “De algún modo, es una forma que hay que investigar, las funciones sexuales son un rasgo maleable de la identidad personal, un punto de primera conexión entre el cuerpo, la auto-identidad y las normas sociales” (Giddens, 1995, p. 24–25).

La **relación pura** se caracteriza por la igualdad emocional y sexual, que se sostiene en la idea de un **amor confluente**. Esta nueva forma de experiencia del vínculo amoroso, se caracteriza por un amor contingente, activo, que por consiguiente, choca con las expresiones de “para siempre”, “solo y único” que se utilizan en el complejo tradicional del amor romántico. El amor romántico comienza a gestarse a partir del siglo XIX, y tiene la virtud de haber incorporado la experiencia amorosa como factor decisivo para la elección de la pareja y la mantención de la relación conyugal⁵. Este se caracterizaría por un sentimiento de plenitud con el otro, reforzado por un orden de género tradicional, en la cual los atributos de la masculinidad y la femineidad son definidos como antítesis, en una lógica de complementariedad. El amor confluente, en tanto, tiene la mayor posibilidad de convertirse en amor consolidado; cuanto más retrocede el valor del hallazgo de una “persona especial”, más cuenta la “relación especial” (Giddens, 1995, p. 63).

La relación pura no es identificable con una relación institucionalizada, como el matrimonio, ni tampoco con la fusión de las individualidades. El sentimiento amoroso se encuentra al servicio del reforzamiento de la autonomía individual, del desarrollo y de la satisfacción personal (intelectual, emocional y corporal). En este sentido, supone un grado de tensión entre individualidades, que hace comprensible el alto valor asignado a las capacidades de comunicación y de negociación en la pareja, y que se encuentra refrendada tanto por la instalación y demanda de una terapéutica para las parejas, como por la literatura psicológica y de autoayuda orientada al desarrollo de herramientas para la negociación y manejo del conflicto en la pareja.

⁵ La experiencia del amor estuvo por fuera de la vicisitudes de la institución matrimonial, cuya organización estaba definida por una lógica de alianzas y de relaciones de parentesco entre familias. El amor cortés descrito por Rougemont (2006 [1978]), que aparece en Occidente en el siglo XII, descrito en la época medieval, tiene el sino trágico de ser un amor imposible de ser consumado.

En una línea argumental parecida, Beck & Beck-Gernsheim (2003) sostienen que los nuevos significados y prácticas asociadas al amor y las relaciones familiares producto de los procesos de individualización y destradicionalización e incremento de la autoreflexividad, abren nuevas posibilidades y expectativas para las relaciones heterosexuales. Según los autores, en el marco de desinstitucionalización de las relaciones de pareja, el amor cobra un renovado valor, al ser el único motor que sostendría la búsqueda y elección de una pareja. Del mismo modo, la sexualidad adquiere un nuevo sentido y centralidad en la constitución y en la mantención de la pareja. La pareja contemporánea se caracterizaría, por una parte, por la referencia al sentimiento amoroso y la valoración de la atracción sexual, y por otra, por la importancia de los proyectos individuales en el contexto de la relación de pareja. En este sentido, la pareja es altamente exigida como único soporte para los sujetos en un contexto de alta incertidumbre y precarización.

La tesis de la radicalización de la individualización ha tenido una importante influencia en las lecturas de las transformaciones socioculturales en Chile. En el contexto de los procesos de individualización, la relación de pareja adquiere una importancia inédita en el repertorio de los vínculos sociales. Esta se autonomiza de la función familiar, ya sea reproductiva o económica, cobrando sentido en sí misma. Sería la “relación auténtica por excelencia” (PNUD, 2002): la construcción de pareja se enmarca dentro de los propios proyectos individuales, encontrando su justificación “porque permite realizar y mantener la propia identidad personal”. La tarea de la realización personal no sería incompatible con el desafío de conformar un proyecto de a dos, ya que expresamente esta nueva configuración íntima no contempla la idea de disolución de las individualidades de sus miembros, es decir, que la aspiración romántica a la fusión que caracterizaba al ideal del amor romántico es desactivada. En estas parejas se valoran la confianza y la comunicación dentro de las dinámicas afectivas.

La sexualidad, cada vez menos vinculada en forma única a la procreación y al marco institucional del matrimonio, y poniendo en cuestión el carácter natural y normativo de la matriz heterosexual, ha producido un quiebre en relación con las generaciones anteriores en las cuales la sexualidad era una práctica mucho más regulada por la sociedad. La sexualidad deviene entonces, en un campo de valores, sentidos y sensibilidades, que cada persona debe poner al servicio de la expresión personal. La importancia del lugar de la sexualidad y su transformación es fundamental tanto a la relación de pareja como a la realización personal.

2.4 Perspectivas críticas a la tesis de la individualización

Aunque influyente, la tesis de la individualización también ha sido objeto de críticas vigorosas. El alcance de sus postulados ha sido cuestionado, tanto por su tendencia a homogeneizar las experiencias de los sujetos en las sociedades contemporáneas, como por su traducción acrítica en sociedades con trayectorias de modernización diversas y por ofrecer una lectura democratizadora de las relaciones sociales, que obvia las complejidades que suponen las transformaciones, especialmente de las relaciones de género, negando sus elementos persistentes y sus reconfiguraciones. A continuación, revisamos algunas de las críticas más sustanciales a las tres conceptualizaciones que se articulan en esta tesis: individualización, destradicionalización y reflexividad.

2.4.1 Individualización

En primer lugar, las críticas de carácter más general acusan la falta de fundamento empírico de la tesis de la individualización en las propuestas de Giddens y Beck & Beck-Gernsheim. El resultado es la elaboración de una propuesta excesivamente abstracta y la tendencia a producir generalizaciones de carácter macro, describiendo la experiencia cultural de la modernidad tardía como un fenómeno homogéneo. La individualización se presenta de manera inadecuada como una experiencia universal, mientras que la identidad individualizada se entiende correctamente como solo experimentada por unos pocos privilegiados. Como señalan Martucelli & De Singly (2012) “en la teoría de la individualización, todos los gatos son negros”. Su utilización ha privilegiado más una dimensión descriptiva que analítica del concepto (Martucelli, 2010a; Yopo, 2013).

Las particularidades de los procesos de modernización en la región, tal como ha sido señalado al inicio de este apartado, que imprimen un carácter particular a los modos en que la individualización se despliega en estas sociedades deben ser sometidas a consideración. Respecto de la singularidad latinoamericana y chilena, Araujo & Martucelli (2013) sostienen que el estudio de los procesos de individuación debe dissociarse del estudio de los procesos de individualización de la modernidad occidental, es decir, no privilegiar el análisis de su producción institucional. Según los autores dicha tesis ha llevado a concluir equivocadamente que en América Latina los individuos o bien no existen o están en déficit, ya sea porque la autonomía personal ha estado históricamente muy limitada por el orden

tutelar de la iglesia católica y las fuerzas armadas; o bien por la escasez de soportes institucionales disponibles. En este sentido, proponen que los individuos en Chile –al que caracterizan como un hiper-actor relacional– se constituyen activando un conjunto de habilidades para lidiar con la vida social con independencia de las prescripciones institucionales: no tienen como fin ni suplir las insuficiencias de las instituciones ni tampoco responder a una interpelación de las mismas (Araujo & Martuccelli, 2013 , p. 27–28).

En segundo lugar, se ha criticado el excesivo entusiasmo de la tesis de Giddens, cuestionando las reales posibilidades de trascender el carácter jerárquico de las relaciones de género y la posibilidad de un nuevo tipo de vínculo igualitario (Jamieson, 1999). Mulinari & Sandell (2009), desde una perspectiva feminista han identificado algunos nudos críticos, por ejemplo, a) el mantenimiento de las “esferas separadas”, que deviene del acento puesto en que las posibilidades de individualización para las mujeres provienen de su acceso a lo público, desconociendo que dicho ámbito público no se encuentra exento de relaciones de poder; b) su conceptualización naturalista de la familia nuclear y heterosexual; y c) el no reconocimiento de la división sexual del trabajo como centro de la organización del trabajo en las sociedades de los regímenes capitalistas. En este sentido, sería más preciso sostener que nos encontramos asistiendo a procesos de reconfiguración de las relaciones de género más que a una disolución de estas (Adkins, 2002).

En específico, refiriéndose a las transformaciones en los modos de relación de pareja, para Singly (2003) la principal debilidad de la idea de una “relación pura” es que esta no considera una de las demandas constitutivas del individuo moderno, cual es la necesidad de seguridad ontológica, la que se puede inscribir bajo las formas de lealtad y compromiso a largo plazo, en la demanda de paternidad, y finalmente en las satisfacciones devenidas de la vida en común. Lo que para Singly parece difícil es la transferencia a un modelo unitario, de las diversas maneras en que unos y otros logran encontrar un equilibrio entre la intimidad personal y la intimidad conyugal, entre la independencia personal y la demanda de unión conyugal. En este sentido, en su opinión, en el modelo de la relación pura, todo parece como si la exclusividad sexual, por ejemplo, o el hecho de hacer una determinada actividad en conjunto, es una infracción a la independencia de los cónyuges. En esta perspectiva la fusión es siempre percibida desde el punto de vista de la posible invasión, olvidando, al entender de

Singly, la “otra cara de cualquier relación”, la posibilidad de mantener una relación gracias a la renuncia voluntaria de alguno de sus territorios personales⁶.

Una tercera línea crítica, que se relaciona con la tendencia a homogenizar los procesos sociales de la tesis de la individualización, apunta al reconocimiento de que la individualización contemporánea está atravesada por brutales formas de exclusión y desigualdad. Como ha señalado Melucci (2001), la desigual distribución de los recursos materiales y simbólicos que requiere la individualización constituye una de las fuentes de injusticia y conflicto social más importantes de nuestras sociedades, debido a que, incluso los sectores excluidos del acceso concreto a este potencial de autorrealización están inmersos en un campo cultural que instala como principal valor la libertad y realización personal. En este sentido, estos procesos operan también como un ideal normativo a partir del cual distintos actores establecen demandas de reconocimiento y autorrealización. Así, debemos considerar que los niveles concretos de autonomía y autodeterminación efectivamente alcanzados por las personas no dependen sólo de sus aspiraciones o esfuerzos personales, sino también de su posición diferencial en la sociedad.

Desde una perspectiva empírica, se ha mostrado que los procesos de individualización en Chile se declinan de manera diferencial respecto del género. El Informe de Desarrollo Humano 2010 (PNUD, 2010) señala que las representaciones culturales de las relaciones de género, que operan como orientadores de las prácticas de las personas, se encuentran asociadas a los procesos de individualización. Si bien las mujeres en Chile tienen un menor nivel de individualización que los hombres, la observación a través de los Informes sobre Desarrollo Humano en el tiempo de dicha temática, darían cuenta de un avance acelerado hacia una mayor individualización. En este sentido, los niveles de individualización estarían estrechamente vinculados al tipo de representaciones de género que tienen las personas.

Un ejemplo que expresa el modo en que las relaciones de género se reconfiguran bajo el alero de la modernidad tardía es la articulación entre trabajo y vida personal en la vida de las mujeres. Si bien se reconoce un impacto positivo de la incorporación de las mujeres al

⁶ En este sentido Singly (2003) propone tres distinciones: la intimidad personal –el modelo caracterizado por la “relación pura”–, la intimidad conyugal, y en un punto de equilibrio entre ambas, el “doble interés” (*double respect*).

mercado de trabajo sobre un conjunto de capacidades (desde la generación de ingresos propios hasta el sentimiento de empoderamiento y la capacidad de formular proyectos propios) que dan cuenta de mayores niveles de autonomía personal, confianza en sí mismo y sentimiento de realización personal, en relación a sus trayectorias laborales, se constata que las elecciones realizadas en este campo están fuertemente condicionadas por las necesidades de cuidados de otros en el hogar (crianza de los hijos, oportunidades laborales de sus cónyuges, cuidado de otros familiares) y menos por orientaciones personales o de oportunidad económica (PNUD, 2010); es decir, que continúan primando referentes de género más tradicionales para dar sentido y guiar la acción, los que probablemente deben estar en tensión con referentes más emergentes.

2.4.2 Destradicionalización

Como ya se ha adelantado, la destradicionalización refiere a los modos de “liberación de la agencia de la estructura”. En la medida que las formas de organización tradicionales se van desintegrando, los agentes, reglas, expectativas y formas de autoridad asociadas con la modernidad van perdiendo peso en la regulación de la vida social (Adkins, 2002). Sin embargo, la tesis de un quiebre radical respecto de las formas tradicionales de organizar y la experiencia social y subjetiva contemporánea que sostiene la tesis de la individualización también ha sido criticada tanto por la forma en se conceptualiza en ella la tradición, como por los resultados de investigaciones empíricas que relativizan la relación entre el aumento de la autonomía de los individuos y el desanclaje que ello supone de las fuentes de sentido más tradicionales.

Gross (2005) sostiene que el concepto de destradicionalización es raramente conceptualizado de manera explícita; y que esta referiría, para sus teóricos, a dos procesos distintos pero interrelacionados. En primer lugar, la destradicionalización implica el abandono o la reconfiguración de las tradiciones socioculturales que habían existido anteriormente, por ejemplo, la tradición del matrimonio de por vida como el lugar primordial para la procreación, la tradición de dominación masculina dentro de los hogares heterosexuales ligados a una división del trabajo según el sexo, y así sucesivamente. En segundo lugar, la destradicionalización se referiría a un declive general de la acción tradicional en el sentido weberiano, es decir, un declive de la acción emprendida o justificada en referencia a su

coherencia con la forma en que se hicieron las cosas en el pasado; por ejemplo, una disminución en el grado en que se utilizan las “diferencias naturales” entre mujeres y hombres para justificar las desigualdades de poder en el hogar (Gross, 2005, p. 287). Para Gross (2005) es más correcto sostener que en el mundo en el que vivimos coexisten sentidos tradicionales, modernos y posmodernos (aunque a diferentes ritmos y en diferentes grados). Y, como sostiene Plummer (2015) un problema clave para las sexualidades humanas en transformación en la actualidad es la misma tensión que existe entre esos mundos (Plummer, 2015, p. 41)

Siguiendo con la misma línea argumental, Gross (2005) es crítico de las interpretaciones que consideran la intimidad romántica y/o sexual como el principal eje de destradicionalización de la modernidad tardía. A su juicio, si bien desde la última mitad del siglo XX se han producido cambios sorprendentes en la intimidad y la vida familiar, la noción de destradicionalización tal como se formula en la tesis de la modernización reflexiva no logra dar cuenta de las complejidades y matices con la que estos procesos se expresan. Con el objetivo de lograr una comprensión más refinada, Gross (2005) propone una distinción entre tradiciones “reguladoras” y “constitutivas del significado”. Las primeras implican amenazas de exclusión de diversas comunidades morales; las segundas refieren a los marcos lingüísticos y culturales dentro de los cuales se otorga sentido al mundo. Por ejemplo, si bien la tradición reguladora del “matrimonio para toda la vida” ha disminuido con fuerza en los últimos años, la imagen de la pareja inscrita en esta tradición reguladora continúa funcionando como un ideal hegemónico en muchas relaciones íntimas. La intimidad también permanece anclada a la tradición del amor romántico. El hecho de que estas tradiciones constitutivas de significado continúen desempeñando un papel central en la estructuración de la intimidad contemporánea sugiere que la destradicionalización implica el relativo declive de ciertas tradiciones reguladoras, un punto que cuestiona algunas de las evaluaciones normativas que a menudo acompañan a la tesis de destradicionalización.

En un sentido similar, Carter & Duncan (2018) sostienen que la tesis de la destradicionalización confunde lo que las personas pueden hacer potencialmente con lo que usualmente hacen, y que dicha confusión proviene tal vez de la relevancia que se da a la literatura de autoayuda como fuentes de análisis (en el caso de Giddens), más que de las experiencias de los sujetos. Estos autores afirman que las personas usan, adaptan o incluso

inventan tradiciones en su necesidad de improvisar prácticas familiares en situaciones nuevas o de cambio, en un proceso que llaman de “bricolaje”, es decir, que los individuos toman decisiones y realizan elecciones con lo que tienen a mano. Las tradiciones son necesarias como guías y recursos para la acción, y sus elementos pueden ser a veces cuestionados, adaptados, o descartados. Pero desarrollar una alternativa es mucho más difícil, tanto cognitiva como socialmente. A la base de estas estrategias se encontraría una agencia “consolidada”, formada dentro y no más allá de los lazos con los demás, es decir, que en los procesos de autonomía y tomas de decisión los individuos no se encuentran aislados, sino que se realizan en relación a otros, ya sean otras personas, colectivos o instituciones. Esta agencia relacional, implica negociación y desigualdad. En síntesis, para Carter & Duncan (2018) la destradicionalización también implica re-tradicionalización, y la individualización involucra relacionalidad.

En el mismo sentido, la destradicionalización no necesariamente significa individualización. Si, hasta qué punto y de qué manera, estos dos procesos están conectados sigue siendo para Carter & Duncan (2018) una pregunta empírica. De hecho, aseguran los autores, a veces las cosas tienen que cambiar solo para que otras cosas puedan seguir igual. La normalización del divorcio y la separación es un ejemplo, porque podría decirse que esto ha permitido que la institución del matrimonio sobreviva. El cambio puede, por lo tanto, ser más gradual y parcial de lo que se suele afirmar, o incluso actuar para reforzar la continuidad.

Otra lectura respecto de este desacople respecto de las formas en que la destradicionalización reestructura las relaciones de género, apela a que las representaciones de género tradicionales se encuentran inscritas en las subjetividades en un nivel inconsciente (McNay, 2000). Ello permite comprender, por ejemplo, que la desestabilización de ciertas convenciones en las relaciones de género en un nivel, pueda reforzar aún más patrones convencionales en otro. Retomando el caso de la articulación entre trabajo y vida íntima de las mujeres, es posible observar cómo el hecho de haber entrado masivamente al mercado de trabajo no ha liberado a las mujeres de sus responsabilidades emocionales, produciendo un conflicto entre el “proyecto personal” y el “estar para otros”.

Estas discontinuidades entre comportamientos pre-reflexivos y reflexivos no son, como veremos en el próximo apartado, consideradas en la teoría de la modernización reflexiva, y

dejan al descubierto una concepción de las identidades como modos de identificación simbólica sin consideración por la mediación que tienen en las prácticas corporizadas. De hecho, existen un sinnúmero de aspectos del comportamiento femenino y masculino –como el deseo sexual o los sentimientos maternales– que ponen en cuestión esa visión de la identidad descorporizada. Estos, señala McNay (2000) son resultado de la naturaleza profundamente arraigada de la identidad de género y es también del modo en que el género como distinción simbólica primaria es movilizado para resolver otras tensiones sociales.

2.4.3 Reflexividad

De maneras diferentes, toda teoría de la subjetividad reflexiva busca describir y teorizar el modo en las personas se relacionan consigo mismas. El concepto captura algo sobre el trabajo del self – una suerte de activo biográfico que es importante en la construcción de la identidad y que, por ende, provee de una base para actuar en el mundo. Para Weeks (2011), la sexualidad es un dominio crítico de reflexividad,

La sexualidad es un dominio crítico de reflexividad por su rol simbólico central en las sociedades tardo modernas. Lo erótico puede servir de base para el placer, la autorealización y la intimidad, pero también es fuente de significado: mientras otros bastiones tradicionales de la autoestima se desmoronan, la sexualidad se convierte a menudo en la amalgama en que se sostienen las relaciones y ofrece un ancla contra la deriva (Weeks, 2011, p. 150).

Para Giddens la reflexividad es una forma de racionalidad individual posibilitada por los sistemas de conocimiento experto, tales como las ciencias biológicas y sociales (‘sistemas abstractos’) que “permiten al self (en principio) alcanzar un mayor dominio sobre las relaciones sociales y los contextos sociales reflexivamente incorporados en la de la auto-identidad” (1991, p. 149).

En tanto, para Beck el origen de la destradicionalización no reside en el poder de los sistemas abstractos, sino que a los cambios en las estructuras materiales y las formas de vida que ello posibilita. Beck sostiene que el paso de una primera a una segunda modernidad es un movimiento desde una sociedad basada en sistemas coherentes y estables a una condición de fragmentación estructural, heterogeneidad e inseguridad (como las condiciones de trabajo post-fordistas, la proliferación de distintas estructuras familiares y de hogares). En orden a negociar este ambiente, los sujetos modernos son compelidos a ser reflexivos – para trabajar en si mismos y en sus biografías en orden a crear vidas coherentes en tiempos de inseguridad y rápido cambio social.

A diferencia de Giddens, para Beck “reflexivo” no significa que las personas vivan una vida más consciente, ni se trata de incrementar el autodominio, si no se enmarcaría en lo que Lash (1994, citado en Farrugia, 2013) describe como una “ética de la ambivalencia”. En cualquier caso, si bien Beck señala que la reflexividad no es una racionalidad cognitiva, tampoco explica qué es. Lash enfatiza lo ‘reflejo’ de la reflexividad, argumentando que la reflexividad no se trata de una reflexión crítica, sino de una planificación biográfica fragmentaria en condiciones sociales rápidamente cambiantes.

En la formulación expuesta por Giddens, la auto-reflexividad y la performance del “proyecto reflexivo del yo”, en que la identidad se constituye por un ordenamiento reflexivo de auto-narrativas, resulta clave en la participación en las prácticas contemporáneas de afectividad e intimidad, especialmente alcanzando la “relación pura” y un involucramiento emocional e íntimo igualitario. No serían solo nuevas formas de organización sino la constitución de nuevas formas de socialidad y la emergencia de nuevas formas de vida que se han creado por la retracción de formas estructurales de determinación y el desencadenamiento de la agencia de la estructura (Adkins, 2002).

Esta conceptualización presenta varios límites, tanto de alcance conceptual como político de la reflexividad. En el primer aspecto, se critica a Giddens por su optimismo acrítico y su visión de la reflexividad como racionalidad cognitiva y agencia soberana, así como un voluntarismo en lo que respecta a cuestiones de transformación de las identidades. Su narrativa del cambio social ha sido descrita como “teleología del auto-dominio” (Adams, 2003) en la que sujetos racionales usan la razón para dominar el mundo, haciéndose cada vez más transparentes para sí mismos, y de ese modo, emancipándose de los procesos estructurales (Atkinson, 2007).

En este sentido, Adkins (2002) tomando como referencias las críticas de Lash y McNay, sostiene que la reflexividad no refiere a un sujeto calculador reflejando en el mundo de manera objetiva o realista, sino más bien, siguiendo la línea de Bourdieu de un “saber” que está situado en el mundo, en el que la reflexividad concierne a una reflexión de las categorías no-pensadas o inconscientes de nuestro pensamiento, que se inscriben en nuestras prácticas y hábitos (*habitus*). No se trataría, desde esta perspectiva, de una relación de monitoreo entre sujeto–objeto, sino de una relación hermenéutica, en el que las categorías no pensadas no son

simples causas de la reflexividad sino que son hermenéuticamente interpretadas. Son los fundamentos ontológicos de la acción consciente.

En el segundo aspecto, de alcance político, la idea de sujeto reflexivo e individualizado que se libera de los constreñimientos atávicos, daría pie a una interpretación en la cual los mandatos de género tenderían a la disolución, a un plano de democratización e igualdad que borraría las jerarquías y relaciones de dominación en el género y en la sexualidad. En este sentido, Farrugia (2013) apunta que, al carecer de una teoría del sujeto, la teoría de la modernización reflexiva no presta atención a la manera en que las subjetividades reflexivas se relacionan con las estructuras sociales y considera la reflexividad como un fenómeno homogéneo, obscureciendo cualquier diferencia entre el significado y las consecuencias de la reflexividad para sujetos de diferente posición.

Retomando nuevamente el concepto de reflexividad en perspectiva del habitus bourdieano, Adkins (2002) siguiendo a McNay entiende que la emergencia de la reflexividad está ligada a la diferenciación social, y particularmente a las tensiones y a los conflictos constitutivos de un determinado campo. “Más que una capacidad universal y generalizada, la reflexividad es una manifestación irregular dependiente de la configuración de relaciones de poder” (McNay, 1999 citada en Adkins, 2002, p. 47, traducción nuestra).

En general, los críticos sostienen que el concepto de reflexividad promueve una visión de las subjetividades producidas libres de constreñimientos sociales, imponiendo una visión de mundo homogénea que es ciega a los modos en que las subjetividades se construyen socialmente (Skeggs, 2004, citada en Farrugia, 2013). Si las teorías de la reflexividad quieren contribuir a la comprensión sociológica de las subjetividades, tienen que hacerse cargo de la relación entre los fundamentos reflexivos y pre-reflexivos de la identidad que son modeladas por relaciones sociales mayores.

3. La sexualidad como objeto sociológico

La idea de la sexualidad como artefacto social (Minello, 1998) puede parecer bizarra para el sentido común. Tan vinculada a las disposiciones del cuerpo, a los vínculos, los afectos, a los modos en que nos pensamos a nosotros mismos, no es extraño que cualquier aproximación que sitúe la sexualidad en el ámbito de lo natural haga sentido al común de las personas, cuando ésta es experimentada como una fuente de expresión de lo íntimo, de lo personal, de lo individual. Si por una parte, la sexualidad refiere a una de las facetas más básicas de la vida humana, la cuestión más natural sobre nosotros, la “verdad de nuestro ser” como señaló Foucault, a su vez refiere a mitos y tabús históricos fuertemente impregnados por significados culturales específicos. En este último sentido, la sexualidad aparece más como producto de la historia y de la mente que del cuerpo. Como señala Padgug ([1979] 2007) la sexualidad es un concepto incómodamente suspendido entre lo biológico, lo social y lo psíquico.

Situada en esta multiplicidad, la sexualidad no es una realidad objetiva y delimitada que pueda vincularse de manera unívoca a una función biológica o a una institución social responsable de administrarla o regularla. Del mismo modo su pertenencia a la esfera de lo privado se tensiona con aspectos de otras esferas de lo social.

Las dualidades no son absolutas, ya que quienes creen en ellas tienen la certeza de que aunque la sexualidad pertenece a una esfera privada identificable, se desliza, legítimamente o, más generalmente, ilegítimamente, en otras esferas también, esferas que de otro modo serían definitivamente desexualizadas. La sexualidad aparece al mismo tiempo como estrecha y limitada, y como universal y ubicua. Su papel se sobreestima como el núcleo mismo del ser y se subestima como una realidad meramente privada (R. A. Padgug ([1979] 2007), pp. 19–20).

La centralidad de la sexualidad como núcleo de la constelación del yo es una idea moderna, la cual se va configurando en el devenir del conjunto de grandes transformaciones de la modernidad, como son el movimiento hacia la secularización de las sociedades, la emergencia de nuevos saberes y disciplinas bajo el alero de la ciencia moderna (Foucault, 1998), una progresión de los límites entre el individuo y la comunidad que asienta nuevas formas de relación del sujeto consigo mismo y con los demás –nuevas formas de intimidad– (Elias, 2009). Es en este complejo movimiento que emerge el sujeto sexual moderno, cuya

experiencia se forja en el entramado entre la inquietud de sí mismo y la sociedad (Weeks, 1998a,b).

El término sexualidad es producto de definiciones y ordenamientos sociales de la vida erótica, abarcando todos los deseos, prácticas, relaciones e identidades consideradas como sexuales y/o eróticas. Si parece un término escurridizo y fluido es porque aquello que es considerado erótico y/o sexual no tiene de manera alguna un significado fijo, depende de las definiciones sociales, que además son contextual e históricamente variables (Jackson, 2006; Jackson & Scott, 2010a). Como señala Bozon (2001a) tiene una “geometría variable”, cuya variabilidad ha tendido a aumentar, tanto en sus acepciones científicas –conforme se multiplican los saberes y disciplinas que se interesan por dar cuenta de ella–, como en las definiciones personales propias de los actores –vinculadas tanto a la variabilidad de contextos locales como a los procesos de individualización y destradicionalización de las sociedades contemporáneas.

Para precisar entonces lo que implica pensar sociológicamente la sexualidad dentro de este cúmulo de ambigüedades, sostenemos que, en primer término, significa comprender la sociedad como principio productivo de las conductas sexuales y sus significaciones, y no como principio de coerción o represión de las mismas (Bozon, 2001a); en segundo término, es abordar las relaciones sociales involucradas en ella, así como los sentidos con que los individuos dotan dichas relaciones (Minello, 1998); por último, es entender que lo no sexual construye lo sexual, y que las evoluciones de la sexualidad deben ser interpretadas en función de la evolución de los contextos sociales y culturales en que se inscriben (Bozon, 2001a).

Respecto del conjunto de las relaciones sociales en que la sexualidad se configura, el género tiene un lugar fundamental. Las conexiones entre ambos términos son complejas y su más evidente vínculo, la institucionalización de la heterosexualidad, aunque los aspectos generizados de la sexualidad no pueden reducirse al binario heterosexualidad/homosexualidad (Jackson, 2006). Dedicamos los capítulos siguientes a la exploración de esta compleja relación, primero presentando las tesis centrales y los debates internos que constituyen la teoría de género, para posteriormente reflexionar sobre las articulaciones de la sexualidad y el género, y sobre la heterosexualidad, como norma y como práctica e identidad.

Las evoluciones de la sexualidad han tenido desde el último cuarto del siglo XX una marcha acelerada. Se trata de transformaciones profundas en las prácticas, las representaciones sociales, las orientaciones normativas, la construcción de las identidades sexuales que han ido en paralelo y se vinculan con transformaciones en las relaciones de género, en la constitución de las familias y en las parejas, entre otras. Como nos interesa explorar en esta tesis, se vinculan con cambios más amplios en los modos en que los individuos en las sociedades contemporáneas se enfrentan a la pluralización de discursos, saberes y orientaciones normativas de manera más individualizada. Una perspectiva sociológica de la sexualidad se orienta a comprender que más que un relajamiento de las regulaciones sociales en este dominio, se trata de una complejización creciente de la construcción social de la sexualidad. Como señala Bozon,

Ningún contacto sexual, por simple que sea, es imaginable fuera de los marcos mentales, los marcos interpersonales y los marcos histórico-culturales que construyen su posibilidad. La eventual transgresión no implica la ignorancia de dichos marcos, sino tan solo revela una forma particular de usarlos (Bozon, 2001a, p. 5).

El presente capítulo está dedicado a presentar los fundamentos de una perspectiva sociológica de la sexualidad que permita comprender las transformaciones de la sexualidad en la sociedad chilena contemporánea, en la compleja relación entre los individuos y las normas. Para el abordaje de esta tarea proponemos el concepto de orientaciones íntimas, que son “lógicas sociales de interpretación y de construcción de la sexualidad, es decir, las maneras de definir las y usarlas, que se expresan tanto en las representaciones y normas culturales como en los modos de interacción entre las parejas y los afectos relacionados con la sexualidad” (Bozon, 2001b, p.11, traducción nuestra)

Comenzamos dando cuenta de los enfoques que han primado en los abordajes sobre sexualidad. Distinguimos dos enfoques predominantes, los nativistas o esencialistas –en los que se encuentran la sexología, el psicoanálisis y la sociología anterior a 1960, la antropología clásica– y los enfoques socioconstruccionistas. Estos primeros son relevantes, no solo porque a partir de su crítica se ha cimentado la propuesta sociológica que buscamos defender, sino porque en cuanto saberes en circulación, estas han tenido y tienen una importante influencia en las representaciones sociales de la sexualidad. Respecto del socioconstruccionismo, repasamos los aspectos de convergencia de las teorías que se inscriben bajo este amplio enfoque, y en especial, relevamos los aportes de sus principales

referentes, el filósofo Michel Foucault y los sociólogos John Gagnon y William Simon, en sus confluencias y diferencias. Por último, presentamos el concepto de orientaciones íntimas que guía la presente tesis.

Antes de continuar con el capítulo, consideramos la observación realizada por Jackson & Scott (2010a) quienes distinguen entre el uso de los vocablos sexualidad y sexualidades. Su uso en singular –del modo en que es usado preferentemente en esta tesis– enfatiza su tratamiento como esfera de lo personal y social y como campo de investigación sociológica. En tanto el término sexualidades –más en boga– apunta a reconocer las prácticas individuales, identidades y estilos de vida sexuales relevando y legitimando su diversidad. A pesar de validar la multiplicidad de formas que puede tomar la vida sexual, se limita a los asuntos de prácticas e identidades, restando atención a la exploración de un orden social más amplio de la sexualidad, en particular de la centralidad del género y la heterosexualidad institucionalizada como ejes organizadores de la vida sexual y que conectan la sexualidad con aspectos no sexuales de la vida social.

3.1 Naturaleza vs. Cultura: sitios de producción de la sexualidad en conflicto

Si bien como señala Weeks (1998a) las cuestiones relativas a los cuerpos y a la sexualidad han ocupado un lugar central en las preocupaciones occidentales desde hace larga data –la antigua retórica de la carne y el pecado fue materia preferente de la filosofía moral y de la religión–, a partir del siglo XIX es particularmente abordada por la medicina y la psiquiatría, configurando un dominio científico específico, la sexología, que tiene por misión conocerla, dominarla, objetivarla y hacer emerger su verdad (Parker & Gagnon, 1995; Weeks, 1998a,b). La sexología, se define así, como la *scientia sexualis* por excelencia. Sin embargo, el interés por la sexualidad no fue indiferente a las nacientes disciplinas de las ciencias sociales. La antropología, la sociología, la psiquiatría y la psicología emprendieron sus propias agendas de indagación, y en el caso del psicoanálisis, fue el fundamento de todo su entramado teórico. Es probable, que la teoría social haya sido la más reticente a esta indagación, convirtiéndola en un tópico de discusión y debate central solo en el ocaso de los años 1960 y su “revolución sexual” (Elliot, 2009). Una opinión similar sostienen Connell & Dowsett ([1992]2007) quienes argumentan que si bien con anterioridad a este periodo hubo una producción

importante en materia de investigación social respecto de la sexualidad, su teorización fue insuficiente.

3.1.1 La sexualidad como naturaleza a dominar: nativismo, naturalismo y esencialismo

Diversos autores coinciden en datar desde la mitad del siglo XIX hasta la década de los setenta del siglo XX (Parker & Gagnon, 1995; Weeks, 1998a), la emergencia en los discursos técnico-científicos de concepciones sobre la sexualidad ancladas en las nociones de impulso, pulsión e instinto, comprendidas como fuerzas naturales de inmenso poder que, por definición, se oponen a la civilización y a la cultura.

Connell & Dowsett ([1992]2007) sostienen que en la base de nuestro pensamiento cultural occidental sobre la sexualidad está la suposición de que un patrón dado de sexualidad es nativo a la constitución humana. Muy cercano a lo que otros llaman “esencialismo”, llaman a esta posición “nativismo” para enfatizar la suposición sobre el origen. Ya sea establecido por Dios, alcanzado por la evolución o establecido por las hormonas, la suposición nativista es que la sexualidad es fundamentalmente pre-social. Cualquier cosa que haga la sociedad, en sus intentos por controlar, canalizar o restringir, no puede alterar los fundamentos de la sexualidad.

Krafft-Ebing y Havelock Ellis, a fines del siglo XIX e inicios de XX respectivamente, son señalados como pioneros de una aproximación científica a la sexualidad, quienes se interesaron por describir el comportamiento sexual humano. Esto llevó a una creciente categorización y definición de patologías sexuales, con una variedad de neologismos y taxonomías. Su interés por lo patológico dio nueva luz sobre lo normal, buscando el estudio de las características que definirían con precisión los límites y diferencias entre hombres y mujeres (Weeks, 2011).

En el marco de la sociología, se desarrollaron grandes estudios liderados por Alfred Kinsey, cuyo foco era la cuantificación de la conducta sexual. A partir de los resultados de sus encuestas, realizadas en la década de 1950, Kinsey propone comprender el comportamiento sexual como un eje en cuyos polos se sitúan a manera de opuestos las prácticas exclusivas con personas del sexo opuesto y aquellas exclusivas con personas del mismo sexo, observando que la mayoría de las personas al llegar a la adultez se sitúa, no en los extremos

sino que en algún punto intermedio de dicho eje. De este modo, y a pesar de las críticas realizadas a la insuficiencia metodológica de sus encuestas, esta propuesta tuvo por objeto abrir el abanico de lo considerado como comportamiento “normal”, proponer la idea de que no habría categorías sexuales discontinuas y que las prácticas sexuales pueden ser contingentes a las realidades sociales. Por ejemplo, un hombre que en su vida no ha tenido relaciones exclusivamente con mujeres, sino que también con hombres (por ejemplo en contextos particulares, como la prisión, la guerra o bien como parte de su exploración adolescente) no se identifica necesariamente como bisexual, sino que se piensa a sí mismo como heterosexual. Estos tuvieron eco en otros países desarrollados donde se llevaron a cabo estudios similares.

El psicoanálisis ubica a la sexualidad humana como fuente primaria de la organización de la sociedad y de la cultura. La teoría freudiana comprende la psiquis como poblada de deseos en reprimidos y en conflicto. Un modelo del yo que lucha con sus pulsiones sexuales de lo inconsciente por un lado, y las demandas de moderación y negación que surgen del superyo (Elliot, 2009). Su teoría estaría atravesada por la tensión entre lo biológico y lo cultural: por una parte, pulsiones innatas y la distinción anatómica entre lo sexos, por otra, el desarrollo sexual se localiza en el contexto social particular de la familia. El instinto o libido no se encuentran orientadas de manera innata hacia la heterosexualidad genital y procreativa, sino hacia placeres polimorfos. Un tema constante en su obra es la tensión entre una sexualidad pre-social y los requerimientos de la civilización, que requiere la contención y canalización de las pulsiones para su existencia, con costos individuales como la infelicidad y la neurosis, pero que son ineludibles para la tarea de convertirse en miembro funcional de la sociedad.

La influencia del psicoanálisis se renueva en la relectura marxista radical de la teoría freudiana en la obra de Reich (1951) y Marcuse (1956, 1964) (citados en Elliot, 2009), quienes sostienen que la represión es producto del capitalismo y la ética del trabajo, y que la liberación de la sexualidad es parte de la lucha política contra el capitalismo y su sistema de explotación.

A partir de la década del sesenta el desarrollo que realiza Lacan a partir del estructuralismo y la lingüística de Saussure, plantea un giro al psicoanálisis. La tesis lacaniana central es que el inconsciente se encuentra estructurado como un lenguaje, y que “ese lenguaje que domina

el psiquismo es el de la sexualidad –de fantasías, sueños, deseos, placeres y ansiedades” (Elliot, 2009, p. 430). Su influencia se extiende –además de a la teoría cultural y social en general– a los posteriores desarrollos de la teoría feminista y de las teorías postestructuralistas y queer, en sus intentos por comprender la subjetividad, y ciertas identidades políticas como configuraciones de deseo y poder particulares.

En términos culturales, el peso del psicoanálisis en las representaciones modernas y contemporáneas de la sexualidad es de la cultura terapéutica (Elliot, 2009; Illouz, 2010). Los constreñimientos o negaciones de la sexualidad son percibidos como dañinos en términos emocionales y sociales. La idea de una identidad personal que se forja en el devenir de relaciones particulares, especialmente con la familia en la infancia, ha favorecido un interés creciente en “la historia secreta del yo” (Elliot, 2009).

Los estudios antropológicos de la primera mitad del siglo XX toman un interés particular por atender a las distintas formas de organización de las relaciones sexuales en las culturas observadas. Estos tienen un impacto importante en señalar la variabilidad cultural de las relaciones, identidades y prácticas relativas a la sexualidad, aunque no cuestionan la premisa básica de que la sexualidad es una fuerza natural que es gestionada de maneras diversas por las fuerzas de la sociedad y la cultura.

La sexología se configura con los estudios sobre sexualidad humana de la dupla formada por William H. Masters y Virginia Johnson, ginecólogo y psicóloga respectivamente. Alojados en los laboratorios de la Universidad John Hopkins observan un área hasta ese entonces inexplorada: el estudio clínico exhaustivo (observación, descripción y medición) de los actos sexuales mismos. El producto de dicho estudio es el desarrollo de un modelo de respuesta sexual humana y modelos clínicos de intervención, cuyas bases son, hasta hoy, operadas por psicólogos y médicos, constituyéndose en uno de los pilares fundamentales de la comprensión psicológica de la sexualidad (Barrientos, Palma & Gómez, 2014).

Con ciertos matices, estos especialistas de diferentes disciplinas, convergían en la idea de que si la ciencia era capaz de construir teorías sobre la sexualidad, revelando su naturaleza, la humanidad podría beneficiarse de un mayor equilibrio entre individuo y sociedad, así como de la posibilidad de establecer relaciones sexuales naturales y saludables (Paiva, 2008).

En la actualidad la psicología evolutiva y las neurociencias continúan esta tradición, y, se constituyen en el *mainstreaming* de la investigación en sexualidad. Si bien reconocen el valor de lo social como moduladora del comportamiento sexual humano, sitúan como base de indagación la biología. Como señala Johnson (2015), más que la pregunta epistemológica por las bases de la sexualidad humana centrado en el debate biología versus sociedad, lo que es interesante relevar es el carácter ético de las preguntas que sostienen sus programas de investigación. En un primer tiempo su interés (especialmente en la psiquiatría, la psicología forense y la sexología) era develar las causas, conocer la etiología que estaba a la base del comportamiento y la identidad sexual. Entender qué sucedió –ya fuera por mérito de la herencia, de mutaciones genéticas, de cambios hormonales que afectan el sistema nervioso, en las relaciones significativas de la primera infancia, en los procesos de identificación o en el Complejo de Edipo– para que una persona llegue a desarrollar una identidad y unas prácticas particulares. Estas aproximaciones podrían tener una respuesta coercitiva: al conocer sus orígenes podrían también aplicarse correctivos que permitieran la normalización de las conductas (como es el caso de las conocidas “terapias reparativas”). Pero también han sostenido posturas afirmativas de la sexualidad: sostenida en la naturaleza, la diversidad sexual no es una opción ni un estilo de vida. Por ejemplo, las investigaciones sobre el “cerebro gay” de Simon Le Vay (citado en Johnson, 2015) –a pesar del cuestionamiento metodológico a sus procedimientos– tuvieron una amplia aceptación en las comunidades y movimiento homosexual, pues legitimaba la homosexualidad como una formación propia de la naturaleza humana. Así también desde la psicología del desarrollo se ha buscado entender los procesos de adquisición de la identidad sexual, formulando modelos de etapas cuya intención es generar guías clínicas de apoyo y contención para quienes requieren hacer un tránsito sexual o de género, o bien, un *coming-out* respecto de su identidad sexual.

Así mismo, las contribuciones del paradigma sexológico para el cambio social fueron naturalizar el placer en el mundo de tradición judeo-cristiano, legitimar la sexualidad con independencia de la reproducción –separación que la introducción de las tecnologías anticonceptivas profundizaron y masificaron–, así como describir la prevalencia mayor e insospechada de ciertas actitudes y prácticas sexuales (Paiva, 2008). Si bien esta idea tiene el valor de introducir una legitimidad a la sexualidad, reconocida como parte de la naturaleza humana y sometida a ser desarrollada como otros aspectos de la vida personal, es

problemática por cuanto determina y reduce las posibilidades de comprender las relaciones entre sexualidad y sociedad en las complejas tramas de su organización social y cultural, así como del carácter productor de la última respecto de la primera, sosteniendo una visión principalmente esencialista de la sexualidad.

En síntesis, una aproximación de estas características no se encuentra exenta de nudos problemáticos. En primer lugar, bajo el supuesto de que la condición sexual sería previa al orden social, la tarea que le corresponde a la sociedad es de canalizar o reprimir la expresión del impulso sexual (Parker & Gagnon, 1995). En términos del individuo, la sexualidad sería un atributo biológico y/o psicológico, expresado como cuerpo y como identidad, y la sociedad sería sólo un contexto, un medio para el aprendizaje de formas civilizadas de vivir y convivir en la sexualidad. En segundo lugar, la sexualidad estaría configurada dicotómicamente, como sexualidad femenina y como sexualidad masculina, las cuales se piensan como complementarias entre sí, además de universales y comunes; negando, por una parte, la diversidad histórica y cultural de la experiencia sexual, así como reforzando estereotipos de género y restringiendo a la heterosexualidad como única manera legítima y posible de vivir la sexualidad. Por último, al sostener que seríamos sexuados en todas las dimensiones de la vida, el sexo aparece como un hilo organizador de todas las relaciones humanas, lo cual otorga un carácter natural a relaciones que son de carácter social y cultural, como son las relaciones de género.

3.1.2 La sexualidad como construcción social

A partir de la década de los setenta, y como parte del giro lingüístico o cultural, surgen perspectivas críticas en relación al tratamiento de la sexualidad. Es el reconocimiento de lo social como constitutivo de las normas y sentidos que dotan de inteligibilidad a la experiencia. Bajo el alero de la noción de construccionismo social, se albergan diversas maneras de comprender lo que se construye y cómo es construido: una variabilidad de posiciones disciplinarias, las cuales, a pesar de sus diferencias, han tenido una notable influencia para pensar sobre la emergencia y sentidos de los significados, las categorías y las identidades sexuales. Las declinaciones disciplinarias de la construcción social de la sexualidad han sido discutidas en la antropología por Vance ([1990] 2007), en la sociología

Connell & Dowsett ([1992] 2007), Brickell (2006), en la historia por Weeks (2011), y en la psicología por Johnson (2015).

Como es ampliamente reconocido es posible identificar múltiples influencias y desarrollos disciplinares en esta aproximación teórica (Vance ([1990] 2007, Weeks 1998a, 2011; Beasley, 2005). Desde la sociología, los aportes del interaccionismo simbólico, la etnometodología y la dramaturgia (especialmente de Erving Goffman) relevaron la importancia de la interacción social y el lenguaje en el modelamiento de los significados simbólicos y de la construcción social de la realidad. De la antropología social, se deriva el reconocimiento de la variabilidad y relatividad de culturas sexuales, así como de la heterogeneidad existente al interior de las mismas. La nueva historia social, que comienza a ocuparse de áreas ignoradas por la historia hasta hace algunas décadas, como son los asuntos relativos a la vida privada y a la intimidad. El postestructuralismo aporta en la desestabilización y problematización de las estructuras y significados establecidos. Por último, los movimientos sociales, especialmente el feminismo y los movimientos homosexuales, que han cuestionado la subordinación femenina y apelan a deconstruir la heteronormatividad.

A pesar de la variabilidad disciplinar y teórica, estas perspectivas comparten algunas premisas básicas o principios:

En primer lugar, una aproximación socio-construccionista de la sexualidad comprende la sociedad como principio productivo de las conductas sexuales y sus significaciones, y no como principio de coerción o de represión del mismo.

En segundo lugar, dado que se asume que los significados sociales modelan la sexualidad se atiende a una definición más amplia de lo que es la sexualidad, no restringiéndola a las prácticas sexuales o a las identidades u orientaciones sexuales, sino que interesándose también por los aspectos cotidianos del comportamiento y las interacciones sexuales.

En tercer lugar, resisten las nociones –propias de enfoques esencialistas– que reducen la orientación sexual a una cuestión de “verdad del sujeto” o bien asumen que el desarrollo de la sexualidad va de la mano con la identidad sexual.

En cuarto lugar, resiste a los análisis de la sexualidad que categorizan las conductas sexuales en categorizaciones estables, y prefieren comprender la sexualidad humana a través de

modelos complejos de variación de la sexualidad más que en términos de patologías o de perversión sexuales.

Desde la perspectiva del socioconstruccionismo el término sexualidad no designa una esfera constituida propiamente tal, sino una construcción sociocultural e histórica, que estructura una relación entre prácticas físicas, significados y relaciones específicas entre las personas que tienen base en el cuerpo y el sexo (Weeks, 1998b). Ello en contraste con un enfoque esencialista de la sexualidad que considera que la sexualidad es un atributo, una esencia o verdad interna a los sujetos que opera cómo un esquema básico y uniforme, decretado por la naturaleza humana misma, marco en el que como ya vimos, opera el paradigma sexológico (Weeks, 1998a). Refiere a una configuración de deseo, sexo y género, que organiza las formas del erotismo y de la reproducción, así como las relaciones y los contextos en que éstos se manifiestan. Al constituirse a la vez en una experiencia personal e histórica, su construcción y su transformación se realizan en el proceso mismo en que se construye y se transforma la realidad social.

La sexualidad no es un dominio unificado. Es conformada y reconformada en el contexto de relaciones de poder. A su vez, el poder no opera mediante mecanismos simples de control, lo hace a través de mecanismos complejos y superpuestos – y frecuentemente contradictorios – que generan dominación y oposiciones, subordinación y resistencias. Entre las estructuras de dominación y subordinación en el mundo occidental más relevantes son las de clase, género y de raza (Weeks, 1998a, p. 193).

La sexualidad –como dominio de la experiencia corporal y social producida por discursos, normas y prácticas normativas en constante cambio que operan donde el deseo, el comportamiento, la identidad y el poder institucional se encuentran– es una cuestión de cuerpos, placeres y poder a la vez. Es un dominio de poder, pero en el que las normas de género siempre están en juego, aunque de manera diferente en diferentes contextos (Corrêa, Petchesky & Parker, 2008, p.7)

Brickell (2009) indica tres dimensiones en las que el poder opera en relación a la sexualidad: el poder como constitutivo, como regulatorio y como desigual. Primero, como conjunto de fuerzas, el poder constituye los significados que damos al mundo sexual, las formas en que vivimos esos significados y las formas en que ensamblamos nuestras identidades. Segundo, el poder es regulatorio: ubicado institucionalmente en distintas escalas, permite, restringe y moldea nuestra relación con la sexualidad. Tercero, el poder es un agente de desigualdad.

Privilegia algunos actores y grupos, margina y domina otros. Brickell (2006) señala que estas dimensiones son construcciones de primer orden y de segundo orden, es decir, reflejan las experiencias de la vida cotidiana de las personas, así como el análisis académico.

3.2 Principales aproximaciones teóricas en el campo de estudio social de las sexualidades

El surgimiento en el siglo XIX, del propio término de sexualidad para significar la cualidad de ser sexual y de las primeras disciplinas que la tuvieron como objeto son testimonio de la emergencia de una subjetividad y un sujeto modernos que estuvo acompañada por la autonomización de un dominio de la sexualidad distinto del orden tradicional de la procreación. La represión progresiva de las funciones corporales y de las emociones en el devenir del proceso civilizatorio, el aumento de la reserva y la distancia entre los cuerpos y la aparición de una esfera íntima protegida y apoyada en fuertes relaciones interpersonales (Elias, 2009) vinculada a una voluntad de saber y a un deseo de interpretar los movimientos secretos del cuerpo (Foucault, 1998). Así, las trayectorias y las experiencias sexuales, ampliamente diversificadas en nuestros días, se convirtieron en uno de los principales fundamentos de construcción de los sujetos y de la individualización.

La sexualidad, en las sociedades contemporáneas occidentales, se encuentra configurada en la articulación de dos grandes inquietudes: nuestra subjetividad (qué y quiénes somos) y nuestra sociedad (Weeks, 1998a, p.188).

Para Vance ([1990] 2007) la sexualidad se refiere a la construcción histórica, en la modernidad, de una dimensión interna de los sujetos profundamente relacionada con un modelo particular de construcción de la persona, en la cual la interiorización e individualización son trazos modeladores de la subjetividad. Sin embargo, como señala Heilborn (1999) aunque haya un movimiento general de las sociedades modernas, ciertos segmentos están más expuestos a la lógica cultural de la modernidad, en tanto que otros, compartirán de manera distinta esos códigos hegemónicos.

Si bien desde la década de los noventa ha habido interesantes en el campo de estudio de las sexualidades de la mano de propuestas enmarcadas en el postestructuralismo y las teorías queer –desarrolladas a partir de la obra de Michel Foucault– estas se han centrado en los aspectos culturales e identitarios de la sexualidad, desestimando algunos de los desarrollos

conceptuales previos que fueron pioneros en sostener una crítica radical a las concepciones esencialistas de la sexualidad y en pavimentar una lectura propiamente sociológica concernida con sus aspectos más mundanos y cotidianos. En efecto las teorizaciones de Michel Foucault y de los norteamericanos John Gagnon y William Simon, contemporáneos en sus planteamientos, pero desde perspectivas disímiles, informadas por el postestructuralismo y el interaccionismo simbólico respectivamente, proveen de elementos fundamentales para la comprensión social contemporánea de las sexualidades. A continuación, atendemos a sus aspectos más destacados.

3.2.1 Michel Foucault y el *dispositivo de sexualidad*

Un aporte fundamental a la concepción socioconstruccionista de la sexualidad es la que Foucault realiza en su proyecto por escribir una *Historia de la sexualidad* (1998). Ésta sería una historia de nuestros discursos acerca de la sexualidad, a través de los cuales la sexualidad es construida como un saber que conforma las maneras en que pensamos y entendemos el cuerpo. La experiencia de la modernidad occidental no radicaría en un régimen de represión de la sexualidad o de inhibición (la hipótesis represiva), sino, por el contrario, como una incitación constante e históricamente cambiante a producir discursos sobre el sexo. Esta explosión discursiva formaría parte de un creciente y complejo dispositivo de control sobre los individuos, no basado en la prohibición o en la negación, sino en la producción e imposición de una red de definiciones sobre las posibilidades del cuerpo.

Siguiendo a Foucault (1998), la sexualidad es un dispositivo histórico desarrollado como parte de una compleja red de regulaciones sociales que organizan y conforman los comportamientos y cuerpos individuales. La sexualidad no puede actuar como resistencia al poder, puesto que “el dispositivo de sexualidad no tiene como razón de ser el hecho de reproducir, sino el de proliferar, innovar, anexar, inventar, penetrar los cuerpos de manera cada vez más global” (Foucault, 1998, p. 130).

El estudio del dispositivo de sexualidad está ligado estrechamente con el análisis de lo que Foucault llama la sociedad disciplinaria, la cual es característica de las formas modernas de regulación social de una sociedad de vigilancia y control. Se trata de una exploración histórica de la sujeción en términos tanto de la creación de un sujeto como de la internalización del control normativo en lo más profundo de la subjetividad. Parte del aporte

que hace a los estudios de sexualidad, es su reelaboración de la teoría del poder, que es conceptualizado no como una fuerza negativa, que opera en base a constreñimientos restrictivos, prohibitivos, excluyentes o castigadores (como en su forma jurídica) sino como una fuerza positiva, pervasiva, normativa, internalizada, y por ende creadora, del sujeto.

Esta reelaboración del poder es simultáneamente una demostración de cómo el sujeto es producido por los complejos saber/poder de la historia, y particularmente de cómo los sujetos sexuales en las sociedades modernas son construidas desde su obsesiva búsqueda de cada vez mayor conocimiento sobre sus “yo sexuales esenciales” más íntimos, siendo ese aspecto el más resistente a explicarse a través del discurso (Evans, 1993).

La voluntad de saber de la modernidad, la creciente inquietud de atribuir un status y clasificación a todo, alcanza precisamente a la sexualidad, que suele ser comprendida como epítome de lo personal, lo misterioso y lo natural, la más importante fuente de identidad de los sujetos modernos, y por ello, el medio fundamental de su sujeción.

Foucault identifica cuatro conjuntos estratégicos que vinculan entre sí cierta variedad de prácticas sociales y técnicas de poder en Occidente, desde el siglo XVIII. En conjunto, éstos forman mecanismos de poder y saber específicos, centrados en el sexo. Su dominio se despliega en torno a la sexualidad de la mujer, la sexualidad de los niños, el control de los comportamientos reproductivos y el señalamiento de las perversiones sexuales como problema de patología individual. En el curso del siglo XIX, tales estrategias produjeron, dentro de los discursos reguladores, cuatro figuras a ser observadas: la mujer histérica, el niño masturbador, la pareja legal que usa anticonceptivos y el “pervertido”, especialmente el homosexual.

El argumento es significativo, sobre todo, porque se opone a una creencia según la cual la regulación social como medio de control actúa sobre ciertas formas preexistentes del ser, y afirma que la creación de posiciones subjetivas alrededor de tales actividades, constituye un fenómeno histórico.

3.2.2 La teoría de los guiones sexuales de William Simon y John H. Gagnon

La teoría de los guiones sexuales elaborada por John Gagnon y William Simon, se desarrolla en la emergencia del constructivismo social en la sociología de fines de la década de los

sesenta e inicios de los setenta. La inquietud por aportar a una nueva conceptualización de la sexualidad nace en parte de la crítica de los autores a los desarrollos teóricos que hasta la década de los setenta eran indiferentes a los dramáticos cambios en los patrones y las estructuras de la vida cotidiana que se venían experimentando desde el último medio siglo y al impacto que éstos pudieran tener en los procesos de desarrollo individuales (Simon & Gagnon, 1984). Su interés radicaba en movilizar la discusión proponiendo una aproximación que permitiera considerar la sexualidad humana en modos que fueran sensibles tanto a la comprensión del proceso socio-histórico como a la necesidad de preservar un sentido individual de las experiencias de vida.

Uno de los principales méritos de dicha conceptualización es la crítica a la sexualidad como un dominio propiamente biológico, así como al naturalismo y esencialismo que primaba en los estudios de sexualidad en aquella época. Lo interesante es que no se trata de postular la preeminencia de una fuerza sobre otra, es decir, no es que lo social reprima o module lo biológico, expresado individualmente en instintos, impulsos o pulsiones, sino que critican la idea misma de represión, anticipándose a la crítica de la *hipótesis represiva* de Foucault ([1978] 1998). Esta crítica tiene como su consecuencia más relevante el permitir una conceptualización positiva de lo social, es decir, concibe lo social como productor de la sexualidad, más que como un molde que module o modifique algo del orden de los instintos sexuales innatos, y con ello, propone un nuevo lugar para comprender la sexualidad al localizarla en la mundanidad de la vida cotidiana.

Para estos autores los actos, los sentimientos y las partes del cuerpo no son sexuales en sí mismas, sino que solo llegan a constituirse como tales a través de la aplicación de guiones socioculturales que los dotan de significación social (Simon & Gagnon, 1984). El concepto de guiones sexuales alude a metáforas para conceptualizar la producción de comportamiento dentro de la vida social. Como señalan los autores, incluso la más convencional de las secuencias eróticas derivan de un complicado conjunto de significados simbólicos superpuestos, que pueden no ser los mismos para cada participante de la misma *puesta en escena* sexual. En este sentido, los guiones deben entenderse como improvisaciones fluidas que involucran procesos continuos de interpretación y negociación entre los sujetos (Simon & Gagnon, 1984).

La perspectiva de los guiones sexuales se declina en tres dimensiones. Los *guiones interpersonales*, que se focalizan en la interacción con otros, los *guiones intrapsíquicos*, que aluden al dialogo reflexivo interno del individuo, y los *guiones o escenarios culturales*, referidos a las narrativas culturales que se construyen alrededor de la sexualidad⁷. Estos tres aspectos analíticamente diferenciados, pero interrelacionados entre sí, lo cultural, lo interpersonal y lo intrapsíquico, permitirían un análisis más balanceado de cómo los guiones sexuales emergen, evolucionan y cambian, y de cómo son sostenidos cultural, interpersonal y subjetivamente, al tiempo que reconoce la capacidad de agencia y de variabilidad individual, pero sin asumir una postura voluntarista del individuo (Jackson & Scott, 2010b).

Desde esta óptica el deseo y la conducta sexual son sociales, y se encuentran insertos en patrones más amplios de socialidad. Uno de los aportes más críticos de este énfasis en la cotidianidad de la sexualidad, es que permite pensar en la importancia otorgada a la sexualidad en las sociedades contemporáneas y a comprender que la conducta sexual puede estar guiada por motivos no sexuales, que esta ocurre en el contexto de la vida diaria y que se encuentra modelada por instituciones sociales más amplias.

3.2.3 Aportes y limitaciones de la perspectiva foucaultiana y la teoría de los guiones sexuales de Gagnon & Simon

Sin duda la contribución distintiva de Foucault es una comprensión de cómo la sexualidad se constituyó en un objeto de discurso capaz de producir categorías de ser sexual o bien sujetos sexuales, un tema que con la teoría de los guiones es difícil de abordar. Sin embargo, el límite de esta perspectiva es que se pierde el foco en las prácticas y significados que se despliegan en la vida social diaria, y, a la inversa, en las relaciones y significados sociales que modulan las prácticas sexuales. Si bien ambas perspectivas cuestionan la sexualidad como un orden anterior a lo social, lo abordan en distintas formas. Mientras para Foucault la sexualidad es

⁷ Los escenarios culturales se encuentran disponibles como recursos culturales que nos habilitan para dar sentido a lo sexual. Los guiones interpersonales emergen desde, y son desplegados en las interacciones cotidianas, en las cuales los escenarios culturales son re trabajados, negociados y contestados. Los guiones intrapsíquicos ocurren a nivel de los deseos y pensamientos individuales, del proceso reflexivo interno del *self*. Lo intrapsíquico, desde esta perspectiva, es una forma de vida mental socialmente basada a través de la que se procesa reflexivamente el material de los escenarios culturales y de las experiencias interpersonales. El guión intrapsíquico ha devenido de una necesidad histórica, como mundo privado de deseos y anhelos, cuyo origen se experimenta en lo más profundo del yo, pero que está enlazado a la vida social: los deseos individuales están ligados a significados sociales (Simon & Gagnon, 1984).

una formación discursiva, para Gagnon & Simon ésta se constituye, a diferentes niveles, en las prácticas sociales cotidianas. En este sentido, proponen una observación no desde los dispositivos que producen poder como lo hace Foucault, sino que se interesan por las operaciones prácticas de los sujetos, que privilegia una mirada en el plano de las *tácticas* de los individuos, en los puntos de fuga del poder, más que en las *estrategias* de los dispositivos institucionales (De Certeau, 1990).

Respecto a las consecuencias teóricas que de ambos abordajes se desprenden, podríamos destacar dos cuestiones:

En primer lugar, la distinción sobre qué es lo socialmente construido en cada abordaje. En tanto Foucault nunca se interesó por el origen de los deseos sexuales o por cuestionar los argumentos biológicos en el orden de las identidades sexuales, Gagnon & Simon se focalizan fuertemente en confrontar el determinismo biológico e insisten en el orden social de los deseos y las prácticas. Para Foucault, el cuerpo y sus placeres, están ordenados por el dispositivo discursivo de la sexualidad y son posicionados extra discursivamente. En un sentido distinto, la perspectiva de los guiones no hace abstracción del cuerpo y los placeres, sino que se localizan en los contextos en los cuales los cuerpos interactúan y los placeres se definen, experimentan y se dotan de sentido (Jackson & Scott, 2010b).

En segundo lugar, si bien en un sentido amplio los conceptos de discurso y guiones podrían usarse muy cercanamente, sus efectos sobre las prácticas y los sujetos son muy distintos. Si en los discursos se crean posiciones de sujeto en las cuales los individuos son *ubicados* (ya sea en conformidad o resistiendo a ellos) (Fuss, 1999), los escenarios culturales se comprenden como la creación de recursos a los que los individuos apelan para ubicarse a sí mismos dentro de sus relaciones sociales cotidianas, incluidas las sexuales, a la vez que pueden dotarlas de sentido.

En un análisis de cómo estudios que utilizan ambas perspectivas buscan dar cuenta de la agencia ubicándola en el contexto social, Jackson & Scott (2010b) señalan que en la perspectiva foucaultiana el énfasis en los efectos normativos del discurso puede dificultar la conceptualización de la agencia. La noción de posiciones subjetivas, no daría cuenta de los modos en que los sujetos efectivamente resisten o se ubican en ciertos discursos, dejando esta resolución a una suerte de voluntarismo de los sujetos.

Por otra parte, la crítica más frecuente a la teoría de los guiones sexuales reside en las limitaciones que ésta ofrecería para una comprensión histórica de la sexualidad (Jackson & Scott, 2010b; Weeks, 2011), en el sentido de que si bien hay una sensibilidad por comprender y describir la sexualidad en contextos socio-históricos específicos, no sería igualmente productiva a la hora de dar cuenta de procesos históricos de transformación de más largo alcance. Un segundo flanco de crítica, que ha sido especialmente elaborado desde la teoría feminista, tiene que ver con su escaso alcance para dar cuenta de las dimensiones más estructurales del poder y la desigualdad (Jackson & Scott, 2010b). Por último, una crítica desde la psicología discursiva apunta al riesgo de que los guiones sean asimilados a supuestos individualistas cognitivos que ignoran el contexto social (Firth & Kitzinger, 2007). Como tradición más próxima al interaccionismo simbólico, la teoría de los guiones adhiere a un sentido más individualista acerca de las conductas sexuales. De esta forma, es un abordaje que se preocupa menos de las condiciones de inestabilidad de las identidades sexuales o con las estructuras de asimetrías de género, sino que piensa las relaciones sexuales como relaciones sociales que se pautan en decisiones individuales, no siempre conscientes ni controlables, que se dan a lo largo de una trayectoria (Alves, 2009).

Habiendo revisado los aportes y limitaciones de las principales aproximaciones sobre la sexualidad desde las ciencias sociales, para el presente estudio proponemos un concepto de nivel intermedio, llamado *orientaciones íntimas* planteado por Bozon (2001b), que apunta a describir modos de configuración entre los discursos sociales, las experiencias y los sentidos subjetivos atribuidos a la sexualidad.

3.3 Orientaciones íntimas de la sexualidad

En tanto esfera de la vida social y personal, en un análisis de la sexualidad se funden aspectos sociales, culturales, históricos y subjetivos. Como señala Fernández (2007),

Pensar la sexualidad como experiencia de dimensión sociohistórica implica poner en consideración la correlación dentro de una cultura de los campos de saber que se inauguran al respecto, los tipos de normatividad que se establecen, las prácticas eróticas y amoratorias que se visualizan y las formas de subjetividad que se construyen (A.M. Fernández, 2007, ¶3).

En sintonía con esta conceptualización proponemos, siguiendo la propuesta que realiza Jackson (2006) para el análisis de las relaciones entre género y heterosexualidad, distinguir cuatro dimensiones de lo social a través de las que la sexualidad se construye.

En primer lugar, lo *estructural*, la sexualidad como institución, es decir, instituyente o participante en la institución de la jerarquía de género y las sexualidades.

Segundo, los *sentidos y significados* que impregnan todas las relaciones y prácticas sociales, estas engloban el lenguaje y los discursos que constituyen nuestra comprensión cultural más amplia del género y la sexualidad y los significados más vinculados al contexto negociados en la interacción social cotidiana.

Tercero, las *prácticas sociales cotidianas* a través de las cuales el género y la sexualidad son constantemente construidas y reconstituidas dentro de contextos y relaciones localizados. La sexualidad comprendida como *experiencia*, como conjunto de prácticas eróticas.

Por último, los *agentes o sujetos sociales*, el yo sexual y generizado a través de cuyas actividades corporeizadas construye, actúa y da sentido a las interacciones cotidianas, es decir, las *identidades* sociales y políticas asociadas a la heterosexualidad.

Para Jackson (2006) el propósito de trazar estas distinciones es explorar los modos en que el género, la sexualidad y la heterosexualidad se intersectan, y no proponer una teorización totalizante o una síntesis teórica en que las distintas dimensiones formen un todo unificado. Por el contrario, aunque interrelacionadas, estas se cruzan y se superponen entre sí, produciendo disyunciones entre y al interior de ellas (Jackson, 2006). Como señala la autora es difícil, sino imposible, focalizarse en todas al unísono, y, por lo tanto, generalmente solo podemos acceder a una visión parcial de procesos, que son multidimensionales.

Considerando la perspectiva de la presente tesis que se interesa por comprender el desafío subjetivo de dar cuenta de las propias experiencias de la sexualidad en un contexto de mayor difusión y producción de discursos y saberes respecto de la misma, entendiendo que ello se produce en un contexto de aumento de la reflexividad e individualización característicos de las sociedades contemporáneas, es necesario poder contar con un operador analítico que posibilite la articulación de estas distintas dimensiones. Sugerimos que un concepto que hace posible comprender estas configuraciones entre la experiencia subjetiva y la pluralidad de marcos normativos, es el de orientaciones íntimas (Bozon, 2001b). Las configuraciones

íntimas se definen como “lógicas sociales de interpretación y de construcción de la sexualidad, es decir, las maneras de definir las y usarlas, que se expresan tanto en las representaciones y normas culturales como en los modos de interacción entre las parejas y los afectos relacionados con la sexualidad” (Bozon, 2001b, p.11, traducción propia).

3.3.1 Diversificación contemporánea de las experiencias de la sexualidad y necesidad de coherencia del si mismo

Una de las manifestaciones de los procesos de individualización en las sociedades contemporáneas es que los individuos están sometidos a una obligación de coherencia en el plano de sus historias personales (Ver capítulo 3). Si, como hemos visto, la apelación a la sexualidad se ha tornado un elemento cada vez más importante para la construcción del sujeto individualizado, ahora existen también maneras muy diferentes de dotar de sentido e inscribir la sexualidad en la propia biografía.

En la época contemporánea, quien quiera hacerse cargo, siguiendo a Foucault, del proyecto de una historia del sujeto deseante se encuentra frente a un gran desafío sociológico, debido a la diversificación cada vez más mayor de discursos sobre la sexualidad, de la multiplicación de saberes y prácticas de sí, de la aparición de movimientos sociales como el movimiento feminista y el movimiento homosexual que han politizado la intimidad, y de la complejización de las trayectorias afectivo-sexuales (Bozon, 2001a, p.12, traducción propia).

En la construcción del yo, la búsqueda individual de discursos y saberes que permitan poner en coherencia experiencias íntimas cada vez más diversificadas, se hace más relevante que la antigua preocupación de poner en conformidad a un individuo con un ideal moral absoluto.

En esta diversidad de experiencias en materia de sexualidad no es posible representar la socialización a la sexualidad como la imposición unilateral de un conjunto de normas y valores sociales dominantes. En efecto, la misma matriz de socialización es limitada para dar cuenta de los modos de construcción de los individuos en lo social, de un modo en que sea capaz de rescatar la diversidad de las experiencias contemporáneas y no las imprima de manera homogénea (Martuccelli, 2010b). Tanto las experiencias y comportamientos sexuales más idiosincráticas como las más novedosas son resultado de una elaboración social que se inscribe tanto en el universo socio-cultural como en las trayectorias biográficas (Bozon, 2001b).

Bozon (2001b) propone la tesis de existencia de configuraciones distintas, en número limitado, que asocian de manera estable las prácticas de la sexualidad con las representaciones de sí mismo, de modo que tal asociación contribuye de distintas maneras a la construcción de los individuos. Aquellos tipos de *configuraciones íntimas*, a las que denomina *orientaciones íntimas*, constituyen verdaderos marcos de sentido o interpretativos, que delimitan el ejercicio de la sexualidad, definen el sentido que se le atribuye e indican el papel representado por ella en la construcción de sí mismo.

El concepto de orientaciones íntimas es un operador analítico que permite comprender los modos de configuración de las experiencias subjetivas y los sentidos referidos a la sexualidad, los marcos socioculturales de referencia a partir de los cuales los sujetos atribuyen esos significados y definen una realidad como sexual o no, y cómo sirven para dar cuenta de una cierta representación de sí, más o menos unificada y coherente, o por el contrario, diversa y contradictoria.

Este concepto representaría un “nivel social intermedio” estableciendo un vínculo entre los funcionamientos macrosociales y el protagonismo de los actores en la definición de su mundo social. Se distingue del concepto de guiones sexuales (Simon & Gagnon, 1984) por proporcionar, de forma más explícita, una dimensión discursiva de la organización de esas experiencias y su utilización para la construcción de un yo mínimamente unitario y coherente.

En este sentido, la propuesta de Bozon se inscribiría en la necesidad contemporánea de atribución de coherencia de la experiencia individual, cada vez más diversificada y compleja, que permita un retorno a un sentido de unidad del sujeto, en la tradición de Foucault, para quien los discursos de las disciplinas de referencia de la sexualidad (medicina, psicología, sexología) activarían una fragmentación en la construcción del sujeto (Policarpo, n.d.).

3.3.2 Tipos de orientaciones íntimas

Las orientaciones íntimas son “el fundamento de las clasificaciones sexuales del individuo, que no se reducen a las clasificaciones sociales habituales ni a pertenencias heredadas (clases sociales, grupos culturales, género, grupos de edad), aunque pueden estar vinculadas entre ellas; tienen su origen en los procesos biográficos y son integrales a las personas; justamente porque nacen de experiencias vividas en primera persona” (Bozon, 2001b, p. 13, traducción nuestra).

Así, esas orientaciones no designan tipos psicológicos distintos, sino lógicas sociales de interpretación y de construcción de la sexualidad, o sea, maneras para definirla y usarla que pueden expresarse a través de representaciones y normas culturales, como por medio de la interacción entre compañeros, modos de conocimiento de si mismo, disfunciones temidas o valores atribuidos a la sexualidad (Bozon, 2001b).

La distinción realizada por Bozon se inspira en el estudio de las distintas formas de relacionamiento amoroso entendidos como vínculos sociales planteado por Luc Boltanski (1990, citado en Bozon 2001b). En su obra sobre “las formas elementales del amor”, el sociólogo francés plantea tres tipos de estados en los cuales los individuos están inmersos y modulan su interacción en la relación con otros. Estos –que a su vez devienen de la tradición greco-romana– son la *philia*, el *eros* y el *agapé*. Si la *philia* se funda en una suerte de bondad mutua, fundada por la práctica de la reciprocidad e implica una relación de igualdad entre los miembros; el *eros* se determina por el deseo, la expresión de un sentimiento de privación que se traduce en el deseo de atraer al amado o la amada; por último, el *agapé* se define por una suerte de bondad universal, que puede manifestarse por cualquier persona, y que generalmente está vinculada a la *philia*.

A diferencia de Boltanski, Bozon se plantea indagar sobre la complejidad de los arreglos contemporáneos de la sexualidad, lo cual implica el reconocimiento de la autonomización de la esfera de la sexualidad a partir de mediados del siglo XIX, la complejización de las trayectorias biográficas y la diversificación de los saberes y discursos sobre el individuo y la sexualidad, que, en consecuencia, plantean la diversidad de las orientaciones íntimas como un fenómeno reciente. Sin embargo, no son la descripción objetiva de trayectorias sexuales ni tampoco los orígenes de dichos saberes y discursos lo que cobra relevancia, sino los usos que los individuos hacen de la sexualidad y la coherencia que le otorgan a sus experiencias sexuales.

Tomando como fuente de análisis el estudio de novelas francesas contemporáneas, Bozon (2001b, 2013) describe tres familias de orientaciones íntimas, las cuales corresponden a lógicas y representaciones suficientemente remotas como para permitir describirlas como tipos diferentes, a partir de manifestaciones extremas. Estas familias son: el modelo de la red sexual, el modelo del deseo individual y el modelo de la sexualidad conyugal.

Modelo de red sexual

El modelo de red sexual se trata propiamente de un modelo de sociabilidad sexual. Se caracteriza por una tendencia a la exteriorización de la intimidad (en contra del movimiento secular de privatización de la sexualidad señalado por Elias).

La actividad sexual es para los individuos un componente de ordinario de su sociabilidad, generadora de capital social y creadora de lazos de interdependencia. La sexualidad es un elemento central de la identidad social, incluso profesional. La renovación de parejas es frecuente y no se constituye en un acto clandestino. Es el vínculo de un *yo* a múltiples *otros*, compañeros pasados, presentes y futuros, que teje el sentimiento de existencia social y personal del sujeto.

Si bien este modelo es frecuente en la sociabilidad homosexual, y que constituye una parte esencial de su identidad sexual y política, igualmente es posible vincularla a heterosexuales con múltiples parejas. Sería propia de ciertos medios profesionales para quienes la sexualidad, la seducción y todas las formas de poner en escena el *yo* funcionan como modos de adquisición de capital social y, por ende, de elementos de reconocimiento. Por ello, lejos de ser disimulado, el comportamiento sexual y amoroso es revelado. La seducción y los éxitos amorosos pueden ser interpretados como una exteriorización estatutaria de la sexualidad, relativamente lícita en ciertos contextos.

El vínculo al otro se caracteriza por la durabilidad –son relaciones que se mantienen en el tiempo, aunque en momentos pueda permanecer en suspenso y reactivarse–, y en que hay un compromiso de fidelidad –no entendido como exclusividad, sino como parte de una relación particular de amistad, amistad amorosa, connivencia o complicidad. La sexualidad es creadora de una sociabilidad, que contribuye a mantener y que no se limita a la práctica sexual.

Este modelo, en que el sujeto adquiere su unidad y consistencia a partir de su vínculo a múltiples compañeros/as, adquiere formas muy diferenciadas en función de las relaciones de género y de clase. Pueden ser un elemento de prestigio cuando el sujeto tiene una posición dominante (por ejemplo, en ciertas culturas africanas un hombre polígamo adquiere más prestigio que sus pares no polígamos) o bien expresar una posición de inferioridad, de

dependencia unilateral (como en el caso de las mujeres en la mayor parte de las sociedades, donde una adscripción de este tipo las estigmatiza como “mujeres fáciles” o prostitutas).

No es una orientación muy extendida, sin embargo, constituye una referencia importante para las representaciones sociales, y a menudo se presenta en combinación con aquellas orientaciones más clásicas.

Modelo del deseo individual

A ese modelo que define un sujeto sociable, generalmente con múltiples compañeros y una sexualidad exteriorizada –que teme, antes que todo, el aislamiento–, se opone otro modelo de deseo individual, en que el motor de construcción del sujeto es el surgimiento periódico del deseo, acompañado de la conquista (real o fantaseada) del objeto deseado, es una condición para la mantención de la identidad del sujeto. Un trabajo de reafirmación y de restauración del yo se efectúa a partir de la manifestación periódica del deseo. Esta orientación es menos exteriorizada y más retraída del sujeto sobre sí mismo, la renovación de parejas no es indispensable y el deseo sexual es a menudo interpretada como una pulsión. Se trata de un uso narcisista de la sexualidad. El deseo tiene una significación para el individuo, incluso si generalmente se enfoca en una pareja específica y/o tiene el deseo de ser deseado por él o ella. No corresponde a una representación clásica del deseo como *eros*, en que el sujeto aspira a la completud de una sensación de vacío o de falta, tampoco a la formulación freudiana moderna que liga la constitución del deseo a la búsqueda de una experiencia de satisfacción, no se traduce plenamente en la importancia ontológica del deseo sexual del individuo. Los beneficios eventuales de la conquista, ya sea la relación física o el establecimiento de una relación durable, tienen un lugar secundario.

El deseo individual puede ser heterónimo, toda vez que consiste en el deseo de ser deseado, que no equivale a la búsqueda de una relación conyugal.

Este tipo de modelo estaría cada vez más presente en las parejas heterosexuales contemporáneas, como consecuencia de la crisis de la institución matrimonial fundada en el ideal del amor recíproco, en la emergencia de un periodo de sexualidad juvenil que no se liga necesariamente a la formación de pareja, como posibilidad real para las mujeres así como una visión más individualista de la sexualidad. Basado en datos estadísticos de la sociedad francesa, Bozon apunta que el retraimiento de la norma de orgasmo simultáneo, sería

indicativo del reconocimiento de la autonomía de los deseos y placeres de la pareja; así como el aumento de la declaración de prácticas autoeróticas.

Si bien en este modelo los sentimientos amorosos por él o la compañera/a y la preocupación por su placer no están del todo ausente, tienen un tinte más narcisista que altruista. No se trata de una actitud activa respecto del otro, sino de una relación reflexiva respecto de sí mismo, que es muy notoria en la etapa de iniciación sexual, especialmente entre los jóvenes, para quienes las experiencias sexuales tienen un valor de aprendizaje personal.

En síntesis, el sujeto se observa a sí mismo, y la actividad sexual sirve para la restauración de sí y de aquello que el individuo más teme, el apagamiento del deseo.

Modelo de la sexualidad conyugal

En este modelo las aspiraciones del individuo están orientadas a la construcción de un yo conyugal: la actividad sexual no puede ser concebida fuera de ese marco y su desarrollo informa a los compañeros sobre el estado de la diada. El intercambio sexual está al servicio de una construcción conyugal o sentimental que la engloba y la contiene.

Bajo esta construcción la sexualidad fuera de la pareja es percibida como inmoral o riesgosa. Dicha percepción se asienta en las ideas cristianas de la sexualidad y el matrimonio que se remontan a la teología de la carne de San Agustín en el siglo V que rechazan el deseo y el placer (concupiscencia) y restringe la actividad sexual al fin de procrear según la voluntad de Dios y la naturaleza; luego, el matrimonio cristiano monógamo e indisoluble institucionalizado entre los siglos XII y XIII completa esta construcción de un marco que fija los límites de la sexualidad lícita de manera estricta. Son fundamentos de esta institución social y religiosa la noción de débito conyugal –el derecho al cuerpo de otro, que aunque en teoría recíproco concierne más al derecho de los hombres sobre las mujeres–, así como las normas de fidelidad y prohibición del adulterio son absolutas, contribuyen al orden del mundo, aun cuando esta ha sido históricamente laxa en relación a su cumplimiento por los hombres y extremadamente rígida y vigilante para con las mujeres. Su cumplimiento se apoya en fuertes controles sociales y religiosos y sanciones.

Si bien se ha producido una evolución de muchos siglos hacia una privatización y afectivización de las relaciones conyugales y familiares, una secularización de la sexualidad

y desinstitucionalización del matrimonio. En la época contemporánea, este modo de construcción conyugal persiste, pero ya no está adosado a la institución del matrimonio. Una de las consecuencias de la difusión del ideal del matrimonio por amor, es que la relación de dependencia que vinculaba tradicionalmente la sexualidad al matrimonio se invierte. El intercambio sexual, sostenido en el vínculo amoroso, ha devenido el motor interno de la conyugalidad moderna. Juega un rol primordial en la constitución inicial de la unión, que se traduce el ritmo elevado de actividad sexual en las parejas recientes. Luego, cuando la pareja se estabiliza, y mucho más cuando llegan hijos, la actividad sexual adquiere un nuevo rol, se convierte en un ritual privado de confirmación y de mantenimiento del vínculo. Este rol ha devenido central en la época contemporánea en razón del declive del marco institucional de la vida privada: la sexualidad es a la vez el producto y el alimento de la relación.

Las fluctuaciones de la vida sexual son un indicador del estado de la relación, un enfriamiento o distanciamiento pone en duda el bienestar de la relación, o bien, el sexo puede funcionar como una vía para resolver conflictos no-sexuales de la relación. Incluida en la rutina y cotidianidad de la vida conyugal, no es infrecuente una tendencia a su banalización y a la desmotivación por parte de uno o ambos miembros de la pareja; dada la importancia simbólica que adquiere la actividad sexual para la confirmación de la pareja, la desmotivación sexual es una preocupación permanente.

Entre las reglas que orientan la pareja moderna se encuentra la obligación de intimidad y resguardo respecto de lo que sucede al interior de la pareja, exteriorizar detalles de lo que sucede en su seno es una amenaza que debilita la pareja: el simple hecho de que uno de los cónyuges exponga los detalles revelaría un desapego con respecto de ella. En este mismo término, la exigencia de la fidelidad continúa estando presente, pero ya no tiene el carácter de un principio absoluto, sancionado externamente. Si la constitución de las relaciones de pareja contemporáneas se basa en el consentimiento mutuo, una suerte de contrato interno entre los amantes, el compromiso de fidelidad reside allí. La infidelidad no es una amenaza al orden social, como lo era antaño, sino a la pareja misma.

Por último, dentro de la orientación conyugal existe la dificultad para reconocer la existencia de violencia sexual en el seno de parejas estables, como si la violencia sexual solo tuviera

lugar fuera del seno de parejas establecidas, sin embargo, dado que se trata de relaciones de género, estas relaciones pueden ser más o menos igualitarias.

3.3.3 Pluralidad y divergencias en las orientaciones íntimas

Las orientaciones íntimas, no definen a priori una diferenciación de género, orientación sexual o generación. Pueden ser encontradas tanto entre hombres como en mujeres, heterosexuales o no, aunque ciertamente hay ciertos predominios en cada uno de ellos. Por ejemplo, la orientación de red es habitual en hombres homosexuales, mientras que para las mujeres será todavía poco legítimo y socialmente arriesgado inscribir su comportamiento en dicha orientación. Las declinaciones según la clase social no se encuentran discutidas suficientemente en su propuesta, por lo que realizar un análisis de dicha perspectiva para el caso chileno puede ser un aporte a su teorización (Bozon, 2001b).

La existencia de esas lecturas contrastadas de la sexualidad lleva a conflictos de interpretación, sea en el plano político o cultural (¿cómo regular o representar la sexualidad?), sea en el plano interindividual (¿qué quiere cada uno de los miembros en una relación sexual?). El desencuentro entre dos compañeros que no comparten las mismas expectativas con relación a la sexualidad es uno de los componentes más recurrentes de un relacionamiento sexual. En el plano intrapsíquico, los individuos presentan frecuentemente clivajes internos, no necesariamente vivenciados como contradicciones: la existencia, para una misma persona, de una escena sexual primaria y una escena sexual secundaria favorece la coexistencia de varias interpretaciones de la sexualidad y, además, influencias biográficas pueden hacer suceder o añadir múltiples perspectivas en el tiempo (Bozon, 2001b).

A decir de Bozon (2001b) la teoría de las orientaciones íntimas proporcionaría una grilla de lectura útil para analizar situaciones sociales en las que se expresan tanto convergencias como conflictos entre distintas interpretaciones de la sexualidad, al igual que para la comprensión, a nivel individual de los funcionamientos más divididos, que provienen de la coexistencia de espacios primarios y secundarios de la sexualidad que se van desplazando en las biografías.

Estas configuraciones u orientaciones íntimas pueden servir como referencia para pensar en qué configuraciones se desplegarían en la sociedad chilena, teniendo en cuenta las particularidades que le caracterizan. Siguiendo la crítica de Plummer (1982, citado en Johnson, 2015) respecto de la aplicación empírica de la teoría de los guiones sexuales de

Gagnon & Parker, que ha tenido como resultado que “los guiones determinan la actividad, en lugar de emerger a través de la actividad” (1982, citado en Johnson, 2015, traducción propia), consideramos que el concepto debe ser usado más en su dimensión de concepto articulador entre la experiencia individual y las representaciones y normas sociales, que como modelos definidos a priori. De esta manera, se previene lo que Plummer denuncia en relación a la utilización de los guiones sexuales para identificar uniformidades en la conducta sexual, en lugar de servir como herramienta para observar nuevas articulaciones y elementos emergentes en contextos particulares.

4. El problema de pensar el género

La sexualidad en cuanto esfera de lo social que vincula instituciones, normas, significados, relaciones, prácticas y subjetividades, se encuentra estrechamente vinculada al entramado de relaciones sociales que producen lo social. En este sentido, su articulación con las relaciones y normas de género es fundamental para comprender los modos en que la sexualidad se configura en las experiencias de los individuos. Dado que estas articulaciones no son simples ni unidimensionales es necesario, en primer lugar, definir los términos atendiendo a la propia complejidad de cada uno de ellos.

El concepto de género es una de las herramientas teórico-metodológicas más relevantes de la teoría feminista. Fue acuñado en la década los setenta en el contexto del feminismo anglosajón con el objetivo de dar cuenta del lugar que ocupa la diferencia sexual en la articulación de condiciones de vida desiguales para hombres y mujeres. Si bien no es la única herramienta teórico-metodológica de la teoría feminista, que también ha desarrollado conceptos como diferencia sexual, patriarcado, valencia diferencial de los sexos, sexo social, su recepción en la academia latinoamericana ha sido amplia (Lamas, 2013; Montecino & Rebolledo, 1995; Montecino & Obach, 1999), a diferencia de otros espacios en los que ha habido más resistencia a su utilización.

Conforme el uso del concepto se ha ido extendiendo, se han multiplicado también sus usos, convirtiéndose en un término polisémico. En un sentido teórico dicha pluralidad de sentidos se debe a la diversidad de disciplinas desde donde se le ha pensado y conceptualizado, así como a los diversos campos de estudio donde se lo ha puesto a prueba empíricamente. Desde una perspectiva práctica, el género no solo se ha institucionalizado a nivel académico, sino también en el Estado, en organismos internacionales, y ha sido crecientemente apropiado por el sentido común. Sin duda, su inclusión en las agendas públicas ha significado una serie de avances concretos en cuanto a reconocimiento y redistribución de derechos, especialmente para las mujeres; sin embargo, también ha devenido en un término “políticamente correcto”, sinónimo de inclusividad y no-discriminación. En concreto, cuando género viene a ser una analogía para referirse a las mujeres, o bien su uso es intercambiado por la variable sexo, es que el concepto se banaliza y arriesga su desactivación crítica y política.

Comenzamos entonces señalando que, desde la perspectiva de esta investigación, el género no es una variable, es decir, no designa pertenencias socio-demográficas o adscripciones a grupos específicos. Tampoco se limita a comprender las identificaciones individuales de las personas a partir de su sexo, ni tampoco los roles sociales con los que dichas identificaciones se corresponden normativamente. El género no surge solo en las relaciones de parejas, sino que tiene un carácter transversal, está presente en todas las instituciones –escuela, familia, trabajo–, en todo lo que hace la vida social. Organiza prácticas e ideas cotidianas compartidas por todos: las normas de género nos obligan a convertirnos en hombre o mujer –en nuestras maneras de hacer, pensar, decir y sentir– de manera que resulta *natural* (Clair, 2014).

Todo el interés del término radica en su eficacia conceptual: condensar más de treinta años de teorización y debates sobre el lugar del sexo y/o de la sexualidad en la *explicación* del mundo social (y no solo en su descripción). El género revela una lógica global que organiza la sociedad, hasta sus rincones más ínfimos. No se contenta con designar la pertenencia a un grupo de sexo (Clair, 2014, p. 9, traducción propia, cursiva en el original).

Pero el problema de su definición no termina con señalar que se trata de una lógica de organización global de lo social, en realidad allí solo comienzan las dificultades. El problema intrínseco al concepto es su ambigüedad conceptual. Como señala Fassin (2008),

la noción de género nunca escapará definitivamente a esta ambigüedad fundante: todavía hoy permanece atrapada en una lógica doble, potencialmente contradictoria, entre la categoría normativa y la herramienta crítica. En otras palabras, el género es, si no es por naturaleza, al menos por origen, una espada de doble filo (Fassin, 2008, p. 378, traducción propia)

El entramado conceptual que supone una lectura contemporánea del género trata de una sedimentación de formulaciones, lecturas y relecturas, que articulan desafíos teóricos con horizontes políticos del feminismo en distintos tiempos y contextos, cuya comprensión exige urdir una suerte de genealogía a la vez que diferenciar ciertas dimensiones analíticas que faciliten su aplicación empírica.

Para desarrollar teóricamente el concepto de género –y en particular, atender a la vinculación de los conceptos de género y sexualidad– destacaremos cuatro dimensiones analíticas fundamentales (siguiendo el trabajo de Bereni, Chauvin, Jaunait & Revillard, 2014). Primero, que las diferencias entre hombres y mujeres no son producto de un determinismo biológico sino de una construcción social. Segundo, que dichas diferencias han sido socialmente construidas en una relación de oposición, que implica una aproximación relacional al estudio del género. Tercero, que dicha relación no es neutral, sino que es una relación de jerarquía y

de poder, la cual no sólo se expresa en una desigual distribución de recursos y valoraciones simbólicas, sino que en un orden normativo que implica la producción de una frontera entre dos categorías, femenino y masculino, que es en sí misma opresiva. Ello porque el sistema de género ordena a cada quien la pertenencia a un sexo (asignado al nacer) y la adopción de maneras de ser y hacer, especialmente en referencia a la sexualidad, conformes a la definición social de dicho sexo, sancionando a todos aquellos individuos que desafían dichas normas de género. Por último, que el género debe analizarse sistemáticamente en su intersección con otras relaciones de poder. Las experiencias en las relaciones de género están atravesadas por las tensiones y escisiones producidas por la clase social, la raza, la edad, la sexualidad, entre otras.

En lo que sigue de este capítulo desarrollamos cada una de las dimensiones señaladas.

4.1 El género es una construcción social

El concepto de género comienza a utilizarse en la teoría feminista durante los primeros años de la década de los setenta, como una categoría analítica para trazar una línea de demarcación y distinción entre las diferencias sexuales basadas en la biología, es decir, en las características anátomo-fisiológicas de los y las individuos/as y las formas sociales, culturales y subjetivas en que dicha diferencia se expresa. El propósito de la distinción entre sexo/género era argumentar sobre los efectos que tenía para las mujeres la forma naturalizada en que se interpretaban su rol y funciones en la sociedad, al vincularlas con su capacidad para la reproducción y el cuidado de los hijos. Ella resulta una contribución a la emergente crítica al “esencialismo”: el modo de pensar que trata los fenómenos sociales como el género y la sexualidad como si existieran antes y por fuera de los discursos, prácticas y estructuras sociales y culturales que los sostienen. Estas tempranas formulaciones hacen posible pensar la masculinidad y la feminidad como históricamente variables en vez de entidades fijadas por la naturaleza (Bereni et. al., 2014).

Es Simone de Beauvoir quien en *El segundo sexo* (1949) siembra la noción básica sobre la que se cimenta la distinción: “no se nace mujer, se llega a serlo”⁸. La discusión de la filósofa francesa establece dos fundamentos para la teoría feminista (Clair, 2014; Jackson, 1998;

⁸ Según Marta Lamas (2013), Mary Dietz es la primera autora en notar la referencia en 1992.

Lamas, 2013; Stolcke, 2003). Lo primero, es el carácter construido de la diferencia sexual, que resulta de un aprendizaje personal y social a través del cual “se deviene” mujer (u hombre). Lo segundo, es que clarifica las formas en que las diferencias de género son jerarquizadas, en las que el principio masculino es la norma establecida y lo femenino es posicionado como lo Otro. Para de Beauvoir la feminidad solo puede ser definida como carencia, como falta, aquello que está entre el hombre y el eunuco; las mujeres son *outsiders* de la civilización masculina (Stolcke, 2004).

Junto con la crítica a la naturalidad de la diferencia sexual, otros aportes cuestionan el universalismo y atemporalidad atribuida a dicha diferencia. Los estudios etnográficos de Margaret Mead (*Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, 1935), realizados en culturas indígenas dieron cuenta de cómo una serie de patrones que para la cultura occidental judeo-cristiana están íntimamente asociados a las identidades sexuales masculina o femenina, en estas otras culturas se expresaban de un modo diametralmente diferente (Jackson, 1998; Lamas, 2013; Stolcke, 2004).

Sin embargo, la definición del concepto como tal vino de la apropiación que teóricas como Ann Oakley y Germaine Green hicieron de las conceptualizaciones provenientes de los estudios que en el ámbito de la medicina y de la psicología surgieron en la década de los sesenta para tratar a las personas nacidas con sexo ambiguo o intersexo⁹, las cuales establecían una diferencia entre el sexo, como atributos anatomo-fisiológicos (‘naturalmente determinados’) y el género, como los aspectos psicológicos y sociales (‘socialmente construidos’) (Dorlin, 2009; Jackson, 1998; Stolcke, 2003).

Ann Oakley, socióloga inglesa, retoma el término de los estudios de Robert Stoller, quien al conceptualizar el término de identidad de género, señala como los roles y atributos asignados a hombres y mujeres no son un producto directo del sexo biológico. De esta manera. Oakley define el sexo como las características anatómicas y fisiológicas que dan significado a la

⁹ Fue elaborado por los médicos comprometidos en el curso de la primera mitad del siglo XX en el “tratamiento” –principalmente hormonal y quirúrgico– de la intersexualidad, es decir, en protocolos de reasignación de sexo. Para esos médicos, el desafío era reasignar un “sexo” a un niño que testimoniaba una ambigüedad sexual de nacimiento. El sexo correspondería a los atributos físicos (anatomofisiológicos), en tanto, el género a los aspectos psicológicos y sociales, a la convicción (identidad de género) y la expresión conductual de dicha convicción de acuerdo a unos roles de género concordantes (rol de género). Ampliamente citado es el impacto de los estudios de Robert Stoller (identidad de género), John Money (rol de género) y Anke Enhardt (Dorlin, 2009; Fassin, 2008; Fausto-Sterling, 2006; Lamas, 2013; Stolcke, 2004).

distinción hombre (macho) y mujer (hembra), en tanto el género viene a significar la masculinidad o la femineidad socialmente construida. La masculinidad y la femineidad no son definidas por la biología, sino que son moldeadas por los atributos sociales, culturales y psicológicos que son adquiridos en el proceso de convertirse en hombre o mujer en una sociedad particular, en un tiempo dado. La eficiencia del sistema de género radicaría en su capacidad para exagerar las diferencias de género, en el caso de las mujeres, por ejemplo, los roles de ama de casa y madre.

Tomado desde los aportes de la psicología y la sexología, el sexo se refiere a la distinción biológica entre hombres y mujeres, mientras que el género se refiere a la distinción cultural entre los roles sociales, los atributos psicológicos y las identidades de hombres y mujeres. En estos psicoanalistas y sexólogos, tal distinción entre sexo y género es principalmente descriptiva. Pero esta “invención *psi* del género” de acuerdo con Éric Fassin, “se encontrará con la empresa feminista de la desnaturalización del sexo” (2008, p. 376). Si el sexo es un invariante dado, el género es contingente y puede ser modificado por la acción política.

Así, en su origen el concepto de género enfatizó la distinción sexo/género, reduciendo el sexo a la materialidad de la diferencia sexual y el género a los aspectos sociales y culturales de esa diferencia; el cuerpo se constituyó en un eje de tensión en relación a ambos conceptos, puesto que se asumía que este era el lugar desde donde se inscribía la posición subordinada de las mujeres. La discusión relativa a la situación de subordinación de las mujeres en nuestra cultura se enmarcó, por lo tanto, en la relevancia del carácter construido de la diferencia sexual. En ese sentido, el sexo y el cuerpo, entendidos como lo dado, lo natural, no fueron considerados de la misma manera que el género. La dicotomía sexo/género quedó atrapada en binarismos tales como naturaleza/cultura, cuerpo/mente, mujer/hombre.

4.2 Reconceptualizando el género: poder, jerarquía, principio de partición y normatividad.

Cuando correspondemos el género y el sexo, (...) comparamos lo social con lo natural, ¿o es que *todavía* comparamos lo social con lo social (...)?
Christine Delphy (2005, p.37)

A partir de la segunda década de 1980, comienza a gestarse dentro del feminismo una crítica respecto de los límites que suponen las primeras conceptualizaciones del género, que oponen el sexo (biológico) al género (social), y que por lo tanto, no logran liberarse de una idea de naturaleza subyacente de las diferencias sexuales, las que contribuyen a producir y estabilizar. En lo que podría denominarse un segundo momento de la teoría de género, las contribuciones más relevantes provienen de tres autoras con *backgrounds* muy disímiles – Joan W. Scott, Christine Delphy y Judith Butler– quienes, sin embargo, convergen en su interés por producir un desplazamiento respecto de la pregunta teórica que orienta la teorización feminista: saber qué es lo que se produce de manera diferencial, si bien es un aporte a la visibilización de experiencias que han sido históricamente ignoradas y/o negadas, es insuficiente respecto a la tarea transformadora del feminismo. Para responder a la vocación política que sostiene la teoría de género es necesario comprender los mecanismos que posibilitan que las diferencias sexuales/de género se produzcan y se perpetúen. Ello supone una reconceptualización del concepto de género, para avanzar desde una lógica más bien descriptiva de las diferencias a la generación de una herramienta propiamente analítica de las mismas.

Historiadora feminista, Joan W. Scott, propuso en su texto –hoy devenido en canon– “El concepto de género: una categoría útil para el análisis histórico” ([1986], 1999) avanzar en una definición de género que sirviera como categoría de análisis. Para ello, Scott construyó una definición de género como una conexión integral entre dos proposiciones: la categoría de género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos y es una forma primaria de relaciones significantes de poder. La primera parte de su proposición –el género como elemento constitutivo de las relaciones sociales– es observable en cuatro dimensiones: (1) Las representaciones simbólicas disponibles de la cultura, que pueden ser múltiples y, a menudo, contradictorias; (2) los conceptos normativos, que restringen y contienen las posibles interpretaciones de los

significados de los símbolos, reprimiendo metáforas alternativas y emergiendo significados hegemónicos, que predominan como únicos posibles; (3) la organización económica y política, incluidos los sistemas de parentesco que construyen las relaciones de género y (4) la identidad subjetiva, la transformación de la sexualidad biológica de los individuos a medida que son modelados por la cultura.

Si bien la primera parte de la definición resulta igualmente pertinente para el estudio de otras categorías/procesos sociales, como por ejemplo, clases, raza, etnicidad, es en la segunda parte donde reside su teorización de género: “el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder (...) es el campo primario en el cual o por medio del cual se articula el poder” (p. 292). Su formulación toma como referencia la noción de poder elaborada por Foucault, quien propone entender el poder como constelaciones dispersas de relaciones desiguales, constituidas discursivamente como “campo de fuerza” sociales (p. 288)

Dicho de otro modo, las relaciones entre hombres y mujeres basadas en una jerarquía de poder provienen de representaciones simbólicas sobre la diferencia sexual y operan desde los procesos sociales más elementales. En consecuencia, “los cambios en la organización de las relaciones sociales corresponden siempre a cambios en las representaciones del poder” (Scott [1986], 1999).

Este carácter primario del género como relación articuladora del poder, permite comprender que las representaciones comunes de la diferencia de género son habitualmente movilizadas por los actores sociales, no solo para legitimar la jerarquía entre hombres y mujeres, sino también para significar otras jerarquías sociales: entre clases sociales, entre colonos y colonizados, entre hombres libres y esclavos, etc. La dicotomía jerárquica masculino/femenino también impregna, una serie de oposiciones simbólicas entre valores y atributos (razón/emoción, fuerza/debilidad, actividad/pasividad, etc.) pero también elementos del entorno natural (sol/luna, arriba/abajo...). Considerado como una categoría de análisis, el concepto de género puede, por lo tanto, movilizarse para poner al descubierto la dimensión “sexuada/generizada” de una variedad de objetos que a primera vista son valorados como “neutros”.

Sintetizando los aportes de la propuesta de Scott, Tarrés (2013) señala,

uno de los logros de esta construcción fue situar la categoría de género en el nivel simbólico-cultural y definirla desde ahí a partir de relaciones de poder cuyo cambio o reproducción

está sujeto a factores vinculados con la historicidad de las instituciones y la organización social de los espacios donde se desarrolla la experiencia de los individuos (Tarrés, 2013, p.11).

En 1989, Christine Delphy, socióloga materialista francesa, propuso comprender el género como el “principio de partición en sí mismo”. Más que el significado social que concede, más o menos arbitrariamente, a los dos sexos, Delphy concibió el género en primer lugar, como aquello que los divide en dos, haciendo que el sexo sea en consecuencia un marcador de la diferencia de grupo y una justificación de la jerarquía social. El género, entonces, no es algo que un individuo tenga en virtud de su sexo; es la agencia mediante la cual se crean grupos e individuos sexuados.

De aquí devienen dos importantes puntos críticos: Primero, que el sexo carece de cualquier significado intrínseco. En segundo lugar, que el género hace que el sexo sea socialmente significativo. Se deduce, entonces, que el sexo/género no es una oposición binaria y que no se puede obtener una ventaja crítica de distinguir entre “sexo” como dado por la naturaleza y “género” como un rol asignado socialmente.

Esta inversión de perspectiva devendría de su propio trabajo teórico y empírico sobre la división del trabajo. Mientras la dicotomía sexo/género coloca la división del trabajo entre hombres y mujeres como consecuencia de sus “diferencias naturales” (como en la propuesta de Oakley), Delphy observa que funciona a la inversa: la división del trabajo se sigue de la jerarquía. Es esta división del trabajo, en sentido amplio, lo que se llama ‘género’. Se sigue que “si el género no existiera, lo que uno llama sexo carecería de significado... sería solo una diferencia física entre otras”.

La propuesta de Delphy surge como crítica a lo que considera un error del feminismo, y es que la mayor parte del trabajo en género se basó en un supuesto no examinado: que el sexo precede al género. A esta formulación, transformada ya en *mainstreaming*, la denomina “*gender-on-sex*” (género basado en la naturaleza). Delphy considera el surgimiento del concepto género como un punto de inflexión crucial y una oportunidad perdida. El punto de inflexión fue abrir la posibilidad, que ella se apresura a agregar “(no quiere decir que haya sucedido)”, para diferenciar entre géneros, usado en plural, como sinónimo de roles sexuales, y género en singular, como un concepto crítico. El uso del género en singular “debería” haber

permitido no solo “reconocer la independencia de los géneros de los sexos” sino también cuestionar “si el género es de hecho independiente del sexo” (Delphy, 2005, p. 33–34)¹⁰.

El punto más relevante de Delphy es que el género y el sexo no son independientes; más bien, el género (en singular) –como “el principio de la partición en sí mismo”– construye el sexo como una base clave para la diferenciación grupal y la jerarquía social.

Para que las feministas “cuestionen directamente el carácter natural del sexo” necesitarían no solo “separar lo social del término original” dándole un concepto propio (género) sino “hacer emerger lo social” (Delphy, 2005, p. 37). Sostiene que, mientras que las feministas habían logrado concebir los géneros (plural) como roles sociales que son “independientes de ambos sexos”, no obstante, continuaron “pensando el género [singular] en términos de sexo: verlo como una dicotomía social determinada por una dicotomía natural. Ahora vemos el género como el *contenido* con el sexo como el *continente*” (Delphy, 2005, p.34). La crítica feminista no va lo suficientemente lejos si simplemente critica la arbitrariedad de los roles sexuales (es decir, “géneros”) que se asignan sobre la base de los dos sexos. También debe considerar como el “género” opera al dividir a las personas por sexo, construyendo el sexo como la base para tales categorizaciones en primer lugar. Al conceptualizar el género como el “principio de partición”, Delphy “hace emerger lo social”.

Para que el género adquiera su potencial crítico, las feministas deben insistir en “demostrar por qué el sexo es más prominente que otros rasgos físicos, que son igualmente distinguibles, pero que no dan lugar a clasificaciones que son (1) dicotómicas y (2) implican roles que no son solo distintos sino jerárquicos” (Delphy, 2005, p. 35). Con el concepto de partición, Delphy argumenta que el género opera no solo al naturalizar la jerarquía social sino también al imponer una diferencia particular (el sexo) con la capacidad de significar una variación sistemática. El sexo, entonces, es más que una forma (entre otras) de diferenciar; es la base sobre la cual se distribuyen otras diferencias como la aptitud para las matemáticas o la disposición hacia la empatía (Disch, 2015). Como principio de partición, el género es activo. No es expresión de la diferencia, sino que “divide” a las personas y, por lo tanto, crea

¹⁰ Todas las citas a Delphy (2005) son traducción nuestra.

diferencias singulares y jerárquicas donde de otro modo existirían diferencias múltiples y resistentes a la clasificación.

La distinción que realiza Delphy entre sexo y género es a la vez conceptual y ontológica. Conceptualmente, argumenta que el sexo es la forma en que una sociedad determinada representa la biología para sí misma; el sexo no sería una diferencia anatómica, sino que es una representación de la biología. Ontológicamente, se deduce que el género no puede tener un sustrato físico, pero sí tiene un referente material: las relaciones patriarcales de dominación (Disch, 2015).

Desde otras coordenadas geográficas y disciplinares, Judith Butler, filósofa feminista post-estructuralista, replantea la articulación sexo/género al mostrar cómo la operación mediante la cual el “género” se distingue de la idea de la naturaleza a su vez contribuye a reforzar la división hombre/mujer como una realidad natural. De hecho, afirmar que el género es la “parte social” del sexo alimenta la ilusión de que, una vez que el sexo está aislado del género, permita ver un sexo biológico “verdadero”, “puramente” natural y por lo tanto pre- o no-social. Para Butler (2001) la primera crítica sobre la cual se construyó el concepto de género permanece atrapada en una ideología biológica: postular la construcción social de un fenómeno implica, como premisa oculta, que existe una naturaleza estable y anterior a su construcción social.

Butler toma como evidencia las operaciones de niños nacidos sin un sexo específico y la exclusión social de cualquiera que no muestre conformidad al “dimorfismo ideal” del sexo o una sexualidad que no sea “la complementariedad heterosexual de los cuerpos”. Si bien afirma reconocer la existencia de ciertas diferencias biológicas, traslada la pregunta a qué condiciones, discursivas e institucionales, algunas diferencias biológicas, que no son necesarias dado el estado anormal de los cuerpos en el mundo, se convierten en características principales del sexo (Butler, 2007).

Las identidades de género son definidas por Butler (2001) no como sustancias intangibles que preceden a la experiencia, sino como el resultado de prácticas repetidas, reiteradas, que involucran normas del género. A partir de la consideración de “performances” de género transgresoras, como las *drag-queens*, comprende el núcleo normativo de la misma: debido a

que las identidades son cotidianas y no preexisten a las prácticas ellas pueden ser resignificadas.

A partir de Beauvoir, señala que nunca se deviene completamente mujer: “Considerar el género como una forma de hacer, una actividad incesante performada, en parte, sin saberlo y sin la propia voluntad, no implica que sea una actividad automática o mecánica. Por el contrario, es una práctica de improvisación en un escenario de restricción” (Butler, 2007, p. 13). Podemos “alterar” el género, es decir, subvertir la performance de la norma, como hacen los *drags* con que Butler ilustra un posible conflicto: el hombre es una mujer travesti, de acuerdo con las normas de género reconocido por todos (él mismo y su público); perturba el orden porque rompe la adecuación percibida como natural entre el sexo, el género, la práctica sexual y el deseo; pero básicamente él puso en escena de manera caricaturizada y molesta lo que la mayoría de nosotros hizo lo más normalmente posible: actuar las normas de género, para hacernos socialmente “inteligible”. La hegemonía heterosexual nos hace hombres o mujeres, nos hace parecer como un bloque coherente que coincide con nuestros genitales, nuestra orientación sexual y nuestra manera de caminar, hablar y vestir. etc. La sexualidad, entendida como una matriz en el corazón de las normas de género, aparece así, bajo la pluma de Butler (2001, 2007), como una apuesta del género en sí misma: silenciarlo equivale a no aprehender todo un foco de la construcción de los sexos. En el subcapítulo siguiente seguiremos la discusión sobre la relación entre la heteronormatividad y el género.

4.3 El sexo, construcción de género

En estas propuestas se observa un cambio notable en la forma de concebir la diada sexo/género. El género –sexo social– no solo no está determinado por el sexo, sino que el sexo en sí mismo ya no se entiende como una realidad natural.

Otros trabajos vienen a reforzar este cuestionamiento. En particular el trabajo de Thomas Laqueur (1994) analiza el paso de un modelo antiguo y medieval en que órganos genitales masculinos y femeninos se consideran dos polos opuestos de un continuum unidimensional, un modelo de la diferencia de los sexos que no se inventó hasta el siglo XVIII y en el que los órganos genitales de ambos sexos se perciben como cada uno de naturaleza distinta e inconmensurable.

De este modo, el viejo modelo, en el que hombres y mujeres se ordenaban según su grado de perfección metafísica, su calor vital, a lo largo de un eje de carácter masculino, dio paso a finales del siglo XVIII a un nuevo modelo de dimorfismo radical, de divergencia biológica. Una anatomía y una fisiología de lo inconmensurable sustituyó a una metafísica de la jerarquía en la representación de la mujer en relación con el hombre (Laqueur, 1994, p. 24)

El análisis de Laqueur tuvo una influencia importante en el pensamiento de género a comienzos de la década de 1990. Al mostrar que la forma en que percibimos los órganos genitales solo se desarrolló en la época moderna, socava una suposición principal: de una base natural y biológica de los sexos en la que el género solo podría ser superado.

[...] quiero proponer que en esos textos pre-ilustrados e incluso en otros posteriores, el *sexo*, o el cuerpo, sea entendido como el epifenómeno, mientras que el *género*, que aceptaríamos como categoría cultural, sería primario o “real”. El género – hombre y mujer – interesaba mucho y formaba parte del orden de las cosas; el sexo era convencional, aunque la terminología moderna haga que tal reordenamiento carezca de sentido (Laqueur, 1994, p. 27)

En este contexto, la idea de “naturaleza” no es simplemente un error: es un elemento central de la opresión de las mujeres. Pero si el género precede al sexo y lo constituye en una realidad social relevante, ¿qué se puede decir de su constitución propiamente material? Estos análisis permiten radicalizar la inversión de la diada sexo/género: muestran cómo los sexos son construidos, incluso en su materialidad, por las normas de género. Pero la demostración de esta lógica normativa no permite dilucidar qué se entiende por sexo cuando se trata de determinarlo. Debido a que muchos estudios científicos ahora parecen mostrar que lo que se conoce como “sexo” es en realidad un conjunto de datos y que no hay un solo elemento para considerar de forma aislada que uno es masculino o femenino.

“Simplemente, el sexo de un cuerpo es un asunto demasiado complejo. No hay blanco o negro, sino grados de diferencia. [...] Etiquetar a alguien como varón o mujer es una decisión social. El conocimiento científico puede asistirnos en esta decisión, pero sólo nuestra concepción del género, y no la ciencia, puede definir nuestro sexo. Es más, nuestra concepción del género afecta el conocimiento sobre el sexo producido por los científicos en primera instancia” (Fausto-Sterling, 2006, p. 17)

Fausto-Sterling (2006) muestra que la idea de dimorfismo sexual es contraria al continuo biológico en los que se ubican como extremos el macho y la hembra. Para poder definir el sexo no bastan las diferencias anatómicas (aquellas que son visibles) sino que intervienen múltiples factores: cromosomas, hormonas, estructuras sexuales internas, gónadas, todas las cuales en teoría son coincidentes, pero que en la práctica son altamente variables. El sexo es, entonces, la resultante de un doble proceso mediante el cual un conjunto de datos continuos

y heterogéneos se unifican y se reducen a uno, transformado a su vez en una realidad binaria. Biólogos como Hurtig & Pichevin y la misma Fausto-Sterling critican tanto la idea de la anatomía como marcador primordial del sexo, como su carácter dicotómico. Dada la pluralidad irreductible de criterios de determinación del verdadero sexo, “para que el sexo sea utilizado como una clasificación dicotómica, los indicadores tienen que reducirse a solo uno (lo anatómico), [...] y esa reducción es un acto social” (Hurtig & Pichevin, 1985 citados por Delphy, 2005, p. 36).

La biología contribuye a construir una realidad homogénea y relevante a partir de datos heterogéneos, homogeneidad que solo tiene sentido en el contexto de un sistema de división jerárquica del mundo social: el género. El sexo no es una categoría físicamente distinguible de los actos sociales por los cuales lo constituimos en realidad relevante y visible para nuestras prácticas. Pero si el cuerpo es permanentemente “sexuado”, no es solo en el sentido de que sus diferencias se vuelven relevantes por un cierto tipo de régimen, sino también en el sentido de que se expresan físicamente de conformidad con las características que se destacan por nosotros. En ambos aspectos, al menos, se puede decir, con más certeza, que el género construye el sexo.

4.4 La relación sexo/género y otras asimetrías: Interseccionalidad

La comprensión de los modos de vinculación entre sexo/género, raza y clase se ha constituido en uno de los nudos problemáticos para el pensamiento y la teoría feminista. Las evidentes diferencias en las formas de identidades y posiciones sociales, que dan lugar a un sinnúmero de experiencias caracterizadas por la discriminación, la opresión y la subordinación, que adquieren diferentes acentos y matices, ha sido no solo un problema epistemológico, sino uno de los problemas políticos más relevantes para el feminismo. El vínculo entre sexo/raza expresa en primera instancia la naturalización de las diferencias para sostener un régimen de desigualdades, como justificación de la reproducción de relaciones de poder fundadas en diferencias que se inscriben en el cuerpo; el cuerpo como lugar privilegiado donde se inscribe el carácter simbólico y social de la cultura; y la construcción de unas subjetividades subordinadas, representadas como un grupo natural dispuestos a la sumisión. Las principales teóricas que contribuyeron a esta conceptualización fueron feministas negras que tenían una posición crítica respecto del modo en que las teorías de género posicionaban a las mujeres

blancas occidentales como el “sujeto femenino universal” en tanto las teorías de la raza situaban a los hombres negros como “sujeto racial universal”¹¹ (Bereni et al, 2014; Clair, 2013).

Como señala Dorlin (2009) las primeras aproximaciones a una conceptualización del vínculo entre sexismo y racismo, apuntaban a un análisis entre sexo y raza como analogías. En este sentido, para pensar el “sexo” en tanto dimorfismo sexual que distingue radicalmente a machos y hembras, algunas feministas materialistas, usaron las críticas clásicas de la categoría de raza para redefinir a las mujeres, como una clase social naturalizada. La discusión post Segunda Guerra Mundial que cuestionaba la base científica que sostenía el concepto de razas, fue también utilizada para impugnar el concepto de sexo, no en tanto proceso de sexuación biológica individual, sino como idea de “incomensurabilidad biológica, basada en la naturaleza, entre los hombres y las mujeres” (Dorlin, 2009, p. 68).

Una de las precursoras del debate sobre la relación entre sexo y raza es Colette Guillaumin. En los años sesenta, Guillaumin es crítica de las aproximaciones de la época que pondrían su foco en las prácticas racistas, que reducirían el racismo a una dimensión de prácticas agresivas y violentas (cuando existen también prácticas “halagadoras”, que también se fundamentan en el racismo) o bien definirían el racismo como una jerarquía entre razas. Para Guillaumin (1995) el problema es que todas estas aproximaciones teóricas parten del supuesto que la raza es una categoría –social o biológica– predefinida, que posee carácter de evidencia, y que se basa en un modo de aprehensión de la realidad compartida por toda una cultura. Este modo de aprehensión, donde la “raza” constituye una categoría de percepción, es lo que constituye al racismo como una ideología¹².

¹¹ Las mujeres del movimiento feminista negro reclamaban en contra de la distancia de las formulaciones y demandas del feminismo con sus experiencias concretas de vida. Por ejemplo, bell hooks es crítica de la idea –propia del feminismo blanco burgués– de que la emancipación de la mujer es posible por la vía del trabajo remunerado... ¿quiénes son las más explotadas en la fuerza de trabajo? Donna Haraway comenta, contra la idea estructuralista de la mujer como signo de intercambio, la historia de la esclavitud: la posición de las esclavas negras nunca tuvo que ver con el intercambio, ya que ni el control de la sexualidad estuvo supeditado a conservar un linaje ni a regular la legitimidad de la prole, muy por el contrario, las mujeres esclavas eran heredadas por los hombres blancos (Haraway, 1995)

¹² Guillaumin articularía una aproximación que no reducía la etnicidad ni la femineidad a contenidos culturales diferenciados, sino que incluía la dimensión económica de las relaciones étnicas y de género sin reducirlas a un análisis de clases. Su aproximación enfatiza el conocimiento del sujeto en base al trabajo como categoría central (*apropiación*) poniendo su énfasis en las relaciones sociales. Revirtió la relación entre racismo y raza,

Si bien esta primera aproximación al vínculo entre sexo y raza habría contribuido a constatar su estatuto ideológico en cuanto categorías que operan en la construcción y legitimación de desigualdades sociales en relaciones de dominación, la cuestión central del entrelazamiento de las relaciones que las producen

presuponiendo implícitamente que la desnaturalización de la categoría de sexo remitía a la dominación de las mujeres, mientras que la desnaturalización de la categoría raza remitía a la dominación de los hombres: negros, judíos, árabes... (Dorlin, 2009, p.68).

Elsa Dorlin (2005, 2007, 2009) somete a interrogación los caminos por los que desde el pensamiento feminista –francés y anglo– se ha pensado la articulación entre género, sexo y raza. Sigue el debate del *black feminism* en los Estados Unidos en las décadas de los sesenta y setenta, que dio cuenta de la tensión que ella suponía para pensar el sujeto político del feminismo.

El *solipsismo blanco* denunciado por Adrienne Rich –la autoreferencia de los planteamientos del feminismo blanco, para construir una querrela universal de las mujeres, que no representaba a las “otras” mujeres, negras, indígenas, latinas–, era sintomático de la dificultad de pensar un sujeto del feminismo verdaderamente desnaturalizado y descentrado. La experiencia de dominación de género de las mujeres blancas de la clase media ejemplifica el cruce de la dominación de género, de clase y del racismo. Pero, además, sostiene Dorlin (2005), el feminismo negro comete un error al no comprender que las mujeres blancas –la blanquitud– representa(n) una norma a partir de la cual los otros grupos sociales se diferencian.

Uno de los primeros modos en que se resolvió este *impasse* fue conceptualizar las múltiples opresiones siguiendo un modelo matemático. En primera instancia, uno que contabiliza la sumatoria de experiencias de opresión y dominación que se superponen unas a otras en la vida de algunas mujeres, análisis que resulta problemático toda vez que aísla cada relación de dominación y define su relación de modo *aritmético*, por lo que resulta insatisfactoria para comprender las modalidades históricas de la dominación racista y sexista¹³. En un segundo momento, se elabora un modelo más complejo –de orden *geométrico*– para comprender estos

demostrando que la elección de un significante (el color o el sexo anatómico) sigue y no precede a la relación social de apropiación; construyendo como indisociable, las dos caras de una misma moneda, la apropiación social de los agentes sociales y el discurso de su propia naturaleza (Juteau-Lee, 1995).

¹³ Por ejemplo, cuando se alude a la doble o triple discriminación de las mujeres.

entrecruzamientos, que explora la intersección de las relaciones de opresión. Kimberlé Crenshaw, propone el término de interseccionalidad, con el propósito de captar la variedad de interacciones en las relaciones de género y de raza, más cercana a las experiencias de las mujeres afroamericanas (Carbin & Edenheim, 2013; Dorlin, 2005, 2009; Viveros, 2007; Wade, 2013).

El principal objetivo de las teóricas de la interseccionalidad es destacar cómo la locación social en el género, la raza, la sexualidad, la clase, la nacionalidad deben ser comprendidas en su interacción y no como dimensiones de la vida diferenciadas, que llevan a una comprensión “aditiva” de estas mismas. En ese sentido, apuntan a ir más allá del reconocimiento de distintos ejes de opresión para desafiarnos a comprender como los individuos situados en distintos lugares dentro de la matriz de opresión son diferencialmente oprimidos (Risman & Davis, 2013). De este modo, busca dar cuenta de las formas sobrepuestas, entrelazadas y multidimensionales en que el poder se inscribe en las vidas colectivas e individuales y en las experiencias de dominación y resistencia. Tanto las identidades individuales como las posiciones sociales se encontrarían modeladas por, y en, una intersección de fuerzas, a menudo conflictivas entre sí – dinámicas de género, de clase, raza y etnicidad, pero también otras como la nacionalidad, la fe religiosa, geografía, la edad y la generación, la discapacidad y la sexualidad (Weeks, 2011).

La interseccionalidad de relaciones de poder producen en efecto tensiones, conflictos y efectos “destrutivos y desestructurantes” en los procesos de movilización de los movimientos sociales. Si bien la *metáfora* de la interseccionalidad ha alcanzado un lugar de relevancia, siendo parte del *mainstreaming* de la teoría de género y vector de las políticas de institucionalización de género, críticas recientes como la de Carbin & Edenheim (2013) apuntan a mostrar su incapacidad para resolver las promesas de complejidad, de crítica y de superación de divisiones que se había propuesto. De otra parte, se ha observado que el abordaje de la interseccionalidad define las relaciones sociales en términos de sectores de intervención, lo que implica que aquellos sujetos que sufren discriminaciones múltiples se encuentran en zonas aisladas. Dicha definición no sólo tendría el efecto de aislar, sino de uniformizar socialmente posiciones antagónicas y confundir identidades estigmatizadas que son impuestas e identidades políticas de grupos minorizados (Dorlin, 2005, p. 92). Por otra parte, estabilizaría las relaciones de dominación en posiciones fijas, que fragmenta las

movilizaciones, del mismo modo en que el discurso dominante naturaliza y encierra a los sujetos en identidades alternas (Dorlin, 2005), al tiempo que carecería de un marco histórico desde donde comprender esas intersecciones (Wade, 2013).

5. Repensar la heterosexualidad: articulaciones entre género y sexualidad

La tensión entre el peligro sexual y el placer sexual es poderosa en la vida de las mujeres. La sexualidad es simultáneamente un dominio de restricción, represión y peligro, así como un dominio de exploración, placer y agencia. Enfocarse solo en el placer y la gratificación ignora la estructura patriarcal en la que actúan las mujeres, pero hablar solo de violencia sexual y opresión ignora la experiencia de las mujeres con la agencia sexual y la elección y aumenta, sin saberlo, el terror sexual y la desesperación en que viven las mujeres.

Carole S. Vance (1990) “Pleasure and Danger: Toward a Politics of Sexuality” p. 1

La cita de Carole Vance resume bien los conflictos que el feminismo ha tenido para pensar la sexualidad. En ella se da cuenta de la tensión, que se ha traducido en disputa teórica y política, entre quienes localizan el sexo como un lugar de opresión para las mujeres, donde se produce coerción sexual y violencia, y quienes, por el contrario, identifican el sexo como una posibilidad de liberación, de autonomía y placer para las mujeres. Este conflicto ha sido nombrado como “la guerra de los sexos” en la teoría feminista.

Los vínculos entre sexualidad y género son complejos, ambos conceptos son centrales para el feminismo, y sin embargo, los modos de teorizar su relación no son evidentes (Clair, 2013; Jackson, 2006; Richardson, 2007). Dicha complejidad proviene, en primer lugar, de las diferencias que existen en la conceptualización de cada término en sí mismo (punto que hemos abordado anteriormente), y en segundo lugar, derivan del conflicto entre “placer y peligro” al que hace referencia Carole Vance con respecto a la sexualidad. Dado que el género concierne a las relaciones entre hombres y mujeres, es fundamentalmente ordenado por la heterosexualidad¹⁴. Consideramos, siguiendo a Clair (2013) y Butler (2007) que las

14 Como señalan Corrêa, Petchesky & Parker, “Parecería que los investigadores en el campo de la sexualidad han estado zigzagueando entre una visión que colapsa acriticamente los estudios de género y sexualidad (como solían hacerlo muchas escritoras feministas en las décadas de 1970 y 1980) o vislumbra un “sistema de género

relaciones sexuales y de género, aunque en ningún sentido están relacionadas causalmente, están estructuralmente vinculadas de maneras importantes.

El término heterosexualidad, como se usa en el lenguaje común, denota la atracción sexual y relaciones entre personas de diferente género. En este sentido es una modalidad de interacción erótica entre hombres y mujeres. Sin embargo, la heterosexualidad implica más que una práctica o preferencia sexual: se encuentra profundamente incorporada en relaciones y prácticas sociales más amplias, institucionalizada como la forma “normal” de relación sexual humana y como base del matrimonio, la familia y las relaciones de parentesco. Se encuentra reconocida por el Estado a través de leyes y prácticas que regulan el bienestar, los impuestos, la herencia y otras esferas de gobierno que afectan a las familias. La heterosexualidad es una institución social altamente organizada.

La heterosexualidad está inextricablemente relacionada con el género: está definida por, y perpetúa la división de la sociedad en dos categorías de género. Muchos aspectos de la división y desigualdad entre géneros están asociadas a la heterosexualidad. Por ejemplo, la división del trabajo doméstico y la brecha salarial entre hombres y mujeres son producto del orden social en que se espera que los adultos vivan en una pareja heterosexual en que el hombre es el principal proveedor. Por consiguiente, uno de los principales focos del estudio de la heterosexualidad, ha sido su relación con el género. El otro ha sido su status normativo y de privilegio, que marginaliza a quienes no se conforman a ellas y legitima la estigmatización de homosexuales y lesbianas – históricamente, con un efecto brutal.

5.1 La heteronormatividad como reguladora del género (y el sexo)

Las primeras conceptualizaciones sobre el género, como ya vimos, tendieron relegar de sus análisis el sexo y la sexualidad. Desde una perspectiva que las naturalizaba a ambas, eran percibidas como un límite a las posibilidades de transformación social del proyecto político del feminismo. Sin embargo, en la década de los setenta aparecen autoras que entienden la norma heterosexual como estructurantes de las relaciones de género. Gayle Rubin en 1975

sexual” indiferenciado (Rubin 1975), a una insistencia en ver la sexualidad como un dominio propio y separado (Foucault 1978, Rubin 1984, Sedgwick 1990), y ahora de vuelta a una comprensión más sintética de la sexualidad y el género como interrelacionados, distintos y complejos (Butler 2004b, Halperin 2002, Jackson 2007)” (Corrêa, Petchesky & Parker, 2008, p.7).

propone el concepto de “sistema sexo/género”, que relaciona el género con la sexualidad reproductiva, estableciendo un sistema de género jerárquico que privilegia tanto a la masculinidad como a la heterosexualidad.

Posteriormente Monique Wittig ([1992]2006) desarrolla la idea de que la categoría sexo¹⁵ es “el producto de la sociedad heterosexual en que los hombres se apropian de la reproducción y la producción de las mujeres, así como de sus personas físicas por medio [...] del contrato matrimonial” (2006, p.27). Las mujeres y los hombres son definidos en virtud de su ubicación en el contrato heterosexual y compara a las lesbianas con esclavas fugitivas; y sostiene que ya que *mujer* no tiene significado fuera de los sistemas de pensamiento heterosexual, las lesbianas no son mujeres.

Las lecturas feministas de la obra de Foucault, especialmente respecto del carácter productivo del poder y de la constitución discursiva de los objetos de conocimiento posibilitaron repensar la distinción heterosexual/homosexual. Si en siglos anteriores, se trataba de prácticas sexuales sujetas a regulación, las categorías sexuales que se producen a partir del desarrollo de la primera sexología en el siglo XIX, hacen emerger (sancionadas, condenadas o permitidas en ciertos contextos) una identidad sexual: se es homosexual u heterosexual. La heterosexualidad no define una norma preexistente, sino que la crea— lejos de ser un estado natural, la heterosexualidad es un constructo teórico, una invención (Katz 1995).

A partir de este punto, se desarrolla toda una producción inscrita en las teorías queer, que mantiene una relación compleja con la teoría feminista, con elementos que los separan y otras veces que se superponen. Desde una perspectiva postmoderna propone la desestabilización de las categorías sexuales y de los límites hetero–homo, entendiendo que las identidades son fluidas y contingentes e interroga el status normativo de la heterosexualidad. En esta vertiente el trabajo inicial de Judith Butler (2001, 2002, 2007) tiene un impacto mayor tanto en la teoría queer como en la feminista. Butler (2001, 2007) muestra como la relación al otro excluido es constitutiva de la norma, es un recurso necesario para garantizar sus límites y su funcionamiento. Siguiendo a Wittig, sostiene que la matriz heterosexual, es decir, las ficciones regulatorias que vinculan sexo, género y heterosexualidad como un ordenamiento

¹⁵ En tanto feminista materialista Wittig concibe el sexo como producto social, de esta manera su propuesta se asemeja al concepto de género.

natural y obligatorio, constituye a la heterosexualidad como un mandato que construye a hombres y mujeres en lo que cada uno es, como seres fundamentalmente diferentes y complementarios y legitima su jerarquía. En este sentido, el género es producto de la heterosexualidad, y no a la inversa.

La heteronormatividad es un concepto analítico que se refiere a las prácticas culturales, legales e institucionales que presentan la heterosexualidad como la única identidad sexual natural y normativa. El concepto se puede desagregar en las siguientes presuposiciones: (1) hay dos y solo dos géneros: femenino y masculino; (2) la expresión de género de una persona refleja su sexo biológico (por ejemplo, todos los hombres deben tener penes y todas las mujeres deben tener vaginas); (3) solo la atracción sexual entre hombres y mujeres es natural y aceptable; (4) las parejas heterosexuales encuentran satisfacción y autoidentidad a través de la reproducción (es decir, tener hijos) y la transmisión generacional. Como señala Rubin (1989), estas presuposiciones confieren a una forma sexual particular los atributos de normalidad y de rectitud, instalando una jerarquía sexual.

Un concepto que también cuestiona el rol de la heterosexualidad en el ordenamiento social y cultural es el de imaginario heterosexual. Acuñado por Chris Ingraham (Ingraham & Saunders, 2016), se entiende como la forma de pensar que se basa en nociones sagradas y románticas de la heterosexualidad en orden a crear y mantener la ilusión de bienestar y unidad personal. Una mirada romántica que nos previene de ver cómo la heterosexualidad institucionalizada opera para organizar el género y preservar jerarquías de clase, raciales y sexuales. El efecto de esta representación ilusoria de la realidad es que la heterosexualidad se da por sentada y sea incuestionada en tanto que el género se entiende como un efecto de la socialización y el aprendizaje. De esa manera la heterosexualidad institucionalizada naturaliza las relaciones sociales, los rituales y las prácticas organizadas entre hombres y mujeres, y oculta la operación de la heterosexualidad en estructurar el género a través de la raza, la clase y la sexualidad.

La heteronormatividad es la idea de que la heterosexualidad institucionalizada constituye el standard de las relaciones sociales y sexuales legítimas y esperadas. La heteronormatividad representa una de las principales premisas que subyacen a la heterosexualidad

institucionalizada, asegurando la organización de la heterosexualidad –género, matrimonios– sea sostenida como modelo y como lo normal.

5.2 La heteronormatividad y sus límites

Según Jackson (2006) la emergencia de la teoría queer coincide con un revisitado interés de algunas teóricas feministas (entre las que se ubica ella misma), por desarrollar y reformular su trabajo a partir de los análisis en la línea de que sitúa la heterosexualidad como lugar de la dominación masculina, y que de esa manera vinculaban la heterosexualidad al género. El análisis de la heterosexualidad debe abordar, afirma la autora, dos aspectos interrelacionados de su ordenamiento social: en primer lugar, las formas en que la heterosexualidad institucionalizada y normativa y sus prácticas asociadas sirven para marginar a quienes viven fuera de sus límites; y en segundo lugar, el ordenamiento social de las relaciones dentro de la heterosexualidad (Jackson, 1999, 2006; Jackson & Scott, 2010). Si bien el primer punto, la heteronormatividad ha sido ampliamente discutido, aunque se reconozca como organizador del conjunto de las experiencias sociales, se utiliza casi exclusivamente para dar cuenta de las experiencias de marginación, discriminación y exclusión asociadas a la homosexualidad (toda vez que referirse a la heteronormatividad es considerar primero la exclusión social de los individuos más directamente transgresor/es/a/as). El segundo aspecto, sin embargo, ha sido mucho menos debatido por cuanto ha sido más resistente a su desnaturalización.

Si el término heterosexualidad ha sido y es menos considerado –incluso es menos usado en el lenguaje cotidiano que homosexualidad–, es porque se trata de una norma que se da por evidente. Es por lo tanto, un término “no marcado”, un término que asienta su privilegio al permanecer no dicho (Hockey, Meah & Robinson, 2007). En efecto, no se espera que las personas heterosexuales se identifiquen como tales, no se la supone una identidad sexual o política en particular, a no ser que las personas sean expresamente llamados a dar cuenta de su sexualidad. Este hecho, también se ha asumido en las ciencias sociales, si bien las relaciones heterosexuales –pareja, matrimonio, familia, parentesco– han sido objeto de estudio en extensión y profundidad, la heterosexualidad en sí misma ha sido, sin embargo, asumida antes que analizada, dada por hecho antes que sometida a crítica y escrutinio.

Aunque por su carácter naturalizado pueda percibirse como un universal humano, no puede asumirse que la heterosexualidad haya tenido los mismos significados y efectos de manera transversal en todas las culturas, sociedad y tiempos (por ejemplo, distintas culturas privilegian uniones polígamas o monógamas, basadas en preferencias personales o en arreglos de parentesco, al mismo tiempo, puede coexistir con vínculos homoeróticos y homosociales socialmente aprobados). De hecho, el término tiene el mismo origen que su par homosexualidad, en el siglo XIX, elaborado principalmente con el propósito de diferenciar la sexualidad catalogada como “normal” de lo “perverso”.

Es a partir de la comprensión de la naturaleza social de la sexualidad que se posibilita una mirada crítica a la heterosexualidad. Más que tratar la heterosexualidad como una entidad monolítica, se la considera una institución, un marcador de identidad y en términos de las experiencias y prácticas cotidianas (Richardson, 2007; Jackson, 2006). En este sentido, la heterosexualidad no es simplemente una forma de deseo y comportamiento sexual, sino que es parte de las relaciones sociales, en términos amplios, entre hombres y mujeres. Por lo tanto, se redefine el foco en el carácter generizado de la heterosexualidad mientras, al mismo tiempo que se hace evidente el carácter heterosexual de las relaciones de género.

Esta propuesta facilita la crítica a la heterosexualidad separando el análisis institucional de la identidad, experiencia y práctica de la heterosexualidad. En este sentido, posibilita discutir tanto el potencial de placer del sexo heterosexual como sus restricciones y constreñimientos, así como el análisis de las formas en que la heterosexualidad está implicada en la perpetuación del orden social machista sin criticar a las mujeres por ser heterosexuales. La identidad heterosexual puede ser analizada en términos diferenciales para hombres o mujeres, pero también muchas veces no constituye una identidad como tal, sino una vía de validar otros aspectos de las identidades femeninas y masculinas, de maneras asimétricas y diferenciadas.

El foco en las experiencias y prácticas cotidianas permite explorar las desigualdades persistentes en las relaciones heterosexualidad, pero también permite dar cuenta de su variabilidad; considerar la sexualidad heterosexual, sin embargo, vincularla con aspectos más amplios de las relaciones de género heterosexuales. En este sentido, permitiría dar cuenta de las divergencias encontradas en lo empírico entre la mayor autonomía social y económica

alcanzada por las mujeres, la aspiración igualitaria en las relaciones de género, una mayor libertad sexual, en tanto que el sexo heterosexual continúa siendo dominado por lo masculino.

5.3 Disrupciones en el campo de la heterosexualidad: heterodoxias

Una consecuencia de la atención dispensada a la heterosexualidad como campo normativo y normalizador de las relaciones de género, es que, además de ser entendida como un elemento dado, raramente examinado, se la presume como un campo homogéneo y monolítico, en el cual no hay espacio para la innovación, la divergencia ni el cambio. Esta viene de la (con)fusión – en particular en los estudios *queer* – entre los términos heterosexualidad y heteronormatividad, que asumen que toda práctica y/o identidad heterosexual es heteronormativa y que, por lo tanto, las posibilidades de transformación de la heteronorma solo son posibles desde fuera de ella. Sin embargo, si como señala Jackson (2006) la relación entre género y sexualidad es examinada de manera particular considerando las distintas dimensiones de lo social, es posible articular una mirada desde las experiencias, prácticas e interacciones que revelen la heterogeneidad de experiencias (Hockey, Meah & Robinson, 2007; Johnson, 2015).

Beasley, Brook & Holmes (2012, 2015) proponen desafiar dichas ortodoxias en relación al estudio de la heterosexualidad con el concepto de heterodoxia. Indagan la posibilidad de identificar transgresiones y subversiones en la heterosexualidad que permitan no sólo dar cuenta de las zonas de peligro y sumisión que existen en las relaciones heterosexuales, sino también de reconocer las posibilidades de placer y autonomía; como también los modos de reconfiguración de la heteronormatividad desde la heterosexualidad, que permitan entender los cambios socioculturales. La heterodoxia sería un desplazamiento desde lo ortodoxo hacia lo no-ortodoxo, que se extiende a la disidencia, pero no llega a constituirse en herejía. El prefijo hétero, alude simultáneamente a la hétero-sexualidad y a la hétero-géneidad, apelando a las fisuras y desvíos en la norma dominante, pero sin desactivar la idea de la existencia de identidades de género fundadas. Como señalan las autoras,

deseamos explicar el significado del término heterodoxia como señal de una amplia variedad de posibilidades o innovaciones heterosexuales no normativas relevantes para un análisis más amplio del cambio social. Es importante destacar que estas innovaciones pueden seguir recurriendo a elementos del binario homosexual/heterosexual y no suponen el colapso de orientaciones de identidad sexual distinguibles. En otras palabras, pueden

involucrar innovaciones dentro de la heterosexualidad y, sin embargo, resistir aspectos de la heteronormatividad (Beasley, Brook & Holmes, 2015, p. 684, traducción propia).

En el campo de lo hétero–doxo es posible observar divergencias, transgresiones y subversiones, las cuales van alejándose progresivamente del centro de la heterosexualidad normativa hacia una zona de disidencia explícita de la norma. Así, la divergencia – más cercana a la norma – implicaría una suerte de desfase entre la conformidad implacable a la norma y su realización, que nunca es completa. Por ejemplo, el matrimonio, entendido como bastión de la heterosexualidad institucionalizada y del privilegio de la heteronormatividad, no es una entidad hegemónica.

Las transgresiones refieren a “vagar en la superficie”, aunque no impliquen un esfuerzo deliberado por socavar lo establecido. “Transgredir es divagar desde la norma, pero tal vez sin pensar, o sin tener la intención de ir a la deriva” (Beasley, Brook & Holmes, 2012, p. 5). Aquí, por ejemplo, las autoras sitúan aquellas prácticas sexuales que desafían la concepción falocéntrica de la actividad hétero–sexual (sexo penetrativo vaginal), con la incorporación de prácticas de innovación.

Por último, las subversiones implicarían un quebrantamiento deliberado y reflexivo de la heteronorma que desafían o producen cambios en las normas, aunque estas no parezcan radicales. Si la transgresión puede ser un desvío accidental de la norma, la subversión es más deliberada, incluso si no se emprende como una posición intencionadamente “política”. Y, aunque la transgresión tiene un aspecto más contingente, la subversión implica tomar un camino un poco más duradero. Subversiones a la heteronormatividad serían, por ejemplo, aquellos nuevos arreglos conyugales que desafían la noción de cohabitabilidad como base primordial del compromiso e intimidad (parejas que viven separadas o parejas a distancia).

El objetivo de esta propuesta es permitir que la investigación sobre la heterosexualidad invoque un sentido de dinamismo e incertidumbre relacional, de modo que la heterodoxia se conciba como procesual, como prácticas no normativas, más que como una cuestión de “tipos” de identidades o incluso comportamientos coherentes o continuos. La heterodoxia puede ser temporal, contingente y fugaz, así como a veces deliberada, decisiva y continua. Tales temporalidades diferentes pueden existir simultáneamente con respecto a diferentes prácticas.

6. Las transformaciones sociales y culturales de la sexualidad y el género, Chile

El presente capítulo tiene el objetivo de presentar el contexto de las principales transformaciones en los ámbitos sociales y culturales ocurridas en las esferas de la sexualidad y el género en Chile durante las últimas cinco décadas.

Para ello se toman como referentes seis ejes de cambio: la autonomía de la sexualidad respecto de la reproducción, los cambios en la pareja contemporánea, la diversificación de las trayectorias afectivas y sexuales, las orientaciones normativas de la sexualidad, la visibilización de la diversidad sexual, y por último, la psicologización y medicalización de la sexualidad. Un último apartado se dedica a revisar los aportes de la investigación empírica que han abordado el tema de la sexualidad y el género en Chile desde la perspectiva de los procesos de individualización.

6.1 Autonomización de la esfera de la sexualidad respecto de la reproducción

La difusión masiva de métodos contraceptivos médicos, que actúan sobre la fisiología femenina (píldora, dispositivo intrauterino, esterilización femenina), y que por ende, son controlados por la mujer a partir de la década los sesentas, supuso el fin de un proceso que se inició a principios del siglo XX. La difusión de los métodos contraceptivos modernos provocó un vuelco en la manera de encarar la fertilidad, al introducir una dimensión de racionalidad en un dominio de la experiencia de las mujeres, cuyo control había sido históricamente esquivo. La fertilidad es, entonces, pensada como un proyecto personal, cuyo peso en la organización de la vida es menor, y cuya realización demanda preparación y reflexión (Leridon, 1995 citado en Bozon, 2013). Es posible hacer elecciones – tener o no tener hijos, el momento más adecuado para tenerlos, el número e intervalo deseado entre ellos – las cuales se encuentran, al menos potencialmente, dentro del dominio de decisiones de las mujeres y de sus parejas, y que deben coordinarse con otras elecciones realizadas en otros dominios de la vida, especialmente el profesional. Como señala Bozon (2001a) la banalización del recurso a la contracepción no significa un relajamiento del control social

sobre la sexualidad, sino por el contrario, mayor racionalidad, reflexividad y control al corazón mismo de la actividad sexual.

Cambios en los patrones de fecundidad

La incorporación masiva del uso de anticonceptivos médicos en Chile vino de la mano de una política estatal en el campo de la salud fuertemente orientada a reducir los alarmantes niveles de mortalidad materna producidas por abortos realizados en situación de clandestinidad (Rojas, 1994, 2009; Mooney, 2012). Su introducción hizo factible un notable y progresivo descenso del nivel de fecundidad de las mujeres en la sociedad chilena. Sucesivamente, generación a generación, se ha transitado desde un nivel superior a cinco hijos en la década de 1950 a un nivel de 1,7 hijos por mujer al término del periodo reproductivo en 2016 (INE – Chile, 2018), como en casi la totalidad de los países desarrollados (Bozon, 2013). Ya en 1999 la tasa global de fecundidad cayó a 2,08 hijos por mujer, situándose, por primera vez, bajo la tasa de reemplazo (2,1), es decir, el número necesario para que una nueva generación reemplace a sus padres (INE – Chile, 2006).

Así también se han modificado los calendarios reproductivos de las mujeres en el curso de las generaciones: se desplazan y concentran hacia edades cada vez mayores. La mayor fecundidad se concentra en las mujeres que están en el rango de 25 a 29 años de edad y el promedio de edad de las madres es de 28 años, lo que demográficamente se considera una maternidad “tardía” (INE, 2006).

Un hecho a ser notado es que, a pesar de que la sociedad chilena ha asistido a un descenso notable de la fecundidad en las últimas décadas, el embarazo en el segmento de las mujeres adolescentes, después de mantenerse estable entre 2002 a 2012, recién ha comenzado a disminuir en los últimos años, pero siempre posicionada en los estratos socioeconómicos más bajos¹⁶. Según cifras del Ministerio de Salud, el 2012 hubo un total de 34.023 nacidos vivos

¹⁶ Las tasas de fecundidad adolescentes desde el 2005 al 2009 presentaron una leve tendencia al aumento en las adolescentes de 10 a 14 años, donde la tasa por cada 1.000 mujeres de ese grupo etario aumentó en 0,33 puntos; de la misma forma, entre las adolescentes de 15 a 19 años, la tasa también aumento en 5,5 puntos porcentuales. El año 2010 esta tendencia al alza presenta un quiebre respecto del año anterior, presentando un descenso de 0,17 y 2,6 puntos en el grupo de 10 a 14 años y de 15 a 19 años respectivamente (MINSAL, 2013).

de mujeres menores de 20 años, y 874 nacidos vivos de mujeres menores de 15 años (MINSAL – Chile, 2013).

En efecto, la intensidad con que el decrecimiento ha ocurrido en los distintos grupos de edad ha sido variable, lo cual ha modificado, a su vez, el aporte porcentual relativo a la tasa global de fecundidad que cada grupo etario hace. Si bien el grupo de mujeres entre 15 y 19 años ha experimentado un descenso de su tasa específica de fecundidad¹⁷, este proceso se inicia más tardíamente y en menor magnitud que en otros grupos de edades. Y aunque las adolescentes reducen su tasa específica de fecundidad (TEF), dado que los descensos entre las mujeres mayores han sido más significativos, su aporte relativo a la tasa global de fecundidad es mayor. La tasa específica de fecundidad es de 46,0 para las mujeres entre 15 y 19 años.

Un embarazo no previsto¹⁸ puede sobrevenir en cualquier momento de la vida, es, sin embargo, durante la adolescencia que los costos personales, familiares son mayores, puesto que además no se cuenta con la autonomía (económica) necesaria para asumir el cuidado y crianza de un hijo/a. Se entiende entonces, que la experiencia de un embarazo en la etapa de la vida en que se están concluyendo los estudios secundarios y puede dar paso a los estudios terciarios o bien incorporarse al mercado de trabajo, supone un quiebre en el proyecto de vida. Además de producirse con mayor frecuencia durante la adolescencia, también es mucho más frecuente en las jóvenes de niveles socioeconómicos bajos. Este hecho expresa una tensión entre la mayor autonomía que tienen las mujeres actualmente en el ejercicio de su sexualidad y las decisiones respecto de la reproducción y las posibilidades que cada una tiene para su realización efectiva, según la posición en la trama de relaciones – de género, de clase y generacionales – en que se encuentre. El embarazo en la adolescencia es un indicador de la desigualdad social de este país: es mucho más frecuente en las jóvenes de sectores bajos. Si en la comuna de Vitacura el porcentaje de adolescentes embarazadas es de 1,4, en La Pintana es de 20,9 (MINSAL– Chile, 2013).

¹⁷ La única tasa específica de fecundidad que no cayó abruptamente entre 1960 y 2001 fue la tasa del grupo de 15 a 19 años, que tendió a permanecer constante, con algunas oscilaciones; de hecho, su nivel en 2001 fue un 90% del registrado en 1960, mientras que en el período 1960-2001 la fecundidad total y del resto de los grupos etarios se contrajo por lo menos en un 50% (Rodríguez, 2005). En 2009 la TEF fue de 29,12 para el grupo de adolescentes (29,01 en 2008; 27,91 en 2007).

¹⁸ En relación al concepto de embarazo no previsto ver Palma (2010).

Según la Encuesta Nacional de la Primera Infancia (2010) un 72,4% de las madres entre 15 y 19 años no planificó su embarazo y un 76% de los padres no planificó el embarazo de su pareja. En cuanto a las madres adolescentes menores de 15 años, un 94,4% no planificó su embarazo (ENPI, 2010). Este dato es relevante por cuanto relativiza la hipótesis que sostiene que en los sectores populares el embarazo es buscado como proyecto de vida y fundamenta la lectura del embarazo adolescente como consecuencia de una autonomía limitada sobre el cuerpo y la falta de acceso a los recursos para que exista la posibilidad de decidir cómo, dónde y con quién tener una relación sexual.

Junto con la mencionada instalación de una política de planificación familiar que dispuso de la tecnología anticonceptiva para las mujeres en la década de los sesenta, debe considerarse la emergencia epidemiológica del VIH/SIDA en los ochenta, como un segundo evento que supuso una reconfiguración de los riesgos asociados a la sexualidad y, por ende, de las prácticas preventivas. El VIH/SIDA visibilizó a otros grupos de la población, especialmente, a los hombres homosexuales, así como la sexualidad en otros segmentos –la sexualidad juvenil– y en otros contextos, como la ocasionalidad y la sociabilidad (Matus, 2005), que hacían necesario el uso de otros dispositivos de prevención, como el condón. Los datos disponibles ilustran que si en la generación nacida en 1950, 1 de cada 20 personas utilizó alguna tecnología preventiva en su primera relación sexual, en la correspondiente a 1960 su uso ascendió a 1 de cada 10, para llegar a 1 de cada 4 en los nacidos en 1970 (Palma, 2006). Actualmente, un 51,4% de la población joven chilena declara haber usado algún tipo de prevención en su primera relación sexual, con cada vez menos diferencias de uso entre hombres y mujeres, sin embargo, persiste la brecha entre jóvenes de distintos sectores sociales, siendo los jóvenes más pobres quienes menos utilizan métodos de prevención (INJUV–Chile, 2010)¹⁹. Si se considera a las jóvenes que se iniciaron antes de los 17 años, se encuentra que solo 1 de cada 4 con escolaridad más baja usó algún tipo de prevención en su primera relación sexual, en cambio 1 de cada 2 mujeres que luego accedió a la educación superior lo hizo. Si se observa al grupo de mujeres que se inició en edades más tardías, se encuentra con que solo 2 de cada 5 de quienes tienen una baja escolaridad se cuidó en su

¹⁹ Este dato no se encuentra disponible en la versión más reciente de la Encuesta Nacional de la Juventud (7ª versión) (INJUV–Chile, 2013).

primera relación. Cifra menor a la mostrada por las jóvenes que ingresan a la educación superior, pero son más precoces (Palma, 2012).

6.2 La sexualidad de la pareja contemporánea y emergencia de nuevos modos de relación

La emergencia de la sexualidad como un dominio descentrado de las necesidades reproductivas, lo que se ha llamado la “sexualidad plástica” (Giddens, 1995), ha relevado la dimensión más ligada al erotismo de la sexualidad, así como la legitimidad del placer y la satisfacción en las relaciones sexuales. Como veremos a continuación, ello ha supuesto una redefinición del lugar de la sexualidad tanto para la constitución de la pareja contemporánea como para las definiciones personales de la experiencia sexual.

La sexualidad va a pasar a desempeñar un rol fundamental para la constitución de la pareja, orientando tanto la elección de él o la compañera/a, como asegurando la mantención de la relación. En la actualidad, la posibilidad de que una pareja se forme, es posterior al inicio de la relación sexual, al contrario de lo que sucedía hace algunas generaciones atrás, en las que la actividad sexual sólo era posible una vez que la pareja estuviera establecida. Para Beck & Beck-Gernsheim (2001) en el marco de la desinstitucionalización de las relaciones de pareja, el amor también cobraría un renovado valor, al ser el único motor que sostendría la búsqueda y elección de una pareja. La pareja contemporánea se caracterizaría, por una parte, por la referencia al sentimiento amoroso y la valoración de la atracción sexual, y por otra, por la importancia de los proyectos individuales en el contexto de la relación de pareja.

En el contexto de los procesos de individualización, la relación de pareja adquiere una importancia inédita en el repertorio de los vínculos sociales. Esta se autonomiza de la función familiar, ya sea reproductiva o económica, cobrando sentido en sí misma. Sería la “relación auténtica por excelencia” (PNUD, 2002, p. 225). Esta centralidad ha sido descrita, por ejemplo, en el análisis de las transformaciones culturales de la sociedad chilena elaborado por el PNUD: la construcción de pareja se enmarca dentro de los propios proyectos individuales, encontrando su justificación porque permite realizar y mantener la propia identidad personal (PNUD, 2002).

Pero la centralidad de la pareja como fuente de intimidad ha sido sometida a revisión por parte de la investigación empírica. Se releva el carácter intimidante que las relaciones de

pareja tienen para sus miembros, en que se ven amenazados por la potencial dependencia del otro, al tiempo que carecen de herramientas para gestionar los conflictos, lo que se traduce la mayoría de las veces en conductas evitativas que empobrecen los vínculos (Sharim, Araya, Carmona & Riquelme; Sharim, 2016). Esta tensión sería más evidente en los jóvenes quienes movilizan como estrategias el ideal de transparencia y comunicación para minimizar los conflictos, al sentirse amenazados por la ambigüedad de la relación entre autonomía y dependencia que suponen las relaciones de pareja (Besoain, Sharim, Carmona, Bravo & Barrientos, 2017).

A pesar de las tensiones, los cambios en la constitución de las parejas han posibilitado la emergencia de nuevos modos de emparejamiento así como de trayectorias posibles en las relaciones de pareja, algunos más asentados y otros que comienzan a perfilarse incipientemente. Entre los primeros observamos el aumento de las tasas de divorcio y de separación, la disminución de los matrimonios y el aumento de nuevas formas de convivencia o cohabitación (Arteaga, Sepúlveda & Aranda, 2012), la diversificación de los relacionamientos post-maritales, especialmente en las mujeres (Palma, 2006), y la flexibilización de los modos de relacionamiento juveniles, que ensayan nuevos tipos de vínculos (Barrientos, 2006; Matus, 2005) así como la exploración temprana de prácticas homoeróticas, que pueden o no estar vinculadas a la definición de una identidad sexual (Moreno, 2010). Es interesante notar, por lo demás, que el repertorio de prácticas sexuales en el contexto de pareja estable se va ampliando, incluyendo prácticas (como el sexo oral o anal) que se encontraban reservadas para otros contextos relacionales (MINSAL, CONASIDA & ANRS, 2000).

6.3 Diversificación de las trayectorias sexuales y afectivas

Las biografías conyugales y afectivas de los individuos se diversifican y se fragmentan. Los periodos en que los sujetos permanecen sexualmente activos aumentan en virtud, tanto del inicio más temprano de la actividad sexual, como del prolongamiento de la misma a edades más avanzadas. Las trayectorias sexuales de las generaciones nacidas en las últimas décadas son cada vez más diferenciadas de las generaciones más adultas. Cursan con largos periodos de sexualidad activa, sin vínculo a una unión conyugal ni con fines reproductivos, que hacen

que se haya constituido un periodo específico de sexualidad juvenil, producto del retardo de las edades en el inicio de las uniones.

La convergencia en los calendarios de entrada a la sexualidad activa es producto del progresivo descenso de la edad de iniciación sexual de las mujeres ocurrida a lo largo del siglo XX, cuya mediana bajó de los 20 años para las nacidas entre 1929 y 1949, hasta situarse en torno a los 18,8 años para la generación nacida entre 1970 y 1980 (Palma, 2006)²⁰. Respecto a los varones, la edad de iniciación es fluctuante, mostrando descensos y ascensos, comienza entre los 16,5 y los 17,7 años para los nacidos entre 1929 y 1949, se estabiliza en las generaciones posteriores en torno a los 17 años, elevándose a 17,2 años para la cohorte entre 1975 y 1980 (Palma, 2006). Siguiendo la misma tendencia, las nacidas en 1990 se iniciaron a los 17,8 años, mientras los varones lo hicieron a los 17,3 años (INJUV–Chile, 2010). Los últimos datos disponibles de la VIII Encuesta Nacional de la Juventud, señalan que el promedio de edad de inicio para el grupo de 25 a 26 años es de 16,7 años para los hombres y de 17,04 para las mujeres (INJUV–Chile, 2015)²¹. Esta reducción de la brecha entre los sexos en las generaciones más jóvenes puede ser leída como expresión de una reducción de la asimetría entre los géneros que caracterizó a las generaciones más antiguas. Ello produce como efecto una *sincronización en los calendarios de entrada a la sexualidad activa* entre hombres y mujeres en las nuevas generaciones (Palma, 2006).

Las trayectorias sexuales de las mujeres se hacen más prolongadas. Hoy se observa un retardo en la finalización del periodo de la sexualidad activa, y ello implica un alargamiento de la sexualidad en etapa post-reproductiva. Los procesos de cesación de la sexualidad activa no se organizan en la actualidad en una simple vinculación con los fenómenos de climaterio y envejecimiento, ni tampoco de manera lineal con los cambios en la situación de pareja de las

²⁰ Los datos utilizados por Palma (2006) corresponden a un análisis extendido de la Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual, conocida como COSECON (Comportamiento Sexual del Cono Sur), conducida en 1999 por la Comisión Nacional para el SIDA, CONASIDA y la Agence Nationale de Recherches sur le Sida, Francia. Los mismos son empleados para observar las tendencias de uso de tecnología preventiva y contexto de iniciación sexual que se detallan más adelante. A pesar de que esta encuesta ya va a cumplir 20 años, utilizamos sus datos porque permite obtener una mirada intergeneracional de las transformaciones en los sentidos y prácticas sexuales en la sociedad chilena, además de que hasta el momento no hay otro instrumento que haya recogido ni actualizado dicha información.

²¹ Nótese que estos datos no son del todo comparables, puesto que se utiliza como referencia el promedio (que incluye solo al grupo de iniciados, y por ende, es más bajo) y no la media. Considerando, entonces, que el grupo de jóvenes entre 25 y 29 años ya ha iniciado su actividad sexual en más del 70%, parece un dato más fiable.

personas. Del mismo modo que los umbrales de entrada a la vida sexual activa se adelantan, los umbrales de salida retroceden (Barrientos, 2006; Bozon, 2013; Palma, 2006).

Siguiendo con los datos disponibles de la Encuesta Nacional de Comportamiento Sexual (MINSAL, CONASIDA & ANRS, 2000), en relación al significado atribuido a la sexualidad, si bien la mayoría de las respuestas (cerca del 80%) asocian la sexualidad con una expresión de sentimientos hacia la pareja (con una diferencia de 3 puntos según sexo), es significativo el hecho que la opción “experiencia de placer” ocupe el segundo lugar, desplazando a la procreación como significado primordial. En este caso la diferencia según sexo arroja diferencias leves.

Al considerar la motivación atribuida a la relación sexual, la edad es la variable que mejor identifica la diferencia de valoración respecto de la existencia de amor como condición normativa de las relaciones sexuales, los jóvenes otorgan más valor a la “pura pasión” y en general al sexo “como sea”. En tanto las mujeres en general valoran la existencia del amor como condición en mayor medida que los hombres, ellos estarían más de acuerdo con el sexo sin placer, sin embargo, la respuesta mayoritaria de ambos sexos es la pasión como vehículo de las relaciones sexuales.

Al dirigir la pregunta sobre los motivos que organizan la entrada en la sexualidad activa, se observa que las generaciones más jóvenes otorgan una importancia relativa del amor y la atracción, reduciéndose la importancia otorgada al matrimonio y a la inducción de amistades; esto se visibiliza un importante cambio cultural, especialmente entre las mujeres donde la brecha entre las generaciones polares es de más de 20 puntos (en los varones alcanza sólo 9 puntos).

A juicio del estudio las conversaciones estarían jugando el rol de las grandes instituciones de antaño. Al plantear el tema de la conversación sobre intimidad, en referencia a la presencia, tipo y diversidad de interlocutores, con pocas diferencias a favor de las mujeres (81% vs. 78%), el grupo de edad de los 18-24 años es el que presenta más altos porcentajes sobre conversación sobre temas íntimos (cerca al 80%): en este sentido si bien las conversaciones se abren al interior de las generaciones más jóvenes, el tema que persiste es la imposibilidad de la comunicación intergeneracional.

Si se analizan los datos sobre negociación sexual e iniciativa, veremos que, en el segundo caso, las generaciones de varones más jóvenes presentan las respuestas menores de exclusividad masculina y mayores de iniciativa compartida. Resulta significativo el hecho de frente al reconocimiento de la discordancia del deseo, son los varones de 18 a 24 años los que declaran mayor tendencia a la seducción como estrategia de resolución: ello nos habla de una complejización del repertorio de comunicación sexual, lo que supone debe incorporar elementos emocionales. Es posible observar un desplazamiento hacia conductas de mayor flexibilidad en las generaciones más jóvenes, siendo incluso más marcadas en los varones. Sin embargo, cerca de un tercio de hombres y mujeres reconocen la opción de “no hablar”, lo correspondería a la no-negociación, cifra que aumenta conforme a la edad. Serían los adultos y adultos mayores quienes presentarían patrones de comunicación más rígidos, reflejando las dificultades que tienen para expresar sus necesidades, especialmente las mujeres.

La entrada más temprana en la sexualidad activa, protagonizada por las mujeres, supone una separación de las primeras relaciones sexuales respecto de la conyugalidad. Es así como asistimos a un proceso de reducción de la brecha de género en el número de parejas sexuales. No obstante la relación varón:mujer es de 7:2 parejas sexuales, las generaciones más jóvenes de mujeres muestran un número crecientemente mayor que las nacidas en los años 30. Del mismo modo, se observa una reducción de la brecha de género, mientras en el rango de 60 a 69 años la relación entre el número de parejas mujer:varón es de 1:8,4; en el rango de 18 a 19 años esta diferencia se acorta a 1:3,6 parejas sexuales.

En relación a las prácticas sexuales, la brecha generacional también es manifiesta. Mientras los mayores de 50 presentan una mayor prevalencia exclusiva del sexo vaginal (repertorio sexual restringido), los menores de 50 presentan repertorios sexuales amplios que incluyen las posibilidades del sexo vaginal, oral y anal. Sin embargo, las diferencias de género tienden a reducirse entre las generaciones más jóvenes. Los repertorios sexuales se hacen más plásticos y complejos, vinculados a la exploración, especialmente entre las nuevas generaciones lo cual coincidiría con la iniciación sexual más temprana.

Respecto de las prácticas sexuales existe una mayor indiferencia normativa y en general, un alto grado de acuerdo en la valoración del consenso como fuente de legitimación de toda

práctica. Los jóvenes aparecen como menos restrictivos en todos los tipos de prácticas. Resulta significativo que a pesar de que las mujeres presentan menores porcentajes de aprobación de las prácticas, son las que innovan de modo más notorio diversificando sus repertorios. Sea por iniciativa propia o por cesión a la demanda masculina, ello implica nuevos caminos para la definición del imaginario sexual, una exploración de los límites del cuerpo y las definiciones del placer. Y tras la exploración de límites, la definición de nuevas normatividades sexuales.

6.4 Transformaciones normativas de la sexualidad

Los numerosos cambios sociales han contribuido a la emergencia de una normatividad que ya no descansa más en la percepción de los sujetos de que existirían principios absolutos, inmutables, externos a ellos mismos. Aun cuando nuestras sociedades se secularizan y declina la influencia de las instituciones que transmitían principios absolutos, las fuentes emisoras de información y de normas difusas en materia de sexualidad se multiplican: medios de comunicación, psicología *popular*, escuela, investigación, encuestas sobre sexualidad, campañas de prevención, literatura, artes, etc. Todas estas fuentes tocan públicos diversos, pero su capacidad de imposición y control directo de los comportamientos son relativamente débiles, en la medida que no pueden ser asociadas a aparatos de control y de sanción eficaces (Bozon, 2013).

Aun cuando continúan existiendo normas sociales que regulan el ejercicio de la sexualidad, la evolución de las costumbres modificó profundamente sus funciones. Se presentan cada vez menos con la fuerza de medidas cautelares, fundamentadas en las reglas de una religión o de una comunidad. Pierden su efectividad para controlar o censurar a la juventud, vigilar el matrimonio o proscribir los “actos contra la naturaleza”. Las normas sociales fijan, ordenan e interpretan el sentido de los comportamientos con respecto a las situaciones y experiencias vividas, pero también en relación a las coyunturas sociales o sanitarias (Bozon, 2013).

En un estudio realizado en la década de los noventa, Sharim, Silva, Rodó & Rivera (1996) investigaron sobre los discursos en torno a la sexualidad de mujeres y hombres y sus transformaciones en Chile. Las autoras sostienen que no es posible identificar un patrón y un discurso único en cada sexo, como había sido posible durante décadas. En este sentido, emergen nuevos patrones, de los cuales el más sobresaliente es la *sentimentalización* de la

sexualidad masculina y la *erotización* de la sexualidad femenina. No se trata de un intercambio de roles, sino que de la coexistencia de viejos y nuevos signos que se incorporan. Como hemos visto una de las transformaciones más relevantes en la sexualidad es la que dice relación con la modificación de la temporalidad generacional y biográfica de la entrada de los individuos en la sexualidad activa. Desde un punto de vista generacional, se trata de un proceso más temprano que a comienzos de siglo. Sin embargo, más que en las generaciones, las modificaciones en la sexualidad activa han sido protagonizadas por los géneros. En concordancia, las transformaciones en las prácticas, sentidos y representaciones de la sexualidad se han manifestado principalmente en las mujeres y en las relaciones de género. Como ya relevamos, el *Estudio Nacional de Comportamiento Sexual*, realizado por CONASIDA (2000) reveló que las generaciones más jóvenes de mujeres además de reducir su brecha en la entrada a la sexualidad activa respecto a los hombres, junto con ampliar sus repertorios sexuales, aumentaban dramáticamente el número de parejas sexuales en comparación con sus madres y abuelas. En términos de los significados atribuidos a la sexualidad, las generaciones más jóvenes en general, tendían a significarla como expresión de sentimientos ante la pareja, relevando la experiencia de placer, y desplazando a la procreación como fuente de sentido. La motivación por entrar a la sexualidad activa se encontraría ligada al amor y la atracción, y menos al matrimonio e inducción de amistades. La motivación para tener relaciones sexuales se vinculaba cada vez más a la pura pasión, y menos al amor o al sexo como sea.

Efectivamente, la norma que sancionaba la legitimidad de las relaciones sexuales dentro del marco institucional del matrimonio, ha perdido vigor. Sobre el contexto de la iniciación sexual, como es esperable para las mujeres nacidas hasta la década del cuarenta, la primera relación sexual la tuvieron principalmente con el esposo (65,7%), y muy secundariamente con el novio o pololo. A partir de las décadas posteriores se produce una inversión de la tendencia, llegando a establecerse en un 90% la iniciación con el novio/pololo. A diferencia de las mujeres, que inscriben su entrada a la sexualidad activa en el marco de una relación de compromiso afectivo, hasta antes de la década de 1960 los hombres comienzan su vida sexual en tres contextos diferentes: el de ocasionalidad (*recién conocida*, 20%; *prostituta*, 5%), de sociabilidad (*amiga*, 29%), y de pareja afectiva (*novia* o *polola*, 24%). En la generación siguiente se reconfiguran estos contextos aumentando la importancia de la pareja afectiva

(*polola*, 76%), y de la figura de la *amiga* (18%), la cual es posible comprender como articulación entre distancia afectiva y proximidad social (Palma, 2006).

El matrimonio como institución reguladora de las uniones también pierde peso. La tasa de nupcialidad durante el siglo XX en la sociedad chilena muestra un comportamiento particular, marcado por un fuerte descenso en las últimas décadas. Desde mediados de siglo la tasa de nupcialidad mantenía una cierta estabilidad en torno a 7 matrimonios por cada 1.000 habs., hasta que desde 1990 se produce una brusca caída, hasta llegar a 3,6 en 2003. Los censos de 1992 y 2002 dan cuenta de la reducción de las uniones en general (de 57,5% a 55,1%), marcado por el descenso de los matrimonios (51,8% a 46,2%) y el aumento de las convivencias (5,7% a 8,9%). Este descenso en las uniones está también influido por el aumento de los separados y de los solteros. Sin embargo, esta disminución en los matrimonios ha ido a la par con un aumento de las convivencias, que representaron un 14,9% de las uniones ocurridas en 2006, especialmente entre los más jóvenes (18 a 25 años) (Arteaga, Sepúlveda & Aranda, 2012). Los matrimonios se producirían a edades cada vez más tardías: si en 1982 las mujeres se casaban a los 23,8 años y los hombres a los 26,6 años, diez años después las mujeres lo hacían a los 25,3 años y los varones a los 27,8 años. En 2011 las edades medias llegaron a 28,8 y 31,6 años, para mujeres y hombres respectivamente (INE-Chile, 2012).

Bernasconi (2010) en su estudio que aborda los cambios operados en los discursos sobre la sexualidad desde el punto de vista de las transformaciones en las orientaciones morales de los individuos a través del tiempo, identifica una desactivación de la ecuación entre ser una “mujer buena” y ser “no-sexual”. Este movimiento pone de manifiesto un cambio en el principio moral de regulación de la sexualidad de las mujeres chilenas (de una moral de la decencia a una moral de autenticidad) y un desplazamiento de la autoridad moral centrada en la comunidad hacia la persona. Es relevante la observación descrita por Bernasconi en relación a las tensiones que emergen en las narrativas de las generaciones más jóvenes por la necesidad de construir un criterio de normalidad para evaluar sus propias experiencias, para ello, las jóvenes usarían como referente el comportamiento de las otras mujeres de su entorno. Los cambios a nivel de las normas no solo implican su multiplicación, sino que pueden incluso ser paradójales. Por ejemplo, ante la pregunta general que enmarca la normatividad

en términos de la temporalidad biográfica ¿en qué momento podemos hacer tal o cual cosa? se puede, según Bozon (2004), defender la idea paradójica de la desaparición de los umbrales de edad y de una expansión de una normalización biográfica de la sexualidad.

Así es posible sostener que hay una desaparición de los umbrales de edad esperados en referencia a los estados de unión o de soltería (es posible tener periodos de soltería, unión, separación y regreso a la soltería), por el prolongamiento del periodo de sexualidad activa (no solo por un inicio más temprano sino por su continuidad en edades más avanzadas de la vida), que produce un desarrollo menos lineal de las biografías sexuales en función de la edad y que conecta con la desestandarización de los itinerarios biográficos (observable también en las trayectorias educacionales y laborales). En síntesis, la edad de un individuo es cada vez menos predictiva de su estatuto conyugal o de su estilo de actividad sexual y las transformaciones de las condiciones sociales del envejecimiento a lo largo de las generaciones que han favorecido la aspiración y el acceso a una actividad sexual prolongada (Bozon, 2004).

Sin embargo, se observa a la vez una normalización biográfica en lo que respecta a la sincronización temporal de las primeras experiencias sexuales, un acortamiento de la brecha entre hombres y mujeres, pero también poca dispersión en las edades (se inician con una diferencia de 2 años más o menos respecto de la media) (INJUV–Chile, 2010, 2013).

Se configuraría así, dado los cambios en las temporalidades biográficas de la sexualidad, una nueva norma implícita y difusa que imprime carácter de obligatoriedad al sexo. Con independencia de las edades o de los vínculos, se entiende que no hay impedimentos que obliguen a interrumpir una sexualidad activa. En esta perspectiva, siempre los comportamientos extremos serán catalogados como desviados: será producto de sospecha tanto el promiscuo, como el célibe.

Si bien la institución del matrimonio pierde fuerza (Arteaga, Sepúlveda & Aranda, 2012), la aspiración a la pareja sigue siendo tanto o más relevante (Araujo & Martucceli, 2012; Sharim, Araya, Carmona & Riquelme, 2011). Dentro de la esfera familiar, los miembros de la familia tienen cada vez mayores grados de libertad y de autonomía para poder realizar proyectos personales, sin embargo, la división sexual del trabajo doméstico es más resistente a cambiar,

inclinando la balanza del trabajo doméstico (y emocional) en las mujeres, quienes llevan el mayor peso de esa tarea (INE-Chile, 2009).

Las normas que regulan la entrada a la sexualidad activa transitan de una moral de la retención a un “ideal de la primera relación” (Bozon, 2004). Para generaciones anteriores la primera relación sexual constituía un bien a resguardar y una suerte de premio para quien sabía esperar. La promesa del sexo acompañaba todo el tiempo del cortejo y daba cuenta del talante de los novios, así como de la seriedad y expectativas que se podía llegar a tener de la relación. De manera casi inversa, para las generaciones jóvenes la primera relación sexual es un hito a partir del cual puede llegar a constituirse una relación afectiva posteriormente. Sin embargo, ella no está desprovista de expectativas y de un cierto ideal al cual se pretende aspirar. Estas representaciones respecto de la primera relación sexual en diferentes generaciones también están presentes en el trabajo de Bernasconi (2010) respecto del yo moral en Chile, por lo que consideramos que estas normas son transferibles al contexto de la sociedad chilena.

La fidelidad conyugal es altamente sancionada en términos abstractos (Bozon, 2004). Dicho rechazo no obedece, como antaño, a una defensa del matrimonio en cuanto institución social o a una sanción religiosa o moral que define el adulterio como pecado, sino que es coherente con un ideal de pareja cuya conformación y vínculo se fundamenta en el propio compromiso de cada uno de los miembros con el otro, y no en una bendición / alianza externa (celebrada por la Iglesia o el Estado). La fidelidad es un elemento de evaluación de la relación. Sin embargo, la sanción absoluta abre paso a cierta flexibilidad cuando se pone a las personas en el lugar de determinadas situaciones, que harían menos reprochable e incluso comprensible, la posibilidad de la infidelidad.

En la relación entre dos compañeros sexuales hay una norma de reciprocidad, en términos de valoración de compartir la iniciativa y de la variedad del repertorio sexual que se comparte (Carmona, 2011; Sharim et al., 2011). En sociedades que valorizan normativamente la comunicación y el conocimiento de la pareja (el concepto de *disclosure intimacy* de Lynn Jamieson (1999), refleja bien esta idea) coexiste un individualismo sexual, que apela también a la búsqueda del propio placer (Bozon, 2004). La importancia de la que se reviste a la sexualidad, hace parte a lo que Illouz (2010) denomina como “tiranía de la intimidad”,

entendida como la idea e ideal de compatibilidad emocional y sexual que se asienta en el siglo XX para la vida en pareja.

6.5 Sexualidades diversas y cuestionamiento de la heteronormatividad

La autonomía de la sexualidad en relación a la procreación y su emergencia como dominio autónomo, en la que el deseo y la satisfacción son un fin en sí mismos, también ha posibilitado el cuestionamiento de la norma que tradicionalmente sancionaba su ejercicio dentro del marco obligatorio de la heterosexualidad. En este sentido, las prácticas sexuales que se situaban por fuera de la norma reproductiva eran sancionadas con menor o mayor grado de tolerancia, según quién y con quién. Un esposo adúltero era más tolerado que una esposa adúltera, a la vez que las prácticas entre personas del mismo sexo eran completamente transgresoras del orden establecido, situándolas en un marco de silencio, marginalidad y ocultamiento. De este modo, la autonomización del dominio de la sexualidad ha traído consigo la visibilidad de las sexualidades no heteronormativas, especialmente de las sexualidades homosexuales y lésbicas.

En el lento reconocimiento de las sexualidades diversas, un hito importante es la despatologización de dichas prácticas e identidades. En 1973 la Asociación Americana de Psiquiatría (APA), retiró la homosexualidad como patología del Manual de Diagnóstico de Enfermedades Mentales, aun cuando todavía hoy se discute sobre la despatologización de las llamadas identidades trans y de la disforia de género. En Chile este reconocimiento ha venido tarde respecto de su situación legal: recién en 1999 se modificó el artículo 365 del Código Penal que penalizaba la práctica de la sodomía (sic), haciendo lícitas las relaciones entre personas del mismo sexo adultas, sin embargo, la edad de consentimiento para las relaciones homosexuales se estableció en 18 años, en circunstancias que la mayoría sexual para las relaciones heterosexuales es de 14 años.

En la última Encuesta Casen (2015), un 1,51% de hombres se declaró gay y un 0,62% mujeres se declaró lesbiana, lo que en conjunto representa al 1,04% de la población; en tanto el 0,52% de los hombres y el 0,24% de las mujeres se declaró bisexual, representando al 0,37% de la población (MINDES – Chile, 2016). Si bien este porcentaje de respuestas son consistentes con resultados de encuestas similares de otros países, se presume que habría una sub-

declaración propiciada tanto por el hecho de que las preguntas se hicieron en un formato cara a cara, como por la estigmatización, la discriminación y la homofobia que experimentan en lo cotidiano quienes tienen unas identidades y prácticas sexuales no heteronormativas (Barrientos & Cárdenas, 2013; Barrientos, Cárdenas & Gómez, 2014; Barrientos, Silva, Catalán, Gómez & Longueira, 2010; Cárdenas & Barrientos, 2008; Cárdenas, Barrientos, Gómez & Frías-Navarro, 2012; Caro & Guajardo, 1997; Gómez & Barrientos, 2012).

La creciente visibilidad, así como aceptación social de identidades sexuales no normativas hace parte de los elementos que contribuyen a redefinir el horizonte de experiencias sexuales para todos los individuos, puesto que redefinen los límites y posibilidades de la heteronormatividad. Esta apertura al reconocimiento queda, sin embargo, supeditada a un cierto modelo de parejas que buscan estabilidad y permanencia de un vínculo en el tiempo, y que en cierto modo, acoplan a una idea más “heterosexualizada” del matrimonio. Esta es una norma del “buen homosexual” o, a decir de Bozon (2004), del “homosexual responsable”. Aun así, la posibilidad de que estas mismas parejas puedan criar hijos es un tema que suscita resistencias, y que con la persistencia de prejuicio y la estigmatización a nivel de las relaciones interpersonales (Barrientos & Cárdenas, 2013; Barrientos, Cárdenas & Gómez, 2014).

6.6 La sexualidad en el marco de los derechos: autonomía sexual y reproductiva

En 2012, se promulga la Ley N° 20.069 de No Discriminación, que busca restablecer el imperio del derecho ante actos de discriminación arbitraria fundada en motivos de sexo, orientación sexual, identidad de género, entre muchas otras. Esta ley, conocida como Ley Zamudio, fue tramitada con suma urgencia como respuesta al brutal ataque a un joven homosexual de 22 años con consecuencia de muerte, a manos de un grupo neonazi.

La instalación de una agenda de reconocimiento de derechos por parte de los movimientos por la diversidad sexual, ha comenzado a rendir frutos, como lo muestra la muy reciente promulgación de la Ley N°20.830 de Acuerdo de Unión Civil (2015), que, a su vez, ha abierto la discusión sobre el matrimonio homosexual y sobre el derecho a adoptar de las parejas del mismo sexo. Así como el reciente proyecto de ley de identidad de género (Boletín Legislativo N° 8924-07, 2013) que se encuentra actualmente en trámite en el Senado.

Casos emblemáticos como la sanción de la Corte Interamericana de Derechos Humanos al Estado de Chile en 2012, por haber quitado el cuidado personal de sus hijas a una mujer por razón de ser lesbiana (el caso de la Jueza Karen Atala) han visibilizado la homoparentalidad lésbica y homosexual, y con ello, las distintas formas de hacer familia que coexisten en Chile.

A pesar de los cambios legislativos, la sexualidad persiste como una dimensión de riesgo, de la que son especialmente vulnerables los niños, las niñas y las mujeres. Un 8,7% de los niños y niñas en Chile declaran haber sufrido abuso sexual alguna vez en la vida. La edad promedio en que se presenta este evento por primera vez es a los 8 años y medio. El género es un factor de riesgo, puesto que el 75% de las declaraciones son de niñas. Del mismo modo, al observar las declaraciones por nivel socioeconómico se establece que un 10,8% de los y las niños/as de nivel socioeconómico bajo han sufrido de abuso sexual, un 6,7% del nivel medio y un 5,9% del nivel alto (UNICEF, 2012).

Según la Encuesta Nacional de Victimización y Abusos Sexuales (2012) en relación a la prevalencia de abuso sexual en la población escolar, el 7,3% de los niños y niñas encuestados declararon haber sido tocados o acariciados sexualmente contra su voluntad, o haber sido obligados a tocar sexualmente o a realizar alguna actividad de contenido ellos, el 33% declara que le ha ocurrido más de una vez o con frecuencia, siendo también las mujeres más afectadas que los hombres. En un 87,3% de los casos el abusador es un hombre, que en general resulta ser un conocido o un familiar (Ministerio del Interior y Seguridad Pública, 2013).

6.7 Pedagogización y medicalización de la sexualidad

A continuación presentamos un conjunto de tesis sobre el cambio cultural de la esfera de la sexualidad, que si bien, no caracterizan ni aluden específicamente a la sociedad chilena, consideramos deben ser sometidas a revisión, puesto que dan cuenta de distintas dimensiones normativas que no han sido estudiadas, y que pueden servir para iluminar la lectura de los resultados empíricos de la tesis.

Illouz (2010) señala la emergencia de un nuevo modelo cultural de la intimidad, en el que la sexualidad se constituye en “metáfora maestra de los vínculos saludables e íntimos, y quizá por sobre todo de un yo liberado” (Illouz, 2010, p. 158). Esta nueva intimidad es, a su vez, un modelo relacional de tan alta complejidad, que requiere de orientación experta para poder

sortear con relativo éxito por sus múltiples trampas y tensiones. Esto se refleja en la preminencia de la literatura de autoayuda, en desmedro de la clásica literatura romántica, que retrata las relaciones de pareja, ya no bajo la óptica del romanticismo, sino de la ‘intimidad’, entendida como un ordenamiento relacional basado en la comunicación abierta, exposición emocional, y una fuerte referencia a la sexualidad de la pareja. Como señala la misma Illouz (2010),

Estas silenciosas transformaciones [norma del placer sexual, prácticas de control de la natalidad] fueron acompañadas por una búsqueda de nuevos estándares de conducta sexual, especialmente en lo concerniente de la sexualidad de las mujeres. Al incrementar la visibilidad de la sexualidad en la esfera del discurso público, y al colocar la sexualidad en el centro de una psiquis saludable, los psicólogos crearon una demanda de orientación que era tanto más necesaria en tanto concernía a una esfera de la conducta considerada tabú (p. 145)

La psicología y en particular, la sexología, han contribuido de manera sustancial a una redefinición de los parámetros con que se evalúa la relación sexual y de lo que se define como “salud sexual”. La sexología, *scientia sexualis* por excelencia, ha puesto su foco en el orgasmo, definiendo un orgasmo “ideal”, describiendo toda una nosografía, etiología, terapéutica y profilaxis alrededor de él. El orgasmo ha pasado de ser reconocido como un derecho –especialmente en relación a las mujeres– a constituirse en un deber, signo probatorio, por lo demás, de la salud sexual de los sujetos. Como señala Béjin, “respecto de la norma que establece el orgasmo sublime, todos somos “disfuncionantes sexuales” [sic] virtuales o declarados” (Béjin, 1987, p. 272).

El desempeño sexual cobra una relevancia mayor, no solo porque la creciente liberalización sexual sería parte del proyecto de emancipación moderna de los individuos, sino porque ha devenido en un factor definitorio de la calidad de la relación de pareja, así como de la salud sexual del propio individuo. En un sentido similar, e igualmente en el marco de la cultura norteamericana, Gupta & Cacchioni (2013) han analizado cómo los manuales sexuales construyen normas de género y sexuales, centradas –salvo escasas excepciones– en un cuerpo blanco, heterosexual, de clase media, físicamente capacitado y ‘ajustado’ a su género. En estos manuales contemporáneos sobresale una nueva justificación de la importancia del sexo (y sobre trabajar para el mejoramiento ‘sexual’), puesto que además de presentar la actividad sexual como una necesidad biológica y esencial, la ubican como el camino final a la realización personal y el empoderamiento. Así se da cuenta de una creciente “salutización”

(*healthicization*) del sexo, especialmente en la llamada era post Viagra, que promueve la actividad sexual placentera como factor importante para el mantenimiento de la salud y el bienestar (*wellness*), pero además, como un aspecto fundamental de la labor femenina en las relaciones heterosexuales, y que se traduce en una presión creciente por dominar, mejorar y trabajar en relación al sexo.

La medicalización de la sexualidad tiene también importantes efectos normativos. La masificación de la anticoncepción introdujo una racionalidad a la procreación, en términos de poder decidir, cuando y cuantos hijos tener. Su efecto, que en términos demográficos se expresa en una disminución del número de hijos por mujer en edad fértil, en términos normativos se expresa en una idea de cuando es adecuado tener hijos, cuántos hijos es razonable tener y con qué espaciamiento, norma procreativa (Bajos & Ferrand, 2006).

Por otra parte, en conjunción con la emergencia del VIH/SIDA como epidemia que focalizó sus campañas a nivel mundial fundamentalmente en la promoción del autocuidado, se normalizó la responsabilidad sexual individual. Existiendo tecnologías disponibles para prevenir los embarazos no previstos y la transmisión de ITS y VIH, es responsabilidad de cada individuo gestionar su cuidado y ser responsable (Bozon, 2004).

Por último, un efecto más reciente de la medicalización de la sexualidad, es aquel que se relaciona con la introducción del Viagra como tratamiento para la disfunción eréctil. Giami (2009) destaca al menos tres ámbitos en los cuales dicho fenómeno ha reorganizado la sexualidad: en primer lugar, se ha producido un desplazamiento respecto de la etiología de la disfunción eréctil, que de ser un problema fundamentalmente psicógeno pasó a ser un problema esencialmente orgánico. En segundo lugar, la disfunción eréctil pasó a ocupar todo el espectro de las disfunciones sexuales. En tercer lugar, al aislar la erección de todo el ciclo de respuesta sexual, introduce una tendencia a disociar los diferentes componentes de la función sexual; al pensar la relación sexual con independencia de la pareja, pone en el centro de la relación sexual a la erección, como una respuesta mecánica. El Viagra opera, más que como un tratamiento, al modo de un afrodisiaco, proveyendo al hombre de un deseo ilimitado y programable, contribuyendo a la representación tradicional sobre la centralidad del deseo masculino.

En la segunda mitad del siglo XX, la categorización de nuevas enfermedades fue central en la regulación de la sexualidad. En nuestra cultura, las enfermedades, así como el sexo, no son simplemente enfermedades orgánicas, pues en el ámbito de la sexualidad, las prácticas discursivas de la medicina desde el siglo XIX, dieron origen a aquello que Foucault llamó la “proliferación de las sexualidades”, muchas de las cuales cargan con la marca de la perversión reciclada como enfermedad. Primero, una serie de cambios socioeconómicos habría impulsado una sexualidad comercializada en que el sexo es cada vez más privilegiado como fundamental para la identidad individual y la felicidad (Illouz, 2014). En segundo lugar, la profesión médica desplazó la autoridad moral y religiosa en el área de la sexualidad, generó nuevos discursos altamente visibles²² y promulgó la diversificación de nuevas identidades sexuales.

Sin embargo, sería un error atribuir el poder absoluto e incontestable a la profesión médica en la invención de estos nuevos trastornos: estos emergen de la triangulación entre imperativos médicos, demandas y experiencias de los individuos y de tradiciones y ansiedades culturales (Irvine, 2013). Como nos recuerda Foucault tanto el discurso médico como el popular operan como lenguajes del sexo. Ambos existen en un campo discursivo, con aparatos como textos religiosos, prácticas legales y educacionales, definiciones médicas, y otros artefactos de la cultura popular, como la pornografía, la ficción romántica y la música popular, todos construyendo, socialmente, la sexualidad.

Una característica de la evolución contemporánea de la sexualidad, como ya ha señalado André Béjin (1990), es la proliferación de normas y representaciones de la sexualidad que, en un contexto de individualización, producen muchas situaciones en que coexisten mandatos contradictorios, como por ejemplo, la exigencia de la “espontaneidad programada” o del “altruismo egoísta”,

Las normas actuales favorecen una tensión entre la sumisión inmediata a las incitaciones de los sentidos y una dominación consciente acrecentada de los procesos orgánicos. (...) El placer de ser, al mismo tiempo, un proceso de producción espontánea y una representación teatral cuyo cerebro sería el ordenador (Béjin, 1990, p. 119)

²² La inhibición del deseo sexual y la adicción sexual son dos de las más recientes construcciones médicas relativas a los trastornos de la sexualidad (Irvine, 2013).

Se trataría de un movimiento que busca establecer una cierta distancia y examinación del cuerpo, para poseer un mayor dominio sobre él, y de este modo permitir un mejor acoplamiento a los sentidos y sentimientos que surgen de manera espontánea. Es la exigencia al sujeto de ser un espectador de las relaciones sexuales sin dejar de ser actor, de manera de evocar y dominar sus estímulos y fantasías, para poder ser expresadas de manera espontánea.

Ser hedonista de manera ascética, sensual de manera hiperintelectualizada, tener el sentimiento de participar y actuar y sin embargo, seguir siendo un espectador, ser espontáneo y no cesar de programar su comportamiento, ser independiente en la subordinación a las normas definidas por otros, (...), aspirar al futuro y desear poder aferrarse al presente, estar frustrado en la satisfacción, inquieto en la seguridad: estos imperativos contradictorios consustanciales con los fundamentos éticos de las sociedades democráticas contemporáneas no se escatiman en la esfera sexual. (Béjin, 1990, p. 120).

La estructuración de la conducta sexual por la tensión permanente entre pares opuestos tiene el efecto de crear una normatividad inestable. Buscar la duración de la relación entre en la pareja, se opone a la exigencia de la espontaneidad del deseo. En la búsqueda de la reciprocidad, la del placer individual. Al requisito de exclusividad, el atractivo por unas posibles relaciones sexuales simultáneas. En el ideal de un compañero de vida, las esperanzas de una renovación de las experiencias y relaciones. Sin embargo, mientras que estas oposiciones tensionan a cada individuo, por lo general, se presentan como una división estable entre los sexos, justificadas en términos de las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres (Bozon, 2004).

6.8 Lecturas de los cambios en la esfera de la sexualidad mediados por la tesis de la individualización

Como ya ha sido señalado, la tesis de la individualización que deviene de línea argumental de la modernización reflexiva originada en los países noratlánticos ha tenido una amplia recepción en América Latina y en Chile en particular, y ha sido utilizada como clave interpretativa de los cambios culturales relacionados con la intimidad, relaciones de género, afectividad, etc. Con distintos matices y reconociendo las especificidades de los procesos de modernización en la región, esta tesis ha sido ampliamente recurrida en América Latina, y Chile no es la excepción.

Probablemente uno de los estudios más emblemáticos en esta línea argumental, tanto por la consistencia en el tiempo de su argumento como por el impacto que generan en las ciencias

sociales nacionales como en el público general, son los Informes de Desarrollo Humano elaborados por el PNUD en Chile. En su Informe de 2002 dedicado a los cambios socioculturales y en el del año 2010 en que observa las brechas de género existentes en la sociedad chilena, la individualización aparece como el motor de las experiencias personales de los y las chilenos/as. Sin embargo, el hecho de que dicho proceso no haya ido a la par de un desarrollo similar de los recursos sociales necesarios para llevarlo a buen término, generaría agobio y retracción social en las personas.

En el Informe de 2010; que ya había sido mencionado anteriormente, se constata el hecho de que las mujeres tendrían un menor nivel de individualización que los hombres y que los niveles de individualización están estrechamente correlacionados con el tipo de representaciones de género que tienen las personas. Así, por ejemplo, las mujeres que portan las representaciones “luchadoras”, tienen un mayor grado de individualización y son las que están más dispuestas a ir contra sus parejas, en tanto, las “tradicionales” que consideran que la complementariedad de hombre y mujer en sus roles tradicionales es para quererse y apoyarse, tienen menor grado de individualización. Otro punto que destaca este informe es el lugar problemático de las relaciones de género para muchas mujeres y hombres. Esto se visibiliza en la irritación percibida en las imágenes y actitudes recíprocas de ambos sexos. Por ejemplo, un número significativo de mujeres están muy molestas con los hombres porque sienten que han debido hacer solas el tránsito de sus cambios, sin que los hombres realicen transformaciones sobre sí mismos e incluso con la oposición de ellos. Esto las ha llevado a desarrollar una autonomía muy acentuada, poniendo en cuestión el sentido de los vínculos con los hombres. Por su parte, grupos significativos de hombres perciben que las transformaciones en las identidades y prácticas de las mujeres los han dejado desprovistos del apoyo concreto y simbólico que ellas daban a su identidad tradicional (PNUD, 2010).

Haciendo un análisis de las variables psicosociales de la satisfacción sexual en Chile a partir de datos de la encuesta COSECON, Barrientos & Páez (2006), encontraron que mayores niveles de educación, estado civil, y mayores niveles socioeconómicos se relacionaron con la satisfacción sexual en las mujeres, pero no en hombres. Los resultados también mostraron importantes diferencias de género y sostienen la idea de que los cambios en la sexualidad pueden estar más presentes en las clases sociales medias y altas. Las variables proximales típicamente utilizadas para la medición de la satisfacción sexual, tales como la frecuencia de

las relaciones sexuales y el orgasmo, mostraron una asociación positiva pero menor con la satisfacción sexual, así como otras variables importantes como estar enamorado/a y tener una pareja estable.

Palma (2006) profundiza en el análisis de los datos generados por la encuesta COSECON realizada en Chile, para dar cuenta de los cambios experimentados en las prácticas, orientaciones normativas y discursos sexuales de los y las chilenos. Desde una perspectiva que asume que la sociedad chilena se ve atravesada por procesos de individualización, da cuenta de las transformaciones experimentadas tanto en las generaciones como en el género. En relación a ello, cabe destacar la constatación de que son las mujeres quienes experimentan mayores cambios acortando las brechas –por ejemplo, en la edad y contexto relacional de la iniciación sexual, repertorio de prácticas, número de parejas sexuales– que tradicionalmente tenían con los varones. Más recientemente dicha perspectiva ha sido usada para analizar la relación entre la exposición al embarazo no previsto con las formas en que se configuran las trayectorias sexuales, preventivas, reproductivas y conyugales, en el marco de una estructuración socialmente diferenciada de las trayectorias educacionales femeninas en las nuevas generaciones. En este sentido se muestra cómo jóvenes con proyectos biográficos estructurados en función del estudio entran a la sexualidad activa más tarde, tienen mayores índices de uso de contracepción, una conyugalidad más tardía y menor probabilidad de experimentar embarazos no previstos; en contraste con aquellas jóvenes que tienen menor escolaridad, con proyectos biográficos más orientados a lo familiar, quienes se inician sexualmente antes, usan menos contracepción y tienen una mayor probabilidad de experimentar un embarazo no previsto (Palma, 2012).

Silva & Barrientos (2008) analizan las diversas expresiones de las relaciones sexuales, la seducción y el erotismo en el norte de Chile. Caracterizan a tres generaciones de hombres y mujeres: la de la restricción sexual (1940-1950), de la revolución sexual (1950-1960) y de la ambivalencia y equidad (1970-1980). En una línea similar a Palma (2006) las principales conclusiones revelan que la construcción de los guiones sexuales se ve reforzada por los modelos socio-culturales y las relaciones desiguales de género predominantes en la sociedad chilena, especialmente en esa zona, donde la minería es la actividad económica más importante. En los niveles socioeconómicos más bajos, encontraron elementos asociados a los modelos más tradicionales, mientras que los guiones sexuales con elementos más

flexibles y equitativos se encuentran en los estratos socioeconómicos más altos. Estas diferencias ofrecen ciertos matices en relación a la generación de pertenencia. Considera a los procesos de individualización como motores de cambio, no como herencia de la revolución sexual.

La experiencia de las mujeres en relación a la constitución de la pareja, la sexualidad y la reproducción están presentes en las investigaciones de Valdés, Benavente y Gysling (1999). Partiendo del supuesto que las relaciones de género son relaciones de poder, analiza dos orientaciones de pareja existentes en la sociedad chilena: pareja jerárquica y pareja igualitaria, tomando como ejes dos ámbitos, el doméstico y el sexual. Es interesante que al describir estas tipologías, emergen otras de carácter mixto, en las cuales hay jerarquía en relación al ámbito doméstico, pero igualdad en lo sexual, o bien, al revés, igualdad doméstica y jerarquía en lo sexual. La distribución de las mujeres en estas tipologías estaba marcada por su nivel socioeconómico, en tanto en el tipo jerárquico estaban las mujeres de menores recursos, las mujeres de mayores recursos se concentraban en el tipo igualitario.

En una investigación sobre las transformaciones de la familia chilena, Valdés, Caro, Saavedra, Godoy, Rioja & Raymond (2005) refieren que en los sectores de mayores recursos se encuentra bien instalada una disyunción entre la conyugalidad y la parentalidad, que valora la sexualidad como clave para el establecimiento de la comunicación, la complicidad y la construcción de pareja; así como una valoración de la independencia y de los proyectos personales de cada individuo. En las clases medias la relación entre conyugalidad, parentalidad y proyecto personal es experimentada como fuente de tensiones, al colisionar expectativas muy disímiles respecto a la pareja y a sus diferentes roles, por parte de hombres y mujeres, donde ellas son mucho más exigentes, y ellos se manifiestan más conformes con su propio desempeño. En tanto en las clases bajas, la falta de espacio y de recursos, configura un lazo conyugal predominantemente utilitario, donde el motivo prioritario de unión es la tarea de crianza los hijos y en que la actividad sexual solamente es relevada como parte del periodo de cortejo de la pareja. Esta situación es referida con conformidad por parte de las mujeres, que lo perciben como un elemento secundario, y como fuente de insatisfacción por parte de los hombres.

La referencia a modelos de pareja individualizados (como la “relación pura” descrita por Giddens, 1995) como ideales presentes en los discursos en relación a la sexualidad, ha sido relevada especialmente en lo que refiere a la importancia de la satisfacción sexual así como a la necesidad de apertura comunicacional como garantes del éxito de la relación (Carmona, 2011). En su estudio acerca de significados asociados a la sexualidad y prácticas de negociación sexual en mujeres y hombres de nivel socioeconómico bajo de la ciudad de Santiago de Chile, Carmona (2011), observa que pese a la existencia de discursos más igualitarios en relación a la sexualidad y a las relaciones de pareja, los que prescriben la autonomía individual, la negociación interindividual y la satisfacción sexual mutua como fuente de bienestar de la relación, se evidencia la persistencia de otros más tradicionales, los que reflejan una concepción de la sexualidad masculina como ilimitada y de la femenina como más controlada, manteniendo la idea de que hombres y mujeres son esencialmente diferentes. Frente a esto, el no hablar y el ceder fueron descritas como las principales prácticas ante las discordancias en materia sexual.

Unos hallazgos muy interesantes son los generados por la investigación realizada por Sharim, Araya, Carmona & Riquelme (2011), quienes buscaron indagar en los significados y en la experiencia subjetiva respecto a las relaciones de pareja, focalizándose en la dimensión psicológica de la intimidad. Sus resultados cuestionan el supuesto de que la relación de pareja sería emblemática del espacio de intimidad contemporáneo. Al hablar de pareja, los y las narradores no hablaron de intimidad, sino que transmitieron más bien un sentimiento de temor o amenaza y la evitación del otro en este espacio. De sus relatos se desprende que los ideales de pareja se construyen paradójicamente de manera individual, instalándose una manera de ser en pareja que las autoras denominaron un “monólogo colectivo”.

Por último, destaca una aproximación distinta al tema de la individuación, como la que ofrece el estudio de Araujo & Martuccelli (2012). El estudio de la conyugalidad como una de las “pruebas” a las cuales los individuos son sometidos en su esfuerzo de individuación, constató la complejidad del lugar de la pareja en las experiencias de las personas, si bien se la señala como una relación anhelada y deseada, sin embargo, se encuentra atravesada por ambivalencias, conflictos, decepciones, el cual es permanentemente tensionado por ideales de pareja divergentes (Araujo & Martuccelli, 2012).

Un balance crítico de esos estudios apunta a que, si bien éstos tienen en su horizonte el interés por poner en escena la sexualidad y/o de las relaciones de género en la perspectiva de los cambios socioculturales que atraviesan las sociedades, ubican los procesos de individualización en una perspectiva descriptiva, en las cuales, siguiendo una tendencia general de la investigación social en Chile, las mediaciones históricas, culturales y sociales que dichos procesos tendrían en nuestra sociedad se constituyen en una afirmación y no en una pregunta que realmente explore las especificidades que dicho proceso entraña para los sujetos (Yopo, 2013). De esta manera el rendimiento que tiene el concepto como matriz de interpretación de cambios socioculturales es restringido porque pierde sensibilidad para conceptualizar la sociedad con la heterogeneidad que la caracteriza.

En esta perspectiva el estudio de Araujo & Martuccelli (2012) constituiría una excepción toda vez que su apuesta toma la vía de la individuación, es decir, de la constitución de individuos frente a pruebas estructurales de la sociedad, como sería la prueba conyugal. A pesar de que se entiende la presencia de distintas declinaciones en el enfrentamiento individual de las pruebas producto de las posiciones del individuo en esta sociedad, esta aproximación apuesta a la producción de un modo prevaleciente de individuación, lo cual a nuestro juicio obstaculizaría indagar con mayor profundidad en la multiplicidad de modos en que los individuos se desplegarían para enfrentar el “desafío” de la sexualidad, si es que esta pudiera caracterizarse como una prueba.

Parte III

7. Metodología

7.1 Perspectiva metodológica

El estudio de las orientaciones íntimas requiere de una aproximación metodológica que permita interpretarlas y comprenderlas en tanto construcciones significativas y situadas de particulares actores sociales, lo cual implica estudiar los significados que elaboran los actores sociales en el crisol de sus interacciones cotidianas a partir de la movilización de los recursos simbólicos que tienen disponibles en la cultura (Flick, 2004; Vallés, 2000). Las metodologías cualitativas suponen una visión holística del proceso estudiado y buscan, a partir de un contacto activo y cercano del investigador con el campo o los sujetos, describir comprensivamente un particular escenario social desde la propia experiencia y perspectiva de los actores sociales (Flick, 2004). Para estudiar una producción simbólica (por ejemplo, las orientaciones íntimas de la sexualidad), resulta indispensable un abordaje que ofrezca una interpretación de los patrones de significado que ésta moviliza y que definen su especificidad al interior de un contexto socio-histórico particular.

La investigación cualitativa tiene por objetivo conocer e interpretar la subjetividad, busca comprender los puntos de vista de los actores de acuerdo con el sistema de representaciones simbólicas y significados en su contexto particular. Privilegia el conocimiento y comprensión del sentido que los individuos atribuyen a sus propias vivencias, prácticas y acciones. El supuesto fundamental en el que descansa esta perspectiva es que los comportamientos humanos son resultados de una estructura de relaciones y significados que operan en la realidad, en determinados contextos sociales, culturales e ideológicos; realidad que es construida por los individuos, pero que a su vez actúa estructurando su conducta. El campo de la investigación cualitativa permite abordar problemas tales como la subjetividad, la simbolización del cuerpo y la sexualidad, las relaciones de género, la interacción social, los sistemas de significación compartida, etc. (Szasz & Lerner, 1996), todos ellos, aspectos a los cuales nos interesa acceder en esta investigación.

Es importante destacar que la investigación cualitativa se caracteriza, como señala Flick (2004), por una particular manera de entender la relación entre la pregunta de investigación, el método y los datos empíricos. A diferencia del carácter fuertemente estructurado, lineal y

del foco en la prueba empírica de hipótesis derivadas de una teoría, propios de los diseños de corte más experimental y/o cuantitativo, los abordajes cualitativos suponen una lógica de diseño más flexible, una simultaneidad y recurrencia de las distintas fases de la investigación, así como un énfasis en la construcción desde los datos empíricos de modelos interpretativos basados en relaciones entre categorías (Bertaux, 2005; Flick, 2004).

Conviene precisar y desarrollar brevemente las ideas claves expresadas en cuanto a sus implicancias.

Primero, se afirma que los diseños de investigación cualitativa tienen un carácter más emergente y cambiante, lo que implica ajustes permanentes a la luz del desarrollo del trabajo de campo y de las primeras interpretaciones del material empírico.

Segundo, se reconoce que en la investigación cualitativa existe una fuerte interdependencia y simultaneidad entre la producción de información, el análisis y la elaboración de un modelo interpretativo respecto al objeto socio-simbólico estudiado. Esas tres fases no siguen necesariamente una secuencia lineal sino que se trata de momentos insertos en una lógica simultánea y recursiva de investigación. Los “datos” se empiezan a analizar inmediatamente, el análisis y la interpretación que va emergiendo, a su vez, puede plantear la necesidad de producir nuevos datos, re-orientando la interpretación en un ciclo que se cierra sólo cuando el investigador evalúa que se ha producido un nivel de saturación teórica en la producción de información y que se ha logrado una descripción densa, compleja y relativamente completa de la realidad estudiada (Bertaux, 2005; Coffey & Atkinson, 2003; Flick, 2004). En este sentido, es esperable que de un primer análisis de las entrevistas surjan ajustes ya sea a la muestra o a la pauta temática de la entrevista, o incluso volver al marco teórico de la investigación.

Tercero (y por último), queremos destacar que los estudios cualitativos no apuntan a probar empíricamente, en una muestra representativa de una población dada, ciertas hipótesis deducidas de un particular modelo teórico y formuladas en términos de relaciones “cuantificables” entre variables operacionalizadas (Flick, 2004; Bertaux, 2005). Más bien, la investigación cualitativa opera de un modo inductivo, construyendo a través de un proceso de aproximaciones sucesivas al objeto estudiado un modelo interpretativo que permita comprender un determinado ámbito socio-simbólico de la realidad y visibilizando la trama

de relaciones sociales que lo constituyen. Por cierto, ello no implica desconocer la importancia de los marcos conceptuales que orientan el estudio, que están en la base de la construcción del problema de investigación y con los cuales los datos empíricos dialogan permanentemente; antes bien, lo que queremos precisar es que el modelo interpretativo que se propone como resultado de la investigación es un emergente, en lo fundamental, del trabajo de campo y del análisis del material empírico (Flick, 2004).

7.2 Enfoque teórico metodológico: enfoque biográfico

Como señalamos anteriormente, el estudio de las orientaciones íntimas de los sujetos en relación a la sexualidad, exige una aproximación no solo a las significaciones y prácticas de la sexualidad, sino que un acercamiento a la biografía de los sujetos, puesto que dichas orientaciones se articulan en la necesidad de coherencia interna que los sujetos requieren para dar cuenta de sus experiencias en la reconstrucción de sus itinerarios afectivos y sexuales, así como su articulación con otros procesos sociales, como son los procesos de individualización, es que hemos decidido usar el enfoque biográfico en esta investigación.

El enfoque biográfico no constituye una novedad en las ciencias sociales, sin embargo, sus desarrollos se vieron eclipsados por el giro funcionalista de la teoría sociológica norteamericana que privilegió el uso de métodos cuantitativos. Salvo algunas excepciones – entre las más destacadas los estudios de Oscar Lewis sobre la cultura de la pobreza en México y Juan Francisco Marsal sobre migraciones transatlánticas– no será hasta la crisis del modelo positivista y el giro narrativo que el método biográfico será revalorizado y experimentará una expansión transdisciplinar en sociología, antropología y psicología social (Arfuch, 2002; Cornejo, 2006; Kornblit, 2007; Pujadas, 1992). En concordancia se produjo una “revalorización del actor social (individual o colectivo) no reducido a la condición de dato o variable sino convertido en sujeto de configuración compleja, en protagonista del acercamiento que desde las ciencias sociales quiere hacerse de la realidad social” (Pujadas, 2004, p. 225, citado en Biglia & Bonet-Martí, 2009), así como una exigencia por reivindicar la historicidad inmanente en todo hecho social (Rojas, 2001).

El enfoque biográfico se conforma como un enfoque interdisciplinario que incluye influencias de la antropología, la sociología, la psicología, la historia y la educación, y reúne contribuciones de distintas corrientes de pensamiento, como el marxismo, existencialismo,

estructuralismo, hermenéutica y psicoanálisis (Cornejo, Mendoza & Rojas, 2006). Cabe señalar la diversidad de contenidos que caracterizan el enfoque, y por lo tanto, la necesidad de especificar ciertos conceptos del mismo. En dicha diversidad se reflejan desde posturas que adoptan lo biográfico solo como una técnica, hasta quienes lo conciben como un enfoque teórico y metodológico. En esta última tradición se inscribe esta investigación, pero aun así la heterogeneidad de perspectivas entre quienes lo consideran un enfoque, amerita ciertas precisiones (Cornejo, 2006; Rojas, 2001). En este sentido, el enfoque biográfico constituye una mirada orientada, en la cual cobra sentido la utilización del relato de vida como técnica: lo sitúa en un determinado marco conceptual, ético y epistemológico, que lo diferencia de su utilización bajo otra orientación (Cornejo, Mendoza & Rojas, 2006).

Según Biglia & Bonet-Martí (2009), el hecho de que el método biográfico haya sido cultivado desde diferentes disciplinas y tradiciones sin establecerse un hilo de continuidad y sedimentación entre las mismas ha ido en detrimento de su claridad conceptual, ya que si bien existiría un consenso en lo referente a diferenciar sus distintas técnicas (autobiografía, biografía, relato de vida e historia de vida), no existe acuerdo acerca de sus diferencias y matices. Por ejemplo, siguiendo la distinción realizada por Denzin y secundada por Bertaux, Pujadas (1992) propone reservar el término *historia de vida* para estudios de casos que se refieren a una persona determinada y que comprende no sólo su propio relato de vida sino todo tipo de documentos (informe médicos, judiciales, testimonios de terceros, prensa, etc.) que contribuyan a la reconstrucción de dicha biografía. En tanto, el *relato de vida*, se definiría simplemente como la historia de una vida tal como la cuenta la persona que la ha vivido, o incluso como señalaría en textos posteriores como “la transcripción literal de las sesiones de entrevista”, y la historia de vida “el texto final que se ofrece al lector” (Pujadas, 2004, p. 227 citado en Biglia & Bonet-Martí, 2009, ¶22). Si bien concordamos con que existe un relato de vida desde el momento en que hay una descripción en forma narrativa de un fragmento de la experiencia vivida (Bertaux, 2005), en términos prácticos en este estudio entenderemos el relato de vida en el sentido que lo plantea Kornblit (2007) como la narración biográfica acotada al objeto de estudio del investigador, en este caso al estudio de las sexualidades.

En tanto enfoque, se caracteriza por un enfoque hermenéutico (dimensión ontológica), existencial (dimensión ética), y dialéctico y constructivista (dimensión epistemológica) (Cornejo, Mendoza & Rojas, 2006). Brevemente exploraremos estas dimensiones.

Un enfoque hermenéutico. Como señala Arfuch (2002), siguiendo a Ricoeur, la narrativa es la forma por excelencia de estructuración de la vida, y por ende, de la identidad. En este sentido, esa *identidad narrativa*, se construye y reconstruye a través de relatos, que dotan de sentido a las acciones, eventos, en una perspectiva de globalidad de la existencia. Esta búsqueda de coherencia, totalidad y estabilidad, que Bourdieu (1997) llamó la *ilusión biográfica*, las contradicciones, tensiones, ambivalencias y olvidos de las historias que contamos, que son resignificadas constantemente, y tienen, por tanto, un carácter dinámico. El producir y usar como dato analítico relatos de vida en una investigación, introduce un segundo nivel de análisis de la interpretación: la interpretación del analista de la producción del narrador, que no es sino una interpretación de su propia experiencia, es lo que Ricoeur llamó *doble interpretación* (Arfuch, 2002; Cornejo, Mendoza & Rojas, 2006).

Un enfoque existencial. El dar cuenta de uno mismo, tener que explicarnos, dar sentido a nuestras acciones y omisiones, nos obliga a asumir una posición subjetiva, la cual es una posición ética (reconocemos o no, asumimos o no, dicha historia). La reflexividad de la narración posibilita que el sujeto pueda asumirse como actor social, reconociendo tanto las condiciones materiales (familia, social, política) de las que es un producto, como la historia de sus elecciones, que lo hacen un productor de su propia historia (Cornejo, Mendoza & Rojas, 2006).

Un enfoque dialéctico y constructivista. La narración es producto de una relación dialógica entre el narrador y quien lo escucha, el *narratario* y por ello, el sentido del relato que emerge de esa interacción, no pertenece ni a uno ni al otro. Ambos contribuyen a la producción del relato, no hay un lugar de mayor conocimiento en ninguna de ambas posiciones. Los efectos de la producción del relato de vida, en su sentido de transformación, no alcanzan solo al narrador, sino al narratario, quien se pone en juego al momento de recoger o analizar un relato. Esta dimensión de la subjetividad que supone la relación entre narrador y narratario, una relación sujeto a sujeto (Reséndiz, 2001), que expresa una relación de conocimiento, la cual debe ser asumida en la investigación, integrando dicha dimensión al análisis. Otro aspecto tiene que ver con la cualidad de dicho conocimiento, que no puede ser concebido como verdad absoluta ni permanente. Tanto el lugar del investigador como la lógica dinámica de los fenómenos sociales, tienen implicancias en la manera de comprender la producción científica. La subjetividad cobra un renovado valor para la investigación. Como señalan

Cornejo, Mendoza & Rojas (2008), “Lo social tiene la particularidad de jugarse en la singularidad de cada relato, en la particularidad de cada narrador, quien encarna tensiones de un determinado momento, en un determinado lugar, en ese presente” (p. 32).

La elección del enfoque biográfico como enfoque teórico-metodológico de nuestra investigación se justifica en al menos cuatro aspectos que tienen relación con las potencialidades que ofrece el método biográfico a la investigación social.

Primero, lo biográfico como recurso para penetrar, explorar y comprender la subjetividad, los sentidos y representaciones de los individuos sobre hechos, procesos y acontecimientos que forman parte de su historia personal (Reséndiz, 2001). Dice relación con la diversidad de sentidos atribuidos por las personas a los acontecimientos vitales por los que han atravesado, en un contexto social en el cual priman la diversidad de adscripciones y referencias, muchas veces contradictorias entre sí (Kornblit, 2007). Lo que interesa es el rescate de las experiencias particulares, recuperar los sentidos vinculados a las experiencias, que desde una perspectiva cuantitativa se homogenizan. Así, el querer vislumbrar el mundo de significaciones en torno a la intimidad y la sexualidad, plantea volver a visitar los sentidos individuales atribuidos a la experiencia en el contexto social en que ellos surgen, “única vía de trascender lo particular y construir un saber más denso sobre lo social” (Kornblit, 2007, p. 15).

Un segundo aspecto, es su capacidad de articular significados subjetivos y prácticas sociales. La subjetividad adquiere otro matiz, como clave de lectura de lo social a partir de los sujetos. En este sentido, al focalizarse en las acciones y decisiones de los sujetos en contextos y tiempos específicos, se pueden observar las relaciones sociales en su despliegue, tanto aquellas que permiten a los sujetos llevar a cabo tales decisiones o bien aquellas que constriñen, o bien que son modificadas por la acción de los sujetos (Reséndiz, 2001). Las narraciones son mediaciones entre la estructura social y la biografía individual, entre historia individual e historia social (Rojas, 2001). Dicho esto, se torna un medio privilegiado para observar indirectamente el proceso de individualización de hombres y mujeres, inscribiendo en su experiencia subjetiva y única la objetividad de los procesos históricos recientes de la sociedad.

Un tercer aspecto, vinculado directamente al anterior, refiere a su capacidad para comprender procesos de cambio social (Bertaux, 2005; Rojas, 2001). La reconstrucción de las estructuras diacrónicas de los itinerarios biográficos y de su inserción en el tiempo histórico es “adquirir poco a poco la conciencia del impacto de los fenómenos históricos colectivos y de los procesos de cambio social en los itinerarios biográficos” (Bertaux, 2005, p. 86).

Un cuarto elemento se sitúa en la posibilidad de reconstruir trayectorias biográficas a partir de las narrativas de los sujetos. El enfoque de trayectoria o itinerario biográfico introduce dimensiones de tiempo, proceso y contexto en las historias de vida (Reséndiz, 2001). La relevancia de esta noción al estudio de la sexualidad, y de este estudio en particular, radica en que las definiciones y trayectos típicos en un contexto de diversificación, individualización y destradicionalización son cada vez menos frecuentes. En este sentido el concepto de trayectoria o itinerario da cuenta, por ejemplo, de las complejas dinámicas biográficas que posibilitan la construcción de una identidad sexual, o del carácter de trayecto de una cierta edad, o incluso, de la constitución de la vida en pareja como un proceso. Es decir, las personas cada vez se definen menos en términos de estatus, sino más bien a partir de eventos, procesos y pasajes biográficos (Bozon, 2009).

En resumen, lo que esta investigación pretende es producir una narración biográfica sobre la sexualidad, captando los contextos en que se fueron construyendo los comportamientos y la identidad sexual de los sujetos, la definición subjetiva de esas experiencias, como los significados que organizan el discurso que preservan una cierta imagen de sí, más o menos, unificada y coherente, o por el contrario, compleja, diversa, contradictoria y conflictiva; los marcos socioculturales de referencia a partir de los cuales los sujetos atribuyen esos significados y definen una realidad como sexual o no, es decir, las orientaciones íntimas. Se busca captar procesos, dando visibilidad a los diferentes contextos y procesos de construcción de esa identidad individual a lo largo de la trayectoria, permitiendo así encontrar la lógica social en lo individual, particularmente en una dimensión de la vida como la sexualidad, que ha sido hegemónicamente explicada en términos de naturaleza y biología, no solo en el sentido común, sino también en el ámbito científico.

7.3 Definición de la muestra

La unidad de análisis del presente estudio es el individuo. Para el estudio se diseñó una muestra teórica, no aleatoria, de carácter intencional (Flick, 2004) de hombres y mujeres urbanos, habitantes de la región Metropolitana, intencionando la observación de sujetos ubicados en distintas generaciones y pertenecientes a un mismo nivel socioeconómico. De esta manera, se permite observar tanto el alcance histórico de los cambios ocurridos en la esfera de la sexualidad como las distintas declinaciones de estos procesos según el acceso a recursos materiales, sociales y simbólicos. La técnica de acceso a los individuos de la muestra se realizó mediante el método de bola de nieve, a través de contactos de terceros quienes invitaron a conocidos a participar del estudio.

7.3.1 Criterios de selección de la muestra

La conformación de la muestra utilizó una lógica abstracta y una lógica de muestreo secuencial conceptualmente conducido (Flick, 2004). Respecto de la primera, supuso la utilización de categorías previamente definidas basadas en los antecedentes teóricos que sustentan la investigación, así como en criterios prácticos, relacionados con el acceso al campo y los tiempos destinados al desarrollo de la investigación. Se definieron así cuatro grupos a partir del uso de criterios de género, generación y nivel socioeconómico, cuya pertinencia se justifica a continuación.

Género

El presente estudio plantea el género como una categoría analítica fundamental para la comprensión de la sexualidad, y en particular, su articulación a partir de la definición de la heterosexualidad, en tanto institución, prácticas y referente identitario. Como ya se ha expresado, las transformaciones en la esfera de la sexualidad acontecidas en el último medio siglo se encuentran entrelazadas con las transformaciones producidas tanto en las subjetividades como en las relaciones entre hombres y mujeres. Es por ello, que se definió incorporar a hombres y mujeres, que se declararan a sí mismas heterosexuales.

Generación

Como ha sido señalado, una inquietud que anima esta investigación, es la posibilidad de comprender el sentido de las transformaciones en la esfera de la sexualidad, entendiendo que

éstas hacen parte de un conjunto mayor de cambios de las sociedades de la modernidad tardía. Para ello, se ha definido observar estas transformaciones a partir de las biografías de sujetos que han vivido sus experiencias sexuales en los distintos contextos sociales y culturales que se han configurado en la sociedad chilena en las últimas cuatro décadas. Alves (2009) propone la pertinencia de la generación como un marcador social central para la comprensión de los escenarios de producción de las relaciones sociales de género y sexuales y de normas compartidas entre pares.

Se definió un criterio de edad entre los 25 y 60 años. Operativamente se compusieron dos grupos: adulto jóvenes (25 a 40 años) y adultos (41 a 60 años). Consideramos el límite inferior en 25 años, puesto que a esta edad los sujetos ya pueden dar cuenta de un cierto recorrido en su experiencia sexual. El límite superior se justifica, primero, porque se trata de una generación que se inició sexualmente en el periodo que comienza a instalarse la posibilidad de separación entre sexualidad y reproducción (década de los setenta); segundo, por la evidencia existente en el prolongamiento de la vida sexual activa con posterioridad a la etapa reproductiva y a las experiencias post-conyugales (Palma, 2006). La inscripción de estos sujetos en generaciones distintas será definida como parte del análisis del material. Esta decisión se fundamenta en la necesidad de reconstruir una gramática generacional, es decir, “los códigos que son entendidos por los individuos de una misma generación, que crean un vocabulario que confiere inteligibilidad a las acciones individuales en un determinado contexto” (Alves, 2009, p.14) y, de este modo, contribuyen a la construcción de trayectorias individuales, así como a caracterizar los contextos sociales, históricos y culturales en que se inscriben sus biografías.

Nivel socioeconómico

Entendiendo la necesidad de relevar las dimensiones estructurales y culturales presentes en las experiencias y trayectorias afectivas y sexuales de hombres y mujeres, es que se considerara el nivel socioeconómico como un criterio relevante.

Se definió la búsqueda de sujetos que pertenecieran a un nivel socioeconómico medio-bajo y bajo, para lo que se utilizó como criterios de inclusión el lugar de residencia actual, el nivel

de escolaridad, y tipo de actividad laboral desempeñada, siguiendo la caracterización de niveles sociales urbanos en la Región Metropolitana (ICCOM, 2005)²³.

En relación a la lógica de muestreo secuencial conceptualmente conducido (Flick, 2004) que organizó la constitución de la muestra, y dado que el interés de esta investigación reside en captar la diversidad de configuraciones personales y sociales sobre la sexualidad en su profundidad, es que habiendo establecido un número de criterios reducidos para la conformación de la muestra, en el contacto progresivo se fueron diseñando los contornos de la misma, de modo de asegurar una cierta heterogeneidad interna y buscar una mayor diversificación de los puntos de vista. En ese sentido, la muestra fue estructurándose buscando sujetos con distintas situaciones de constitución familiar y de pareja (soltero/as, casado/as, convivientes, separados/as o divorciados/as), así como de adscripciones religiosas y/o políticas. Esta operación se fundamenta no en una búsqueda de representatividad, sino en términos de apuntar a la variabilidad en los relatos, su relevancia a la pregunta de investigación y su potencial para la construcción de los diferentes tipos de orientaciones íntimas que se pretenden describir (Flick, 2004).

La muestra quedó constituida por 27 sujetos, que se ubican de manera balanceada en los criterios anteriormente señalados. De ellos, 14 son mujeres y 13 hombres, 13 corresponden al grupo adulto (41 a 55 años), y 14 al de adultos jóvenes (25 a 40 años). Todos ellos pertenecientes a los niveles socioeconómicos antes descritos.

²³ Las personas adscritas al nivel socio-económico medio-bajo se caracterizarían por residir en comunas como Maipú, Quilicura, Puente Alto, Independencia, Santiago, Pudahuel, La Cisterna (aquellos con más alta penetración). La mayoría no tiene estudios de nivel superior, aunque un grupo importante es profesional de nivel universitario (pedagogía), de institutos profesionales o centros de formación técnica. Se ocupan en algunas profesiones (profesores, ingenierías en ejecución, programadores, contadores auditores) y en actividades como comercio (pequeños emprendedores y vendedores), empleados administrativos, obreros especializados y otros. En tanto el nivel socio-económico bajo tiene mayor penetración en comunas como La Pintana, Cerro Navia, Lo Espejo, San Ramón, Renca, Colina, La Granja, El Bosque, Lo Prado. Se caracteriza porque en su mayoría las personas alcanzan estudios básicos o medios incompletos, y algunos estudios medios completos aunque sin profesión. Se emplean como obreros sin especialización, empleados de nivel bajo, empleadas domésticas, camareras, dependientes de comercio menor (ICCOM, 2005).

Tabla 1. Distribución de la muestra según criterios de inclusión

		Generación	
		Adultos	Adultos jóvenes
Género	Mujeres	7	7
	Hombres	6	7

Si bien no puede asegurarse que se hayan alcanzado todos los criterios de saturación teórica empírica, concernientes a la redundancia de información recogida, sí se cumplieron aquellos referentes a la saturación teórica, referidos a la capacidad explicativa de los principales argumentos teóricos que sustentan la investigación (Flick, 2004).

Tabla 2. Caracterización general de la muestra

Nombre	Edad	Nivel de escolaridad	Profesión u ocupación	Comuna de residencia	Situación de pareja	Hijos/as
<i>Adultos</i>						
Graciela	56	Media incompleta	Auxiliar de aseo	Puente Alto	Convive	3
Angélica	52	Media completa	Dueña de casa	Pudahuel	Casada	3
Virginia	48	Media incompleta	Trabajadora de casa particular	Puente Alto	Separada	2
Alicia	46	Superior completa	Profesora	Maipú	Separada	4
Lorena	43	Media completa	Dueña de casa	Renca	Separada, con pareja	2
Carla	40	Media completa	Vendedora	La Pintana	Convive	3
Ingrid	40	Superior incompleta	Empleada administrativa	Pudahuel	Casada	2
Ramiro	55	Media incompleta	Pequeño comerciante	Renca	Separado	4
Joaquín	50	Media incompleta	Conserje	Peñalolén	Casado	2
Emilio	48	Media incompleta	Capataz	La Cisterna	Casado	No
Renato	45	Media completa	Mecánico automotriz	Macul	Convive	3
Pedro	43	Superior completa	Psicólogo	Santiago	Soltero	No
Miguel	43	Media completa	Mercaderista	Puente Alto	Casado	2

<i>Adultos jóvenes</i>						
Nombre	Edad	Nivel de escolaridad	Profesión u ocupación	Comuna de residencia	Situación de pareja	Hijos/as
Johana	34	Media completa	Dueña de casa	Estación Central	Casada	2
Elisa	34	Superior incompleta	Estudiante (prácticas) y administrativa	Santiago	Soltera, con pareja	No
Paulina	32	Superior completa	Profesora	Quinta Normal	Soltera	No
Valeria	31	Media incompleta	Vendedora, cajera de supermercado	Puente Alto	Separada	1 + (1)*
Camila	30	Superior incompleta	Empleada administrativa	Peñalolén	Soltera	1
Daniela	27	Superior completa	Técnica en Educación Parvularia	Macul	Casada	(1)*
Isabel	26	Superior incompleta	Estudiante y dueña de casa	Puente Alto	Convive	1
Sebastián	37	Superior completa	Diseñador gráfico	Independencia	Convive	1
Rodrigo	32	Media completa	Vendedor	Huechuraba	Separado	No
Felipe	30	Superior completa	Técnico Programador	Maipú	Soltero, con pareja	No
Víctor	28	Superior completa	Técnico de Enfermería	Recoleta	Casado	No
Simón	28	Superior incompleta	Estudiante y trabaja como dependiente de tienda	Santiago	Soltero, con pareja	1
Germán	26	Superior completa	Profesor	Renca	Soltero	No

(1)*: Embarazada al momento de la entrevista

7.4 Técnica para la producción de relatos de vida: la entrevista narrativa o con orientación biográfica

La técnica elegida para la producción de relatos de vida es la entrevista narrativa o biográfica, que es un tipo de entrevista abierta en profundidad (Atkinson, 2007, Gáinza, 2006). En términos generales la entrevista en profundidad se define como “una técnica social que pone en relación de comunicación directa a un investigador/entrevistador y a un individuo entrevistado con el cual se establece una relación peculiar de conocimiento que es dialógica, espontánea, concentrada y de intensidad variable” (Gáinza, 2006, pp. 219 –220). La subjetividad de la producción discursiva generada a través de la entrevista es su principal característica.

La entrevista narrativa supone un modo de escucha particular. Según Bornat (2004, citada por Liamputtong & Ezzy, 2005) es una relación social, “Que la entrevista es el método que define la historia oral y el conocimiento de las complejidades de las intenciones y emociones en ambos lados del micrófono fue algo que tomó un tiempo reconocerlo.” (p.130).

7.4.1 Diseño de Entrevista

En relación al diseño de la entrevista narrativa o biográfica recogimos las sugerencias realizadas por Cornejo, Mendoza & Rojas (2008). Los autores abogan por explicitar lo más posible la lógica de los encuentros al momento de contactar a los entrevistados, entregando información en relación a la investigación, a las modalidades de su participación, los procedimientos a realizar (uso de grabadoras, por ejemplo) y el *encuadre* del dispositivo (dónde, cuándo, por cuánto tiempo se realizarán las entrevistas). Ello incluye el consentimiento informado de los participantes.

Debido a que los encuentros entre el entrevistador y el entrevistado deben ir logrando un grado de acercamiento creciente que permita al entrevistado desplegar su intimidad, para esta investigación se propuso un diseño de entrevista estructurada en, al menos, dos sesiones, siguiendo el principio de las entrevistas narrativas propuestas por Bertaux & Kohli (1984 citado en Liamputtong & Ezzy, 2005):

La primera sesión se inscribió dentro del relato de vida, es decir, un ordenamiento fundamentalmente biográfico producido por el entrevistado. Se trata de un relato motivado por el entrevistador a partir de una consigna general en que se invita al entrevistado a narrar su existencia a través del tiempo con énfasis en sus experiencias en relación a la sexualidad, intentando reconstruir los acontecimientos y relaciones que le son significativos.

La segunda sesión mantiene el tono reflexivo y evocativo de la primera sesión, sin embargo, no centra su acción en la generación biográfica del relato, sino que se preocupa del abordaje específico de aquellos aspectos que emergieron de la primera sesión y que son considerados, a la luz de la investigación, como relevantes de tratar con mayor profundidad. Para ello, el investigador desarrolla un estudio de la transcripción de la primera sesión de la entrevista, antes de que se produzca el segundo encuentro.

Las entrevistas fueron realizadas, con excepción de tres casos, en dos sesiones. Cada sesión tuvo una duración promedio de 1hr 45m, siendo la más extensa de 2hr40m. y la más corta de 70 minutos. El trabajo de campo se desarrolló entre agosto de 2016 y septiembre de 2017.

El ritmo de las entrevistas fue acordado desde la primera sesión con el entrevistado, considerando que un intervalo de dos semanas por cada encuentro es un tiempo razonable. En la mayoría de los casos, las sesiones se realizaron con 2 a 3 semanas de distancia, sin embargo, en más de una oportunidad esa temporalidad no pudo ser respetada por motivos personales del/de la entrevistado/a. Usualmente los encuentros se desarrollaron en lugares propuestos por los y las entrevistados/as, preferentemente en sus hogares y en algunas pocas ocasiones, en sus lugares de trabajo. Cuando estos espacios no estaban disponibles, se propuso realizar las entrevistas en espacios públicos, pero de bajo tránsito, como algún café o parque.

Con el objetivo de incorporar las condiciones de producción de los relatos, que incluyen aspectos materiales, contextuales, biográficos y psicológicos, y para ser consideradas tanto en la etapa de recolección de la información, como en el análisis e interpretación, es que se utilizó un cuaderno de campo. Su uso como dispositivo de análisis, aportó a la reflexividad de la investigadora en relación a su objeto de investigación, y con ello, a la vigilancia epistemológica de la investigación. (Ver en Anexo 1 el guión de entrevista)

7.5 Diseño de un dispositivo interpretativo para el análisis de los relatos de vida y de las trayectorias sexuales y afectivas

Enfrentados a la tarea de analizar relatos de vida cuyo análisis está en el horizonte de comprender los modos de configuración de las experiencias subjetivas y los sentidos referidos a la sexualidad, los marcos socioculturales de referencia a partir de los cuales se atribuyen esos significados, y cómo sirven para dar cuenta de una cierta representación de sí, más o menos unificada y coherente, o por el contrario, diversa y contradictoria, es que debemos considerar ciertos elementos que se plantean como desafíos para el ejercicio analítico.

En primer lugar, los relatos de vida, son narraciones de la trayectoria vital, biografías de hombres y mujeres, quienes con los recursos del presente dan cuenta de su pasado. Aquí

confluyen ambas perspectivas temporales: un pasado que solo puede ser leído desde el presente, y un presente que, a su vez, ha devenido en lo que es en virtud de dicho pasado.

En segundo lugar, se ha planteado observar las declinaciones que puedan observarse en estas configuraciones íntimas referidas al género, la edad y la pertenencia generacional, y el estrato socioeconómico de los sujetos. Es así como en el análisis confluyen relatos de vida de sujetos de distintas edades, distintas circunstancias socio económicas (que fueron a veces cambiando en el tiempo), en una narración en la que convergen los tiempos personales y los tiempos de una generación.

Tercero, esta tesis se interesa por comprender cómo estas configuraciones u orientaciones íntimas se articulan con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena, en las últimas cuatro décadas. Por ello, si tenemos el objetivo de describir las transformaciones en las orientaciones íntimas, sin perder de vista el relato personal y evitando que la particularidad del relato se pierda en la generalidad, este dispositivo de análisis debe ser consistente con el desafío de articular el tiempo biográfico y el social.

En cuarto lugar, nos encontramos con el desafío de diseñar una estrategia analítica que no solo atienda al contenido de lo narrado y sus significaciones, sino como señala Bernasconi “analizar la historia de vida como una práctica discursiva que viene a satisfacer ciertas necesidades interpretativas dentro de un contexto social en cambio y en el marco de la interacción social de la situación de entrevista” (2011, p. 11). La narración es inseparable de sus condiciones de producción, así como de los propósitos que la inducen. En este sentido, el análisis no puede ignorar la relación entre entrevistado/a y entrevistadora, ni negar que las narraciones producidas en el marco de la situación de entrevista son producto de dicha interacción.

Por último, un elemento que es fundamento de las orientaciones íntimas, es la capacidad reflexiva de los sujetos. Las orientaciones íntimas son, a fin de cuentas, las apropiaciones reflexivas que los sujetos hacen respecto de las orientaciones normativas existentes en su sociedad respecto de la sexualidad. Es por ello que interesa desarrollar un análisis crítico de las relaciones que los relatos de los sujetos entablan con los discursos dominantes del pasado y del presente, acceder a su capacidad crítica, observar el despliegue de su reflexividad. Ello,

sin negar las negociaciones que los sujetos pueden hacer respecto de sus posiciones pasadas a favor de las necesidades que les plantea el presente (Bernasconi, 2011a).

Con todos estos elementos en mente hemos intentado urdir una estrategia analítica basándonos en diversas propuestas de análisis narrativo y biográfico. Para este propósito, seguimos las recomendaciones señaladas por Bertaux (2005) y por Cornejo, Mendoza & Rojas (2008) para el análisis de relatos de vida, así como de Riessman (2008) y Bernasconi (2011a,b) en relación al análisis narrativo.

Ahora bien, es posible distinguir, por un lado, entre diversas *lógicas de análisis* para las historias de los narradores, y por otro, a diferentes *métodos de análisis* para cubrir en la mayor profundidad y riqueza las informaciones provenientes de un tipo de material cualitativo discursivo, como lo es un relato de vida. A continuación desarrollamos cada una de estas dimensiones del análisis.

En relación a las *lógicas de análisis*, se privilegió, en un primer momento, la singularidad y la particularidad de cada historia relatada. En este sentido, se plantea una lógica singular, intra-caso, en la que se analizó y trabajó en profundidad cada historia relatada. Así se llega a una historia reconstruida a partir del análisis de la escucha de la historia y de los principales hitos biográficos que constituyen la vida del narrador.

Esta lógica busca evitar el riesgo analítico de desmembrar historias a favor de ciertas categorías temáticas, sino de preservar el interés por la experiencia vivida en relación a un contexto que le da sentido y a las condiciones de producción del relato en la dialogía del narrador y quien lo interpela, en este caso, el narratorio/el investigador. De esta manera también se despliega la reflexividad de los sujetos, “la capacidad de agencia [que] los entrevistados activan a la hora de negociar posiciones con respecto a los discursos sociales predominantes, de manipular versiones del yo o de tergiversar fragmentos del pasado a favor de una cierta necesidad de hoy” (Bernasconi, 2011a, p. 12).

En un segundo momento, se adoptó una lógica transversal, inter-caso, que permite, a partir de ciertas continuidades y discontinuidades de la fase singular, determinar ejes temáticos-analíticos relevantes e hipótesis comprensivas transversales, para abordar el fenómeno en estudio. El detalle del método analítico lo tratamos a continuación.

7.5.1 Método de análisis

En la práctica los investigadores no se guían por una sola técnica de análisis, sino que mezclan, y/o adaptan diversas técnicas de acuerdo a las exigencias teóricas y a las limitaciones prácticas de sus investigaciones (Bernasconi, 2011a; Riessman, 2008). En términos generales, la indagación narrativa no solo pone atención al contenido sino a la secuencia de acciones que se narran, la intención y la justificación de la acción, a la audiencia para quien se construye el relato, a la función que cumple la historia en el contexto y al espacio social que sustenta su articulación.

Nos situamos respecto de las narrativas biográficas, relatos de vida, entre las dos posiciones en el eje que describen Bolívar, Domingo & Fernández (2001). Por un lado, aquella que adscribe a una idea “purista” de la narrativa (“textualismo radical”), aferrándose a la interpretación que el sujeto hace de su vida, entendiendo que cualquier interpretación posterior viene a *tergiversar* el sentido elaborado por el sujeto y, por otro lado, aquella que no abandona la tarea interpretativa del propio investigador. Como señalan los autores “un marco de inteligibilidad de las narraciones tiene que conjugar aquellos elementos tal y cómo fueron dichos en descripción *emic*, y –al tiempo– no renunciar a hacer descripciones interpretativas que vayan más allá de los horizontes de los interpretados” (Bolívar, Domingo & Fernández, 2001, p. 114).

Como señalan Riessman (2008) y Denzin (1989) la investigación narrativa puede tender a reificar el “yo” y pretender ofrecer una suerte de autenticidad, idealizando la agencia individual. En este sentido, tanto como se atiende al contenido, interesa la secuencia de las acciones que se narran, en la intención y en la justificación de la acción (lo que se dijo, por qué se dijo, a quien se dirige el relato, el espacio social en el que se articula. “Lo que sucedió” en términos objetivos pierde relevancia en contraste por las preguntas de por qué, cómo, con qué propósitos y quién participa en lo sucedido; en este sentido, se trata de comprender el propósito al que sirve el relato, no la fidelidad entre descripción y realidad.

Los relatos de vida son de por sí contradictorios, fragmentados y poblados de cabos sueltos, es el ejercicio que hacen las personas por darles coherencia, por defenderlos, por articularse subjetivamente en su relato lo que cobra relevancia. No obstante lo anteriormente señalado respecto de que en la práctica investigativa pocas veces encontramos modelos únicos,

Riessman (2008) identifica al menos cuatro tipologías de análisis dentro de la indagación narrativa: el análisis temático, análisis estructural, análisis interaccional o dialógico, análisis performativo.

La propuesta aquí presentada se acerca más al análisis dialógico de Riessman (2008) el cual incorpora elementos del análisis temático y del análisis estructural, pero los recoge en una búsqueda interpretativa más amplia. Así, el foco se expande de la atención en detalle del habla del narrador (lo qué dice o cómo lo dice) al *ambiente dialógico* en toda su complejidad. Los contextos históricos y culturales, las audiencias narrativas y los cambios en la posición del intérprete a lo largo del tiempo también son incluidos en la interpretación.

Esta perspectiva se complementa con el análisis comprensivo (o heurístico) propuesto por Bertaux (2005), el cual, ubicado en la tradición de Dilthey y Weber, propone que los significantes de un texto se encuentran entre los horizontes del sujeto y del analista, “lo que está más allá del horizonte del analista no puede ser percibido por él” (Bertaux, 2005, p. 91). Esta sería una tarea principalmente guiada por la imaginación (Wright Mills, 2014) y el rigor del analista, entendiendo la primera como la creación de una representación (primero mental después discursiva) de las relaciones y procesos que han dado origen a los fenómenos de los que hablan los entrevistados, casi siempre de forma alusiva.

En primer lugar, es importante notar que el momento del análisis comienza y se desarrolla simultáneamente a la recopilación de los testimonios (Coffey & Atkinson, 2003). La primera tarea, es identificar la estructura diacrónica de la historia reconstruida.

El análisis individual se desarrolla diferenciando tres dimensiones u órdenes de realidad de los relatos de vida:

realidad histórico-empírica, el contexto que vincula el tiempo histórico al tiempo biográfico, se pueden enfatizar los aspectos socioestructurales o bien los sociosimbólicos, es el *itinerario biográfico*, comprendido no solo como una concatenación de hechos, sino los particulares modos en que estos han sido vividos, percibidos, actuados en su momento.

realidad física y semántica, las significaciones y sentidos que el sujeto atribuye a su experiencia retrospectivamente, o *totalización subjetiva* de la experiencia vivida.

realidad discursiva del relato tal como se produce en la entrevista, remite al carácter dialógico del relato en la situación de entrevista y la consideración por las condiciones de producción de entrevista y la relación entre narrador e investigador.

En síntesis, el análisis se realizó siguiendo el siguiente procedimiento.

Una primera etapa, correspondió a la lógica intra-caso. En primer lugar, luego de transcribir el material, se procedió a la elaboración de una narrativa que pudiera relevar la diacronía de la historia narrada. Para ello se editaron las entrevistas de modo de “ordenarlas”, urdiendo un texto tanto desde una perspectiva cronológica como también de acuerdo a ciertos temas o ámbitos de la vida. En este sentido, tiene un especial interés la descripción de las trayectorias sexuales y afectivas de los y las entrevistados. En ocasiones se eliminaron algunos segmentos que aludían a experiencias que habían sido narradas en ambas sesiones de entrevista. Las preguntas realizadas también fueron eliminadas, sin embargo, se preservaron todas las interpelaciones que el o la entrevistado/a hizo a la entrevistadora. Se buscó de esta manera preservar la voz del narrador o la narradora –sus palabras y expresiones nunca fueron cambiadas o corregidas–, intentando hacer más inteligible el texto escrito.

En un segundo momento, se procedió a la elaboración de una narrativa analítica en tercera persona. Se siguió la misma estructura respecto de la narrativa general, integrando algunos comentarios del cuaderno de campo y que sirven para el encuadre que hubo respecto de la producción narrativa. Dada la extensión del material producido este no fue incluido en la versión final de este documento, sin embargo, a modo de ejemplo, se escogió una producción narrativa que se adjunta en los anexos de la tesis (ver Anexo 3).

En una segunda etapa, para la construcción de las orientaciones íntimas se procedió a realizar el análisis inter-casos. Para ello se revisaron las producciones narrativas anteriormente descritas, procediendo a una lectura transversal orientada a relevar los aspectos comunes en relación a los itinerarios biográficos descritos, como de los marcos interpretativos que los y las narradores desplegaron para dar cuenta de sus experiencias. Tomando en cuenta tanto la literatura revisada como los hitos relevados en los itinerarios biográficos, el análisis comenzó a realizarse a partir de las siguientes dimensiones:

- Contexto de socialización de la sexualidad (relaciones inter e intrageneracionales, educación, otros)

- Entrada en la sexualidad activa (contexto, vínculo y sentido de la experiencia)
- Elección de la(s) pareja(s) (motivaciones)
- Institucionalización del vínculo
- Organización de la pareja (jerarquías, división sexual del trabajo)
- Significados atribuidos a la sexualidad (sentido personal, movilización de significados sociales, definiciones de la sexualidad como atributo de lo femenino y lo masculino)
- Repertorio de prácticas sexuales (restringido o abierto, masturbación, recurso a la pornografía, recurso a nuevas tecnologías)
- Experiencias de violencia
- Relación a las orientaciones normativas de la sexualidad (normas de inicio de actividad, fidelidad, exclusividad sexual, entre otras)

7.5.2 Características del relato narrativo biográfico para el análisis

Junto con dar cuenta del diseño de la estrategia de análisis de los relatos de vida, nos parece relevante explicitar ciertas características del relato narrativo-biográfico que aportan a visualizar sus posibilidades analíticas. Hay cuatro elementos que nos interesa destacar: a) la elasticidad narrativa; b) la trama y el motivo narrativo; c) la articulación entre narrativas públicas y narrativas personales; y c) los indicios, epifanías o turning points.

La elasticidad narrativa

La elasticidad narrativa se presenta como una característica del trabajo narrativo y como una herramienta analítica sensible a la temporalidad para examinar la negociación de las experiencias personales en un contexto de transformaciones de las referencias culturales que impulsan y anidan las auto-concepciones de las personas (Bernasconi, 2011b, p. 21). diacronía, que puede dar cuenta de los cambios desde la perspectiva de los sujetos, el sentido temporal en relación a la continuidad de la propia vida y el *investment* respecto de la coherencia del yo. Perspectiva actual desde la cual se hace una lectura del pasado, más que una recolección de las experiencias vividas, en un presente que a su vez, ha sido construido y afectado por el pasado. Taylor (1989 citado en Bernasconi, 2011b, p. 22) sostiene que las transformaciones en las concepciones del yo implican reinterpretaciones de la experiencia personal y que, en cambio, las reinterpretaciones de la experiencia están asociadas con redefiniciones de las líneas interpretativas del recuento biográfico.

En este sentido, la elasticidad narrativa apunta a las reinterpretaciones de la experiencia en el transcurso de la vida y en relación a nuevas referencias culturales. La referencia al contexto de cambio sociocultural puede tanto expandir como estrechar los límites del yo en relación a lo que se considera “el normal orden de significancia” (Pickering, 2004, citado en Bernasconi, 2011b, p. 22) o bien, fijarse en referencias culturales pasadas. Ello se da cuenta no solo en el nivel discursivo, sino en la adopción de nuevos valores y nuevas prácticas.

Permite el análisis de la reflexividad y cambio cultural, pero también de las disposiciones, necesidades corporales, conocimiento práctico, así como la necesidad de mantener una coherencia y sentido de unidad respecto del si mismo en

En este sentido, como señala Bernasconi (2011b), la elasticidad narrativa pertenece a esos esfuerzos analíticos para rastrear lo social a nivel individual, no tanto para representar “grandes historias” a través de “pequeñas historias”, sino para describir cómo los individuos movilizan el cambio social.

La trama y el motivo narrativo

Como señala Lawler (2002), siguiendo a Ricoeur, la narrativa debe contener transformación, una línea de trama y personajes. Sin embargo, estos componentes solo se reúnen dentro de una trama (*plot*) general. Para Ricoeur, el elemento central de una narrativa es su trama. Las tramas no son seleccionadas a priori, sino que se producen a través del proceso de construcción de la trama (*emplotment*). Ricoeur define construcción de la trama, en su forma más básica, como “una síntesis de elementos heterogéneos” (1991, citado por Lawler, 2002, p. 245) y elabora tres formas de síntesis en el trabajo de construcción de la trama (las cuales se superponen entre sí):

- la síntesis entre muchos acontecimientos y una historia: En este contexto, un evento es más que simplemente algo que sucede: debe tener un papel en la historia, lo que contribuye al progreso de la narrativa. Debe contribuir a la coherencia y la inteligibilidad de la narrativa.
- la síntesis entre discordancia y concordancia: la trama incorpora tanto acontecimientos y episodios dispares, consecuencias no previstas, y funciona como una totalidad: una historia.

- la síntesis entre dos sentidos diferentes de tiempo: el tiempo, por un lado, lo más abierto e indefinido, incrustado en una serie de incidentes sucesivos (de modo que nos preguntamos de una historia “¿y entonces?”, “y que pasó luego?”) y el tiempo cerrado y terminado.

Es la construcción de la trama lo que hace a una narrativa. Su construcción torna eventos dispares en “episodios” que tienen un papel en el inicio, el final y en el movimiento de una trama. Incluso si los acontecimientos parecen no tener relación, serán incluidos juntos a través de la coherencia global de la trama.

El final de una historia no tiene que ser predecible, pero debe ser significativo. Las narrativas siempre tienen un punto (un factor de “y qué?”), el cual a menudo toma la forma de un mensaje moral.

La importancia de los acontecimientos que dan lugar a la trama tienen estarán enraizadas tanto en las historias personales y sociales, como en las “normas de inteligibilidad” de la vida social (Gergen & Gergen, 1986, citados en Lawler, 2002), que es lo que llega a contar, socialmente, como significativo.

Narrativas públicas y narrativas personales

Como se ha señalado anteriormente, ningún yo o historia de experiencia personal es una producción individual. Ella deriva de un contexto grupal, cultural, ideológico e histórico más amplio. Para entender una vida, las *epifanías* y la experiencia personal y las historias independientes que representan y dan forma a que la vida, uno debe penetrar y entender estas estructuras más grandes. Son estas las que proporcionan los idiomas, las emociones, las ideologías, las experiencias, conocimientos que se dan por sentando, y las experiencias compartidas a partir del cual fluyen las historias (Denzin, 1989).

Siguiendo a Lawler (2002) se deben tener en cuenta los tipos de narrativas que circulan públicamente, a partir de las cuales los sujetos trazan sus propias narrativas, y que funcionan a la vez como restricciones sobre el tipo de narrativa que pueden producir. En este sentido, se debe considerar la relación entre estas narrativas públicas y las narrativas personales producidas. Dicha relación no tiene por qué ser armoniosa o fluida: el proceso de construcción de una narrativa personal es un trabajo creativo (aunque no sea

conscientemente) y la gente bien puede utilizar narrativas públicas sólo para oponerse a ellas. De hecho, con frecuencia se combinan formas bastante contradictorias de narrativas públicas en la producción de sus narrativas personales.

Los sujetos trabajan activamente en sus historias, aunque no, por supuesto, a partir de un repertorio interminable de narrativas sociales: solamente algunas cosas se pueden decir en absoluto; y sólo algunas cosas se pueden decir desde un cierto lugar social e histórico específico (Lawler, 2002).

Indicios, epifanías o turning points

Una vez que se ha reconstruido la dimensión diacrónica del relato, el investigador se interesa por interpretar aquellos indicios, aspectos reconocidos por los entrevistados y/o por el investigador como hechos que han marcado la experiencia de vida. Estos indicios pueden situarse en tres niveles, la clásica distinción entre sistema y actores, más un nivel intermedio, que correspondería a las relaciones intersubjetivas firmes o duraderas. El relato, dada su orientación narrativa, permite captar procesos, los cuales se pueden identificar en varios de los niveles propuestos (Bertaux, 2008).

Los indicios o epifanías como las denomina Denzin son momentos de interacción y experiencias que dejan marcas en la vida de las personas (Denzin, 1989). A menudo son vividos como momentos de crisis, y en este sentido, se asimilan a lo que otros autores llaman los *turning points* o puntos de inflexión (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001). Estos vienen a alterar las estructuras de significado fundamentales en la vida de una persona. Estos son actos existenciales cuyos efectos pueden ser positivos o negativos. Son como una “fase liminar de la experiencia”, una suerte de umbral, un momento de la experiencia, en que la persona está en una tierra de nadie entre uno mismo, el pasado y el futuro (Turner, 1986, citado por Denzin, 1989). Algunos son ritualizados, como en el caso de los ritos de pasaje; otros son rutinarios o cotidianos, en tanto otros son totalmente emergentes e inestructurados, lo que significa que la persona entra a ellos con poco o ningún entendimiento previo de lo que va a ocurrir. Los significados de estas experiencias se dan siempre a posteriori, a medida que se revive y vuelve a experimentar en las historias de las personas hablan de lo que les ha ocurrido.

Denzin (1989) distingue cuatro formas de la epifanía: (1) la epifanía principal, un evento principal, que toca a cada trama de la vida de una persona; (2) la epifanía acumulada, un evento acumulativo o representativo, que significa erupciones o reacciones a las experiencias que han estado ocurriendo durante un largo período de tiempo; (3) la epifanía iluminativa o menor, que simbólicamente representa un gran momento, problemático en una relación o la vida de una persona; y (4) la epifanía re-vivida, los episodios cuyos significados se dan en el revivir de la experiencia.

7.5.3 Transcripción

Por último, debemos considerar un elemento que muchas veces, al ser considerado como meramente técnico, no es problematizado en los reportes de investigación, y es que, con el proceso de transcripción del material grabado se despliega otro nivel de representación. La transcripción es un asunto interpretativo en si mismo (Atkinson, 2002; Bolívar, Domínguez & Fernández, 2001; Bourdieu, 2010; Riessman, 2008).

No existe un método único ni universal para transcribir, este dependerá de las preocupaciones teóricas y las restricciones prácticas del investigador, por ejemplo, de la perspectiva que este tenga respecto de la relación entre significado y habla, los objetivos del proyecto y los recursos existentes (Mishler citado en Reissman, 2008). En este sentido, una transcripción no es una presentación objetiva de “lo dicho”, en que lo hablado se traduzca objetivamente a un escrito.

Para algunos autores, como Atkinson (2002) el propósito de la transcripción es asegurar exactitud de significado, capturar el sentido transmitido en las palabras usadas por el narrador/a, por ello mientras menos edición se haga, más fidelidad se conseguiría. En nuestro caso las entrevistas están siendo grabadas en su totalidad y transcritas literalmente. En el proceso de transcripción se ha cuidado de incluir las expresiones paralingüísticas, énfasis, interrupciones, silencios, pausas y otras formas de interacción, sin embargo, inevitablemente, el pasaje del habla al texto es siempre incompleto, parcial y selectivo (Riessman, 2008). Pero, sucede también que en el proceso de poner en escrito aquello que se ha dicho, muchas veces el resultado es poco inteligible (Bourdieu, 2010). Es por ello, que se ha tomado el resguardo de escuchar las grabaciones mientras se lee la transcripción y se han editado aquellos ruidos que pudieran entorpecer lecturas posteriores (por ejemplo, muletillas del tipo “ehh, ahh”).

La transcripción de los audios fue solicitada a un tercero. Es importante señalar que el principio de confidencialidad del investigador en relación al entrevistado y su relato se extiende también al transcriptor. Siguiendo la garantía de anonimato asegurado a cada entrevistado es que se han cambiado nombres en el proceso de transcripción, y editado informaciones de instituciones y/o lugares que pudieran resultar demasiado específicos.

7.6 Criterios de evaluación y calidad del diseño metodológico

Por último, resulta importante explicitar los criterios de calidad y rigor que se consideran en el diseño de investigación. Siguiendo a Vallès (2000) distinguimos tres conjuntos de criterios: criterios de confiabilidad, de autenticidad y de carácter ético.

7.6.1 Criterios de confiabilidad

Buscan dar cuenta del modo en que los resultados de la investigación son veraces (*credibilidad*) – es decir, aluden o se refieren exhaustivamente a aquello que dicen que se refieren –, son generalizables (*transferibilidad*) – es decir, resulta posible generalizar los hallazgos del estudio específico a otros ámbitos similares de la realidad social – y son consistentes (*dependibilidad*) – es decir, aplicado el mismo diseño por el mismo u otro investigador se llegaría a resultados similares (Flick, 2004; Vallès, 2000). El cumplimiento de estos criterios estará en relación a la profundidad del trabajo de campo a realizar, la revisión exhaustiva de la literatura teórica y empírica y el soporte teórico que de ella resulte, los intercambios con la profesora guía y otros investigadores del campo de estudios de la sexualidad, la pertinencia de la técnica de producción escogida para el estudio, el aseguramiento de la diversidad y heterogeneidad en la composición de la muestra, y la transparencia en el itinerario de la investigación, tanto teórico como empírico.

7.6.2 Criterios de autenticidad

Se orientan a dar cuenta del modo en que el investigador construye a lo largo de todo el proceso de investigación un tipo de relación con los sujetos y lleva a cabo un trabajo de campo y una presentación de resultados que garantizan una reconstrucción justa (*fairness*) de la realidad. Esto es, que se deberán presentar la mayor pluralidad de puntos de vista y de experiencias presentes en un determinado contexto, y que se da cuenta de las diferencias de valores y de los eventuales conflictos entre sujetos o puntos de vista, incluyendo en ese

análisis el punto de vista del propio investigador. Por ello la heterogeneidad y diversidad de la conformación de la muestra, así como la inclusión al análisis de los cuadernos de campo serán imprescindibles. Además, dichos criterios apuntan a la necesidad de que un estudio promueva una ampliación de la conciencia crítica de los sujetos estudiados (y de la sociedad), permitiéndoles comprender su realidad de un modo más complejo, profundo, crítico e informado (*ontological authenticity*). En este sentido, los procesos reflexivos promovidos por la entrevista narrativa, deberían ser acompañados en lo posible por una conversación posterior que ayudara a los entrevistados a pensar sobre lo que la experiencia de la entrevista significó para ellos (Guba & Lincoln, 1998).

7.6.3 Criterios éticos

El tema foco del estudio, las experiencias y sentidos de la sexualidad, puede ser un tema de difícil abordaje personal y de compleja exposición pública (sexualidad, relaciones de pareja, dinámica familiar, etc.) para muchas personas. En este sentido, un primer **riesgo potencial** que podrían enfrentar los y las entrevistados/as es en relación a la confidencialidad de sus datos personales. Estos fueron minimizados a través de las siguientes medidas: cada persona invitada fue contactada a través de redes personales, sin hacer de conocimiento público su participación, entendiendo que ésta sería completamente voluntaria, y que se les entregó la información del tema a conversar en la invitación cursada. Como medida para cautelar la identidad de cada participante, sólo entrevistadora manejó los nombre de las y los entrevistados/as.

Un segundo riesgo potencial, son los efectos subjetivos de la entrevista, que obliga a la entrevistadora a manejar el proceso emocional vivido por los y las entrevistados/as que asegure un cierre no traumático de las entrevistas. Recordar ciertas experiencias vitales pudiera, para algunas personas, movilizar recuerdos traumáticos o sin resolver, por lo que se hace necesario contar, no solo con una entrevistadora capacitada para contener emocionalmente a los participantes, sino que también poner a su disposición un espacio donde poder elaborar terapéuticamente dichas experiencias. Lo primero se aseguró por la experiencia de la investigadora en estudios similares y su formación como psicóloga. En relación a lo segundo, en caso de que algún/a de los/as entrevistados/as lo requiriera, se consideraría su derivación al Centro de Atención Psicológica (CAPs) de la Universidad de

Chile. Sin embargo, las entrevistas pudieron desplegarse en un entorno de confianza, en el cual se cauteló el cierre de cada sesión, y no hubo solicitudes respecto de ello.

Para la obtención del consentimiento informado, previo a comenzar cada entrevista, la investigadora entregó dos copias del consentimiento para proceder a una lectura conjunta en voz alta, preguntando al finalizar si existían dudas y explicando: a) la libertad para decidir firmar y abandonar la actividad en el momento que lo desearan, b) qué significa la confidencialidad y cómo se resguardaría, y por último, c) que la entrevistadora guardaría una copia del documento donde se señalan los datos de contacto de las personas a cargo de la investigación. El documento requerido fue visado por el Comité de Ética de la Investigación en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales para su aprobación (Ver Anexo N° 2).

Asimismo el consentimiento informado consignaba los mecanismos para la devolución de resultados, los cuales se entregarían vía correo electrónico en el caso que las participantes lo solicitaran, cuestión que tampoco ocurrió.

Para para construir las orientaciones íntimas en la etapa de transcripción de los audios de cada entrevista (realizadas por un tercero), se cambiaron los nombres de los y las participantes por seudónimos y códigos, los cuales solo manejó la investigadora.

8. Orientaciones íntimas: modos de configuración de la experiencia sexual en la sociedad chilena

Este capítulo está dedicado a presentar los resultados empíricos de la investigación. Por medio del análisis transversal realizado a las producciones narrativas que resultaron de las entrevistas realizadas a hombres y mujeres, se relevaron elementos comunes que permitieron definir distintos modos de configuración de las experiencias sexuales y afectivas en relación a los marcos y normas socioculturales de la sexualidad que se encuentran disponibles en la sociedad chilena.

En relación a los aspectos que definen una orientación íntima, se atendió a las representaciones sociales y principios normativos vinculados a la sexualidad expresados en los modos en que las personas narran sus experiencias biográficas. Respecto de ellos surgieron dos ejes transversales a las narrativas. En primer término, y siguiendo la propuesta realizada por Michel Bozon (2001b), se relevó el tipo de vínculo que los individuos privilegian en su relación a la sexualidad, es decir, si esta se encuentra orientada principalmente al establecimiento de un vínculo con otro, o bien, si está más bien puesta en una relación consigo mismo (definidas en sus términos como orientación íntima conyugal y orientación íntima individual). En segundo lugar, se consideraron las representaciones y normas que sostienen dicho entramado, en el modo en que las personas se relacionan con esas representaciones y orientaciones normativas. Siguiendo la tesis de que en las últimas décadas se ha tendido a una proliferación de los marcos de sentido disponibles para dar cuenta de la sexualidad (Bozon 2001a) y de que, producto de los procesos de individualización y destradicionalización, los individuos han acrecentado sus niveles de autonomía y reflexividad para relacionarse con las instituciones y normas, de manera que estas ya no se presentan como unívocas y prescriptivas, es que se definió un eje que define una manera más tradicional y heterónomo o bien, un modo más des-tradicionalizado e individualizado de vivir la experiencia sexual.

Se encontraron dos tipos más generales de orientaciones íntimas: una de inscripción conyugal o de pareja y otra de inscripción individual. En ambas orientaciones se describen declinaciones diferenciales en relación al despliegue de los procesos de individualización y

destradicionalización. Así, la lectura de ambos ejes dio como resultado cinco configuraciones diferenciadas entre sí: conyugal institucionalizada, conyugal romántica, conyugal individualizada, individual tradicional e individual individualizada (Fig. 1).

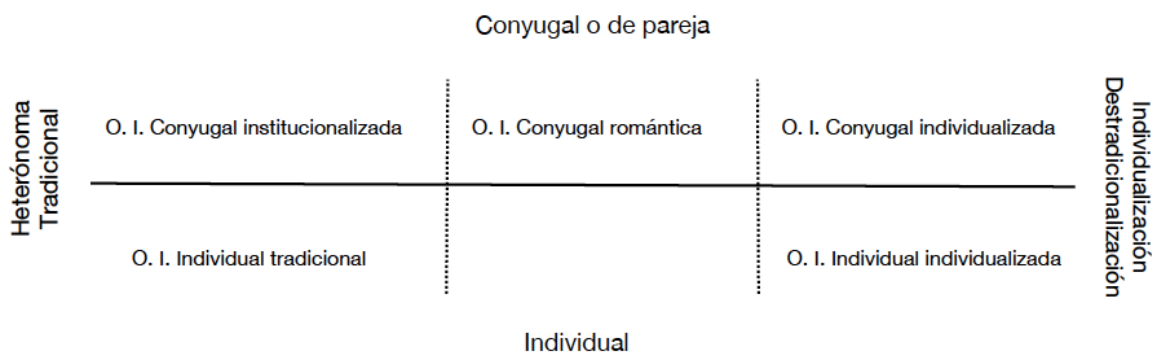


Fig1. Orientaciones íntimas

En el eje más tradicional se encuentran aquellas configuraciones, que ya sea que enfatizan el vínculo de pareja o la relación a uno mismo como centro de la experiencia sexual, se fundamentan en representaciones y normas tradicionales respecto de la sexualidad y el género. Están presentes en las generaciones más adultas, y tienen un sesgo de género marcado, siendo la orientación conyugal predominantemente femenina y la individual masculina. Sin embargo, como veremos, lejos de ser una orientación en vías de extinción, es posible observar un carácter remanente o residual de estas orientaciones que continúa presente, especialmente modulando las primeras experiencias de las generaciones más jóvenes.

En el eje más destradicionalizado se encuentran aquellas configuraciones en que los sujetos, aun cuando mantienen las mismas lógicas vinculares (conyugal e individual), dan sentido a sus experiencias desde marcos socioculturales diversos, que en cierta medida y hasta cierto punto, cuestionan los fundamentos tradicionales de la sexualidad y el género. En este eje, propio, pero no exclusivo, de las generaciones más jóvenes, no es posible encontrar el sesgo de género del eje tradicional, sino nuevas recomposiciones de la misma.

En una posición intermedia ubicamos una quinta configuración, de marcada orientación conyugal, pero que se encuentra a medio camino entre una posición que considera el matrimonio como vínculo exclusivo y para toda la vida con una fuerte inscripción

institucional, y aquel donde la relación de pareja a pesar de su centralidad está siempre en constante prueba y renovación. Esta posición intermedia tiene como motor de la pareja el amor, un ideal romántico de la pareja que se conjuga con una visión tradicional de las relaciones de género.

La tarea de describir ciertas configuraciones de normas, representaciones y experiencias relacionadas con la sexualidad presentes en un momento dado en una sociedad, puede ser análoga a la metáfora de hacer un retrato. Se trata de un ejercicio de abstracción de las fuentes de sentido e interpretación de la experiencia personal a marcos interpretativos compartidos, y no implica que pueda definirse o asignarse a los individuos de manera estricta a alguna de ellas, puesto que su función es representar las lógicas sociales de interpretación de la sexualidad desde la perspectiva de las experiencias individuales, y no corresponden a tipologías sociales o psicológicas o estructuras de personalidad en las cuales los individuos puedan encasillarse. La aproximación biográfica a las experiencias, da cuenta que los modos de configuración de la sexualidad no son fijos ni constantes, sino que son variables en el tiempo, que en el recorrido vital pueden ir teniendo un lugar más o menos primordial. En este último sentido, pueden, como señala Bozon (2001a), ser descritas como escenarios primarios o secundarios en relación a los individuos. En la Fig. 2 mostramos cómo se ubican los y las entrevistados/as según lo que serían sus orientaciones primarias, es decir, aquellas que se relevan como más consistentes en el trayecto biográfico. Ello no excluye el hecho de que en distintos momentos vitales una orientación alternativa pueda tomar lugar en los modos de dar sentido a la experiencia, o que incluso en un determinado momento, puedan co-existir de manera conflictiva o más bien escindida dos tipos de configuración distinta. Se observa también que no en todos los casos es posible trazar una distinción nítida en relación a la adscripción que a ellas hacen hombres y mujeres, ni tampoco una diferencia absoluta en términos generacionales. Si bien, algunas orientaciones íntimas son más representativas de unas u otros, encontramos que las significaciones pueden declinarse de maneras diversas.

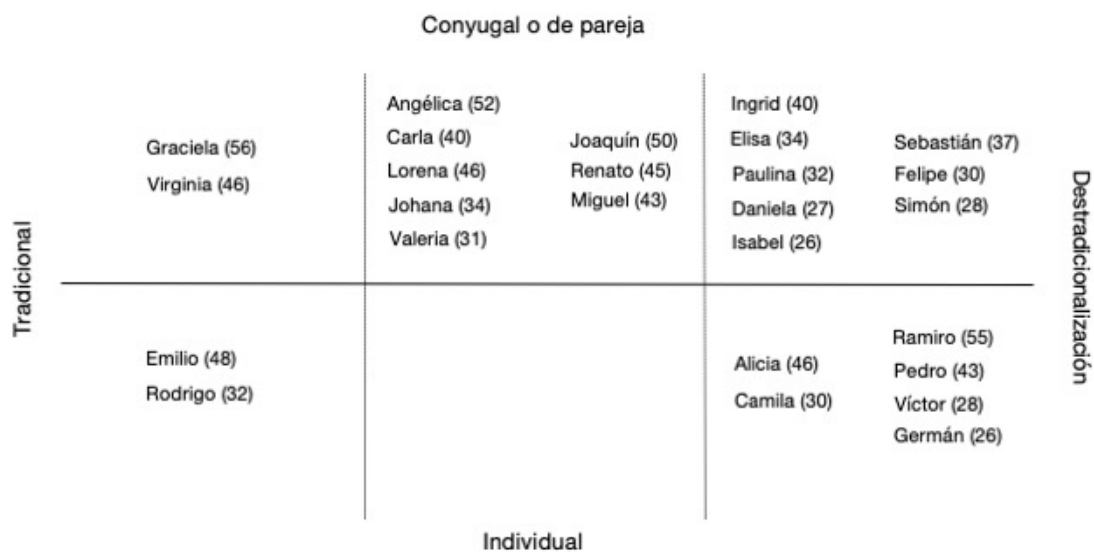


Fig. 2. Orientaciones íntimas. Escenarios primarios de los y las entrevistados/as.

Lo que sigue a este apartado está dividido en tres partes. Primero procederemos a describir cada una de las cinco orientaciones íntimas, dando cuenta de los modos en que estas configuraciones dan sentido a las diversas experiencias que enlazan la trayectoria sexual y afectiva de los sujetos. Para la composición de los retratos que describen las orientaciones íntimas se usó como estrategia el hilvanamiento de ciertos hitos o situaciones relevados en las trayectorias de los y las entrevistados/as y de los contextos en que se desarrollan esas experiencias, con el fin de dar cuenta de las condiciones materiales, sociales y simbólicas que posibilitan (o no) la movilización de un conjunto determinado de marcos interpretativos.

En segundo lugar, exploramos las tensiones, contradicciones y escisiones en los modos en que se conforman las orientaciones íntimas y que cobran relevancia para la necesidad de dotar de coherencia a la propia experiencia conforme se diversifican los marcos socioculturales de la sexualidad y la relación de los individuos a las normas se va haciendo más reflexiva. Por último, nos centraremos en una lectura de las orientaciones íntimas a partir de los procesos de individualización.

8.1 Tipos de orientaciones íntimas

8.1.1 Orientación conyugal institucional

Esta configuración de marcado sesgo conyugal, se define principalmente porque la sexualidad se encuentra vinculada a la pareja desde una perspectiva institucionalizada. El matrimonio se concibe como un compromiso adquirido para toda la vida y reúne una serie de obligaciones y responsabilidades que son mandatorias y exceden a la satisfacción personal respecto de la relación de pareja. Esta concepción tradicional, se articula con la demanda de virginidad –para las mujeres– hasta el matrimonio, el mandato de pareja única y para toda la vida, y con una relación entre los géneros desigual, donde los roles se encuentran estrictamente definidos en base a la clásica división sexual del trabajo productivo y reproductivo. Los proyectos biográficos se limitan e inscriben en el proyecto familiar, no existiendo proyectos personales a los cuales asirse. Se trata de una configuración de la sexualidad que tiene referentes normativos y de sentido tradicionales, que logran su efectividad por un alto control y sanción social externo.

Este tipo de orientación aparece con claridad y de manera exclusiva en las narrativas de mujeres de la generación adulta.

Veamos a continuación, los elementos que constituyen la orientación conyugal institucional y los modos en que se inscribe en los itinerarios biográficos de estas mujeres.

Al comenzar la pubertad, el control y la vigilancia que se ejerce sobre las mujeres se acrecienta. Mientras sus pares varones van ganando autonomía en relación a sus horarios, salidas y amistades, ellas son retraídas al hogar. Un control que se ejerce para cuidarlas de los peligros reales –que sean seducidas por algún hombre– y de los simbólicos –como la pérdida de su reputación.

A mis hermanos los dejaban hacer lo que querían, iban pa' arriba y pa' bajo y no rendían cuentas a nadie. En cambio con nosotras la cosa era bien distinta, que pa' donde vai', que con quién te vai a juntar, que con esas chiquillas no, que va a decir la gente y todo eso... eran bien restrictivos mis padres, bueno mi mamá porque mi papá la dejaba a ella hacer, y nosotras hacíamos caso porque si no mi mamá armaba la grande (Angélica, 53 años)

Las prescripciones que sancionan el ejercicio legítimo de la sexualidad son movilizadas por sus propias madres (y en menor medida con los padres, que observan desde una cierta distancia), y tienen una importante participación en las primeras experiencias sexuales y en la conformación de las primeras parejas estables. En estas prescripciones el sexo es connotado, en primer término, como algo negativo, algo malo, e incluso, apelando a lo religioso, como un pecado.

Eran cosas que uno le inculcaban que era malo. O que alguien te tocara. Cuando yo empecé a pololear, mi mamá me decía que si la persona te tocaba y te tocaba de la cadera para abajo, es porque algo malo quería. Yo pensaba en algo malo, que era que me iba a hacer alguna maldad. No era tener sexo. Entonces también por eso duré tanto tiempo [virgen] (Carla, 41 años)

En tanto prescripción, la sexualidad como tema está vedado de la conversación entre las generaciones. Se manifiesta en ciertas ocasiones a modo de advertencia y mediante el ejemplo de la sanción social a quienes se atreven a trasgredir las normas.

Bueno mi mamá, por el hecho de que no fue al colegio, era poco lo que se podía contar con ella de apoyo, ella sólo le daba refugio la casa. Si una hacía preguntas se enojaba, entonces yo sólo fui aprendiendo en la vida, todo lo que es la sexualidad, como se dice, embarrándola se aprende [...] Mi mamá era de las que no se atrevía. Mi papá hablaba y tenía que obedecerse. Porque mi mamá le tenía miedo a mi papá. Y eso a mí me afectó mucho en mi matrimonio. Porque a mi marido varias veces lo vi reaccionar como mi papá (Virginia, 48 años)

La entrada a la sexualidad activa está regulada por la demanda de virginidad, e implica el compromiso y la exclusividad a una sola persona. Si bien la norma dictaría que las relaciones sexuales solo pueden iniciarse como consumación del matrimonio, lo cierto, es que la adecuación personal de dicha norma hace aceptable que una mujer pueda iniciar su vida sexual con aquel hombre con el cual va a tener un vínculo para el resto de la vida. Este es el “ideal de retención”, que asume que la vida sexual comienza bajo la promesa de continuidad y formalización del vínculo.

Siempre estaba esa idea de que una se echaba a perder si es que tenía relaciones sexuales antes de casarse, que después ya nadie te iba a querer. Mi mamá era siempre de decir que cuidado con los hombres, que la quieren a una pa' eso y después chao, si te he visto no me acuerdo (Carla, 41 años).

Y que una tenía que ser mujer de un solo hombre, sino eras una cualquiera, ya no valías para nada. Igual por eso yo tenía mis dudas cuando ... pero, también pensaba que no importaba si todavía no estábamos casados así legal, porque igual eso iba a venir después, porque él me decía que iba en serio conmigo (Angélica, 52 años)

La elección de la pareja no obedece a las razones que expresa el amor romántico necesariamente. No es siempre el enamoramiento, siquiera la promesa de un vínculo de afecto lo que moviliza el establecimiento de las primeras parejas. Este puede bien obedecer a razones pragmáticas. Fundamentalmente con la evaluación de las condiciones materiales y de la posibilidad de tener una “mejor vida”. Virginia recuerda, por ejemplo, como se decantó por seguir un noviazgo con el que sería su marido cuando tenía también otro pretendiente, que aunque era más simpático y cariñoso no le ofrecía la misma posibilidad de seguridad económica que él,

Era como un cabro alegre, siempre me acuerdo de eso. Como alegre, pero económicamente mi marido era más... entonces yo creo que por ahí saqué la diferencia (Virginia, 48 años)

Para Graciela (56 años), en tanto, la búsqueda precoz de una pareja se comprende por la necesidad de escapar de las condiciones de pobreza que había en su casa. Aunque su proyecto era continuar estudiando para tener una mejor preparación para la vida laboral, la falta de apoyos familiares y de oportunidades frustraron sus planes. Al ser llamada a regresar a su casa, donde tendría que apoyar en las tareas domésticas y cuidado de los demás hermanos (eran 11 y ella era del grupo del medio), la posibilidad de formar pareja con un hombre que casi le dobla la edad, que pudiera darle protección y apoyo económico, aparece como una alternativa a la realización de su proyecto de tener un futuro mejor.

Ahí como 13 años, entonces me fui a vivir con ella [hermana mayor], porque mi mamá ya tenía mucho con los demás, entonces, ahí tuve la enseñanza media después, pero estudié hasta la mitad no más porque después mi mamá me dijo que me fuera pa' la casa porque resulta que yo en ese tiempo igual yo quería como avanzar en la vida, no quedarme ahí, porque decía yo, uy no, voy a volver a la casa, si en la casa hay problemas siempre, entonces por ahí, me enredé con el papá de mi hijo, yo era niña, yo todavía no cumplía 16 años, y el tenía 32, me conoció, como que yo no vi un hombre en él, yo vi un papá, o alguien que me ayudara, que estuviera conmigo, yo quería salir de la pobreza de la casa y fue peor (Graciela, 56 años).

El primer embarazo ocurre tempranamente, y da cuenta de lo inscrita que se encuentra la sexualidad en el marco de la reproducción. Carla (41 años) recuerda que cuando tuvo su primera relación sexual con el que era su primer pololo y luego fue su marido, esta se dio de manera casual, no fue planificada y aunque sabía que podía quedar embarazada no valoró ese riesgo. De hecho de esa primera relación nació su primer hijo, y antes del nacimiento se casó con su pololo. Graciela (56 años), que se emparejó a los 16 años, tuvo también su primer hijo a los 17 años, y a los 21 años ya tenía 3 hijos. La llegada de los hijos es, a pesar de no haber

sido planeada o esperada, asumida como una bendición. El hecho de convertirse en madres es significado como la completud y la razón de ser de sus vidas; la maternidad es, por lo demás, la tarea para la que han sido preparadas. De ahí en más, todas las energías y recursos se orientan a la crianza de los hijos; la maternidad es la fuente de identificación primaria, quedando la pareja en un lugar secundario.

Y bueno bienvenido, porque nosotros así de la maternidad de chiquitita mi mamá nos enseñó a que íbamos a ser mamás. Que a los niños había que quererlos, o sea, era un hijo. Un hijo era un hijo (Graciela, 56 años)

No, cuando tenía mi hija ya se me estaba complicando la vida, pero era mi sueño tener mínimo dos. Me sentía tan sola, que dije un niño más como que para mí era, ésta es mi salvación. Con un hijo más, iba ser distinto. Ahí me sentí como que era mujer. Nunca me pasó ni por la mente abortarlo ni nada por el estilo. Lo tuve y salí adelante (Virginia, 48 años)

Si bien la llegada de los hijos es asumida con alegría, la norma procreativa cambia respecto de lo que vivieron sus madres, en cuanto al número de hijos que se decide tener. Si sus madres tuvieron entre 8 a 10 hijos, ellas saben que “llenarse de hijos” es un sacrificio mayor, que les impedirá darles mejores oportunidades. Además, a diferencia de sus madres, ellas además trabajan fuera del hogar. Aunque tienen hijos jóvenes, y más bien seguidos, luego son activas en cuidarse para no tener más. Sin embargo, muchas veces esos esfuerzos son en vano. A pesar de que buscan usar métodos de protección, estos fallan, lo que aducen a la falta de preparación propia y de sus parejas, así como a las deficiencias técnicas en el servicio de salud. Virginia (48 años) cuenta que cuando se casó fue con su hermana al consultorio para que le dieran pastillas anticonceptivas. En ese tiempo ella trabajaba puertas adentro en una casa particular y su marido era guardia de seguridad en una empresa, como solo se podían ver los fines de semana habían pospuesto la decisión de tener hijos. Sin embargo, no supo como tomarlas, y al poco tiempo quedó embarazada. Carla (41 años) relata una experiencia similar,

Antes no era como ahora, a nosotros el consultorio nos dieron el preservativo y listo. Nosotros lo ocupábamos como mejor nos parecía. Entonces nosotros, no sé poh, mirábamos a ver si ya teníamos una eyaculación. Yo era súper inexperta en eso, era mi primera pareja sexual. Tampoco había internet donde uno meterse e informarse. Y de repente quedé embarazada de mi segundo hijo, y después de la tercera, y ya después de la tercera, me dije, ya me voy a operar (Carla, 41 años)

En estas relaciones de pareja, fuertemente jerarquizadas en términos de género, la sexualidad se impone ante todo como un débito de las mujeres hacia los hombres. En este sentido, el

vínculo al placer de las mujeres, así como su autonomía para decidir cuando tener relaciones sexuales es negado por parte de los hombres. Esta situación da pie para distintas reacciones por parte de las mujeres. Por una parte, encontramos una ausencia de la tematización en torno al placer individual o de la idea de que la sexualidad contribuye a construir un sentido de intimidad en la pareja. Por otra parte, la exigencia permanente y la falta de reciprocidad en las relaciones sexuales es vivida con frustración.

Yo siempre le cuento a mi hija que quizá tuve un orgasmo cuando los engendré a ustedes y nada más. ¿Pero cómo mamá va a aguantar tanto? La crianza que tuvimos le digo yo. La crianza de uno. El hecho de casarme y el papá de mis hijos tiene que ser así y punto. Y no po', mamá. Lamentablemente ya pasó hija, ¿qué le vamos a hacer? (Virginia, 46 años)

Esta disparidad en la experiencia de la sexualidad, se condice con la representación de la sexualidad masculina como un instinto, que no es controlable, y de la sexualidad femenina como una dimensión secundaria de la existencia. En este sentido, producto de su propia naturaleza, los hombres tendrían necesidades sexuales que se ven compelidos a satisfacer, en tanto las mujeres pueden vivir sin tener sexo, sin que ello trastoque su esencia. Como lo expresa Angélica,

o sea una puede ser un ser humano normal sin tener sexo. Menos la mujer que le llega la menstruación y no tiene necesidades como los hombres. Dicen que lo de los hombres es más fuerte, pero para mí no es lo que uno vive (Angélica, 52 años)

Por una parte, la sexualidad puede devenir en un lugar estratégico para negociar desacuerdos y tensiones que provienen de otros ámbitos de la vida en común. O bien, puede desembocar en un rechazo y un alejamiento permanente, que contribuye al enfriamiento y distanciamiento entre los cónyuges. Angélica recuerda que si bien ella perdió la pasión por su marido muy tempranamente en el transcurso de la relación, ella accedía a tener relaciones con él a la espera de que, como retribución, su marido hiciera, por ejemplo, un gasto extraordinario para el hogar, para ella o alguno de sus hijos.

Con el tiempo me fui poniendo más pilla también, porque al principio puro lo pasaba mal no más... si es que yo no tenía ni una gana de estar con él, pero después como que caché que si también me ponía amorosa, él se ponía más generoso (risas)... si poh, así que le decía al oído 'oiga mijo, hay que cambiar la plancha, o el niño necesita esto otro', y ahí él estaba como más dispuesto... es que todavía es muy amarrete ese hombre (Angélica, 52 años)

Para Virginia, en cambio, la frustración por sentirse usada y abusada, desencadena un progresivo rechazo a su marido y un abandono de sus propios deseos.

Montones de veces...y ya cuando reaccioné, ya me puse firme ya. Párale. O sea como le explicaba el otro día, como que de repente cuando él quería. A él le daba lo mismo si uno tenía orgasmo o no tenía, a él le daba exactamente lo mismo. Era como él desahogarse y ya está y una cosa así. Entonces eso fue que a mi...que empecé a alejarme de él. Empecé a tomarle fobia, a tomarle recelo. Si, él era de demandar eso (Virginia, 48 años).

En el caso de Carla, por ejemplo, en que su primer marido era consumidor de droga y desaparecía durante periodos prolongados de tiempo de la casa, su disposición al sexo era una manera de demostrarle a él su resentimiento. Él, que era un hombre con más experiencia que ella, le solicitaba que ampliaran su repertorio de prácticas. Ella no estaba disponible, sin embargo, para hacer lo que él quisiera porque en su mentalidad suponía una transgresión que no valía la pena realizar, puesto que no había ninguna reciprocidad en la relación.

Y ahí, como mi marido se portaba mal, yo era como muy reacia a tener intimidad con él. Era como cuando yo ya tenía muchas ganas, ahí cedía..., “me pedía no sé, que hiciéramos sexo bucal, o anal, y yo no, nunca quise. Y era porque como él se portaba mal, no valía la pena hacer todo lo que él quería. Después se mandaba una embarrada y se iba un mes, dos meses, no. Entonces por eso era así, bien chapada a la antigua” (Carla, 40 años)

Los desencuentros entre las formas de dar sentido a la sexualidad entre hombres y mujeres dan pie a la frustración y la rabia. Desde la perspectiva de Virginia (48 años) su marido consideraba a las mujeres, y a ella misma, como un objeto y tenía una complicada relación con el deseo de ella. Las veces que ella quiso tomar la iniciativa, proponiendo un encuentro que fuera especial, él reaccionaba de mala manera, acusándola de ‘maraca’, connotando la sexualidad activa de las mujeres de manera negativa. De esta manera, Virginia fue apagando su deseo y generalizando su percepción negativa sobre la sexualidad masculina, y que aunque ya están separados, ella sigue teniendo miedo de sentirse “utilizada sexualmente otra vez”.

Nunca buscaba los momentos. Era él cuando quería, eran momentos de él no más'. Una vez estábamos solos, no estaban los niños y yo le decía vamos, salimos, distraerse un poco, hacer algo bonito, entretenido, tener una relación sexual completa, entretenida. Y él decía ¿aonde' queris' que te saque plata? ¿Tenis' ganas de salir a maraquear? Así. Ya ni le decía salgamos y eso me mató sexualmente a mí. [...] No, él a veces me compraba unas camisitas de dormir que se yo pero para él cumplir su sueño. Pero yo mi mente, este hueón (sic) quiere utilizarme. Lo único que le interesa es eso de mí. Entonces no. Bueno él trataba pero era por interés propio de él, porque yo sabía que después me iba gritar maraca. Porque eran las palabras de él. Si yo tenía una relación libre con él, él me iba a gritar más porque yo como que le estaba demostrando que sí era una maraca, o una cosa así. (Virginia, 48 años)

La relación de pareja se encuentra claramente desbalanceada en términos de poder y es fuertemente jerarquizada. El hecho de que los roles se encuentren bien definidos, redundando en que las mujeres asuman todas las tareas de crianza, de cuidado y de la gestión doméstica, carga de trabajo que se mantiene invariable en el caso de que además tengan un trabajo

remunerado fuera del hogar. La relación de pareja no tiene un propósito de compañerismo, donde las tareas pueden estar divididas bajo un ideal de complementariedad o de trabajo conjunto para el desarrollo de un proyecto compartido. Las mujeres asumen solas el proyecto familiar, que consiste en sacar adelante a sus propios hijos.

En el fondo sentí que me utilizaba como mujer y estaba cómodo en la casa, Porque yo jamás lo molesté con dinero, yo siempre dependí de mi sola, trabajé. Los niños prácticamente me entendía yo sólo con ellos, médico, todo era yo. Él siempre se hacía el desentendido, el desentendido (Virginia, 48 años).

Las normas de la fidelidad y la reciprocidad no son correspondientes para ambos miembros de la pareja. Si la fidelidad es exigida e irrenunciable por parte de las mujeres, estas últimas saben que no cuentan con esa certeza de parte de sus parejas.

Después me enteré, yo intuía igual, porque una se da cuenta... Pero claro, de que tenía otro hijo lo supe a los años... (Angélica, 52 años)

Quien sabe con cuanta mina habrá andado metido cuando se iba de la casa, no sé, yo prefería ni enterarme, si para mí no iba a cambiar nada (Carla, 41 años)

Bajo este marco jerarquizado, las situaciones de violencia, en principio episódicas, se van haciendo permanentes y se instalan como modo de funcionamiento de la relación. La violencia de los maridos hacia sus mujeres (y también extensiva a los hijos) va desde el exceso de control y celos, maltrato psicológico, expresado en una devaluación constante de sus capacidades, hasta llegar a episodios físicos de violencia.

Estas experiencias no son ajenas a sus vidas, sino que reflejan las vivencias de sus propias madres. El establecimiento de relaciones de un fuerte sometimiento, exacerbado en algunos casos por el alcoholismo de sus padres, fueron forjando en sus infancias un círculo de empobrecimiento, de madres sacrificadas y al servicio de los hombres. Como vimos al principio, la búsqueda de sus propias parejas tienen relación con el anhelo salir de esa situación de pobreza y violencia, sin embargo, no siempre resulta así.

Me crié con cosas anormales. Vi las injusticias que [mi papá] hacía con mi mamá. Él era mujeriego. Entonces yo por eso prácticamente arranqué a un lugar mejor, pero no me resultó, porque lamentablemente me salió igual un hombre machista y eso (Virginia, 48 años).

A pesar de las frustraciones y el malestar que les generan sus relaciones de pareja, la posibilidad de abandonar el matrimonio se encuentra clausurada por mucho tiempo. Esta se vive como un mandato de obediencia, que no puede ser cuestionado ni tiene alternativas posibles.

Yo fui criada que el marido es el marido, y uno tenía que aguantarle todo. Porque era el marido y estaba casada, y toda la cuestión. Y yo fui criada así, me crié con esa mentalidad, que pucha, es tu marido y lo que te haga tienes que estar ahí, aguantándole. Y si se va y vuelve y te pide perdón tú lo perdonas. Y después cuando él se enfermó grave, y no puso de su parte para mejorarse, ni por sus hijos ni por nada, yo como que dejé ya que no importara. Como que ya, sí, a lo mejor puede cambiar. Yo dándome esperanzas de que podía cambiar, pero no (Carla, 40 años)

Claro, como que el hombre tenía que ser así...como mi mamá nos enseñó, que una se casaba y se casaba una sola vez. Y había que obedecer al marido. Y él daba la plata...si yo tenía que trabajar igual. Pero era como una noción que yo tenía, que él tenía que ser así. Entonces de repente cuando él llegaba enojao' que se yo, agachaba moño. No hablaba nada y sufría por dentro (Virginia, 48 años).

Si las vidas de estas mujeres parecen signadas más por los acontecimientos que por las decisiones que pueden ir tomando, tampoco hubo recursos ni condiciones para que las cosas se dieran de otra manera. Recordemos el relato de Graciela (56 años) expuesto anteriormente donde ella cuenta que en su adolescencia su propósito era poder seguir estudiando en el liceo para poder tener mejores oportunidades, sin embargo, ese proyecto fue frustrado cuando su madre le pide que regrese a casa para cuidar a sus hermanos y ella, en un acto casi desesperado, se empareja con un hombre mayor con la esperanza de obtener de él protección y apoyo económico. El caso de Angélica es similar (52 años), su padre no quiere que siga estudiando la educación media porque necesita que se ponga a trabajar. Gracias a la insistencia de una profesora logra cursar unos años más, pero luego, siguiendo el camino de sus hermanas mayores opta por trasladarse a la capital para conseguir un trabajo e independizarse. Sin embargo, en Santiago conoce a un hombre con el que establece un noviazgo y queda embarazada. A pesar de que ella quiere seguir sus estudios, su marido no la apoya ya que “pa’ qué, si tu tenís que ser mamá”. En este sentido, no es extraño que los proyectos personales se vuelquen hacia los hijos, siendo su meta, que estos puedan estudiar, y eventualmente, ir a la universidad.

Como vemos, las normas son explícitamente dictadas desde afuera y acatadas con poca reflexividad. Hay un fuerte control social, expresado en la idea del “qué dirán”. Muchas veces las decisiones no son tomadas de forma autónoma, se es obligado –a veces de manera expresa– o bien, se impone el compromiso. La norma se vive de manera mucho más externa, es decir, como un mandato ante el cual hay muy poco margen de maniobra, o ninguno, para cuestionar o eludir. Es la sensación de “las cosas son así y no pueden ser de otra manera”.

La historia de cómo se gesta el matrimonio de Virginia (46 años) es un ejemplo de cómo se ejerce un fuerte control externo sobre las decisiones de la vida de las mujeres, y de una autonomía muy limitada. Conoce a un hombre en Santiago y comienzan a frecuentarse, y aunque no son propiamente novios, cuando ella se entera de que él está viendo a alguien más, se enoja y termina la relación. Virginia se va a visitar a sus padres al campo, y de pronto llega él; va a buscarla porque le asegura que quiere una relación seria con ella. Ni siquiera habían tenido relaciones sexuales hasta ese momento, pero es presionada a casarse por su padre y sus hermanos, quienes consideran que está obligada con el hombre que la sigue. Ella tenía 20 años.

En general, observamos que este tipo de orientación íntima, se vincula con una baja individualización, una reflexividad limitada y un fuerte apego a normas más tradicionales. En efecto, la autonomía de las mujeres es incompleta, se encuentra limitada por controles externos y sometida a la voluntad y deseo de otros. Sin embargo, como discutiremos en la siguiente sección de este capítulo, es posible observar en estas biografías el despliegue paulatino de procesos de mayor reflexividad y autonomía personal, así como el cuestionamiento y una mirada crítica a las experiencias que marcaron su juventud y los primeros años de su adultez, y en algunos casos, como el de Carla (41 años) y Graciela (56 años) un tránsito hacia experiencias conyugales más democráticas y menos tradicionales.

8.1.2 Orientación conyugal romántica

Esta configuración se encuentra centralmente definida, en primer término, porque la sexualidad es concebida en el marco de relaciones afectivas de pareja, y en segundo término, por el lugar que ocupa el ideal del amor romántico en la conformación de la pareja. Así, la elección del compañero o la compañera se basa en el enamoramiento y la atracción, y la sexualidad toma un peso gravitante al comienzo de la relación, siendo fluctuante su relevancia como motor de su mantenimiento. En este sentido, las normas de la fidelidad y la reciprocidad operan como ideales fundamentales para sostener el vínculo. Los sentidos y las prácticas ligadas a la sexualidad se amplían, de este modo el placer adquiere un lugar primordial y los repertorios de actividad sexual son más extendidos, aún cuando estos están circunscritos de manera exclusiva al servicio del funcionamiento de la relación de pareja.

En términos de su organización, las relaciones de pareja si bien son menos jerarquizadas que lo que se constata en la orientación conyugal institucionalizada, se basan en una división sexual del trabajo más tradicional, en que los varones asumen principalmente el rol de principales proveedores, y las mujeres despliegan un doble rol, ya que a las tareas de cuidado y crianza se suma el trabajo fuera del hogar.

En términos de proyectividad biográfica, se establece la preeminencia de un proyecto compartido, de orden conyugal-familiar, al que quedan supeditados los proyectos de índole más personal. Si bien hay una creciente autonomía personal tanto en la toma de decisiones que tienen que ver con la vida sexual y reproductiva, como en otros ámbitos de la vida, estas se caracterizan por estar ligadas a la relación con los otros, preferentemente la pareja y los hijos.

La relación con las orientaciones normativas no tienen un carácter perentorio, las normas se encuentran más sujetas a reflexión, y no se acatan ciegamente, si no que pueden ser interpretadas como decisiones personales.

Esta es una orientación íntima de la que participan hombres y mujeres, aunque predomina en estas últimas. En términos generacionales, adscriben a ella los individuos de la generación adulta, aunque también se la identifica en los procesos de inicio de la vida sexual y de pareja de la generación más joven.

A continuación, describimos con mayor detalle los elementos que caracterizan a la orientación íntima conyugal romántica.

En la entrada a la adolescencia, los mandatos más tradicionales de las madres, que imponen la restricción del despliegue de los aspectos sexualizados de la femineidad, conviven con una sociabilidad que permite la evasión encubierta de dichas prohibiciones.

Mi abuela era antipololeo, onda "usted no puede pololear hasta que cumpla 18", "usted no se puede pintar hasta que cumpla tal edad", "usted no puede ir a fiestas", como que retrasaron mucho todo eso y mis tías me compraban ponte tu lápiz de ojo y me las entregaban, como que las tías eran bien cómplices en ese aspecto, y una prima me decía "salgamos, tu sale conmigo y te juntai con él para que el abuelo no cache", como que te van prestando ropa en el camino, pero siempre fue oculto el tema de los pololos, porque yo sabía que mi abuela no me dejaba pololear y no le gustaba que me gustara alguien (Lorena, 42 años)

La convivencia de ambos sentidos supone que muchas veces las primeras experiencias sexuales estén teñidas por la ambivalencia: se reconoce el despliegue del deseo y de estar con el otro, pero también se sabe que son indebidas, y por lo tanto se mantienen ocultas y secretas.

Como que aprendimos harto juntos los dos porque yo no tenía la confianza de conversar "¿esto me pasara a mí o le pasara a todo el mundo?" o si lo cuento será malo. Entonces preferí callarme de todo este tema. Lo hablé con una amiga, y esta amiga era novicia, iba para monja. Era mi amiga más cercana (Alicia, 46 años)

La primera relación sexual se da en el marco de una relación de pololeo o noviazgo, en lo que prevalece, más allá de la atracción sexual o de la curiosidad, es la prueba definitiva del amor a la pareja. En este sentido, se enmarca más en una moral de retención, que asume que la relación sexual constituye una demostración y una garantía de la formalización de la relación. Miguel (43 años), señala así que la decisión de iniciar su vida sexual con su novia estuvo asociada a la formalización de su compromiso, y que eso les dio la tranquilidad de saber que estaban haciendo lo correcto,

Y como que se fue fortaleciendo más el amor que nos tenemos con mi señora. Y de ahí nosotros ya teníamos la postura de argollas y ya no estaba ese temor de hacerlo o no hacerlo, porque ya íbamos en un camino seguro. Porque ya nos sentíamos más seguros de poder formar una familia. Porque siempre, al momento de la postura de argollas, decidimos formar una familia. Y esa era nuestra meta (Miguel, 43 años).

En el caso de las mujeres, la primera relación sexual tiene un gran peso como hito biográfico. Se trata de un evento que connota un cambio de estado importante, y como tal debe inscribirse en una relación seria y a largo plazo. Por lo tanto se transforma en un bien que se debe

negociar con la pareja, lo que implica, en ocasiones, resistir presiones o ceder a las demandas del otro para conseguir la prolongación del vínculo.

Por lo mismo lo decidí así, como que tuve muchas oportunidades antes de haber tenido sexo, pero siempre como que quise esperar, de que fuese algo más serio... mi ideal era ojalá casarme con la persona que tuviera mi primera relación sexual. Me puse a pololear, llevábamos un año pololeando, y era así como, a los meses ya te empezai como a tocar, después era “cuándo lo vamos a hacer, si llevamos varios meses”. Después cuando llevábamos un año era casi la presión psicológica, “si ya llevábamos un año, yapo córtala”. Al final lo hicimos, pero tampoco fue algo como que yo quería ciegamente hacerlo, no era como que sentía las ganas ni la necesidad de hacerlo. Lo hice más que nada porque él me presionaba hartito como: “ya po, si somos pololos”, como “hasta cuándo poh”, aparte que él sí había tenido antes relaciones, entonces tenía experiencia sexual antes que yo (Elisa, 34 años).

Así, el inicio de la trayectoria sexual se enmarca en un aprendizaje que se da entre dos, pero en que la prevención de un embarazo no previsto se da precariamente. Los hombres no la asumen como una tarea personal, y las mujeres cuentan con recursos limitados para hacerse cargo de ella.

Siendo sincero, yo nunca me vi en ese asunto, en esa época no se usaba tanto...no se sabía, no es como ahora que hay más información (Joaquín, 50)

El problema era que yo no me cuidaba, no tenía esa precaución, no tenía ningún tipo de precaución [E: ¿Y eso nunca lo conversaron?] No. O sea, de repente me decía “hay que acabar afuera”, esos mitos que se dan. De hecho, yo creo que mi primera hija, quedó embarazada sin tener una relación completa. Tiene que haber sido cuándo estaba dentro, eyaculó algo y acabó afuera finalmente. Pero no tiene que haber sido con una relación, o sea, no es que tuvimos una relación y quedé embarazada. (Angélica, 52 años)

Por consiguiente, la primera maternidad, llega en el caso de las mujeres, tempranamente y aparece como un evento imprevisto, que viene a interrumpir un proyecto en ciernes, como el inicio de los estudios o del trabajo, justo en un momento en que puede proyectarse un futuro y hay una posibilidad para desplegar una mayor autonomía. Esto exige reorientar los proyectos biográficos. De hecho en algunos casos, la maternidad no había estado presente como un anhelo de manera manifiesta en su vida, e incluso otras, se proyectaban en su juventud ajenas a la idea de tener hijos. Alicia (46 años) y Valeria (30 años) recuerdan que sus proyectos de adolescente se enmarcaban en los deseos de poder viajar, conocer otros lugares, estudiar, abrazando un anhelo de libertad, en que el ser madres nunca estuvo previsto. Sin embargo, al embarazarse tempranamente (cuando todavía cursaban los últimos años del colegio), estos sueños quedaron en suspenso, orientándose a la maternidad y la familia.

No...si no estaba en mi. De hecho si en mis planes jamás estuvo tener guagua, si yo decía no, como voy a tener guagua, como soy yo, una guagua a ver, esa guagua va a hacer que ponga los pies en la tierra, no yo soy libre, a mi en la casa todos se ríen porque yo en mi pieza la tenía pintada el cielo, el techo, azul, celeste, porque era como que estaba mirando el cielo, y no era súper libre, y no cuando yo quedé embarazada yo dije ya pasó, pero igual hubo un momento de depresión, no se si depresión, pero pa pensar, pa procesar tanta información, pero después que ya pasó ese lapso, yo dije no chao, voy a sacar adelante a mi guagua (Valeria, 31 años)

Mira yo, siempre tuve un sueño en la vida que era viajar, de estudiar, yo quería estudiar teatro, era buena teatrera, pero no tuve esa cosa así como “se destruyeron todos mis sueños”, porque como que me enfoqué en este proyecto familia, entonces con esta hija que nació, tenía que aprender algunas cosas que eran de la mujer en esa época: aprender a cocinar, mantener una casa, cuidar a los hijos, etc. (Alicia, 46 años)

Como Lorena (44 años) que, habiendo hecho un esfuerzo personal y familiar, había conseguido entrar a la universidad, cumpliendo la expectativa de ser la primera de su familia en lograrlo, desistió de continuar con sus estudios y se volcó de lleno a la maternidad. Sin embargo, no hay una expresión de pérdida o de frustración por abandonar estos planes, ni tampoco se reconoce como una obligación o deber moral asumir la maternidad, sino que se invoca como una decisión personal tomada al respecto.

De hecho, mi hijo para mí cuando nació fue lo máximo, así. Pero también, yo creo que de alguna manera me...me aboqué cien por ciento a lo que fue la maternidad. Cuando nació mi hijo es como que...no sé...me encegueció todo: mi vida, mis proyectos. Tenía otro tipo de responsabilidad, pero esta responsabilidad la gozaba mucho. Yo decidí dedicarme a él, a estar con él (Lorena, 40 años)

La llegada de la paternidad no es relevada con el mismo entusiasmo en los relatos de los varones. Se impone como un deber moral con la pareja y se asume la responsabilidad de formar una familia.

Cuando la Gilda queda embarazada, entonces, ..bueno, igual a veces se hablaba de que cuando nos íbamos instalar juntos y todo eso, pero no había lucas. Yo recién estaba de aprendiz, éramos chicos, pero bueno, cuando salió embarazada no quedaba otra que apechugar. No correspondía otra cosa. Así que me fui a lo de la casa de ella, con sus papás... medio achacado, eso sí (risas)... pero ahí se me fue pasando (Renato, 45 años)

Como hemos visto, en ocasiones estas parejas se han visto forzadas a constituirse de manera más estable en la convivencia por la llegada de un embarazo imprevisto. En la decisión que hay que tomar para dar ese paso se entrelazan, por una parte, una suerte de cumplimiento de las expectativas sociales, el cumplimiento de una ‘obligación’ que no siempre es explícita – pero que es lo que las familias de origen esperan y lo que es también deseable para el futuro de los hijos. Por otra parte, es una elección también personal, un deseo de constituirse en

pareja de manera más estable, conviviendo y teniendo una familia, que idealiza el vínculo amoroso.

Además que yo quería mucho vivir con él. Insisto, esta idealización. Entonces, claro yo quería mucho... además quería que los niños tuvieran este concepto de familia, de... de ver a un papá, que tuvieran una imagen paterna. Porque el Nicolás ya de chico no se crió... ponte tú, él veía de repente a mi abuelo o a mi tío como una imagen paterna porque no veía mucho a su papá, entonces ya sentía que era una falencia y que... creo que la situación me obligó un poco a emparejarme así... a irme a vivir con él. Porque ya eran otros... no era yo no más la que quería, sino que sentía que mis hijos tenían que ya tener esta imagen paterna. Entonces las situaciones siempre me empujan a tomar decisiones (Lorena, 44 años)

Si, claro, yo tenía como 19 años, chica, chica, chica. Yo no sabía ni cocinar, pero me casé así como “ya casémonos, a casarse” como cuentan los cuentos, que no se cachea todo lo que significa casarse, ahora sé, ahora estoy más vieja, y no me casaría (risas) (Alicia, 46 años)

La pareja recién establecida se organiza de acuerdo al canon tradicional. Las mujeres se tienen que hacer cargo de llevar adelante una casa y al hijo recién nacido, mientras los hombres asumen un rol proveedor. Las exigencias de ambos roles se traducen en una profundización de ambos ámbitos, quedando las mujeres involucradas exclusivamente en la crianza.

Él trabajaba todo el día, trabajaba mucho, ponte se iba a los 8 de la mañana y volvía a las 12 de la noche, en ese sentido yo crié a mis hijos sola, a él le tocó la parte financiera de sostenedor y a mí la parte de crianza, no sé si hay una parte más difícil pero a mí me costó mucho, no sabía nada de niños (Johana, 34)

La fidelidad es la norma más importante en la relación de pareja. En este sentido, la institucionalización es menos relevante, es deseable, pero no indispensable porque lo que sustenta la pareja es la exclusividad afectiva y sexual de ambos. La fidelidad es una norma exigida en términos recíprocos, y cuando se es infiel genera una sensación de malestar consigo mismo. Lorena (44 años), que aunque se sentía atraída y mantenía una relación satisfactoria en términos sexuales con su marido, distingue el plano de la fantasía de la realidad. Si en el primero puede permitirse fantasear con otros hombres sin remordimiento, el paso al acto le supondría transgredir una barrera imposible.

Aunque siempre tenía fantasías con otros tipos, no lo puedo negar. Hasta sexualmente, de repente me pasaba rollos, así, como que estaba con él y de repente tenía fantasías con otro hombre. No voy a negarlo, lo encuentro súper normal, pero nunca...no, me daba pánico ponerle el gorro al Eduardo... Te juro que estaba así “es que yo no puedo mirar a otro tipo...” Limitaciones que yo misma me ponía. Así como “yo estoy enmarcada en esta estructura. No puedo salirme este molde.” (Lorena, 44 años)

La infidelidad no se expresa exclusivamente en tener relaciones sexuales con otra persona. Para Miguel (38 años) el involucramiento afectivo y el coqueteo también suponen un engaño al otro, porque vulnera la esencia de la relación, que es el amor. En su caso, estas transgresiones habrían sido motivadas por la curiosidad de experimentar vivencias que no había tenido en el momento adecuado, es decir, antes de casarse. El resultado es una experiencia que lo llena de insatisfacción y que produce gran malestar.

Vida sexual con otras parejas no he tenido, pero si la he engañado y son como dos engaños pero fue como más de aventura para saber cómo se sentía, y se sintió súper mal, pésimo, porque igual mi señora se enteró y se enojó, pero después ella supo comprender porque, bueno, lo que dice ella que cuando uno pololea mucho y después cuando uno se casa no está con la disposición de engañar ni nada de eso, al menos a mi me pasó a la inversa, yo pololee una sola vez, pololee por segunda vez y de ahí que quise sentir ganas de conocer a otro tipo de persona pero no, la pasé re mal (Miguel, 38 años)

En el caso de Valeria (31 años) las infidelidades por parte de su pareja la empujan a hacer lo mismo. Sin estar motivadas por el deseo hacia otros, tienen la función de retribuir con la misma moneda a su marido, imponiendo una suerte de justicia subjetiva en la relación. En este caso, Valeria describe también el paso de la euforia a la sensación de impotencia y vacío.

comenzó la infidelidad por parte de él y yo ahí dije ya, ahora me toca a mi, así como él me engañaba a mi, yo lo engañaba a él, era como mutuo, claro que yo me enteré de todas las infidelidades de él, pero él de ninguna infidelidad mía, rumores, pero pruebas concretas el nunca tuvo [...] eeh me acuerdo que un día me dice, me trató como se le ocurrió, que yo era una maraca de mierda que andaba...y yo ya no lo estaba engañando, yo ya estaba tranquila, porque igual pasé el tiempo de la euforia que te están engañando y tu le dai con la misma moneda. Ya después pasa el tiempo y decí no, no saco nada, chao (Valeria, 31 años)

La sexualidad se presenta como una experiencia de aprendizaje dentro de la pareja. El placer es un elemento muy relevado pero está al servicio de la pareja, como un vehículo para construir intimidad. Se incorporan nuevas referencias a las prácticas sexuales, como la pornografía.

Al principio fue como más inexperto. Pero eso se fue adquiriendo experiencia con el tiempo. No se po, entre los dos siempre sacábamos ideas al ver películas porno y yo le decía, oye, porque no hacemos esta pose, o ella me decía, de esta forma, e igual los dos éramos como más tímidos. Como de llegar a hacerlo de una sola posición y nada más. Pero ya después de los 3 años como que nuestras mentes de los dos fue más abierta. Decir, pucha, porque no podemos hacer esto o porqué no jugamos con crema o con hielo. Y así sucesivamente (Renato, 45)

Además que él era así como súper macho y siempre fue sexualmente...una súper buena compañera, o sea, compañero. Hacíamos muy buena pareja. Ponte tú, él era además...como que siempre buscaba mucho mi placer...casi siempre terminábamos juntos, cachai. Como

que él me esperaba o yo lo esperaba. Empezábamos como a dominar otras técnicas, a probar otras cosas. Salíamos de repente a moteles ...tuve una vinculación muy...una atracción física muy fuerte por...por el Eduardo. Y así siempre fue nuestra relación. De matrimonio igual. Siempre tuvimos... como que mantuvimos esa... es más, creo que por eso estuve casa veinte años con él. De verdad, porque siempre sentía mucha atracción y finalmente teníamos relaciones muy...muy placenteras los dos. [...] Pero también hay una ligazón sexual en las parejas. Yo creo que es importante...lo sexual. Es súper importante. No es trascendente, o sea, cien por ciento, pero sí un porcentaje alto (Lorena, 43).

La sexualidad adquiriría un poder especial cuando se da en la pareja, en contraparte el sexo desprovisto de afecto es desvalorizado.

Algo hermoso, algo que...una sensación que tu nunca lo vas a poder conseguir con que te lo diga o con un aparato, es algo que es rico, pero siempre hacerlo con una pareja. Y, no sé po, enseñarle a los demás, o a mis hijos, que eso se tiene que respetar. No es una cuestión de juego. Mi hijo, yo le digo, tu no vas poder llegar y hacerlo con cualquier mujer, es como la canción de los prisioneros “sexo”, cachai, como que... ¿tu conocí la letra? Así que eso es lo que opino del sexo... (Miguel, 38 años)

En cuanto fuente de aprendizaje, permite que se puedan ir ampliando los repertorios y que las fantasías puedan ser conversadas y eventualmente incorporadas, pero en que los límites se encuentran definidos por los mismos contornos de la pareja, esto es, una relación exclusiva y de a dos.

Ahora que en ésta época, está como medio loco el mundo... por ejemplo yo, eso de hacer tríos, no... yo soy muy abierta ahora y todo, pero no me vengas a decir, ‘tengamos una sensación nueva, o con pareja, o dos parejas con la pareja’. Yo digo que tener sexo es de dos: tú y yo nomás. Y listo. Podemos hacer lo que tú quieras, pero de ahí a entremedio de otra persona, no. Porque yo escucho de parejas que son matrimonios, yo esa cuestión la encuentro ya que la mente está mal, que ellos tienen la mente puesta en otra cosa. No tienen mente para su pareja, o para el amor que sienten por ella (Carla, 40 años).

La sexualidad tiene entonces, el papel de constituirse en un espacio donde se construye intimidad. Sin embargo, sostener ese espacio demanda de un fuerte trabajo de renovación, que es amenazado constantemente por el peso de la vida cotidiana: la crianza de los hijos, los problemas domésticos, el trabajo, y más.

Eh, fortalecer más la unión de pareja, el lazo de amor, el lazo de contención y el lazo de intimar de uno a otro. Igual es tratar con el tiempo y hacerlo más como más didáctico, más interesante, de que no se pierda el interés, porque, igual, no se po, al menos con los 15 años que llevo de mi matrimonio de repente se ha perdido eso, pero no es por perderlo porque uno quiere, es más por fuerza mayor. Igual influyen muchas cosas en la casa, la llegada de los hijos, de repente los problemas que pasan en los trabajos que influye mucho también. Estar siempre, constantemente, buscar ideas, buscar cosas diferentes, no se po, hacerlo, probando cosas que te pueda dar la vida, juguetes también, nunca hemos ocupado juguetes sexuales, al menos, nosotros dos, con mi señora siempre nos decimos porqué no probamos con esto a ver que se siente. Hacer eso. (Miguel, 38 años)

Además de su dimensión afectiva y de placer, la idea de que el sexo contribuye al bienestar y salud de las personas, es un nuevo sentido que se incorpora a la comprensión de la sexualidad, que coexiste, además con su tradicional vinculación a la reproducción.

Y lo mismo el sexo. Porque ahora el sexo es súper bueno, está comprobado que es bueno para la salud [...] creo que es importante la sexualidad. A no ser que tenga una enfermedad, y ya no pueda como antes, ahí se ve el cariño que te tiene la otra persona, porque no todas aguantan que no tengan relaciones con tu marido, o tu marido contigo. Nosotros igual hablamos de ese tema con mi esposo. Yo digo, bueno, igual hay diferentes formas para sentir placer, no solamente que tú me penetres, o que tú tengas la sensación ahí. Entonces yo creo que igual es importante, es que si uno no tuviera la sexualidad, no procrearía, no tendríamos hijos, los hijos no tendrían nietos, los nietos no tendrían bisnietos... y así sucesivamente. Por algo Dios lo hizo así, porque tampoco... ¿cómo nos íbamos a procrear? (Carla, 40 años).

Como se vio anteriormente, la mantención del vínculo demanda de mucha inversión de esfuerzo personal, una tarea que asumen con mayor frecuencia las mujeres. Por lo demás, así, tanto el afecto como la disponibilidad sexual pueden comenzar a decaer, llevando al fracaso de la relación.

sí, al principio estaba siempre disponible, y cuando empezaron las cosas a estar mal empezaron a dejarse, me decía que me colocaba muy goloso, que pucha no tan seguido, yo le decía como antes lo hacíamos bien seguido, cuando tú querías yo tenía que querer y cuando yo quiero tu no querí, no po la cosa no anda así, y ahí empezaron los problemas, los problemas empezaron por la parte sexual y después nos separamos (Joaquín, 50 años)

Con los años, cuando la pasión decae, y el enamoramiento se extingue, a veces queda el afecto, y la relación se transforma en la convivencia de dos compañeros, que han perdido el espacio íntimo.

Lo que pasa es que he tenido hartos problemas con el Carlos, porque yo lo quiero, pero no lo amo, no sé si me entiende, pero llevamos tanto años, que después pasa a ser más costumbre, yo estoy tan acostumbrada a llegar a la casa y que él me espere después y haya una cena, y es lo mismo siempre, todos los días como la comida, todos los días [...] Pero ya, sincerándolo bien, porque yo soy sincera con él, yo le dije, 'nosotros ya no nos queremos, ya no nos amamos, no poh si nosotros ya estamos acostumbrados a estar juntos no más po, porque con los años que llevamos y si de querer nos queremos, pero no así con la intensidad de que uno se quería antes [...] no es que yo lo vaya a dejar no es que yo busque a otra persona tampoco, pero para que tuviera conocimiento, de repente por mi mal genio, de repente por mi manera de que yo no lo tomo en cuenta, o llego a la casa y me pongo a hacer cualquier cosa [...] y eso de que antes éramos bien cercanos, eso se ha perdido, eso se ha ido perdiendo, entonces, no sé qué se hace en esos casos, pero sé que nosotros nos queremos, pero no así, no sé que habrá pasado ahí, no sé si estamos más viejos, no sé que será, pero, o nos dedicamos mucho a otras cosas y no a nosotros (Graciela, 56 años)

En el contexto de una relación que es jerarquizada, las dinámicas de violencia se instalan cuando se produce un intento, de parte de las mujeres, por ampliar sus horizontes y desarrollar proyectos personales, por fuera de la familia.

Es el caso de Lorena (43 años), que tomó entusiastamente la decisión de dedicarse de lleno a la familia. Su relación de pareja tiene como elemento constitutivo la desigualdad en el poder, primero por la dependencia económica, a partir de la cual se desprende la desvaloración de sus capacidades, sus habilidades y la invisibilización de su aporte al funcionamiento de la unidad doméstica y la vida familiar. Este desequilibrio tiene como efecto el ejercicio constante de violencia psicológica por parte de su pareja hacia ella. Paradójicamente, su fortaleza, la capacidad para buscar soluciones y resolver los problemas de la vida cotidiana, le impide buscar ayuda, o darse cuenta, hasta muchos años de la situación que está viviendo.

Él siempre tuvo la administración económica, él me daba dinero a mí, yo le pedía dinero, nunca tuve la independencia económica, jamás, yo creo que él vio mucho eso de mantener ese poder, de mantener siempre ese poder económico (Lorena, 43 años)

Para Alicia (46 años) se inicia cuando retoma sus estudios y su marido comienza a aumentar el control sobre ella, que se convierte en violencia psicológica permanente, y llega a la agresión física.

Si, el problema empezó cuando yo pegué un madurón también. Uno empieza a cambiar algunas cosas. Imagínate que me casé a los 18, a los 25 ya era otra persona, con otras vivencias, estaba estudiando, conociendo a otras gentes, era más entretenida la vida afuera de la casa, que adentro. En la casa, era la responsabilidad, él se puso muy celoso también. Era un tipo muy celoso que quería mantenerme adentro de la casa, entonces que yo saliera para él era un drama. Fome, se puso fome la relación y eso terminó por matarla (Alicia, 46 años).

Para ambas, fue el amor, el sentimiento de romanticismo lo que las mantuvo por años presas de una relación abusiva.

Todo lo bueno que tenía en su momento, se transformó en un dolor intenso, que tú piensas ‘Cómo yo, siendo una mujer tan inteligente, porque yo sé que soy una mujer muy inteligente, fui capaz de aguantar todo esto’. Evidentemente yo estaba tan enferma como él o más, para poder aguantar cinco años, cuatro años o un año o una vez, nunca debí haberlo aceptado todo eso que pasó, ni por amor, ni por los hijos, ni por nada, no hay razones en este vida” (Alicia, 46 años)

La orientación íntima conyugal romántica organiza las trayectorias sexuales y afectivas de mujeres, y también hombres, del grupo adulto. Sin embargo, también es referida en los procesos de entrada a la sexualidad activa de las mujeres jóvenes. En esta configuración la autonomía y reflexividad es más limitada en las mujeres. Los hombres cuentan con mayor autonomía dada su posición masculina. En la observación de las trayectorias individuales femeninas, se observa, sin embargo, el despliegue de procesos de individualización en el transcurso del tiempo que les permite tener una posición reflexiva respecto de su vida.

8.1.3 Orientación conyugal individualizada

La orientación conyugal igualitaria se define por inscribir la sexualidad en primer término en una relación de pareja que se encuentra construida, o más bien, tiene el ideal de ser construida, en función de principios de fidelidad, reciprocidad e igualdad, tanto respecto de la fuerza del vínculo, como de los roles y tareas que cada miembro adquiere para la mantención de la relación. Su principal diferencia respecto de los otros tipos de orientaciones conyugales, radica en que los miembros de la pareja tienen proyectos personales individualizados, y que la pareja no necesita de visados institucionales para su constitución sino que se funda en el deseo compartido de llevar adelante un proyecto conjunto que va a la par del proyecto personal. El discurso del amor romántico no tiene un lugar preferente, este se va diluyendo, mezclando visiones más racionalizadas de lo que implica el trabajo emocional de estar en pareja. La tradición cuando invocada, es referida como una elección, pensada y racionalizada, dentro de un contexto que permitiría otras opciones en apariencia legítimas. Se elige una forma de constituir la pareja, el matrimonio por ejemplo, no porque sea la única vía legítima, sino porque es significado dentro de un marco de sentido y convicciones personales.

La orientación íntima individualizada está presente en de manera preferencial en los relatos del grupo de mujeres y hombres jóvenes, y se condice con una alta individualización y capacidad reflexiva de los individuos.

A continuación describimos sus principales componentes.

Donde la institución tiene un peso menos gravitante, la norma de la fidelidad es vinculante. La fidelidad implica exclusividad sexual, pero también significa constancia en el afecto, en el compromiso con los proyectos comunes y las obligaciones adquiridas, se trata sobretodo de reciprocidad. Ahora bien, no es un principio absoluto, en el sentido de que no significa que una infidelidad sea siempre irremontable, pero sí puede ser difícil de superar y deja una cicatriz en la relación. Las infidelidades no son entendidas como un lastre de la relación, como en el caso de la orientación conyugal institucional, por ejemplo, en que muchas veces las mujeres “saben” que sus maridos tienen o han tenido amantes, pero que es un hecho que

se acepta –no sin rabia y tristeza– y que de manera alguna implica poner término a la relación. En este caso son un elemento que producen un quiebre real, no solo imaginario. El develamiento de una situación de infidelidad implica una crisis en la pareja, y para su continuidad se requiere de una fuerte inversión de trabajo emocional con el propósito de renovar el compromiso amoroso. Más que la infidelidad sexual o el devaneo amoroso hacia otra persona, lo que deja en entredicho la relación es la falta de confianza, el ocultamiento de la situación, se anudan a una exigencia de reciprocidad en la relación.

Yo creo que quizá lo único que no le perdonaría es que él estuviera con otra persona, pero esta es la razón: yo siempre le he dicho, desde que estamos juntos, que si uno está con alguien es por decisión propia; si yo decidí casarme con él o él conmigo fue por una decisión propia, entonces con la misma libertad que el tuvo la opción de estar conmigo tiene la opción de no estarlo. ¿Yo por qué no le perdonaría que me fuera infiel? Porque yo preferiría que él me dijera sabis que Dani me gusta otra persona, o estoy teniendo dudas con otra persona, mejor no sigamos juntos yo valoraría más eso en él que primero estuviera con otra persona y después me lo dijera. Y yo por eso no se lo perdonaría, porque yo siempre le he dado el pie, aunque sea difícil, porque obviamente para nadie es fácil decirle a su pareja que te gusta otra persona o que tienes intereses por otra persona, pero preferiría que él me dijera realmente so a que yo enterarme que estuvo con otra persona y por eso yo creo que sería el único motivo o uno de los motivos como para separarme o que efectivamente me produzca un daño así físico o psicológico que nunca ha sido el caso, menos mal, pero esas serían las únicas razones yo creo. Porque yo pienso que todo lo demás es solucionable; los problemas cotidianos si uno los conversa, las cosas que a ti te molestan, si uno las habla pueden ser solucionables, pero cuando hay un daño en uno ya sea físico o psicológico ya ahí no hay nada que hacer; yo pienso que cuando uno se siente herido o dañado uno siempre queda con eso, entonces yo por eso no podría perdonar algo así (Daniela, 27 años)

A pesar de la importancia de la norma de la fidelidad en un sentido amplio (como exclusividad sexual y constancia afectiva), no se puede suponer que todo el peso del vínculo reside solo en su cumplimiento. No se trata de una posición de todo o nada respecto del amor, hay motivos que pueden ser más gravitantes en las decisiones que toman las personas en cuanto mantener una unión o no. Así, por ejemplo, las parejas que tienen hijos, pueden sentirse obligadas a la tarea de salvar una relación después de una crisis –sea una infidelidad o el enfriamiento de una relación– para preservar la unidad familiar.

sí, entre problemas, infidelidad... también una que marca mucho una infidelidad, una infidelidad mía que marcó varios años la relación sexual. A partir de una infidelidad que yo cometí con una amiga... de nosotros en realidad. Ahí hay un cambio importante, que yo creo que recién ahora se está recuperando. De ahí durante unos tres o cuatro años, costó mucho. Después también, siento yo que... bueno, hay un perdón. Pasan varios años. Y después hay como un desgano de parte de ella conmigo. Yo lo sentí. Sospecho, sin ningún rollo, que tal vez tuvo ella una pareja. Creo que ha sido válido también ella probar, llevamos mucho tiempo. Empezamos muy cabros, yo fui la primera pareja de la Francisca. También, en resumen, ha sido la Francisca mi pareja porque yo no tuve mucha vida sexual. Yo no he

tenido ninguna otra pareja, no cuento a ninguna otra como una pareja estable (Sebastián, 37 años).

Esta nueva forma de organización de la pareja en términos de sus fundamentos remite a un cambio en la conceptualización del amor. Si el amor romántico centra su eficacia en la idea de la complementariedad entre los cónyuges y en un vínculo que se establece para toda la vida, en este modo de concebir el amor, estas cuestiones se encuentran desplazadas a la luz de las expectativas que impone la realidad. Es la experiencia social de que las uniones no siempre son exitosas, que muchas veces terminan en fracasos y que son una empresa a la que hay que dedicarse para mantener a flote. Así entonces, la longevidad del vínculo no se encuentra garantizada, aunque pueda ser anhelada, y la idea de complementariedad de funciones que se basa en una división sexual del trabajo fuertemente marcada es relativizada, ya que la pareja desde su formación tiene una aspiración más igualitaria respecto de las tareas y roles por cumplir.

O sea, mira, tengo ahí el, el significado que me aportan mis viejos, ¿cachai? Yo creo que ellos pese a los conflictos que en algún momento se han presentado, ellos han permanecido juntos, y más que permanecer juntos, han permanecido queriéndose, armando proyectos en conjunto, eh, y eh, haciendo cosas juntos, queriéndose. Yo creo que, bueno, ahí hay un tema que tiene que ver con la institucionalidad del matrimonio, lo instituido de los vínculos que eran antes de cierta forma, pero a ellos les ha resultado, sí, no así a la mayoría o a mucha gente. No digo que algo no pueda ser permanente, ¿sí?, pero lo que yo he visto, lo que ha pasado conmigo es que hay cosas que parece que pudieran ser permanentes en el momento, pero que después ya no lo son. Y claro, el matrimonio como una institución pensada así como que tiene que ser algo permanente es más bien una imposición que algo que pueda resultar de esa manera. Entonces creo más en esta lógica de poder estar con alguien y quererlo, y claro, efectivamente hacer proyectos juntos y acompañarse. Pero para eso no es necesario una institución como esa (Sebastián, 37 años).

Uno de los focos más importantes dice relación con experiencias de vida mucho más individualizadas, que implican que los miembros de la pareja reconocen una esfera de la vida que es personal y autónoma de la pareja, y que debe disponerse a ser gestionada en paralelo al proyecto de pareja.

porque de verdad que para mi lo más difícil de estar en pareja era tener que pensar en dos. Bueno, ahora pensar en tres no es difícil porque un hijo es distinto, porque es de uno y es un hijo, pero ya tener que pensar en dos era muy complejo, tener que organizar mi vida también pensando en otro que bueno, en este caso era él como mi pareja, pero era alguien externo a mi poh, digamos (Isabel, 26 años)

Para el mantenimiento de la relación se deben resguardar los espacios personales, lo que implica también respetar la esfera íntima del otro. La vigilancia, el control y los celos no tiene cabida en el ideal de esta orientación, puesto que son una amenaza al proyecto de pareja.

Nosotros pese a que estamos casados tenemos, como te comentaba, nuestro propio espacio; yo desde que estoy con él jamás en su vida le he revisado su celular, ni él tiene mis cuentas de nada, bueno la única clave que se sabe es la del banco, pero por si acaso, el nunca se ha metido ni yo en la de él, por ejemplo yo no le tengo sus claves ni del correo, ni de facebook ni nada de esas cosas. Como que en ese sentido nuestro pensamiento es que tenemos una vida juntos, pero respetando lo que hay con la individualidad de cada uno poh. Ahora, también no somos como esas parejas que andamos juntos para todos lados, por ejemplo si él tiene algo con sus compañeros y sus compañeros van con sus señoras me invita, me dice vamos, van a ir todos con sus pololas y todo, pero si él me dice Daniela, me voy a juntar con mis compañeros pero van a ir todos solos no hay mayor problema e igualmente yo. Como que en ese sentido yo creo que no necesariamente hay que compartirlo todo. Eso agota finalmente yo creo, te agota estar constantemente con el otro, encima de todo lo que hace el otro con sus cosas, estarlo privando de una vida social que tiene desde antes que esté contigo poh, todas las personas tenemos un círculo que es ajeno a lo que es la familia. Los amigos, el trabajo, por ejemplo. Entonces yo creo que no es necesario compartir absolutamente todo en la pareja (Daniela, 27 años)

El ideal igualitario en que se funda la relación es sometida a prueba con la llegada de los hijos. Las tareas de cuidado que acarrea la crianza son llevadas a cabo en gran medida por las mujeres, quienes o bien aumentan su carga de trabajo, siguiendo con el trabajo remunerado a tiempo completo, o bien, optan por disminuir o renunciar al trabajo fuera del hogar para hacerse cargo de las responsabilidades domésticas y de crianza a tiempo completo. Este cambio es asumido como una decisión razonada en términos de sopesar el bienestar de los hijos, la posibilidad de tener o no tener apoyo extra para el cuidado –ya sea de contar con redes cercanas o de la capacidad económica para solventar un gasto extra, las fuentes de mayor estabilidad económica, entre otras.

Es que no había tampoco otras posibilidades, yo tengo más flexibilidad de horarios por mi pega, así que bajé un poco las horas, y así puedo compatibilizar las dos cosas [crianza y trabajo]... pero es desgastante, igual hay veces que me supera (Ingrid, 40 años)

La responsabilidad de los hombres en la crianza es reconocida por ellos y demandada por ellas, asumiendo el ideal igualitario en las relaciones de género.

Y mucha responsabilidad, apoyándonos siempre, asumiendo un rol mucho más activo también en el tema de la casa, que siempre lo ha sido. No es por decírtelo, pero yo, desde que nos vinimos a vivir como que trato que Francisca no haga nada, me gusta hacerlo todo. Lavar la ropa, la loza, que no se canse ¿cachái? Mucho más dedicado al tema de la casa (Sebastián, 37 años)

Por ejemplo si hay que lavar la loza la lava, si yo le pido que me ayuda a hacer aseo me ayuda, o si yo no lo hago él hay cosas que hace, porque en realidad tenemos bien claro que son responsabilidades compartidas. Ahora, por ejemplo, cuando hablamos acerca de lo que se nos viene ahora naciendo la Matilde él sabe que hay una crianza compartida; no es que él me ayude a mí, sino que él es el papá y hay cosas que tiene que hacer por ser su papá (Daniela, 27 años)

La preminencia de la figura de la madre como central en el vínculo con el hijo es incuestionado. El trabajo de paternidad es valorado por los varones como una de las fuentes más importantes de sentido y completud de la propia vida, una presencia latente, en que el rol proveedor continúa siendo el más relevante. Esta implicación afectiva y práctica en la vida de los hijos es significada como una forma radicalmente distinta de ejercer la paternidad, cuando se la observa desde el punto de vista de la propia relación con los padres, caracterizada más bien por la lejanía afectiva, o bien, por la ausencia permanente o intermitente.

Obviamente es un sentimiento que lo siente mucho más la mamá porque es la total dependencia de un individuo a ti, cachai'. Y eso es algo muy maternal. Pero trato de estar cerca del proceso. Que obviamente tienes que asumir la vida de manera mucho más responsable, porque la vida no puede ir al azar. Porque ya hay alguien que depende de tus acciones. Yo no tuve eso. Y el hecho de transmitirle todo lo que quiero transmitir, me ha hecho muy feliz. Y me ha cambiado para bien. Antes de mi hijo, las metas si bien estaban claras tampoco eran tan importantes pa' mi. Me ha hecho cambiado la óptica de que tengo que hacer y qué tengo que ser. Y muy feliz, en serio (Simón, 27 años).

Si la maternidad es un mandato irrevocable en otras orientaciones más tradicionales, dentro de este marco la maternidad es pensada como un proyecto para las mujeres, pero de una manera más racionalizada. En primer lugar, aunque es un deseo presente para la mayoría de las mujeres, no se experimenta de manera mandatoria, sino que es una alternativa que se escoge.

Sí, como pensado así, no sé... quizá no todo es tan racional en la decisión de tener hijos. En todo caso por mucho tiempo yo pensé que no tenía por qué tener hijos, no estaba en mi proyecto vital. Me podía haber ocurrido el no haber tenido hijos nunca, lo pensé muchas veces, y de hecho cuando me emparejo con mi marido actual, partimos nosotros una relación como furtiva [...] Emparejarse fue un tema, y me embaracé de una curadera, diría yo, de un carrete, sí. Y nada, fue como una decisión, no sé cómo llamarla... no planificada. Fue decidido de tenerse, pero no habíamos dicho 'oye, tengamos un hijo'. Para nada. Así que cuando ocurrió, decidimos que sí, queríamos tener un hijo y seguimos adelante (Ingrid, 40)

En segundo lugar, el proyecto de tener hijos debe gestionarse con otros proyectos personales, como el educativo, el establecimiento de una carrera, cumplir ciertas metas o bien, generar las condiciones materiales necesarias para su llegada. En este sentido, la planificación de los hijos conecta también con una nueva norma procreativa, que establece el cumplimiento de ciertas etapas. Con proyectos de vida más individualizados, el embarazo no planificado es especialmente para las mujeres en este contexto, una amenaza grande y real, que se hace más dramática en la etapa de la adolescencia. Esto se traduce en una alta planeación de la primera

relación sexual y mayor autonomía y agencia respecto de los aspectos preventivos de la sexualidad.

Cuando inicié mi vida sexual me cuidé mucho, fui al médico y yo nada hasta que el médico me dijo ya es el momento, ahora puedes porque estás bien, tuve que esperar un mes después de empezar a cuidarme y yo cara de palo no y no si ya estaba pololeando y con las hormonas así a full si era adolescente, pero yo así fuerte y no nomas porque yo decía que no puedo, yo no me puedo arriesgar a quedar embarazada a los diecisiete años, no hemos entrado ni a estudiar los dos (Daniela, 27)

y de hecho, el tema, de repente pienso, que fui súper responsable en torno a la fertilidad, súper responsable desde que empecé a tener relaciones sexuales, siempre que tuve pololos serios, siempre me cuidé, porque en verdad me daba mucho susto quedar embarazada, por un tema de que siempre tenía mis metas súper claras, entonces como que: “voy a tener un hijo a los veinticinco años” (Elisa, 34)

La responsabilidad respecto de la prevención es asumida principalmente por las mujeres, quienes tienen siempre como foco el evitar un embarazo, los riesgos asociados a la adquisición de ITS o del VIH no es materia de preocupación, en cuanto se asume la exclusividad sexual con la pareja. Los hombres por su parte delegan esta tarea a las mujeres, reconociendo paradójicamente que es una responsabilidad que debiera ser compartida.

pero yo asumo que eso es un tema de mi culpa en un sentido de siempre traspasar esas responsabilidades... si yo creo que es cultural y es súper machista, o sea la mujer se dejó embarazarse, ella quiso embarazarse, o consiguió que el hombre hiciera un hijo, es como súper de conventillo la wea pero yo creo que es culturalmente mas así que nada, yo creo que es súper machista esa forma, o como se trabaja eso, no sé si coincides conmigo o no, pero lo tomo como una irresponsabilidad mía? si, pero también lo veo desde un punto de vista cultural, si también, es algo machista de depositar en la mujer la responsabilidad del cuidado, yo creo que por eso inventaron antes los anticonceptivos para las mujeres que para los hombres (Simón, 28)

La sexualidad tiene un lugar de privilegio en la relación estable, la referencia más importante es al placer, tanto en términos individuales, como forma de conexión íntima de la pareja. Sin embargo, puede alcanzar la misma equivalencia que el amor.

como soy, y como he sido siempre en mis relaciones con el carácter sexual, obviamente relacionado al sentimiento, al amor, para mí sexualidad y sexo en si es igual a amor, a una pareja estable, a una persona en la cual pueda confiar, una persona en la cual mi forma de ver la sexualidad y mi forma de proporcionarle sexo me satisfaga, y que para ella también sea importante el hecho de estar conmigo sexualmente, para mí eso es fundamental y esencial, como te digo (Felipe, 30)

siempre, estar con una persona y tener hartos sexos, no tener sexo con tantas personas (Simón, 28)

Si en otras configuraciones conyugales el sexo puede tener un carácter más o menos relevante (o incluso constituirse en una carga u obligación que hay que aceptar) para el establecimiento

de la relación, no tiene el carácter indispensable que adquiere en esta configuración íntima. En este sentido, por ejemplo, la experiencia de una primera relación sexual no está significada exclusivamente como una “entrega”, es cada vez más ambivalente: la idea de que tenga lugar con alguien que uno conoce y que dé garantías de ser confiable, pero no desde la lógica de la retención (la norma tradicional).

De hecho yo vine a iniciar mi vida sexual súper grande. Bueno, no tan grande, pero me refiero a que ya tenía diecisiete años, pero yo ya había pasado todo lo importante: ya iba en cuarto medio, con una pareja estable, porque en realidad yo le tenía como terror también un poco al tema de la relación sexual misma, de que me fuera a doler de que yo fuera a sufrir o que me tocara alguien que no tuviera cuidado conmigo, mis necesidades... eso era como bien importante para mí igual poh digamos, era como un todo, no sólo por el hecho de embarazarme, sino de que para mí era importante iniciar mi vida sexual con alguien que me cuidara, digamos. Que en ese momento tuviera los cuidados o siguiera dentro de un contexto de mis necesidades en realidad, como que fui bien egoísta en ese sentido, yo pensaba sólo en yo en ese momento estar bien (Daniela, 27 años)

La relevancia del deseo y la sexualidad se anuda a nuevas exigencias y demandas al interior de la pareja. En este sentido, la norma de reciprocidad en el deseo y el placer son fundamentales, así como la importancia de preservar la pareja como espacio donde tienen que satisfacerse todas las necesidades, fantasías y deseos de sus miembros. Esto implica la completa entrega al/del otro, estar disponible para dar y recibir, estar abierto a la experimentación y el desafío –al menos en los primeros tiempos de relación– respetando el consentimiento del otro.

mi primera fantasía es hacer de todo, onda de todo, el Kama Sutra entero, ojala, positivamente duro hartito en mis relaciones sexuales, por lo cual todo lo que ella quiere hacer yo le doy, mientras sea consentido... si, de todo, practicar de todo con mi pareja, ni un problema, mientras sienta que ella quiere hacer eso y yo estoy ahí para poder cumplirlo, ni un problema (Felipe, 30 años)

Si el consentimiento es relevante, también lo es encontrar una pareja que esté disponible para tener una vida sexual acorde a las expectativas que se tienen.

mi vida sexual es plena, no veo que pueda ser de otra manera, obviamente como lo sexual siempre ha sido importante en mis relaciones no quiero estar con alguien que no esté plenamente realizado en forma sexual, tampoco está bien, una persona que a lo mejor tiene muchos tabús, que no hagamos esto, que si ella no quiere experimentar, no está bien, por lo cual veo mi sexualidad a futuro plena (Simón, 27 años)

Es el contrario de la representación masculina tradicional que establece una diferenciación entre la cualidad de la relación sexual con la cónyuge (la esposa o mujer) y con la amante o prostituta, que se basa, a su vez, en una disyunción de la imagen de la mujer. En esta

configuración se moviliza un imaginario respecto de la sexualidad femenina, que funde ambas características, los hombres demandan una mujer que preserve el sentido más tradicional de ser una buena madre y compañera, pero que a la vez, y de manera igual o más importante, sea una buena amante.

o sea igual está el tema del trio de sumar otra persona más como con el tema de los celos, es algo obvio, pero no, yo creo que lo que pasa es que mira, si una persona tiene una fantasía, una pareja tiene una fantasía, yo lo veo por el lado de que si de verdad quiere hacerlo y quieres desarrollarte plenamente en lo sexual, utahazlo conmigo, déjame participar de esa fantasía, porque me gustaría verte cumpliendo tu fantasía y disfrutando de tu sexualidad a full (Simón, 27 años)

La idea de la pareja sexualizada es más recurrente en los varones, y da cuenta de ciertas discordancias respecto de las mujeres, por ejemplo, de la relevancia y función del orgasmo en la relación sexual que denota una mirada masculina del placer femenino.

El tema del orgasmo no me frustra tanto ya que desde muy pequeña empecé, porque estaba sexualizada desde algún punto de vista, siempre experimenté como masturbándome, después de grande empecé a cachar en verdad que las sensaciones que me producía al masturbarme era normal, después de grande empecé a cachar. Entonces en el fondo, pese a que con mis parejas sexuales no tenía orgasmos, sí lo experimentaba como masturbándome. Mi ex rayaba un poco la papa, porque él decía que pese a que teníamos sexo, yo no la pasaba bien. Era como: “¿tu finges?”, “lo paso bien, el orgasmo de la relación sexual son cosas un poco diferentes, claro, una lleva a la otra, pero no implica que yo no lo pase bien”, “no, es que tú no la pasai bien”. Ahí fue cuando empezó a “es que no, es que tienes que tener orgasmos, es que lo vamos a lograr” (Elisa, 34 años)

Respecto de la centralidad de las fantasías, hombres y mujeres manifiestan miradas distintas. Mientras que para ellos hacer realidad las fantasías tiene como objeto llevar a la pareja a la cima de sus posibilidades, y en algún sentido fortalecería la relación al compartir hasta los deseos más íntimos de la pareja, para ellas, resultan una amenaza para la estabilidad de la relación. Tienen reservas respecto de la capacidad propia y ajena de disociar la fantasía de la realidad, en el caso más extremo de manejar los celos, por ejemplo, en un trío. Los juegos de roles no presentan esa misma amenaza porque se mantienen dentro de los límites de la pareja, los intercambios y los tríos sexuales, en cambio, introducen a un tercero en la pareja, desestabilizando los fundamentos de la misma: fidelidad y reciprocidad.

Sí, son fantasías, pero no sé si las voy a realizar. Aparte creo en la monogamia, como que siento que el swinger pasa a llevar un poco eso, que eso es lo que le explicaba él. Entonces le dije “ya, pero si hacemos un trio, swinger, o lo que sea, es solo. No, creo que es distinto, que eso es solamente sexo, y eso solamente para experimentar, va a ser algo en beneficio tuyo o beneficio mío, pero yo sigo sin verlo. (Paulina, 32 años)

La norma de la reciprocidad se evidencia también en la importancia de que las relaciones sean placenteras para ambos. En este sentido, el orgasmo femenino emerge como una fuente de preocupación por parte de los hombres, quienes lo relevan como una dimensión a ser trabajada en los intercambios sexuales. Dicha preocupación no es equivalente por parte de las mismas mujeres, quienes cuando relatan tener más dificultades para alcanzar el clímax sexual no lo atribuyen a una falta de habilidad de sus parejas, sino como una característica personal que no merma en su capacidad de obtener placer en las relaciones. Esta divergencia en las posiciones de hombres y mujeres respecto de la importancia del orgasmo, puede comprenderse desde una operación de igualación que hacen los hombres de sus propios modos de sentir, alcanzar y expresar placer con los mecanismo femeninos de obtención y expresión del placer.

yo siempre me he sentido bueno por ese sentido, no por una cuestión de orgullo, porque yo siempre me he preocupado más, a mí me excita mucho más el hecho de sentir a tu pareja como teniendo placer que yo mismo teniendo, por lo mismo postergo harto mi placer, yo eyacular, porque me interesa mucho mas eso que lo otro, y con las otras personas se había dado hasta el momento, bueno, era lo que me decían, pero claro, la Marian está como esa deuda, y obviamente es más importante porque es la persona con la que yo quiero estar, y que más placer que un orgasmo teniendo sexo, supongo, a lo mejor no es una carrera al orgasmo pero si se sería rico que lo sintiese, pero no se ha dado [o sea para ti todavía es como que le falta algo para que sea?] si pero más por ella, si estay con una persona que te proyectai y no soy capaz de darle un placer, de darle un orgasmo, a lo mejor estay mal, no te estay esforzando lo suficiente para que ella lo tenga (Simón, 27 años)

La importancia atribuida al sexo no significa que no se reconozcan periodos en los cuales el deseo, y la iniciativa puedan decaer, o que haya periodos de intermitencia en que prácticamente no hay actividad sexual. Esto es particularmente notorio en quienes llevan juntos un largo tiempo y/o están en pleno periodo de crianza.

Hay menos tiempo, más desgaste. Hay períodos y períodos. Al principio es súper duro, en el sentido de que lo único que quería era estar tranquila. Pasas dando pechuga en las noches, te despiertas. Mi marido nunca ha sido bueno para despertarse, o sea me tocaba toda la pega a mí, creo que es bastante habitual eso. Así que es definitivamente menos frecuencia, pero creo que en calidad siempre se ha mantenido. Es menos de lo que yo quisiera, me gustaría que fuera más. Sí, afecta la crianza. Incluso tenemos piezas juntas, tres piezas: niño, niña, nosotros, y hay que esperar a que se duerman los cabros chicos. Y ya a las diez de la noche, hay ganas de dormir aunque hay ganas de lo otro. Él trabaja ene también. Entonces es menos sexo del que yo quisiera (Ingrid, 40 años)

Las quejas respecto de las dificultades para gestionar la carga de trabajo cotidiana –las exigencias del trabajo remunerado, las vicisitudes de la vida doméstica y la alta demanda emocional y de trabajo que implica la crianza de los hijos– con un espacio que preserve cierta

intimidad en la pareja, o que sencillamente, puedan darse las condiciones para que el deseo emerja, son transversales a hombres y mujeres.

Esas teorías que dicen “no, ese es un tema de comunicación”, para mí no es un tema de comunicación. No se trata sólo de que yo tenga ganas, o que yo tenga ganas de que él tenga ganas, y me gustaría que a veces a él le surgiera. A veces me doy cuenta de que quizá tengo una postura femenina media pasiva, porque como que me gusta que él me busque y me cuesta más tomar la iniciativa, entonces siempre es un problema. A veces tengo ganas, ayer por ejemplo, igual tenía ganas y tal. Me acosté, no caché, estaba medio adolorido de la espalda. Como que le hice un masaje, tenía ganas pero bueno, filo. No importa. A lo mejor él no tiene ganas. Entonces es como, no sé, puede haber una palabra de por medio pero el deseo también tiene que ver, que surja el deseo. Porque yo puedo tener ganas, pero las ganas reales surgen de una cosa conjunta, y es más difícil. Y el otro día, él me empezó a reclamar las veces en que quería, y que yo estaba o durmiendo... y me decía “anoche traté, anoche quise”, y yo así como guao. Entonces hay una discontinuidad. No supe, no me enteré. De repente está el encuentro, el desencuentro, y eso es como la historia de mi vida... un vacío así como que no sé. (Ingrid, 30 años)

La orientación conyugal individualizada raramente se presenta como exclusiva en las trayectorias biográficas, pero sí opera como la referencia hegemónica de cómo debiera experimentarse la sexualidad. La encontramos en los relatos del grupo de mujeres y hombres jóvenes.

Se da en un contexto de alta reflexividad y autonomía, e impone la tarea de compatibilizar dos proyectos biográficos individuales en conjunción con el proyecto conyugal. Se enmarca en un ideal de igualdad de las relaciones de género, que abraza al conjunto de la relación, incluida la intimidad sexual.

8.1.4 Orientación individual tradicional

La orientación individual tradicional, inscribe la sexualidad en relación a la satisfacción personal del deseo sexual. Lo que hace de esta orientación individual, una configuración particular, es que se asienta en marcos socioculturales de género tradicionales: una masculinidad asentada en la virilidad y el prestigio sexual, que se corresponde con el estereotipo de conducta masculina predadora, que por contraparte, des-subjetiviza a la mujer, convirtiéndola en un objeto sexual. Esta aparece como una orientación exclusivamente masculina en las narrativas estudiadas.

La sexualidad masculina se concibe como una fuerza interior, con carácter de necesidad, que es difícil de dominar, y que requiere ser constantemente satisfecha por medio de la conquista de múltiples parejas sexuales. Por ello, no se proyecta en la construcción de una relación de largo plazo que se funda en el compromiso afectivo y en la exclusividad sexual. La sexualidad es, en esta orientación, una dimensión muy relevada de la vida personal, que requiere que el individuo esté siempre orientado hacia el mundo social, como campo donde desplegar la seducción y la conquista.

Si bien encontramos una autonomía extensiva a varios ámbitos de la vida, y especialmente en lo sexual, dada por su condición hombres, estos adscriben a marcos masculinos más tradicionales de la intimidad y son menos reflexivos en sus prácticas.

Esta no es una orientación íntima predominante, por el contrario, su presencia es menor en el conjunto de los entrevistados, sin embargo, en ella se inscriben no solo hombres de las generación de adultos mayores, como tal vez cabría esperar, si no que también jóvenes.

A continuación desvelamos su esencia a la luz de las historias de los individuos.

Los primeros acercamientos al tema de la sexualidad se producen muy precozmente, todavía en la niñez, en un contexto de sociabilidad masculina que se encuentra abierta a la calle, más allá de los límites del hogar y en el cual, el encuentro con jóvenes mayores funciona como fuente de aprendizaje y socialización en el sexo.

También como salí tan joven a la calle tenía idea ya, me masturbaba y ya sabía, tenía, yo me juntaba con gente adulta, yo creo que eso fue lo que me favoreció a mí, que yo salí muy joven a la calle me junté con gente adulta buena, que me enseñó las cosas como eran y no aprendí malos hábitos (Emilio, 48 años).

El recuerdo del inicio de la vida sexual activa, que se da muy tempranamente en la adolescencia, adquiere el grado de rito de pasaje para estos hombres. Paradojalmente, a lo que será su actitud hacia la sexualidad posteriormente, se da en un contexto donde no son ellos quienes toman activamente la iniciativa. Emilio tuvo su primera relación sexual a los 12 años, su pareja en ese momento, fue una mujer, que era su vecina y tenía 25.

Bueno esa vez me acuerdo que yo me senté en el sillón y todo y ella empezó a acariciarme, y yo igual como que estaba entusiasmado, me entusiasmé y bueno, yo quería tocarla pero yo no sabía tocar, pero ella me tocó toda mi parte sexual, mi sexo y toda la esta y me acuerdo que ella fue la que me tomó y me subió arriba, en ese momento yo ya estaba excitado y de ahí empezamos a tener relaciones (Emilio, 48).

Rodrigo se recuerda como un adolescente tardío respecto de la exploración de la sexualidad. Era menos desarrollado que sus pares, pero le gustaba juntarse con gente mayor que él, que estaban de lleno en las conversaciones sobre sexo, compartían pornografía y se jactaban de sus conquistas. Aunque no tenía ninguna experiencia previa de pololeo o de enamoramiento, Rodrigo desarrolla una actitud compensatoria (de su edad y apariencia) y comienza a emular lo que hacen sus amigos. Un día, en que llega a su casa la hija de una señora que ayuda en su casa, aprovecha para soltarle una de sus avanzadas:

Viene ésta cabrita que no era tan fea, y no tenía feo cuerpo. “¿Y cuándo te vas a rajar?” y yo haciendo lo que hacía el resto. Y yo le digo “ya, te espero en mi pieza”. “Ya, voy a dejar todo listo, y voy a tu pieza. Déjame la puerta abierta”. Pasa la tarde, y yo dejo la puerta abierta. Y bueno, lo típico de hombre, te voy a hacer así... yo no tenía idea, puras huevadas. Y la cabra va como a las tantas de la mañana. Y me mueve, “vine, poh”, me dijo. Se mete en mi cama, se baja, me sube, lo coloca... yo te puedo decir que aguanté no una hora, ni nada, yo creo que ella se demoró más en ir a mi dormitorio, que lo que duró la relación [...] y al otro día me levanté, ya no era el niño agrandado... yo me levanté y a las mujeres no las vi como señoritas, las vi como carne para la parrilla. (Rodrigo, 31 años)

Criado dentro de una familia tradicional, esta experiencia, transformaría su concepción de las mujeres. Ya no eran sus compañeras o sus hermanas, si no que “carne para la parrilla”, mujeres con las cuales tener sexo, representación que modelaría de aquí en adelante su relación con las mujeres. En contraste, él se precia de ser “selectivo” respecto de sus conquistas sexuales, descartando a las mujeres que pueden parecer demasiado “fáciles” o que son también activas sexualmente, como él.

Entonces yo a los quince años empecé a depurar: ir, salir y acostarme. Era el cuento de los hombres, mientras más mujeres tengas... al revés de la mujer. Entonces la cabras que yo buscaba, las buscaba con pinza. No digo que fueran todas vírgenes, pero no la típica comadre que iba todos los fines de semana, se curaba y quedaba raja, y se acostaba con el compadre que se le pusiera delante. (Rodrigo, 31 años)

El dominio de las prácticas sexuales se encuentra orientado a obtener un buen desempeño sexual. Dicho desempeño, sin embargo, está puesto más en la relación con sí mismos y la obtención de su propio placer, que de la entrega de él, aunque tampoco es irrelevante. Es una suerte de arma de conquista. Para Emilio la iniciación sexual da lugar a un aprendizaje progresivo, en que se ubica como aprendiz de una mujer mayor, quien le enseña, no solo a explorar sus propio cuerpo y placer, si no que a conocer y entender el cuerpo y las reacciones femeninas, de manera de convertirse en un buen amante.

Entonces ahí yo inicié mi parte sexual y me enseñó muchas cosas ella, y esas cosas después las enseñé yo a las parejas que tuve después (Emilio, 48 años)

En el caso de Rodrigo, su camino de aprendizaje se constituye a partir de la observación atenta de las conversaciones de su grupo de amistades, en especial de las quejas y demandas de las mujeres que integran su grupo social.

Entonces qué es lo que pasa, yo me juntaba con amistades como te digo mayores, y me decían “no, lo que pasa es que tú para aguantar”. Yo escuchaba a la mujer decir “no, el huevón no duró nada”. Y no faltó la que empezó a contar cómo podías tú aguantar: “es que el hombre es tan chanco, que está por acabar y pum, se va. Pero yo tengo un huevón que respira cuando está, y se aguanta”. Y como uno es mono, yo lo empecé a practicar. Y me empecé a dar cuenta que lograba aguantar, y después empezaron las piruetas, que ponte así, que ponte asá, entremedio de la relación. Date vuelta, ponte para arriba, para abajo, hagámoslo en la playa en los veranos. Osado. (Rodrigo, 31 años).

El comienzo de la vida sexual, si bien no es un hito que pueda ser compartido con la familia, es aprobado y legitimado por el entorno. Nadie los vigila ni les hace preguntas, tienen libertad para moverse como ellos quieran.

Me acuerdo que mi papá se daba cuenta pero no decía nada, una vez me dijo bueno pero si estás con una mujer, me preocuparía si estuvieras con un hombre, ahí estaría preocupado pero si estai con una mujer... si no soy tonto po, yo callado, me puse rojo (Emilio, 48 años)

La sexualidad, en esta orientación, encuentra su sentido en una fuerza y energías particulares, las cuales no son fáciles de dominar porque tienen su fundamento en la misma naturaleza del hombre.

pero después cuando te excita mucho una mujer, te tiene excitado yo me di cuenta que ya no pensai nada, si me acuerdo una vez yo jugando a la pelota me pegaron un pelotazo justo donde tu sabí y estaba adolorido y justo se me presentó una oportunidad de tener sexo y lo hice igual, claro que sentí malestar sí pero igual lo hice, cosas que son impulso humano, que el humano a veces se pone medio animal pa sus cosas (Emilio, 48 años).

El sexo es percibido como una necesidad constante y apremiante del individuo, cuya postergación produce malestar, pero que cuya satisfacción, genera una liberación de energía acumulada.

Yo con ella yo por mí todos los días, o día por medio, si me decía tu soy bueno pal sexo, yo le decía de repente yo sufro la enfermedad del sexo, porque a mí me fascina, te lo digo sinceramente, a mí me fascina, me gusta el sexo, lo encuentro algo como un desahogo, algo agradable que a mí me, me conforta, me siente bien, me da tranquilidad, de repente no tengo hace varios días sexo y me siento como raro (Emilio, 48 años).

Sin embargo, no puede presuponerse que una sexualidad que busca ser activamente satisfecha, no tenga sus propios límites. Fundamentado en una concepción de la naturaleza de los cuerpos de hombres y mujeres, que define lo que es normal y lo que no, Rodrigo se considera “tradicional” en sus prácticas sexuales.

Pero, yo siempre fui como normal para mis relaciones. De hecho, nunca practiqué el sexo anal, porque yo tenían muchos amigos que practicaban con las mujeres, con las comadres, con las amigas. Y siempre hablaban del sexo anal, y yo siempre fui en ese sentido como más a la antigua. Nosotros tenemos pene, y la vagina está hecha para eso (Rodrigo, 31 años).

Pero como te digo he tenido mujeres jóvenes, adultas, de mi edad, pero casi siempre, bueno cuando joven tuve hartas mujeres mayores, y ahora como que la cosa es todo al revés, de repente he tenido más suerte con mujeres más jóvenes que yo (Emilio, 48 años).

A pesar de estar activamente orientados a la búsqueda sexual y no querer establecerse afectivamente con nadie, la posibilidad de que ocurran embarazos no previstos no es asumida como un riesgo real, tampoco que suponga algún peligro para sus propias vidas. Para Emilio este deslinde respecto de la prevención se relaciona con la época en que le tocó vivir, en que la práctica arraigada era que la mujer, en tanto principal víctima de un posible embarazo, era en quien recaía la responsabilidad de cuidarse.

Tenía que aprenderlo más la mujer que el hombre, entonces uno como que lo hacía a capela. Bueno así no más, los que no tenían experiencia, así no más, yo nunca usé preservativo, yo de mis relaciones que he usado preservativo han sido dos veces nada más (Emilio, 48 años)

Por su parte, miembro de una generación más joven para la cual la ética de la responsabilidad individual ya está más presente, Rodrigo solo reconoce haber comenzado a usar preservativos a partir de los 27 años. Su no uso anterior se asocia, por una parte, a falta de competencias para usarlo, y por otra, a la incomodidad e interferencia que supone en la relación sexual.

Lo que pasa es que yo a los catorce años, me quise colocar condón. Y a mí nadie me enseñó a usar un condón. Y me lo quise colocar, y bajó todo el ánimo. No me lo supe colocar, me tupí... ahí creo que a ninguno de los hombres nos gusta usar esa huevada (Rodrigo, 31 años)

El recurso al embarazo imprevisto es el aborto. Sin embargo, lejos de aparecer como una decisión de las mujeres o consensuada, se invoca una presión y una obligación a terminar con el embarazo.

No, si embarazos hubieron, solamente que yo los pagué nomás. Yo pagué el aborto. Entonces cuando yo le hablo a una amiga de Valdivia, yo le decía “estoy afligido”, y ella me decía: “bueno, tráemela para acá”. “¿Cuánto sale? Tanto”. “¿Cuánto tiempo tiene?”. “Un mes”. “Sí se puede”. Y como yo manejaba las lucas, a mí no me interesaba, ¿estás embarazada? Perfecto, ningún problema. Vámonos a Valdivia. Este cuento es que tú estás resfriada, y yo te voy a llevar al médico y se te va a pasar. Porque tú estás estudiando y para tus padres sería un fiasco porque yo contigo no me voy a quedar. Así que mata tu gripe, y yo tengo la plata. De una de esas, una se me escapó. Y ahí es donde tengo la hija de los dieciocho años.

La desestimación de la autonomía y voluntad de la mujer, se expresa, en el sentido opuesto, en el relato de Emilio, quien a los 16 años embaraza a su polola. A pesar del deseo de ella de interrumpir el embarazo, él se opone, por sus propias convicciones religiosas.

Ella quería y dije no, es una vida, tenía casi 3 meses de embarazo le decía, no, no hubiese vivido tranquilo, hubiese sido un peso que habría llevado toda mi vida menos mal que no lo llevo, y me siento bien, tranquilo en ese sentido, no soy partidario desde joven que no fui partidario del aborto, que quitar una vida no, no puedo ir en contra de la naturaleza ni contra dios, porque yo soy creyente, he sido desordenado en mi vida, he hecho mis maldades, pero soy creyente, trato de hacer las cosas bien pero a veces me salen mal (Emilio, 48 años)

En respuesta, Emilio se ve interpelado a casarse, lo cual supone un conflicto personal por la renuncia a la exploración sexual a la que estaba orientado, y que considera es la naturaleza de la edad adolescente.

mira en el fondo yo me sentí como exigido, como exigido me sentí porque cómo voy a dejar a un hijo solo, típico de los papás, me sentí como obligado, pero lamentablemente no había como un amor grande en el fondo, era más calentura, porque uno a esa edad lo que anda buscando es la parte sexual (Emilio, 48 años).

La inscripción en una orientación íntima personal no implica una imposibilidad para estar en una relación más permanente, sin embargo, la concepción de la sexualidad fundada en el deseo, hacen que la norma de fidelidad que sostiene una pareja sea irrelevante, y que su transgresión no sea vivida con culpa.

pero cuando estaba con pareja así, bueno de repente igual pasaban ocasiones en que de repente, que se daba como se dice, un desliz, no me aguantaba las ganas y me tiraba no más, otras parejas sí, he tenido hartas parejas (Emilio, 48 años)

De hecho, lo que hace posible inscribir una orientación personal del deseo en un contexto de pareja, es el desbalance en el afecto entre las partes. Estar menos atado al compromiso, permite entrar y salir de una relación sin consecuencias personales.

Si, lo que yo digo siempre yo he tenido suerte, casi la mayoría de las parejas que he tenido esa suerte que ellas me han querido más que yo, algunas que también yo les he dicho, estemos, tengamos relaciones y después se van quedando pegadas conmigo, y quieren que yo me quede con ellas y yo digo no por mira la cosa era pasajera no más, era para que lo pasáramos bien no más, nada más (Emilio, 48 años).

Las limitaciones que impone una relación estable, se hacen evidentes en las experiencias de las personas cercanas que se comprometen, quienes se ven disminuidos en su libertad. El estar activo en las redes de amistades y sociales,

Porque yo veía a mis amigos que empezaban a pololear, y cagaban. Entonces yo siempre me quise mantener social, siempre con mucha gente. Yo nunca fui a un grupo, fui de muchos grupos. Entonces yo tenía mis cuentos, por aquí por allá, me iba a un lado, tenía otra mina en otro, la huevada es que a donde yo iba, siempre tenía [una mujer] (Rodrigo, 31 años).

El poner a prueba constantemente la capacidad de seducción y conquista es parte relevante de la forma en que se despliega esta orientación. El hombre se convierte en un estratega, que ensaya su *modus operandi*, un saber hacer, para conseguir su objetivo.

Un sexo preparado, siempre lo más importante, preparada la mujer, a mí se me enseñó eso, preparada la mujer, prepararla, servirse algo, una conversación agradable, la misma conversación como tú me estás entrevistando, conversar que te gusta, que te agrada, prepararla o que las cosas se van dando solas, hay tantas cosas que se pueden armar con una mujer (Emilio, 48).

Entonces yo iba, sacaba a bailar a la niña, por decir algo, bailábamos y empezábamos a conversar mientras bailábamos. Y como yo no tomaba, tenía aguante, bailaba como hasta las siete ocho de la mañana. Entonces yo pinchaba, y entonces yo solo me empecé a dar cuenta de cómo podía llegar al sexo opuesto. Entonces decía “te voy a dejar a tu casa”, “ya”, entonces yo sacaba, como decimos en ventas ‘entrevista para el otro día’. Entonces me empecé a dar cuenta que, siendo un poco más lento, te estoy hablando de entre los trece y los quince, que siendo lento me resultaba un poco mejor, y yo quedaba después como amigo. Yo no soltaba, como se dice vulgarmente, la presa (Rodrigo, 31 años).

En este sentido, la posibilidad de pagar por tener sexo, no es considerada una vía válida para satisfacer el deseo, cuando el deseo está orientado a conseguir tus propias conquistas.

No, no he tenido esa necesidad como se dice, a lo mejor si hubiera tenido no te puedo decir puede que sí, tuve la suerte de tener personas común y corrientes [con quienes tener sexo], que me han querido llevar sí, pero no para que si he tenido la suerte, amigos dicen vamos pa allá, para qué voy a ir a gastar plata si tengo, bueno tú sabí como hablan los hombres, si tengo dónde hacerlo, para que voy a ir, porque tengo amigos que tenían ganas, no tenían parejas o no sabían convencerlas o no tenían no sé po. (Emilio, 48)

Rodrigo es más tajante y señala que pagar por sexo es denigrante a la vez que reconoce conformar relaciones en que la mujer esté siempre a disposición de él, liberado de los compromisos que supondría estar en una relación estable.

Yo nunca me acosté con una prostituta. Porque lo encontraba de lo más denigrante, estar pagando por acostarme con alguien pero sí, como te digo, yo me hago de ésta comadre, y ésta comadre me las aguantó todas. Yo le llegaba a las tres de la mañana. Nosotros somos amigos: “si a ti te sale una movida con un compadre, tú vas y te acuestas si te gusta; si a mí me gusta una comadre, yo voy y me acuesto” (Rodrigo, 31 años).

Por último, esta manera de estar activamente centrado en la sexualidad, sumar conquistas, tiene su principal legitimidad en una representación de la masculinidad que se construye a partir de la virilidad, la potencia sexual, la capacidad de no ser sometido por ninguna mujer, si no, al contrario, a mantenerse libre de compromisos. Esta resulta ser una fuente de prestigio

A mi auto le decían la freidora. Te haces el manso cartel por ser muy hombre (Rodrigo, 31 años).

Los relatos que componen esta orientación se caracterizan por la poca evaluación y reflexividad que hacen de sus historias personales. En general, están más orientados a repasar una suerte de anecdotario, que a “dar cuenta” de las experiencias vividas. Sus referentes respecto del género y la sexualidad no son puestos en tensión con otros que sean críticos de ellos, ni tampoco surge una reflexión retrospectiva de los elementos que componen sus historia personal.

El análisis de esta orientación íntima, merece algunas consideraciones respecto al hecho de que no sea representativa de ninguno de los grupos estudiados y que su construcción se encuentra basada solo en un par de los relatos obtenidos a través de las entrevistas realizadas. En primer lugar, en términos más metodológicos, hemos decidido incluirla tomando en cuenta que el ejercicio propuesto no tiene como propósito la búsqueda de representatividad, sino que más bien se orienta a encontrar la máxima variabilidad de configuraciones de sentido dentro de la muestra estudiada. Por lo demás, su fuerte sesgo respecto de las representaciones de género, no permitía considerar las orientaciones de inscripción individual de manera global. En segundo lugar, y tomando en cuenta su aporte al análisis sobre la vinculación entre procesos de individualización y la configuración de las orientaciones íntimas, consideramos

su relevancia al dar cuenta de las dislocaciones entre el despliegue de procesos de individualización, la destradicionalización y la capacidad reflexiva.

8.1.5 Orientación individual individualizada

La orientación individual individualizada se caracteriza por poner en primer término la satisfacción del deseo sexual como una búsqueda de autorealización y autoconstrucción personal. El vínculo con el otro es secundario, y aunque pueda estar involucrado el afecto, se aleja de las concepciones románticas del amor, ya que su objeto no es la constitución de una relación de pareja. Se define en términos simples, como sexo por placer y desvinculado del amor.

Si bien comparte muchos de los elementos que definen a la declinación tradicional de la orientación individual, las características que se relevan en esta orientación tienen que ver con una redefinición de los términos de género en los que se inscriben las experiencias sexuales.

En muy pocos casos es la orientación primaria, y de hecho, convive con configuraciones más conyugales por largos periodos, pero se la encuentra en el relato de mujeres y hombres de ambas generaciones. Con mayor frecuencia, se despliega como orientación secundaria en varios hitos del transcurso biográfico del grupo de jóvenes (hombres y mujeres) y en el grupo de varones adultos. Como escenario secundario se encuentra restringida a ciertos periodos de la vida, por ejemplo, en el caso de los varones, se manifiesta muy presente en las configuraciones de las primeras experiencias sexuales en el periodo de la adolescencia, y en el caso de las mujeres, a periodos posteriores a rupturas o quiebres amorosos.

La orientación individual se encuentra vinculada al inicio de las primeras experiencias sexuales masculinas, ligadas al aprendizaje de los mecanismos y posibilidades de placer del propio cuerpo y del dominio de las prácticas sexuales. El inicio de la vida sexual, entonces, no se encuentra inscrita en el establecimiento o proyección de un vínculo amoroso, si no que es movilizadora por el deseo y la atracción. Pedro relata como se inició sexualmente a temprana edad con una mujer mayor.

Sí, sucedió más de una vez, porque claro, o sea, como joven y todo eso, era como algo que, o sea, con todo este tema de deseo que uno anda a esa edad y todo el impulso, y ocurre esto,

eh, era algo que no sé, cualquiera de los amigos podría haber querido a ese tiempo y esa edad. Sí, y además con una mujer más adulta que uno, no sé (Pedro, 43 años)

Esta experiencia, que puede tener carácter de rito, se encuentra fortalecida por el entorno de sociabilidad masculina que fomenta una construcción de la sexualidad masculina como activa y competente.

Bueno, en el marco del barrio, bueno, siempre existió esa cultura bien machista obviamente, entonces eh, pareciera ser que uno siempre tenía que ser muy activo y tenía que tener muchas experiencias, y... eh, bueno, entendiendo que en esta relación que uno tiene a esa edad, más bien lo que hay es mucha fantasía (Pedro, 43 años).

Durante este tiempo, a pesar de estar constituida en términos individuales, la sexualidad no es siempre percibida como una responsabilidad personal, en el sentido de cautelar la ocurrencia de embarazos no previstos o ITS/VIH. Esto es así en las trayectorias de los varones adultos, hecho consistente con el contexto en que comenzaron su vida sexual, pero también se encuentra en algunos de los relatos de los varones más jóvenes.

Yo creo que no lo conversamos, de lo que me recuerdo, no, no lo conversamos en ese momento. Eh, pero después ella me habló, me habló de que ella se estaba cuidando y todo eso. Sí, bueno, la verdad es que era súper irresponsable y súper poco preocupado de esas cosas, porque... yo además ya había tenido esta otra experiencia previa que te comenté, y pese a eso no me ocupé de esto otro, claro (Víctor, 28 años).

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, las prácticas de prevención van incorporándose ligadas a un relato de responsabilidad personal.

Después de algunos sustos uno va aprendiendo, y cachando que igual estas expuesto a que hay un embarazo o que te pegues algo... así que, en verdad al principio fui irresponsable, pero después caché que tampoco puedes depositar tu vida en otra persona, por muy confiable que sea (Víctor, 28 años)

y, pero, claro, cuando ella me dice me hizo hartos sentido, dije “sí po, obvio, si alguien quiere esto de esta forma, uno no sabe”, sí po, entonces... así que desde ese tiempo que todos los años me hago el test de Elisa, y creo que es un buen mecanismo de prevención aparte de... aparte de también ocupar preservativo y todo eso (Pedro, 43 años)

Si las primeras experiencias sexuales de las mujeres se encuentran inscritas en un contexto de pareja preferentemente romántico, en el devenir del fracaso del ideal romántico consecuente de rupturas y quiebres amorosos, una orientación más individual del deseo puede tomar el relevo como configuración de sentido de la sexualidad. Esta nueva aproximación es vivida como una “liberación” respecto de lo que supondrían las ataduras del sexo conyugal. Alicia comenta como, después de separarse de su primer marido, tuvo otras experiencias

sexuales, que junto con permitirle experimentarla como experiencia personal, separándola del contexto vincular, le permitió resituarse el lugar de la sexualidad en su propia vida.

Después yo me liberé, cuando me separé de mi primer esposo, tuve una pareja que fue un compañero de trabajo, y con él experimenté otras cosas, ahí sentí como placer así, rico. Duramos un poco eso sí, como tres meses, cuatro meses, no más que eso. Después la otra pareja también, fue una cuestión de casi puro sexo todo el día, o sea, nos levantábamos, sexo, nos acostábamos, sexo. (Alicia, 47 años)

Al contrario de sus pares hombres, las prácticas preventivas se encuentran incorporadas como requisito en sus encuentros sexuales, no solo desde la prevención del embarazo, si no también al VIH/SIDA.

siempre me cuidaba con condón, por el tema de las enfermedades porque soy súper hipocondríaca. Yo pedía exámenes de Elisa a mis parejas (Camila, 30 años)

En términos de las trayectorias, esta orientación no se define solo por la multiplicidad de parejas sexuales, que pueden ser consecutivas o bien paralelas, la sexualidad puede ser más retraída en el sentido de que no hay una búsqueda permanente por incitar encuentros sexuales, si no que el establecimiento de vínculos más permanentes no se desea ni necesita o es percibido como un obstáculo para el desarrollo de los proyectos personales.

Creo que eh, me gusta estar enamorado de varios mundos, entonces muchas veces no sé, no sé si es incompatible, pero el hecho de estar o de dejar de hacer otras cosas, sí, soy medio egoísta en eso. Pero también en el sentido de la otra parte, tampoco ha estado la necesidad. Y sí, igual tuve algunas relaciones bien bonitas, ¿sí?, pero no, no tuve una relación formal, incluso yo creo que hubieron relaciones ahí en paralelo, y creo que por eso a lo mejor no formalicé nada con nadie, porque a lo mejor siento que quería estar así, de esa forma, en ese momento me... no quería estar con una sola persona quizás (Pedro, 43 años).

Si para los varones la expresión de la sexualidad desligada de afecto y la acumulación de parejas sexuales, no tiene ninguna sanción condenatoria, si no que, por el contrario, puede ser estimulada en la juventud, llegada la adultez se espera que adscriban al modelo hegemónico de pareja.

Es curioso, porque en algún momento algunos amigos criticaban mi estilo de vida, y se...[¿En qué momento de tu vida?] En esos momentos quizás que andaba un poco más desatado. Entonces no sé, se mostraban como moralmente superiores a propósito que ellos habían conseguido establecer una relación, y tenían una pareja estable, y luego los hijos, y todo eso. Entonces esos mismos amigos con el tiempo, muchos de ellos han ido llegando a la casa, a decir “pucha, me puedo quedar aquí” [Risa] (Pedro, 43 años)

Para las mujeres, en cambio, la misma experiencia se tensiona con respecto de las normas de conducta sexual femenina esperadas. Camila, por ejemplo, declara “he sido bien puta”,

haciendo eco de una definición sancionatoria del deseo femenino, que se equipara al masculino.

La verdad es que me he comido lo que he querido, he sido bien puta (Camila, 30 años)

La sexualidad se encuentra representada en esta orientación desde una perspectiva que la liga a una expresión más animal de la conducta humana, que la sociedad trata de canalizar o reprimir. Pero también hace eco de un relato de libertad personal. En este sentido, la sexualidad hace parte de manera muy relevante de las definiciones de si mismo y se vincula a un ideal de autenticidad.

Me gusta, me hace sentir que estoy bien, que estoy sana, que soy interesante, son un montón de factores, yo creo que puede ser un poco de animalismo, porque hay gente que puede vivir sin sexo toda su vida. Yo no, para mí es necesario (Alicia, 46 años)

La verdad es que yo encuentro que el tema de la sexualidad es un tema súper agradable, el sentir placer, el estar con otra persona, el tocarse, todo lo que implica es súper grato. O sea, ¿Por qué se tiende a castigar ese gozo?, no lo entiendo (Germán, 26 años)

Como una representación emergente, la sexualidad también es vinculada a la importancia del bienestar personal, su práctica provee de un equilibrio personal, en que se enlaza lo físico con lo psicológico.

En mi vida es algo importante, en mi vida la sexualidad es para mí como comer, levantarme y tomar desayuno, es algo importante, nunca tanto como comer, pero es un decir, es importante, es un desahogo, ando tranquilo, trabajo con más armonía, ando más activo ando mentalmente mejor, lo he notado, la sexualidad es muy importante por algo somos procreados por la sexualidad todos los seres humanos, nacemos con ese apetito sexual que unos tienen más, otros tienen menos (Ramiro, 55 años).

En los relatos femeninos, esta orientación se encuentra ligada, no exclusivamente a la búsqueda de placer sexual, si no a la validación personal de ser deseado y de provocar el deseo en el otro.

Si no estás en pareja... no sé cómo definirlo, es algo que... cuando no estás en pareja, la sexualidad pasa a ser un juego. Un juego que te valida y te dice "sí, soy atractiva", que te dice "sí, me las puedo con éste mino", sí me las puedo con el que quiera. Y eso que ya estoy vieja (risas). Me gusta sentir atención. Quizá no lo paso bien cuando me acuesto con otras personas. No digo, lo paso la raja, y por eso me voy a acostar con todo el mundo. Pero sí me gusta la atención que me dan. Que me vean bonita, que yo sepa que los caliento, me gusta (Camila, 30 años)

En mi vida es súper importante, o sea, yo soy muy sexual y me gusta. Me gusta esto de transmitirlo, que se note. La razón porque me gusta, no sé, o porqué quiero que se note, no sé. Será porque soy media pinta mono, entonces es una forma de llamar la atención, no sé, pero me gusta. Yo creo que es importante, me valida un poco en términos de sentirme que estoy viva (Alicia, 46 años)

La sexualidad se manifiesta en una relación de intensidad con el propio cuerpo. Por una parte, se necesita descargarlo, aliviarlo de la energía sexual que acumula. Por otra, se está sometido a su labilidad, a la posibilidad que este fallé y no pueda acompañar más.

O sea, yo creo que gracias a la masturbación no he estado con más gente no más, porque me gasta energía. La masturbación es una forma potente de mantenerse bien, porque finalmente te descansa (Alicia, 46 años)

No, una vez tuve disfunción, me duró como 6 meses, no sé porque, no tengo idea porque, pero no me funcionó, no pasaba nada, no me estimulaba nada, esa ha sido como el problema grande que he tenido. Ni el porno, fue como un, yo después me lo explicaba, fue como una especie de stand by, que mi cuerpo se dio un descanso porque eso fue como a los 23, 24 años y yo estaba teniendo sexo de los 17 y casi todos los días y fue como, yo cacho que mi cuerpo me hizo así como "ya wn para dame un descanso", yo me lo planteo así porque después volvió (Víctor, 28 años).

En los relatos de la generación adulta emerge una preocupación por cómo se sostendrá el deseo en la vejez. Las expectativas respecto de ese periodo de la vida se experimentan con ansiedad respecto a la pérdida de una dimensión que se considera fundamental para la constitución del sí mismo.

No sé qué es lo que voy a hacer más vieja, si me va a dar el cuero, me preocupa el tema fijate, porque como que los viejitos... la gente mira feo a los viejitos que son muy cariñosos, viejo verde, la vieja tanto. Yo voy a ser igual porque he sido toda mi vida igual, yo de niña me recuerdo tocándome, sintiéndome, buscando la forma de sentir placer. Cuando llegue a viejita, me imagino que voy a sentir las mismas cosas pero no voy a tener con quien. Los viejitos no son lo mismo que las viejitas. Me voy a tener que buscar uno más joven, no se (risas), pero para mí es súper importante, ni siquiera por el tema del amor, tiene que ver con cosas del cuerpo, como comer, como necesario, ¿estará mal? (risas) (Alicia, 46 años)

Yo he conocido amigos, las señoras de ellos y me han dicho que una vez a la semana, algunos 2 veces al mes, pero cómo ni un brillo, qué pasa donde está el gozo de la vida digo yo, claro, no yo no, ahora no puedo tener sexo tan seguido, todos los días, 3 veces al día sería mentiroso porque ya estoy más maduro, más adulto pero si dos veces a la semana, y podí 3 mejor todavía, si depende de cómo te alimentes y te cuides, yo no fumo, deje de fumar porque veía que el cigarro me estaba quitando algo de la vida sexual, me alimento bien, tomo vitaminas, me gusta comer fruta, me gusta el marisco, como todas esas cosas que te dan vitalidad, leo revistas de alimentación para que esté bien preparada la parte sexual entonces me tira, hasta donde llegue no más yo digo hasta última hora voy a tirar, voy a hacer algo (Ramiro, 55 años)

Síntesis

Se encontraron dos tipos más generales de orientaciones íntimas: una de inscripción conyugal o de pareja y otra de inscripción individual. En ambas orientaciones se describen declinaciones diferenciales en relación al despliegue de los procesos de individualización y destradicionalización.

Respecto de las orientaciones conyugales, estas comparten el hecho de que inscriben la sexualidad en función de la pareja. En ellas se observaron tres declinaciones particulares:

La orientación conyugal institucional, definida por la institucionalización del vínculo, se enmarca en relaciones de género altamente jerarquizadas. Se vincula con una baja individualización, una reflexividad limitada y un fuerte apego a normas más tradicionales.

La orientación conyugal romántica, se define por el lugar que ocupa el ideal del amor romántico en la conformación de la pareja. En términos de proyectividad biográfica, se establece la preeminencia de un proyecto compartido, de orden conyugal-familiar, al que quedan supeditados los proyectos de índole más personal. Las mujeres que se inscriben en este marco presentan una autonomía relativa, en tanto los hombres tendrían una mayor libertad individual. Se vincula además a una reflexividad relativa y a un bajo cuestionamiento de las normas tradicionales.

La orientación conyugal igualitaria se define por inscribir la sexualidad en una relación de pareja construida en función de principios de fidelidad, reciprocidad e igualdad, tanto respecto de la naturaleza del vínculo, como de las relaciones de género. Su principal diferencia respecto de los otros tipos de orientaciones conyugales, radica en que los miembros de la pareja tienen proyectos personales individualizados, y que la pareja no necesita de visados institucionales para su constitución. Se asocia a una muy alta individualización y reflexividad.

Respecto de las orientaciones individuales, se describieron dos tipos:

La orientación individual tradicional se asienta en marcos socioculturales de género tradicionales, en particular, en una masculinidad asentada en la virilidad y el prestigio sexual, que se corresponde con el estereotipo de conducta masculina predatoria. Si bien esta

orientación se inscribe en una mayor autonomía, se define por una reflexividad limitada y el apego a marcos socioculturales de sexualidad y género tradicionales.

La orientación individual individualizada, en tanto, se distingue de la declinación individual tradicional porque redefine los términos de género en los que se inscriben las experiencias sexuales. Se asocia con una mayor individualización y un alejamiento de marcos normativos tradicionales, y una mayor reflexividad.

La orientación conyugal institucionalizada es la configuración más hegemónica, pero se observa una transición del modelo basado en amor romántico, representativo de la generación más adulta al modelo individualizado, donde se inscribe la generación adulto joven. La orientación conyugal institucional, en tanto, presente en la configuración de las trayectorias de las mujeres adultas, se concibe como un modelo del pasado, el cual es reflexivamente criticado, y del que se observa un tránsito hacia una orientación más romántica de las relaciones.

En tanto en las orientaciones de corte individual, si bien son menos recurridas como interpretaciones centrales de la experiencia sexual y afectiva, se manifiestan transversalmente en las trayectorias de ambos géneros y generaciones, aun cuando opera como orientación secundaria en la generación más joven y en los adultos varones. El modelo individual más tradicional descrito es poco frecuente y se asocia a una forma expresamente masculina de configurar la sexualidad.

8.2 Las orientaciones íntimas en el devenir de las trayectorias biográficas

Una aproximación a las orientaciones íntimas desde la perspectiva de las trayectorias sexuales que se describen en las biografías de los individuos, como la que ha sido desplegada en esta investigación, ofrece dos lecturas de análisis, una sincrónica y una diacrónica. De la primera lectura, surgen las caracterizaciones descritas anteriormente, y que dan cuenta de los distintos tipos de configuraciones presentes en las producciones narrativas analizadas. En tanto, una lectura diacrónica de las trayectorias sexuales que se inscriben en los relatos biográficos, nos permitirá observar las distintas modalidades en que las orientaciones íntimas descritas se articulan y expresan en las experiencias de los individuos desde la perspectiva de sus trayectorias individuales.

A continuación proponemos cuatro modalidades en que las orientaciones íntimas operan como configuraciones de interpretación de las experiencias sexuales de los individuos. Estas han sido definidas en términos de tránsitos, escisiones, contradicciones y discrepancias.

8.2.1 Tránsitos en las trayectorias biográficas y en las orientaciones íntimas

La lectura diacrónica que ofrece el análisis de las narrativas biográficas de manera individual, permite observar los elementos de persistencia y cambio que se dan en las representaciones, normas dominantes respecto de la sexualidad en la sociedad y en los modos de experiencia individual en el transcurso del tiempo. De esta manera, es posible identificar en la trayectoria biográfica de los individuos, cómo en momentos distintos de la vida personal, las experiencias respecto de la sexualidad son interpretadas bajo distintas configuraciones de sentido. Como ya se ha apuntado, la noción de orientación íntima, no señala, ni pretende acercarse a la idea de tipologías ideales o psicológicas (Bozon 2001b). En este sentido, no son un atributo de los sujetos, sino que formas de organizar el sentido de la experiencia de maneras que tienen cierta estabilidad en el tiempo.

Tomaremos como ejemplo el caso de Alicia (46 años). La primera experiencia sexual de Alicia se dio en el contexto de su primer pololeo. Ella estaba en el colegio y él cursaba el último año. Sin aprendizajes anteriores, para Alicia resulta conflictivo el acercamiento sexual, que vive como una invasión. A pesar de su incomodidad accede a tener relaciones sexuales, motivada principalmente por el amor que siente por él.

Y bueno, con el pololo ahí conversamos, ¿Qué es lo que hay que hacer ahora?, era muy extraño. La primera vez que me tocó una pechuga, era una sensación como de invasión. Sabes que no me acuerdo de mi primera vez, pero si me acuerdo de la primera vez que me tocó una pechuga, desperté en la noche, apretada, en posición fetal, como que sentía que no había estado bien, sentía una mezcla súper extraña, ni siquiera ahora lo puedo explicar. Estaba muy perdida... pero también lo entendía como algo que queríamos hacer los dos, o que yo acepté porque lo amaba. Cosas que uno hace cuando se enamora y se pone tan tonta. Entonces me produjo un conflicto un rato. Y bueno que me pilló mi mamá, que eso de que “no hay que hacerlo porque es malo” (Alicia, 46 años)

Esta manera de articular las primeras experiencias se condice con una orientación conyugal romántica, en que el amor es el motor de la pareja y la sexualidad se encuentra a su servicio.

De ese pololo, Alicia se embaraza estando en 4º medio, y deciden casarse. Al poco tiempo queda nuevamente embarazada. Después de algunos años la relación comienza a deteriorarse y se separa. Luego de eso Alicia tiene otras relaciones, que aunque no duran mucho tiempo, comienzan a conectarla con un lado más sensual de si misma y una valoración distinta del placer, este cambio termina de afianzarse gracias a una nueva relación con un hombre más joven que ella y con mucha experiencia sexual.

Yo vine a despertar sexualmente cuando tuve mi segunda pareja más estable, como que ahí caché que la cosa tenía otro sentido, que no era ni pecado, ni terrible, ni malo, ni nada. Porque incluso en mi época de casada, yo sentía que había cosas que yo sentía no había que hacerlas. Él tenía una familia conservadora, yo tenía una familia conservadora, entonces era el peso de las familias en nuestras relaciones. Así y todo, no era que lo pasáramos mal, pero no éramos libres sexualmente hablando. Yo creo que con él liberé varios tabúes que yo tenía con el sexo. Yo creo después de todo esto, de los tríos que hacíamos de vez en cuando, que no fueron ni muchos ni pocos, con una concepción de la sexualidad como más animalesca, de ahí yo caché que la monogamia no existía, es un invento “te amo y voy a estar contigo para toda la vida”, y solo soy tuyo o solo tuya. Y yo creo que ahora no. Todo esto tiene que ver con él, sino que uno también empieza a vivir otras cosas, me puse a leer mucho, tuve un cambio, me liberé mentalmente mucho con él (Alicia, 46 años)

El relato de Alicia nos muestra los cambios en los sentidos que ella atribuye a la experiencia sexual, desde un escenario restringido y con una valoración negativa en su primer matrimonio a uno amplio, que ubica la sexualidad como un campo de exploración de los placeres que a la vez de ser individual, trastoca los límites de la concepción de pareja, al incorporar prácticas que amplían la concepción de la diada y cuestionar la monogamia como estado natural.

El tránsito que se dibuja desde una sexualidad configurada desde una orientación conyugal romántica a una orientación individual e individualizada, se explicaría por la acumulación de historias y experiencias con personas distintas, así como por la incorporación de nuevos

discursos y saberes, que le permiten ampliar su autonomía y desvincularse de las normas y representaciones aprendidas en la familia.

8.2.2 Conflictos en las orientaciones íntimas

La conformación de las orientaciones íntimas no se presenta siempre de manera consistente, coherente o, incluso, sintónica para los sujetos. De hecho, el modo de experimentar y dar sentido a la propia vida sexual pueda ser vivida de manera conflictiva, cuando se pone en tensión o en contradicción con otras representaciones presentes.

Da cuenta de cómo las representaciones y normas no operan solo como guías para la acción y fuentes de sentido de la experiencia, sino que son interiorizadas, adquiriendo su fuerza mandatoria no en el control social externo ni en la amenaza de exclusión, sino que en la necesidad de coherencia de la propia subjetividad. La aceptación se presenta como un principio de fidelidad a sí mismo, dando cuenta de la autenticidad de la experiencia vivida, que no es impuesta ni forzada. Proponemos un par de viñetas para dar cuenta de esta operación.

Simón, por ejemplo, relata cómo su manera de vincular la sexualidad a la noción de amor o pareja, una concepción tradicional en sus propios términos, le resultaba conflictiva, tanto en sus relaciones con las mujeres como consigo mismo. Esta situación expresa un conflicto entre dos tipos de orientaciones íntimas: la conyugal individualizada –que ubica el sexo al servicio de la relación pareja– y la individual individualizada –que tiene como referencia principal la separación del sexo de las relaciones afectivas.

Hasta una vez, hasta lo máximo que quise pensar en hacer algo así, puta pensé que tenía 25 o 26 años, como no vai a poder meterte con una mina pa' pasarlo bien y chao, y yo de hecho quería contratar una prostituta para decirle “por favor enséñame a tener sexo sin querer” y no lo hice, pero ahí dije “no hueón, filo, asúmete, tu eres así, funcionas así y no tienes por qué negarte” si al cabo uno decide que es lo que hace o no hace (Simón, 28 años).

En el primer caso señala, que fuera él quien pusiera obstáculos para una relación ocasional, era percibido por las mujeres como una señal incongruente, cuando un hombre se comporta de manera contraria a lo esperado, no está abierto a la expectativa dominante de los hombres en general siempre están disponible para tener sexo. El adjetivo de “como un maricón” da cuenta de un acto de cobardía y engaño, de no ser un “verdadero” hombre. Esta incongruencia en los sentidos atribuidos a misma experiencia compartida entre dos individuos, es lo que

hemos denominado discrepancia en las orientaciones íntimas, y que analizaremos más adelante.

Pero además, en segundo término, pone la dificultad consigo mismo. No aparece como una coerción o demanda externa el que pueda abrirse a la posibilidad de tener sexo ocasional. Lo que invoca Simón como nudo problemático es la idea de estar perdiéndose una experiencia que es común a su generación, que lo hace dudar de sí mismo, demandándose aprender a separar afecto de sexualidad.

En un sentido parecido, Camila (30 años) se lamenta de no poder conciliar en una sola relación los diferentes aspectos que obtiene, por separado, en las distintas relaciones simultáneas en las que se involucra. Esta imposibilidad no la aduce a la naturaleza de las relaciones ni al carácter de sus novios, sino a su propia necesidad de sentirse deseada y ser atractiva para otros, que le dificulta comprometerse con una relación que sea exclusiva y duradera.

Me gustaría no ser así. Porque éste mes, cuando terminé con mi pololo, conocí a un barman brasilero, que nos atendió cuando salimos con mis amigas. Entonces, cuando ya todos nos íbamos, le di mi número. Igual era guapo. Esa misma noche, me metí con Esteban. Al día siguiente, me estaba llamando el brasilero. Y lo hice esperar como dos semanas, y me junté con él. Entonces estaban Esteban, el brasilero, Daniel, Rodrigo. Cuatro como de la nada ¿cómo no puede ser uno solo y que me llene completa? (Camila, 30 años)

Si bien para Camila la vida sexual se encuentra configurada desde un eje más individual (orientación individual individualizada), tiene la fantasía de “encontrar a un príncipe azul”, con quien pueda comprometerse y establecerse de manera definitiva. En su relato expresa un conflicto entre la orientación íntima que opera como escena primaria en su relato, y una orientación conyugal, que se manifiesta como idealización de la experiencia sexual y afectiva. Esta última, en cuanto orientación dominante, se interpreta normativamente tensionando y cuestionando la propia experiencia.

8.2.3 Escisiones en la experiencia de la sexualidad

Como hemos visto, cuando interpretaciones diversas de la misma experiencia están en evidente tensión, ya que se oponen entre sí, puede llevar a una vivencia conflictiva, y que por ende, sea generadora de malestar. Proponemos ahora una otra modalidad en que configuraciones de sentido distintas coexisten, sin embargo, a pesar de ser contradictorias,

no suponen una experiencia de conflicto o de tensión para el individuo. Llamamos a esto una experiencia escindida de la sexualidad. Ilustremos el punto.

Felipe es un joven que ha privilegiado de manera casi exclusiva mantener relaciones de pololeo largas y comprometidas, en las cuales el sexo ha sido una dimensión muy importante para el mantenimiento de la relación. No se siente cómodo con el sexo sin compromiso y declara que nunca ha tenido relaciones sexuales con alguien con quien no esté en una relación. Felipe da sentido a su experiencia sexual desde una orientación íntima conyugal como escena primaria, que tiene una vocación altruista respecto del deseo.

Siempre he tenido muy conectado mi sexualidad al sentimiento, no lo concibo de otra manera, y más allá que un par de besos calentones, a mí, como tengo eso, no me pasa nada, no me motiva, no me prende no ser importante para la otra persona, así como que de una noche no me da nada (Felipe, 29 años)

Asume que la sexualidad tiene una presencia permanente y fundamental en su vida. Al mismo tiempo que restringe la sexualidad al ámbito de la pareja, Felipe señala que necesita masturbarse a diario y que es gran un consumidor de pornografía. Estas son actividades que requiere realizar cotidianamente, y no se limitan a los momentos en que se encuentra sin pareja. Esta necesidad de renovación constante del deseo, tiene una función más narcisista.

no, una wea que me, a ver, yo creo que estoy al borde, consumo mucho porno, todos los días consumo un poco de porno, y todos los días trato de masturbarme, y me masturbo una o dos veces al día, hay días en que obviamente no porque estai haciendo otras cosas y no estai pensando en eso, pero de 7 días a la semana, 5, y los otros 2 porque no pude o se me fue, pero siempre ha estado muy presente (Felipe, 29 años)

Ambas orientaciones íntimas, conyugal (altruista) e individual (narcisista), aunque contradictorias, conviven sin tensión como organizadoras del sentido de la experiencia de Felipe.

8.2.4 Divergencias en la interpretación de la sexualidad

Por último, consideramos la tensión que se produce en la interacción con otros, cuando se ponen en juego configuraciones de sentido de la sexualidad distintas frente a una misma situación o práctica.

La dislocación entre dos deseos que buscan su expresión en sentidos diferentes, se evidencia en el relato de Johana (36 años). Si bien ella tiene una representación positiva de la sexualidad y la vincula fuertemente a la construcción de intimidad, tanto como expresión de amor y

como fuente de placer, recuerda un periodo de su matrimonio en que sus propuestas de introducir juegos eróticos y realizar algunas fantasías sexuales, no encontraban ningún eco en su pareja. Si la experiencia de la sexualidad en la pareja puede ser gratificante y llenar un deseo de construcción de intimidad, también puede devenir en una fuente de frustración y malestar, cuando la pareja no comparte el mismo tipo de orientación íntima.

Siempre tuve fantasías y no me las quiso cumplir... Si, por ejemplo, yo le decía "mira José, esta es mi fantasía (yo creo que todas las mujeres tenemos), ser prostituta. Pararme en una esquina, ponerme el vestido más corto que tenga. Yo me paro en una esquina y tú me pasas a buscar." Cachai. Y me decía "No, es que yo no voy a hacer nunca esa cuestión." –"Y ¿por qué?" "Y ¿si pasa otro gallo y te vas con él? ... te ofrece más plata y nunca más te veo"... No, pero eso me decía "si pasa otro tipo..." –"José si es una fantasía". O lo otro, "yo me voy a un bar, tú vas a llegar y vamos a hacer como que no nos conocemos y vamos a tener sexo casual." Cachai, hueas que nunca hice. Entonces, "no, estás loca. Yo no podría ese rol de llegar a un lugar..." Nunca. –"ya, y quiero hacer esto..", "No, no. Es que eso no." De hecho, ponte tú, me ponía como ropa provocativa, le cargaba. Le cargaba, así como "Qué pareces así. No, olvídate. Además, ¿para qué te pones ropa si te la voy a sacar?", cachai. Así como que nunca enganchaba con... (Entrevistadora: con el juego...) No, no, como que él era así... ya, al hueso. Eso, y no, esto como externo... ya al final yo decía, da lo mismo que me ponga... da lo mismo, porque para él no significa nada y tampoco entra en esta dinámica de engancharse con el juego, con lo lúdico (Johana, 34 años).

Estas fantasías que narra Johana movilizan por cierto expresiones de la sexualidad que no son parte de la configuración sexual romántica, sino que se oponen a ella: la idea del sexo casual, motivado solo por el deseo o bien la personificación de la prostituta, que tiene sexo porque le pagan y no por amor, pueden ser interpretadas como formas de gestionar en el núcleo de la pareja representaciones y sentidos divergentes de la sexualidad que se encuentran en la sociedad.

8.3 La configuración de las orientaciones íntimas y su relación con el despliegue de los procesos de individualización

Como hemos visto, las orientaciones íntimas descritas se asocian, por una parte, con modos particulares en que se despliegan los procesos de individualización, se expresa la autonomía, se define la relación de los individuos a las normas, y también a la capacidad reflexiva de los entrevistados. Por otra parte, se relacionan con formas de organización de las relaciones del género y de la heterosexualidad. A continuación proponemos una lectura sobre el despliegue de los procesos de individualización desde la perspectiva de las orientaciones íntimas que han sido anteriormente descritas.

8.3.1 Una lectura los procesos de individualización a la luz de las orientaciones íntimas

El despliegue de proyectos de individualización

En la generación de mujeres adultas inscritas en la orientación íntima tradicional, la autonomía sexual se encuentra fuertemente restringida por la adscripción a marcos de género tradicionales que imponen el débito conyugal y la pasividad femenina en la iniciativa sexual. La dependencia económica limita aún más la capacidad de las mujeres para poder ejercer la autonomía personal, sin embargo, la autonomía económica tampoco garantiza una mayor capacidad para la toma de decisiones personales.

Puestas las trayectorias individuales en perspectiva, sin embargo, encontramos como la capacidad de autonomía se va acrecentando conforme se van sumando vivencias. Esto dice relación a como las lógicas de individualización van permeando al conjunto de la sociedad

La irrupción de un embarazo no previsto, un evento de alta frecuencia en la generación adulta, tiene como consecuencia para las mujeres que se inscriben en la orientación conyugal romántica, el abandono de sus proyectos personales y su reorientación a un proyecto familiar compartido. En esta decisión no se expresan ambivalencias, se asume de manera automática. Esta puede interpretarse, por una parte, por la interiorización del deber moral de la maternidad, por otra, puede responder a la falta de soportes y redes que pudieran permitir una elección diferente.

En este sentido, las decisiones que toman las mujeres están casi siempre orientadas en relación a las necesidades de otros. Ello se expresa, incluso en mujeres más individualizadas,

que llegada la maternidad (la cual sí ha sido planificada), merman su carrera profesional por asumir el cuidado de los hijos.

En el caso del grupo de varones, observamos una mayor autonomía, la que se relaciona por su vinculación al mundo laboral, la capacidad de generación de ingresos y por las mayores libertades, que en un contexto de género desigual, les permite su posición de hombres. Esta capacidad se incrementa, sin embargo, el grupo de varones jóvenes, que inscritos en proyectos de carrera educacional amplían sus posibilidades de construcción de una biografía personal, y les permite ser más reflexivos en relación al ordenamiento de género.

En relación a los soportes institucionales que posibilitan el despliegue de proyectos de individualización, encontramos que la educación es una de las instituciones más relevantes para la proyectividad biográfica de los sujetos. El grupo estudiado se caracteriza por ser heterogéneo en materia del nivel de escolaridad al que accedieron. Si bien una parte importante de los integrantes de la generación adulta logró concluir los estudios secundarios, hay quienes no tuvieron la misma posibilidad, y muy pocos pudieron proseguir con los estudios terciarios. La generación más joven es la que tiene mayor nivel de escolaridad, una amplia mayoría accedió a la educación superior, convirtiéndose en la primera generación de su familia en alcanzar este logro. Esta diferencia en el nivel de escolaridad entre ambas generaciones es consistente con los mayores índices de escolarización de la población chilena en las últimas décadas, así como con la masiva entrada de jóvenes a la educación superior a partir de la década de los noventa.

Este es un soporte ambivalente, ya que si bien sería un vehículo de movilidad social que ofrece la oportunidad de mejorar el nivel de ingresos y lograr una mejor estabilidad laboral a futuro, así como de aumentar el capital cultural personal, las personas se ven obligadas a desplegar una serie de estrategias, que incluyen esfuerzos personales y familiares, para poder ingresar al sistema de educación superior y mantenerse en él.

Un caso emblemático respecto de las estrategias para lograr el acceso a la universidad lo ofrece Elisa (34 años). Su madre la inscribe en un liceo técnico para garantizar que al término de la educación secundaria pueda ingresar al mercado laboral. Así, terminado el liceo comienza a trabajar en el departamento de contabilidad de un importante hotel de Santiago, lo cual llena de satisfacción a su madre quien solo había terminado el 6° básico. Sin embargo,

para Elisa esto no es suficiente, y decide dar la PSU para probar suerte. La mala base científico-humanista que trae no le permite obtener un puntaje para postular a una universidad pública. Después de trabajar un año decide entrar a estudiar una carrera técnica que le garantice mejores ingresos con los cuales pagar los estudios de Derecho, la carrera que ha elegido, en una universidad privada. Su madre se manifiesta escéptica, pero la apoya. Fueron años duros en que Elisa trabajaba y estudiaba, sin embargo, consigue terminar la carrera de secretariado y obtiene un trabajo en el área de recursos humanos y administración de una fundación. Siguiendo con su plan, ahorra dinero y se matricula en Derecho en modalidad vespertina, en una universidad privada muy ligada a la élite. El ingreso a la universidad significa un cambio importante,

El entrar a la universidad igual abre un mundo. O sea son otros tipos de compañeros, son otros tipos de conversaciones. Es finalmente entrar a otro mundo, a otros conocimientos... Creo que de cierto modo también cambié mis gustos, yo creo que las lecturas, los musicales, conversaciones, hasta amigos. Un cambio grande. Aparte que yo estudie en la FT que es una universidad súper cuica. Y estudié allí porque me gustaba la malla, porque era más dirigida al ámbito empresarial... Y si me afectó el hecho de que yo tenía un origen súper humilde y mis compañeros eran como algunos... O sea era una realidad totalmente diferente [...] Y me dejó cosas súper buenas, como los amigos que hice ahí (Elisa, 34 años)

El caso de Daniela es otro ejemplo que junto con la educación, releva el rol de la familia como soporte institucional. Creció en un ambiente que buscaba protegerla de los riesgos y peligros que suponían vivir en una población. No se le permitía socializar con otros niños del lugar, en cambio, sus padres la matriculan en el colegio que estaba en la “villa”. La población y la villa estaba separadas por una avenida, y Daniela construyó su vida social y escolar en ese entorno. El colegio era pequeño, vinculado a la iglesia católica, creció rodeada de los mismos compañeros, con quienes entabló fuertes vínculos de amistad. Eran niños de “la villa”, con contextos sociales diferentes al de ella, muchos hijos de padres profesionales, que tenían naturalizadas sus expectativas respecto de ir a la universidad y proyectarse hacia el futuro.

Entonces en realidad para mí el colegio, no, el colegio fue como la salvación realmente, si yo ahora que lo miro para atrás y me preguntai, para mí fue como la vía de escape de la vida que quizás, de otra vida que me podría haber esperado. [...] quizás si yo hubiera estado en otro colegio hubiera sido más fácil haber ingresado a otro círculo social. Porque, por ejemplo todos los niños, todos los jóvenes que tienen ahora mi edad y viven en la población, muchos venden drogas, algunos están presos o son cabros que trabajan y no terminaron el colegio, que tienen la cachá de hijos y que los están criando igual como se criaron ellos (Daniela, 27 años).

Una experiencia similar, en que se valora el rol de la escuela como protectora, lo ofrece Germán (26 años), quien estudió en un colegio particular subvencionado ligado a la Iglesia católica, y posteriormente estudió Pedagogía en una universidad particular, gracias a un sistema de becas internas de la misma institución,

Yo tengo amigos que pasan todo el día en la calle, que no estudiaron en ese colegio, que jamás tuvieron una proyección de vida, que trabajan en cualquier parte, de hecho, es como un poco chocante como yo juntarme con ellos, de hecho me dicen “por qué te juntai con él una persona que ha estado en la cárcel, qué te va a entregar él”, yo soy totalmente humilde, ¿cachai? no lo veo de ese punto de vista, son mis amigos y punto. O sea, me junto con ellos no sé a fumarme un pito y me vuelvo. Pero ese es un ejemplo muy claro, dentro de mi entorno hay gente que no tiene un norte, por decirlo de alguna forma, que todavía no ha encontrado su objetivo. A diferencia de personas que estudiaron en ese colegio, y que tuvo ese cable a tierra (Germán, 26 años).

Al igual que Germán, Daniela relata que esa experiencia positiva la motiva a seguir una carrera profesional, hasta que se encuentra con la realidad del costo de los aranceles de la educación superior. Tiene que cambiar el plan de matricularse en una carrera de Pedagogía universitaria y decide estudiar Educación Parvularia en un CFT, que es lo que sus padres se pueden permitir pagar.

El despliegue de proyectos biográficos orientados a la educación y al logro de una carrera profesional se manifiesta con decisión en la generación de adultos jóvenes. En términos generales, se condice con una mayor planificación del curso de la vida, el establecimiento de metas a corto y mediano plazo, que presupone el aplazamiento de cualquier proyecto de establecerse con una pareja de manera definitiva, y muy, especialmente del momento de tener hijos.

El cumplimiento de este plan supone, entonces, una alta regulación de la vida sexual en términos de prevención, especialmente por parte de las mujeres, que se traduce tanto en el aplazamiento de la primera relación sexual como en la planificación de la entrada a la sexualidad activa toda vez que el evento de un embarazo implica un riesgo mayor a la proyectividad biográfica. Para ello se requiere del despliegue de una alta autonomía y reflexividad a la hora de enfrentar las relaciones de pareja.

No poder ir al colegio porque tenía que estar con el bebé y ahí a mí eso me hizo mucho sentido respecto de lo que yo quería lograr en mi vida, como yo siempre tuve el tema de que tenía que estudiar, ser profesional y todo, yo sabía que tener un bebé a los quince años iba a ser todo un tema, entonces yo así ene cuidado. De hecho yo vine a iniciar mi vida sexual súper grande. Bueno, no tan grande, pero me refiero a que ya tenía diecisiete años,

pero yo ya había pasado todo lo importante: ya iba en cuarto medio, con una pareja estable (Daniela, 27 años)

Supone una exigencia de autonomía alta, una inversión de energía para movilizar recursos donde estos son escasos. En la línea de los soportes institucionales, es posible señalar que, estos aparecen como esquivos, las personas tienen que hacer un esfuerzo grande por poder acceder a ellos –la educación, especialmente– sin embargo, estos proveen una importante fuente de sentido respecto de las posibilidades de autorrealización, movilidad social, garantía de autonomía y libertad a futuro.

La relación de los individuos a los marcos normativos

Haciendo una evaluación de lo que ha sido hasta ahora su vida, Daniela (32 años) se extraña del modo en que las cosas se fueron encadenando en su vida. Una lectura objetiva de su trayectoria la inscribiría en un modelo más tradicional, sin embargo, este desarrollo no era un ideal al que aspirara. Cuando adolescente nunca imaginó que tendría la vida de lo que ella llama una Princesa Disney: que se casaría con su primer pololo, ni que iba a tener hijos antes de los 30 años. Cuando más joven, la expectativa de una pareja le parecía opresiva, y su proyecto de vida estaba fuertemente orientado a la realización profesional. Estas marcos, que podrían valorarse como tradicionales, no son significados como una demanda externa (como en el caso de la orientación conyugal institucionalizada), si no como decisiones que ella fue libremente tomando, pero que no constituyen un deber ser, si no que se reconocen como un camino posible, entre otros igualmente legítimos, de vivir la vida.

Sí, lo que pasa es que yo nunca crecí con la mentalidad de la princesa Disney, pero justamente mi historia de amor se dio como de princesa Disney entonces todas me molestaban, mis amigas y todo me decían mira la que más decía que no quería pololo, lleva como diez años con el mismo y se casó. [...] yo decía: “no voy a llegar con vestido de princesa” tate! Lo primero que hice llegué con un vestido de princesa. Entonces yo siempre estuve como bien en contra de esas cosas como de niña y finalmente en lo amoroso se me dio así, porque en la vida en general no fue tanto, pero claro, en lo amoroso como que se dio así [...] pero era algo que yo me formé sola, no fue que alguien me dijera que no tenía que idealizar el amor, sino que yo no lo idealizaba nomás, pero justo se me dio así de verdad y yo decía pucha realmente no pensé que con mi primer pololo oficial me iba a quedar para toda la vida, me iba a casar y tener hijos, o sea nunca pensé en eso, sino que se dio nomás poh. De hecho yo nunca pensé que me iba a casar hasta que él me propuso matrimonio y para mí fue como un shock (Daniela, 27 años).

En un sentido parecido, recordamos el relato de Lorena (40 años) quien hace una opción por un modelo de maternidad tradicional, abandonando sus proyectos personales, para abocarse

al cuidado de sus hijos y de la casa. Esta elección es significada como una decisión y no como un mandato.

De hecho, mi hijo para mí cuando nació fue lo máximo, así. Pero también, yo creo que de alguna manera me...me aboqué cien por ciento a lo que fue la maternidad. Cuando nació mi hijo es como que...no sé...me encogió todo: mi vida, mis proyectos. Tenía otro tipo de responsabilidad, pero esta responsabilidad la gozaba mucho. Yo decidí dedicarme a él, a estar con él (Lorena, 40 años)

Estas dos viñetas expresan que las personas pueden asirse a modelos tradicionales, pero no invocan un mandato u obligación de lo que debe hacerse, si no que definen esas opciones en el marco de sus decisiones. De esta manera, dos instituciones tradicionales, como el matrimonio y la opción por la dedicación exclusiva a la crianza de los hijos, son redefinidas en sus términos, puesto que no son asidas desde el “deber ser” si no desde la autonomía de las decisiones personales.

Reflexividad en torno a la experiencia: crítica retrospectiva

Los relatos biográficos permiten acceder no sólo a la manera en que en su momento las distintas situaciones, eventos y las decisiones tomadas fueron analizadas y sopesadas, sino que más fundamentalmente a una narrativa reflexiva que observa desde el presente las experiencias vividas. Esta característica elástica del relato da cuenta de los modos en que los individuos movilizan el cambio social en sus propias trayectorias de vida.

La orientación conyugal institucionalizada, caracterizada, como ha sido señalado, por una alta coherencia y cohesión de las representaciones y normas en torno al fin reproductivo de la sexualidad y su restricción al matrimonio para toda la vida, que hegemoniza las situaciones y decisiones de la vida sexual y afectiva, se relaciona con una reflexividad más limitada por parte de los individuos. Dicha restricción en la capacidad reflexiva se expresa en la incapacidad para cuestionar las normas vigentes y se vincula además con una escasez de recursos materiales y simbólicos, así como en la escasez y/o debilidad de redes de apoyo que sirvan para visualizar y movilizar salidas alternativas.

En sus trayectorias biográficas se muestra una apertura, asociado a una mayor autonomía y reflexividad, para cuestionar las representaciones, las normas y los modos de relación que conformaron su experiencia. La crítica es retrospectiva, desde la mirada del presente, con los saberes y experiencias acumuladas, las decisiones tomadas en el pasado son cuestionadas.

Este aparece como una experiencia lejana, una manera de vivir radicalmente diferente a la experiencia de hoy. Es importante notar cómo esta configuración particular, anclada a un orden muy tradicional, aparece en las narrativas de las entrevistadas como propia del pasado.

Virginia recuerda el breve tiempo de noviazgo que tuvo con el que fuera su marido. Las actitudes que manifestaba él en aquel entonces son significadas desde el presente como celotípicas. Aquello que en su momento le parecía extraño hoy es valorado a la luz de la manera en que la relación se fue desarrollando a lo largo del matrimonio, sin embargo, en su momento no era cuestionado, como tampoco el hecho de que llegada una cierta edad lo que correspondía era casarse. Sin otras alternativas ni referencias distintas Virginia solo veía posible una forma de actuación. El hecho es que evaluado desde la experiencia presente, Virginia concluye que probablemente no se hubiera casado.

Distinto en que... no darme cuenta yo que de soltero era mañoso, era machista, era celoso. Que si yo llegaba atrasada a la cita, era que este mira... este que no sé qué. Y que se lo pasaba llamando y siempre como nervioso. Y era como algo extraño. Porque yo decía que llegada la edad... era como el matrimonio. Que tenía uno que casarse. Ya para mí era como lo legal. Era como... no sé. Como así tenía que ser. Y ahora veo que lo hubiera pensando distinto o hubiera tenido la noción de lo que he aprendido ahora, a lo mejor estoy soltera todavía (Virginia, 46 años)

La autonomía y la agencia se van forjando con el recorrer del tiempo, en virtud de la acumulación de experiencias propias y ajenas.

Tú tenís que tener tu experiencia y saber elegir. Porque yo no supe elegir y a mí nadie me enseñó, hija. Está bien. Y era porque para mi papá y mi mamá en esa época, si uno se acostaba con alguien era sí o sí [casarse] porque después [uno] no valía. Eso nos metían a nosotros en la cabeza. Entonces ahora no. Ahora yo miro la sexualidad de otro estilo, no es lo mismo de antes. Yo a mi hija, yo le digo: y si tu pareja no funciona, no se entienden, no se comprenden, bueno cada uno por su lado. Pero hay que protegerse, hay que cuidarse pero tampoco siento yo que se te sueltan las trenzas. Tenés que fijarte bien. Y ella se ha fijado bien, ahora ella lleva con su pololo dos años ya (Virginia, 46 años)

Estos cambios son movilizados a partir de las relaciones con generaciones más jóvenes, hijos, la experiencia de otras personas van conociendo, y se vincula al cambio societal en general.

En un sentido que no denota conflicto, pero que sí expresa el reconocimiento de configuraciones íntimas variadas respecto de la sexualidad, Lorena (41 años), cuyas experiencias primarias se organizaron desde una orientación conyugal romántica –en que la fidelidad es uno de los principios normativos fundamentales–, siente una suerte de curiosidad

y admiración por sus amigas que tienen una vida sexual más abierta en términos de parejas, y que hacen una separación entre el sexo y el amor.

... Tengo amigas, tengo amigas, que es un deporte. Así como que sales con un tipo, te enganchas y chao. Yo jamás he podido... yo lo encuentro muy adelantado, futurista, moderno. Me caen bien, las apoyo... pero no es una experiencia [que] yo pueda vivir. O sea, yo conozco un tipo, me voy con él a la cama y después ¿chao?... Será porque estuve veinte años casada con el mismo... (Lorena, 41 años)

La posibilidad de que se puedan tener relaciones sexuales sin que necesariamente exista un contexto de pareja establecido, o que tampoco exista un proyecto de inicio de relación amorosa, no es cuestionado –abiertamente– en términos morales o valóricos.

9. Discusión de los resultados de investigación

El propósito del presente capítulo es discutir los principales resultados de la investigación, desarrollados en el capítulo anterior, relevando los hallazgos y análisis más significativos en diálogo con las formulaciones teórico-metodológicas propuestas en el marco teórico. Al mismo tiempo, nos interesa destacar el modo en que los resultados permiten dar respuesta a la pregunta de investigación y a los objetivos que han orientado la tesis.

Como se recordará, nos propusimos como objetivo general al iniciar este estudio, comprender los diversos modos de configuración de las experiencias y sentidos de la sexualidad y sus marcos socioculturales de referencia, a la luz de su articulación con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena, en hombres y mujeres pertenecientes a dos generaciones de sector socioeconómico medio-bajo y bajo de Santiago de Chile.

El objetivo fue planteado en orden a responder la pregunta que guía la investigación, a saber, ¿Cuáles son los modos de configuración, entendidos bajo el concepto de *orientaciones íntimas*, de las experiencias y los sentidos referidos a la sexualidad y los marcos socioculturales de referencia a partir de los cuales dichos significados son atribuidos, y cómo se articulan con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena? ¿Qué declinaciones particulares puedan observarse en estas configuraciones referidas al género, la edad y pertenencia generacional, y nivel socioeconómico de los sujetos?

En lo que sigue de este capítulo, y como estrategia expositiva, relevaremos una serie de ejes que buscan condensar los hallazgos más relevantes de la investigación poniéndolos en discusión con la literatura teórica y los trabajos empíricos que sirvieron de marco para estructurar la propuesta teórica de esta tesis.

Orientaciones íntimas: sentidos y normas que organizan la sexualidad

Las transformaciones acontecidas en el ámbito de la sexualidad y de las relaciones de género en Chile en las últimas cuatro décadas, estudiadas desde la perspectiva de orientaciones íntimas, dan cuenta de que en la actualidad asistimos a una complejidad mayor en la construcción de las sexualidades así como a una reconfiguración en las relaciones de género. El funcionamiento reciente de una orientación conyugal enmarcada en una concepción tradicional del ordenamiento de género y la emergencia, propia de la generación joven, de una orientación que redefine los términos de las relaciones de género, dan cuenta, a nuestro juicio, de la rapidez con que se han producido las transformaciones de la sexualidad y el género en la sociedad chilena, así como de la penetración con que se han instalado los procesos de individualización.

La convivencia de diferentes tipos de orientaciones íntimas en la sociedad, dan cuenta de la multiplicidad de referencias disponibles en la sociedad para que los individuos puedan dotar de sentido su experiencia. Sin embargo, se debe reconocer que el hecho de que dichos marcos interpretativos se encuentren disponibles, no significa que lo estén para todos de igual manera. La adscripción a una cierta orientación no supone una elección libre y razonada, si no que se encuentra supeditada a una serie de dimensiones materiales e institucionales que se constituyen en condiciones de posibilidad para su emergencia.

En relación a significados atribuidos a la sexualidad, el análisis de las orientaciones íntimas, remiten a su sentido en tanto demostración de afecto y como a su dimensión de placer. Este último, es el sentido privilegiado por el que se organizan las orientaciones individuales. En tanto, ambos son movilizados en las orientaciones conyugales. Desde el inicio de 2000, estas eran referidas –el amor en orden de privilegio– en la sociedad chilena para dar cuenta de las atribuciones de significado de la sexualidad (MINSAL, CONASIDA & ANRS, 2000). El hallazgo de nuestros resultados, es la equiparación entre ambos términos que se encuentra en la orientación conyugal individualizada (sexo es igual a amor). Esta equivalencia se relacionaría con la centralidad que en esta orientación adquiere la sexualidad como motor de la pareja. Como señala Bozon (2012), el sexo adquiriría una función paradójica: por una parte, es la pareja el lugar privilegiado para el despliegue del deseo, pero por otra, es el principal motor que mantiene la relación.

Un hallazgo relevante es la emergencia del “bienestar personal” en la configuración individual individualizada, como sentido de la sexualidad que articula los beneficios tanto físicos como psicológicos de la vida sexual. Estaría vinculado a lo que Gupta & Cacchioni (2013) han descrito como una tendencia creciente a la “salutización” (*healthicization*) del sexo, que promueve la actividad sexual placentera como factor importante para el mantenimiento de la salud y el bienestar (*wellness*), puesto que además de presentar la actividad sexual como una necesidad biológica y esencial, la ubican como el camino final a la realización personal y el empoderamiento. La emergencia de este significante puede dar cuenta de la penetración de un discurso psicologizante en la sexualidad, del modo como ha sido descrito para la gestión de la intimidad en el ámbito de la relaciones de pareja.

Las referencias normativas de la sexualidad inscritas en el modelo de orientación conyugal son la fidelidad y la reciprocidad. En la orientación romántica, la fidelidad se extiende más allá de la exclusividad sexual (como en la orientación institucionalizada) para incorporar también a los sentimientos. En tanto, la reciprocidad, leída desde el marco de igualdad que caracteriza la orientación individualizada, impone nuevos deberes a la relación para garantizar así su balance.

Las orientaciones individuales, especialmente, la individualizada, apelan a una moral de autenticidad para dar cuenta de una sexualidad que se encuentra desligada del propósito de conformar una pareja. Una aproximación similar es desarrollada por Bernasconi (2010) para dar cuenta de las orientaciones morales del yo en la sexualidad de la generación joven chilena. Esta referiría a un desentendimiento de las morales impuestas socialmente y que se pone como referencia a sí misma para justificar sus decisiones sexuales.

La religión, institución tradicionalmente reguladora de la sexualidad, no aparece de manera relevante como un elemento articulador de los discursos de la sexualidad y el género en las orientaciones íntimas descritas. La discrepancia entre orientaciones normativas religiosas y las prácticas sexuales de quienes adscriben a ellas, ya ha sido discutida por Palma (2008), que muestra como estas normas son apropiadas reflexivamente y reinterpretadas por los sujetos para dar cuenta de sus prácticas.

En cambio, elementos provenientes de la psicología, por ejemplo, la idea de la sexualidad como soporte para el bienestar personal, comienzan a emerger. Esta tendencia es según Illouz

(2010) parte del proceso de psicologización de la cultura moderna, que en la esfera de la sexualidad ha sentenciado nuevos estándares de conducta sexual, en especial para las mujeres.

La relevancia del orgasmo femenino como indicador del desempeño sexual, expresada en la orientación íntima conyugal se traduciría en una norma por la “obligatoriedad del orgasmo”, que da cuenta, como señala Illouz (2010) de la instalación de una norma del desempeño sexual femenino. La “salud sexual” definida desde la psicología y la sexología, han instalado el orgasmo como el punto culmine y objetivo de la relación sexual, transformándolo en una demanda obligatoria para las mujeres (Bejin, 1987).

El despliegue de los procesos de individualización en la sociedad chilena y su vinculación con los modos de configuración de la experiencia sexual y afectiva

Los resultados expuestos dan cuenta de los modos en que los procesos de individualización, al constituirse en las prácticas sociales de los sujetos, están sujetos a transformaciones y a declinaciones particulares, en razón de las distintas posiciones sociales y experiencias personales de los sujetos. Estas declinaciones articularían, entonces, de manera diferencial, los modos en que se configura la sexualidad a través de las orientaciones íntimas.

En consonancia con la evidencia empírica disponible que observa un progresivo aumento de los niveles de individualización en la sociedad chilena (PNUD, 2010) los resultados de esta tesis dan cuenta de los modos en que estos procesos se despliegan de manera incremental en las distintas generaciones estudiadas y que dicho aumento es más acusado en el caso de las mujeres.

La capacidad de autonomía, la relación a las normas socioculturales y la reflexividad se despliegan de manera diferencial en cada una de las orientaciones íntimas descritas. Quienes ven más limitada su autonomía y reflexividad asociada a la obediencia de marcos de género tradicionales, son las mujeres adultas inscritas en la orientación conyugal tradicional. En tanto en la orientación conyugal romántica, a la que adscriben mujeres adultas, pero también adultas jóvenes, se describe un progresivo aumento de la autonomía con una mayor reflexividad, ligada a una organización de las relaciones de género menos jerarquizada. La orientación conyugal individualizada se corresponde con los más altos niveles de autonomía

y reflexividad en torno a marcos socioculturales de género más igualitarios. Este último grupo adscriben el grupo de mujeres jóvenes.

Los varones, en tanto, aun cuando han tenido tradicionalmente más autonomía que las mujeres, especialmente en el ámbito sexual, también ven incrementadas su capacidad de autonomía y reflexividad en la generación más joven.

Por una parte, se observa que la autonomía es diferencial, no se despliega de la misma manera en todos los ámbitos de la vida. En algunos ámbitos es más restrictivo, como en la sexualidad, y en otros, como lo económico es más amplio. Por otra parte, es relacional (Duncan & Carter, 2018). Las decisiones se toman en función de las relaciones personales más significativas. Este aspecto ha sido también discutido en relación a las trayectorias laborales de las mujeres, que constata que las elecciones realizadas en este campo están fuertemente condicionadas por las necesidades de cuidados de otros en el hogar (crianza de los hijos, oportunidades laborales de sus cónyuges, cuidado de otros familiares) y menos por orientaciones personales o de oportunidad económica (PNUD, 2010). Esta articulación, da cuenta de que continúan primando referentes de género más tradicionales para dar sentido y guiar la acción.

La perspectiva biográfica permite observar los modos en que la autonomía se va construyendo, cómo las normas se pueden observar de manera crítica y la relevancia de las relaciones en la construcción progresiva de una mayor apertura a referentes de significado distintos. En las generaciones mayores, poco a poco, se van desarrollando y asentando proyectos de individualización. La mirada reflexiva desde el presente a la propia experiencia vivida, cuestionando decisiones, dando sentido a lo vivido.

Un elemento a ser relevado es la importancia de las condiciones materiales, de la disponibilidad de recursos para proyectar un proyecto de individualización, así como de los soportes institucionales.

Así encontramos que los sujetos de la generación joven han tenido la posibilidad de definir sus propios proyectos biográficos en la medida que han podido contar con soportes institucionales que se lo han permitido. El soporte más relevado es la educación, seguido de la familia y la orientación al trabajo. Sin embargo, el primero puede ser esquivo. Las posibilidades de acceder a un sistema educativo que fortalezca sus capacidades y los proyecte biográficamente se da en el terreno de las oportunidades que ellos y sus familias tuvieron que

propiciarse. En este sentido, estos individuos operan como hiper-actores, en el sentido que sugieren Araujo & Martuccelli (2014), ya que deben lidiar con instituciones que son inestables y precarias.

El despliegue de proyectos biográficos vinculados a la prosecución de estudios, especialmente en el grupo de mujeres jóvenes, se articula con una mayor auto-regulación de la sexualidad, en términos de autonomía sexual para decidir y planificar el inicio y el curso de la vida sexual. Esta vinculación ha sido abordada por Palma (2012) quien al estudiar las trayectorias educacionales de las jóvenes chilenas en su relación con las trayectorias reproductivas, encuentra que en las jóvenes que no alcanzaron a completar su escolaridad media, se configura una subjetividad más organizada en función de la proyectividad relacional y familiar: comienzan su vida sexual, tienen hijos y cohabitan a más temprana edad. Del otro lado, las jóvenes con mejor nivel de educación, estarían más estructuradas y organizadas en función de su propia subjetividad y de una proyectividad profesional, y retardarían lo más posible la maternidad. Las posibilidades de hacer un camino propio, de esbozar las biografías personales según un plan personal, son percibidas como más factibles, y por supuesto, como altamente deseables. Los temas ligados a la maternidad, son en lo posible, postergados. Por ende, las prácticas preventivas son más valoradas por estas mujeres.

La perspectiva ofrecida por las orientaciones íntimas muestra que la relación de los sujetos a las normas es compleja. Un individuo puede interpretar sus experiencias sexuales desde configuraciones que pueden estar en contradicción entre sí, y experimentarlo con o sin conflicto. No hay una relación unívoca ni unidireccional a la norma por parte de los sujetos, una relación transparente de coherencia entre las normas a las que adhieren y las prácticas y sus experiencias.

La lectura de las orientaciones íntimas desde la perspectiva de la individualización mostraron distintas articulaciones. En particular, en el caso de la orientación íntima tradicional, esta daba cuenta de que las capacidades de autonomía, no implicaban necesariamente el despliegue de una reflexividad que permitiera cuestionar las propias prácticas. En una relación similar, la individualización no supone un desapego estricto de las tradiciones. Estas son invocadas, en su dimensión constitutiva de significado (Gross, 2005), no desde una apelación al mandato tradicional, si no en cuanto a decisiones personales.

En este sentido, como señalan Duncan & Carter (2018) cabe interrogarse sobre la conexión automática que se establece entre autonomía, destradicionalización y reflexividad.

Cambios en las relaciones de pareja y en la heterosexualidad

De manera general, el marco que sitúa la sexualidad en el contexto de las relaciones de pareja es aquel que predomina en los entrevistados, pudiendo considerarse como el hegemónico en el grupo estudiado, dando cuenta de que la aspiración a la pareja sigue teniendo una alta vigencia (Araujo & Martucceli, 2012; Sharim, et al, 2011). Sin embargo, los sentidos referidos a la concepción de pareja, así como las normas que señalan su funcionamiento, señalan importantes cambios.

La orientación conyugal romántica puede homologarse a la idea de amor romántico y relación confluyente expresada por Giddens (1995) y que se asocian también a relación de desequilibrio en las relaciones de género. Si bien en la orientación individual individualizada se describe de manera similar a la expresión de relación pura de Giddens, no es posible asegurar que en el devenir de las prácticas estas sean formaciones completamente igualitarias. Las orientaciones íntimas corresponden a marcos interpretativos de la experiencia y no un reflejo de las prácticas.

Asimismo, la preminencia de la idea de una ‘disclosure intimacy’ (Jamieson, 1999) que promueve la comunicación y la transparencia de los afectos, tampoco es evidente en las ninguna de las configuraciones observadas. Trabajos recientes sobre la constitución de la intimidad en las parejas chilenas en el devenir de las transformaciones socioculturales (Besoain et al, 2017; Sharim, 2016; Sharim et al., 2011) han señalado que la necesidad de comunicación y transparencia en la relación es una de las estrategias (entre otras) utilizadas por las personas para sobrellevar la tensión que sobreviene de una demanda por establecer relaciones de pareja sostenidas en el afecto y el deseo sexual, y una demanda, igualmente imperiosa, por sostener proyectos de vida que sean propios.

Un hallazgo de esta investigación dice relación con la presencia de un rasgo transversal al conjunto de las mujeres estudiadas, y que dice relación con la ambivalencia de la experiencia femenina en el ámbito de la sexualidad, configurada a la vez, como una zona de potencial riesgo (expresada en las orientaciones más tradicional), pero también como fuente de placer (en las orientaciones más individualizadas), ya sea en disposición a la construcción de

intimidad en la pareja o como experiencia personal. Por una parte, esta se expresa como un elemento importante en la construcción del yo sexual y en la regulación de los cuerpos y prácticas de las mujeres desde la adolescencia.

Si bien estas discusiones prefiguraron el debate académico feminista en la década de los 70 en relación al lugar de la sexualidad en cuanto espacio de ejercicio de subordinación o bien de emancipación para las mujeres, nos parece que estos elementos no han sido puestos a consideración en la investigación empírica de las sexualidades en Chile, ya que ambos fenómenos se tienden a estudiar por separado.

La observación de las transformaciones de la sexualidad y el género en la perspectiva de las orientaciones íntimas descritas

La inscripción diferenciada de las distintas generaciones en cada una de las orientaciones íntimas descritas permite dar cuenta de los cambios que se experimentan en la sociedad chilena en el ámbito de la sexualidad y del género. Es posible señalar la emergencia de una configuración más individualizada de la conyugalidad que releva la importancia de la sexualidad en la pareja y se fundamenta en un ideal igualitario de las relaciones de pareja, que es expresiva en las generaciones jóvenes, en contraste con una configuración de institucionalizada, que por el contrario descansa en la jerarquía entre los géneros y ubica a la mujer en un lugar de completa subordinación respecto de los deseos del hombre, expresada en la generación de mujeres adultas. Estas coexisten con una orientación conyugal que releva el lugar del amor en la constitución de la pareja, y también se inscribe en un orden de género desigual. Junto a ellas dos orientaciones personales de la sexualidad, que también marcan visiones contrastadas de género. Por una parte, la orientación tradicional se arraiga en las mismas marcos de género que la orientación conyugal institucionalizada, y en tensión, emerge una configuración más individualizada y más reflexiva de las relaciones sociales.

Estas conviven, sirviendo de referencia a los sujetos para dar cuenta de sus experiencias. Las limitaciones metodológicas del estudio cualitativo, nos impiden hacer una aproximación realista de cual de ellas operan como hegemónicas en la sociedad chilena. Nos aventuramos a decir que la orientación conyugal romántica es la más recurrente en las trayectorias del grupo de adultos y que articula muchas de las relaciones del grupo de jóvenes.

Los individuos transitan en sus vidas de unas a otras o bien hacen uso de ellas simultáneamente.

La pertinencia de las orientaciones íntimas como clave de lectura de las transformaciones sociales y culturales en el campo de la sexualidad

El concepto de orientaciones íntimas (Bozon, 2001b) propuesto como concepto analítico para el trabajo de investigación de esta tesis demuestra ser pertinente para el estudio de las transformaciones sociales y culturales de la sexualidad en la sociedad chilena. Es coherente con la perspectiva sociológica que sitúa al individuo como clave de inteligibilidad de los procesos sociales (Araujo & Martuccelli, 2010), cuyo interrogante fundamental consiste en estudiar las consecuencias del despliegue de la modernidad sobre las trayectorias individuales, tratando para ello de poner en relación la historia y las experiencias personales.

Por una parte, ofrece una grilla de comprensión de la relación que tienen los individuos con los marcos socioculturales y normativos, reconociendo el trabajo interpretativo y reflexivo que supone dicha relación. Al privilegiar una perspectiva de las experiencias individuales, posibilita poner en consideración las dimensiones materiales, simbólicas y sociales que operan como condiciones de posibilidad para la movilización de distintos marcos de sentido por parte de los individuos. En este aspecto, el concepto de orientaciones íntimas permite, a nuestro juicio, superar una perspectiva netamente culturalista de los discursos y los significados, que hace abstracción de las condiciones institucionales y materiales que los hacen posibles.

Por otra, al poner de manifiesto la coexistencia de distintos marcos regulatorios e interpretativos de la sexualidad, complejiza una lectura unilateral de las transformaciones en el ámbito de la sexualidad que las sitúa en un eje unidireccional que transita de la clausura a la apertura, o bien del conservadurismo a la liberalización, que, como se discutió en el primer capítulo de esta tesis, entrañan el riesgo de lecturas que refieren dicha liberalización a un desacople de las experiencias personales con respecto del orden social. En este sentido, se evita una lectura homogenizadora de las transformaciones sociales, dando cuenta de los aspectos de permanencia y cambio que las definen.

Al poner de manifiesto los elementos contradictorios a los que puede apelar el individuo para dar sentido a su experiencia, aporta a la comprensión de la complejidad con que los individuos se relacionan con las normas y representaciones simbólicas.

Esta propuesta conceptual se presenta, entonces como una alternativa con capacidad de rendimiento empírico a los enfoques para el estudio de la sexualidad que emanan de las teorías de los guiones sexuales de Simon & Gagnon (1984) basadas en el interaccionismo simbólico, así como en los planteamientos que se fundan en los aspectos discursivos de la sexualidad, desde una aproximación foucaultiana (Foucault, [1978]1998), ambas constituidas en los referentes más importantes en el campo de estudios de las sexualidades. Como fue discutido en el marco teórico (Capítulo 3), ninguna de estas tesis es suficientemente productiva para dar cuenta de los procesos de transformación social de la sexualidad desde la perspectiva de los individuos. Por una parte, desde el concepto de dispositivo, la sexualidad se entiende como una formación discursiva que ubica a los sujetos en ciertas posiciones de conformidad o resistencia, pero no logra dar cuenta de las estrategias utilizadas por los actores para resistir o conformarse a dichos discursos, limitando la comprensión de la agencia (Jackson & Scott, 2001b). Por otra parte, si bien desde la teoría de los guiones sexuales se reconoce el hecho de que la sexualidad se produce en ciertos contextos socio-históricos específicos, su lectura es limitada en cuanto a dar cuenta de procesos socio-históricos de más largo alcance. Su diferenciación de distintos niveles de la vida social (intrapsíquico, interpersonal y escenarios culturales), no incorpora una propuesta de articulación entre ellos, lo que finalmente se traduce en un análisis individualista de la experiencia sexual.

Reflexiones finales

El trabajo recorrido a lo largo de los capítulos que componen el cuerpo central de esta tesis, nos ha permitido alcanzar los objetivos generales que orientaron la investigación, así como dar cuenta de la pregunta de investigación a la que estos respondían. De esta manera hemos perfilado al menos cinco modalidades en que la sexualidad se configura en las experiencias de los individuos en la sociedad chilena –*Conyugal tradicional, Conyugal romántica, Conyugal individualizada, Individual tradicional, Individual individualizada*–, y a partir de ello hemos podido relevar los elementos más importantes que describen los procesos de transformación social y cultural en el ámbito de la sexualidad y las relaciones de género en un segmento acotado pero significativo de la sociedad chilena.

Consideramos que el producto final de esta tesis puede constituir un aporte al campo de la investigación social de la sexualidad en Chile y América Latina. En primer lugar, y en un registro teórico, por haber dado cuenta de la pertinencia del concepto de orientaciones íntimas (Bozon, 2001b) como articulador de las dimensiones sociales y subjetivas de la sexualidad, el cual, a pesar de su potencial, ha sido poco explorado hasta ahora en los estudios de este campo. En esta perspectiva, creemos haber contribuido al fortalecimiento de este concepto, al dar cuenta de su rendimiento empírico para la investigación social de las sexualidades, así como a una mayor profundización de su desarrollo teórico. En segundo lugar, y en un registro empírico, la tesis constituye un aporte al desarrollo de conocimiento empíricamente fundado sobre las transformaciones en la esfera de la sexualidad en la actual sociedad chilena, visibilizando la importancia que las prácticas y dinámicas relacionales que se dan en la esfera de lo privado tienen para la comprensión sociológica de las instituciones y los imaginarios que caracterizan la vida social contemporánea. Asimismo, y en el sentido inverso, los hallazgos presentados dan cuenta de la enorme centralidad de las condiciones institucionales y materiales para comprender las trayectorias y orientaciones íntimas desde las cuales los individuos de dos generaciones (adulto-joven y adulto) despliegan su sexualidad. De este modo, tanto a nivel conceptual como empírico, la tesis visibiliza e ilustra la importancia de una perspectiva analítica capaz de articular en la investigación social las dimensiones

individuales e institucionales de la sexualidad, situadas ellas, a su vez, en el devenir histórico de la vida social chilena y de los trayectos biográficos de cada individuo.

Justamente, como se discute en los capítulos teóricos y en el análisis de las 27 narrativas de hombres y mujeres consideradas, el concepto de orientaciones íntimas permite atender y conectar las dimensiones individuales y socio-institucionales de la sexualidad, sin subsumir o reducir uno de esos polos en el otro y ofreciendo una clave de lectura que, al mismo tiempo que profundamente sociológica, recupera la dimensión experiencial y vivida con que se inscribe la sexualidad en los trayectos de vida de los individuos.

Por otro lado, consideramos que este trabajo –más de allá de su andamiaje conceptual y foco empírico referido a la sexualidad– constituye un aporte a la discusión crítica y el debate teórico sobre los procesos de individualización y su impacto en las articulaciones de la vida privada en América Latina y en Chile. Por una parte, al vincular el despliegue de los procesos de individualización a las experiencias situadas de los individuos en el ámbito de la sexualidad, hemos podido iluminar el carácter heterogéneo, procesual y tensional de dicho proceso de cambio sociocultural, el cual declina de modos diferenciados a lo largo de la vida de hombres y mujeres y se despliega siempre en el crisol de marcos institucionales y materiales específicos. De especial interés resulta comprender el modo en que los principios de autonomía y autorrealización esparcidos en la sociedad chilena en las últimas décadas cohabitan –especialmente en las mujeres adultas pero también en las adultas jóvenes– con otros mandatos culturales de corte más tradicional sobre las relaciones de género, lo que exige un trabajo permanente del individuo sobre sí mismo para dotar de coherencia y continuidad sus experiencias afectivas y negociar con otros (parejas, padres, hijos) en situaciones conflictivas. Ello da cuenta del carácter hasta cierto punto híbrido, dinámico y por momentos tensionado del despliegue de las sexualidades, y el modo en que los propios individuos visualizan la pluralidad de modalidades de habitar la sexualidad y se posicionan respecto a ellas de modos diferenciados a lo largo de su trayectoria vital, en función de sus experiencias y de los recursos y posibilidades que sus entornos y marcos institucionales les ofrecen. Por otra parte, la discusión de los resultados da cuenta de la necesidad de atender al modo en que las dimensiones de autonomía, destradicionalización y reflexividad asociadas a los procesos de individualización se ensamblan de modos diversos y componen figuras heterogéneas, lo que rompe con la idea de un proceso unívoco y necesariamente orgánico en

su despliegue. Así, por ejemplo, se observó la presencia de individuos –fundamentalmente varones– que simultáneamente con la defensa de su autonomía y la afirmación de su proyecto de autorrealización individual, presentan una escasa reflexividad sobre sus prácticas y una marcada adhesión a mandatos de género tradicionales. O mujeres adultas que al mismo tiempo que despliegan una gran reflexividad en el presente sobre su propia trayectoria afectiva y sexual pasada, y cuestionan los mandatos tradicionales de género, especialmente al hablar de las expectativas que tienen para con sus hijas mujeres, no son capaces de proyectar y formular para sí proyectos de autonomía, incluso contando con los soportes para ello.

Junto con el aporte conceptual (orientaciones íntimas), empírico (descripción de 5 configuraciones de la intimidad) y teórico (discusión sobre procesos de individualización y vida privada en Chile), la tesis puede contribuir, de un modo muy preliminar pero sustantivo, a ciertas áreas de la política pública sobre educación sexual y salud sexual y reproductiva en Chile. Esto especialmente en el plano de la construcción de un mapa más complejo de la diversidad de orientaciones íntimas desde las cuales los individuos despliegan sus trayectorias sexuales y afectivas, del modo como estas pueden ir transformándose a lo largo del trayecto vital de un individuo, de la importancia decisiva que puede tener o no el acceso a ciertos soportes en momentos cruciales de las trayectorias afectivas, de la importancia de la Escuela como acceso a un espacios protegido en contextos de vulnerabilidad, del modo tensional en que coexisten mandatos tradicionales con orientaciones más individualizadas, y de las diferencias significativas del despliegue de la sexualidad entre hombre y mujeres, y entre adultos jóvenes y adultos. Dicho mapa puede ser una contribución –con las mediaciones técnico-metodológicas requeridas– que oriente el diseño e implementación de políticas públicas más sensibles a la diversidad y complejidad de las experiencias sexuales y afectivas, y más efectivas en términos de sus objetivos de ampliación de la autonomía, la salud y el bienestar de los individuos en el Chile actual.

Respecto de las limitaciones de la investigación, podemos señalar fundamental dos. En primer lugar, la exhaustividad, el tiempo y la descripción en profundidad que demanda y supone el análisis narrativo no permitió trabajar con una muestra más amplia y heterogénea. La incorporación de otros sectores socioeconómicos y otros colectivos etarios, por ejemplo, permitiría observar la transversalidad y/o diferenciación de las orientaciones íntimas y la

posible emergencia de configuraciones de sentido distintas vinculadas a condiciones socioeconómicas y generacionales diversas a las de la muestra analizada. A su vez, y a la luz del análisis final, es posible plantear también que hubiera sido deseable una mayor variabilidad interna dentro del colectivo de mujeres jóvenes, especialmente en lo referido a sus trayectorias educativas. En segundo lugar, dada la riqueza del material narrativo producido, especialmente tratándose de relatos que abarcaron la totalidad del trayecto biográfico de los y las entrevistados, se pudieron atisbar una serie de dimensiones, que al exceder a la pregunta de investigación y los objetivos planteados, no pudieron ser incluidos de lleno en el análisis. Algunas de estas dimensiones son, por ejemplo, a) los procesos de constitución del yo sexual (Jackson, 2007, 2011); b) la penetración de un discurso psicologizante (Illouz, 2010); c) el peso y la especificidad de situaciones de violencia de género.

Tanto los aportes como las limitaciones señaladas constituyen, por cierto, lineamientos para futuras investigaciones que esperamos poder seguir desarrollando, ampliando la muestra de individuos participantes en términos de clase, generación y territorios; explorando la posibilidad de estudios comparativos con otros países de América Latina y/o del norte global; profundizando en el modo como se articula la esfera de la vida íntima y sexual con otros mundos sociales como el trabajo, la política, el ocio, lo urbano; enriqueciendo el marco conceptual de las “orientaciones íntimas” y contribuyendo al debate teórico sobre los procesos de individualización en América Latina; extrayendo orientaciones generales para el diseño de políticas públicas; y contribuyendo a la deliberación pública, al análisis cultural y a la toma de conciencia de la importancia política de una temática habitualmente relegada al espacio de la vida psicológica y privada de los individuos.

Para cerrar, nos importa insistir en que si algo hemos intentado mostrar, tanto a partir de la construcción de una cierta perspectiva analítica como de la discusión de los resultados, es que los cambios en la esfera de la sexualidad y la intimidad en las sociedades contemporáneas no responden a la lógica de una “revolución sexual” radical en el sentido de una desconexión de los individuos respecto de las regulaciones sociales, sino que se sitúan en una lógica más bien de reconfiguración de dichas regulaciones, la cual debe ser comprendida en el contexto más amplio de las transformaciones de las sociedades y analizada en su inscripción situada en los trayectos y experiencias de los individuos.

Bibliografía

- Aboim, S. (2006). Conjugalidade, afetos e formas de autonomia individual. *Análise Social*, *XLI*(180), 801–825.
- Aboim, S. (2009). Da pluralidade dos afetos. Trajetórias e orientações amorosas nas conjugalidades contemporâneas. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, *24*(70), 107–185.
- Aboim, S. & Vasconcelos, P. (2014). From political to social generations: A critical reappraisal of Mannheim's classical approach. *European Journal of Social Theory*, *17*(2), 165–183. doi:10.1177/1368431013509681
- Adams, M. (2003). The reflexive self and culture: A critique. *The British Journal of Sociology* *54*(2): 221–238.
- Adkins, L. (2002). *Revisions: Gender and Sexuality in Late Modernity*. Buckingham & Philadelphia: Open University Press.
- Alves, A. (2009). Fronteiras da relação. Gênero, geração e a construção de relações afetivas e sexuais. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, *3*, 10–32.
- Araujo, K. (2005). Vida cotidiana y transformaciones de género: la esfera doméstica. *Revista de la Academia*, *10*, 77–117.
- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos. *Educação e Pesquisa*, *36*, 77–91.
- Araujo, K. & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Tomo II*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2013). Beyond institutional individualism: Agentic individualism and the individuation process in Chilean society. *Current Sociology*, *62*(1), 24–40. <https://doi.org/10.1177/0011392113512496>
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arteaga, C.; Sepúlveda, D. & Aranda, V. (2012). Diversificación de las estructuras familiares: caracterización de las convivencias en Chile. *Revista de Sociología*, *27*, 37–52.
- Atkinson, R. (2007). The life story interview as a bridge in narrative inquiry. In Clandinin, D. J. *Handbook of narrative inquiry: Mapping a methodology* (pp. 224–246). Thousand Oaks, CA: SAGE Publications Ltd. doi: 10.4135/9781452226552
- Atkinson, W. (2007). Beck, individualisation and the death of class: A critique. *The British Journal of Sociology* *58*(3): 349–366.
- Bajos, N., & Ferrand, M. (2006). L'interruption volontaire de grossesse et la recomposition de la norme procréative. *Sociétés Contemporaines*, *61*(1), 91. doi:10.3917/soco.061.0091
- Barrientos, J. (2006). ¿Nueva normatividad del comportamiento sexual juvenil en Chile? *Última Década*, *24*, 81–97.
- Barrientos, J. & Páez, D. (2006). Psychosocial Variables of Sexual Satisfaction in Chile. *Journal of Sex & Marital Therapy*, *32*(5), 351–368.
- Barrientos, J., & Cárdenas, M. (2013). Homofobia y calidad de vida de gay y lesbianas: Una mirada psicosocial. *Psykhé*, *22*(1), 3–14.

- Barrientos, J., Bozon, M., Ortiz, E., & Arredondo, A. (2007). HIV prevalence, AIDS knowledge, and condom use among female sex workers in Santiago, Chile. *Cadernos de Saúde Pública*, 23(8), 1777–1784.
- Barrientos, J., Cárdenas, M., & Gómez, F. (2014). Características sociodemográficas, bienestar subjetivo y homofobia en una muestra de hombres gay en tres ciudades chilenas. *Cadernos de Saúde Pública*, 30(6), 1259–1269.
- Barrientos, J., Palma, I., & Gómez, F. (2014). Discursos sobre la sexología en Chile: Ambivalencias del discurso profesional sobre la sexología en Chile. *Terapia Psicológica*, 32(2), 101–110. <https://doi.org/10.4067/S0718-48082014000200003>
- Barrientos, J., Silva, J., Catalán, S., Gómez, F., & Longueira, J. (2010). Discrimination and victimization: parade for lesbian, gay, bisexual, and transgender (LGBT) pride, in Chile. *Journal of Homosexuality*, 57(6), 760–775.
- Bauman, Z. (2001). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beasley, C. (2005). *Gender & Sexuality. Critical Theories, Critical Thinkers* (1st ed.). London, Thousand Oaks & New Delhi: SAGE Publications.
- Beasley, C., Brook, H., & Holmes, M. (2012). *Heterosexuality in Theory and Practice*. New York & Abingdon: Routledge.
- Beasley, C., Holmes, M., & Brook, H. (2015). Heterodoxy: Challenging orthodoxies about heterosexuality. *Sexualities*, 18(5–6), 681–697. <https://doi.org/10.1177/1363460714561714>
- Beck, U. (2001). Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política. En A. Giddens & W. Hutton, *En el límite. La vida del capitalismo global*. Barcelona: Tusquets.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.
- Beck, U. & Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor: nuevas formas de relación amorosa*. Barcelona: Editorial Paidós – El Roure.
- Beck, U. & Beck-Gernsheim, E. (2003). La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas. Barcelona: Paidós.
- Beck, U., Giddens, A. & Lash, S. (1997). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Béjin, A. (1987). El poder de los sexólogos y la democracia sexual. En P. Ariès, A. Béjin, M. Foucault et al., *Sexualidades Occidentales*. Buenos Aires: Paidós.
- Béjin, A. (1990). *Le nouveau tempérament sexuel*. Paris: Kimé.
- Bereni, L., Chauvin, S., Jaunait, A. & Revillard, A. (2014). *Introduction aux études sur le genre*. Louvain-la-Neuve: De Boeck Supérieur.
- Bernasconi, O. (2010). Being Decent, Being Authentic: The Moral Self in Shifting Discourses of Sexuality across Three Generations of Chilean Women. *Sociology*, 44(5), 860–875. doi:10.1177/0038038510375741
- Bernasconi, O. (2011a). Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Acta Sociológica*, (56), 9–36. Retrieved from <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/28611>

- Bernasconi, O. (2011b). Negotiating Personal Experience over the Lifetime: Narrative Elasticity as an Analytic Tool. *Symbolic Interaction*, 34(1), 20–37. <https://doi.org/10.1525/si.2011.34.1.20.SI3401>
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida*. Barcelona: Bellaterra.
- Besoain, C., Sharim, D., Carmona, M., Bravo, D. & Barrientos, J. (2017). Sin conflicto y sin deseo: Las tensiones de la individualización en la experiencia de pareja de jóvenes chilenos. *CES Psicología*, 109–128. <https://doi.org/10.21615/cesp.10.1.9>
- Biglia, B. & Bonet-Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. Prácticas de escritura compartida. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(1), Art.8. Retrieved on 10/10/2010 from <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1225/2665>
- Bolívar, A., Domingo, J., & Fernández, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación. Enfoque y metodología*. Madrid: Editorial La Muralla.
- Bornat, J. (2008). Biographical methods. In Alasuutari, P., Bickman, L. & Brannen, J., (comps.), *The SAGE handbook of social research methods* (pp. 344–356). London: SAGE Publications Ltd. doi: 10.4135/9781446212165
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2010). Comprender. En P. Bourdieu, (dir.), *La miseria del mundo* (pp. 527–543). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bozon, M. (2001a). Les cadres sociaux de la sexualité. *Sociétés Contemporaines*, 41–42(1), 5–9. doi:10.3917/soco.041.0005
- Bozon, M. (2001b). Orientations intimes et constructions de soi. Pluralité et divergences dans les expressions de la sexualité. *Sociétés Contemporaines*, 41–42(1), 11–40. doi:10.3917/soco.041.0011
- Bozon, M. (2004). La nouvelle normativité des conduites sexuelles ou la difficulté de mettre en cohérence les expériences intimes. In J. Marquet (Ed.), *Normes et conduits sexuelles. Approches sociologiques et ouvertures pluridisciplinaires*. (pp. 15–33). Louvain-La Neuve: Academia–Bruylant.
- Bozon, M. (2009). Las encuestas cuantitativas en comportamientos sexuales: emprendimientos sociales y políticos, productos culturales, instrumentos científicos. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (3), 154–170.
- Bozon, M. (2013). *Sociologie de la sexualité* (3rd ed.). Paris: Armand Colin.
- Bozon, M., Gayet, C., & Barrientos, J. (2009). A life course approach to patterns and trends in modern Latin American sexual behavior. *Journal of AIDS*, 51, S4–S12.
- Brickell, C. (2006). The sociological construction of gender and sexuality. *The Sociological Review*, 54(1), 87–113. <https://doi.org/10.1111/j.1467-954X.2006.00603.x>
- Brickell, C. (2009). Sexuality and the Dimensions of Power. *Sexuality & Culture*, 13(2), 57–74. <https://doi.org/10.1007/s12119-008-9042-x>
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Programa Universitario de Estudios de Género–UNAM, Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Barcelona & México D.F.: Paidós.
- Butler, J. (2007). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Carbin, M., & Edenheim, S. (2013). The intersectional turn in feminist theory: A dream of a common language? *European Journal of Women's Studies*, 20(3), 233–248. <https://doi.org/10.1177/1350506813484723>

- Cárdenas, M. & Barrientos, J. (2008a). Actitudes explícitas e implícitas hacia los hombres homosexuales en una muestra de estudiantes universitarios en Chile. *Psykhé*, 17(2), 17–25.
- Cárdenas, M., Barrientos, J., Gómez, F., & Frías-Navarro, D. (2012). Attitudes toward gay men and lesbians and their relationship with gender role beliefs in a sample of Chilean university students. *International Journal of Sexual Health*, 24(3), 226–236. doi:10.1080/19317611.2012.700687
- Cárdenas, M., & Barrientos, J. (2008b). The Attitudes toward Lesbians and Gay Men Scale (ATLG): Adaptation and testing the reliability and validity in Chile. *Journal of Sex Research*, 45(2), 140–149. doi:10.1080/00224490801987424
- Carmona, M. (2011). ¿Negocian las parejas su sexualidad? Significados asociados a la sexualidad y prácticas de negociación sexual. *Estudios Feministas*, 19(3), 801–821.
- Caro, I., & Guajardo, G. (1997). *Homofobia cultural en Santiago de Chile: un estudio cualitativo*. Santiago de Chile: FLACSO –Chile
- Carter, J., & Duncan, S. (2018). *Reinventing Couples*. London: Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/978-1-137-58961-3>
- Castells, M. (2001). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad*. México: Siglo XXI Editores.
- Clair, I. (2013). Pourquoi penser la sexualité pour penser le genre en sociologie? Retour sur quarante ans de réticences. *Cahiers Du Genre*, (54), 93–120. doi:10.3917/cdge.054.0093
- Clair, I. (2014). *Sociologie du genre*. Paris: Armand Colin
- Coffey, A. & Atkinson, P. (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos: Estrategias complementarias de investigación*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia
- Connell, R.W & Dowsett, G.W. (2007). ‘The unclean motion of the generative parts’: Frameworks in Western thought on sexuality. En R. Parker & P. Aggleton (Eds.) *Culture, society and sexuality* (pp. 188–206). London & New York: Routledge.
- Cornejo, M. (2006). El Enfoque Biográfico: Trayectorias, Desarrollos Teóricos y Perspectivas. *Psykhé*, 15(1), 95–106. doi:10.4067/S0718-222820060001000326
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. C. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *Psykhé*, 17(1), 29–39. doi:10.4067/S0718-22282008000100004
- Corrêa, S., Petchesky, R., & Parker, R. (2008). *Sexuality, Health and Human Rights*. London and New York: Routledge.
- De Certeau, M. (1990). *La invención de lo cotidiano. Tomo I Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Del Campo, A. (2012). La nación en peligro: el debate médico sobre el aborto en Chile en la década de 1930. En M.S. Zárate, (comp.), *Por la salud de cuerpo. Historia y políticas sanitarias en Chile* (pp. 131 – 188). Santiago de Chile: Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Delphy, C. (2005). Rethinking sex and gender. In D. Leonard & L. Adkins (Eds.), *Sex in Question: French materialist feminism* (pp. 31–41). London: Taylor & Francis.
- Denzin, N. (1989). Interpretive Biography. *Methods*, 17, 69–80. <https://doi.org/10.4135/9781412984584>
- Díaz, X.; Godoy, L & Stecher, A. (2004). *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía: Las experiencias de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer.
- Disch, L. (2015). Christine Delphy’s Constructivist Materialism: An Overlooked “French Feminism.” *South Atlantic Quarterly*, 114(4), 827–849. <https://doi.org/10.1215/00382876-3157155>

- Domingues, J.M. (2009). *La modernidad contemporánea en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Dorlin, E. (2005). De l'usage épistémologique et politique des catégories de "sexe" et de "race" dans les études sur le genre. *Cahiers du Genre*, (39), 83-105.
- Dorlin, E. (2007). "Performe ton genre, performe ta race!": Re-penser l'articulation entre sexisme et racisme à l'ère de la postcolonie, 49-66. Intervention lors des soirées de Sophia. Site Internet : <http://www.sophia.be/index.php/texts/view/47?>
- Dorlin, E. (2009). *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Dubar, C. (1998). Trajetórias sociais e formas identitárias: alguns esclarecimentos conceituais e metodológicos. *Educação e Sociedade*, 16(62), 13–30.
- Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (3ª ed.). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Elliot, A. (2009). Sexualidades: teoría social y la crisis de identidad. *Sociológica*, 24(69), 185–212.
- Encuesta Nacional de Primera Infancia (2010). Informe de Resultados Encuesta Nacional de Primera Infancia (ENPI 2010). Santiago de Chile: JUNJI; UNICEF; UNESCO.
- Evans, D. (1993). *Sexual Citizenship. The Material Construction of Sexualities*. London & New York: Routledge.
- Farrugia, D. (2013). The reflexive subject: Towards a theory of reflexivity as practical intelligibility. *Current Sociology*, 61(3), 283–300. <http://doi.org/10.1177/0011392113478713>
- Fassin, É. (2008). L'empire du genre. L'histoire politique ambiguë d'un outil conceptuel. *L'Homme*, 3(187–188), 375–392. Retrieved from http://www.cairn.info/resume.php?ID_ARTICLE=LHOM_187_0375
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados: La política de género y la construcción de la sexualidad*. Madrid: Melusina
- Fernández, A. M. (2007). De la diferencia a la diversidad: género, subjetividad y política. En Zuleta Pardo, M., Cubides, H., & Escobar, M. R. (Eds.), *¿Uno solo o varios mundos? Diferencia, subjetividad y conocimientos en las ciencias sociales contemporáneas*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores. doi:10.4000/books.sdh.420.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Frith, H. & Kitzinger, C. (2001). Reformulating Sexual Script Theory: Developing a Discursive Psychology of Sexual Negotiation. *Theory & Psychology*, 11(2), 209–232. doi:10.1177/0959354301112004
- Fuss, D. (1999). *Leer como una feminista*. En N. Carbonell & M. Torras (comp.), *Feminismos Literarios*. Madrid: Arco/Libros.
- Gáinza, A. (2006). La entrevista en profundidad individual. En M. Canales, (Coord. y Ed.), *Metodologías de investigación social: Introducción a los oficios* (pp. 219–263). Santiago de Chile: Lom.
- Garretón, M.A. (2000). *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Gayet, C., Juárez, F., Pedraza, N., Caballero, M., & Bozon, M. (2011). Percepciones de VIH/sida y parejas sexuales simultáneas: un estudio de biografías sexuales mexicanas. *Papeles de Población*, 17(68), 09–40.

- Giami, A. (2009). Les formes contemporaines de la médicalisation de la sexualité. En S. Yaya (Ed.), *Pouvoir médical et santé totalitaire : conséquences socio-anthropologiques et éthiques* (pp. 225 – 249). Montréal: Presses de l'Université Laval.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Barcelona: Península.
- Gómez, F. & Barrientos, J. (2012). Efectos del prejuicio sexual en la salud mental de gays y lesbianas, en la ciudad de Antofagasta, Chile. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (10), 100–123.
- Gross, N. (2005). The Detraditionalization of Intimacy Reconsidered. *Sociological Theory*, 23(3), 286–311. doi:10.2307/4148875
- Guba, E. & Lincoln, Y. (1998). Competing paradigms in qualitative research. En N. Denzin, & Y. Lincoln (Eds.), *The Landscape of Qualitative Research. Theories and Issues*. London: Sage.
- Guevara, E. (2005). Intimidad y modernidad. Precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México. *Estudios Sociológicos*, XXIII(69), 857 –877.
- Guichard, E., Concha, V., Henríquez, G., Cavalli, S., & Lalive d'Epina, C. (2013). Reconstrucción subjetiva del curso de la vida en Chile. *Revista Mexicana de Sociología* 75(4), 617–646.
- Guillaumin, C. (1995). *Racism, Sexism, Power and Ideology*. London & New York: Routledge
- Gupta, K. & Cacchioni, T. (2013). Sexual improvement as if your health depends on it: An analysis of contemporary sex manuals. *Feminism & Psychology*, 23(4), 442–458. doi:10.1177/0959353513498070
- Gutiérrez, E. & Osorio, P. (2008). Modernización y transformaciones de las familias como procesos del condicionamiento social de dos generaciones. *Última Década*, 29, 103 –135.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer.
- Heilborn, M. L., Cabral, C. da S., Brandão, E. R., Cordeiro, F., & Azize, R. (2012). Gravidez imprevista e aborto no Rio de Janeiro, Brasil: gênero e geração nos processos decisórios. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (12), 224–257.
- Heilborn, M.L. (1999). Construção de si, gênero e sexualidade. En M.L. Heilborn (org.), *Sexualidade: o olhar das ciências sociais* (pp. 40 –58). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Heilborn, M.L. (2004). *Dois é par: Gênero e identidade sexual em contexto igualitário*. Rio de Janeiro: Editora Garamond.
- Hockey, J., Meah, A. & Robinson, V. (2007). *Mundane heterosexualities: from theory to practices*. London: Palgrave Macmillan UK
- Howard, C. (2011). Individualization. In A. Elliot (ed.) *Routledge Handbook of Identity Studies* (pp.112–128). London & New York: Routledge.
- ICCOM. (2005). Descripción básica de los niveles sociales. Hogares urbanos, Región Metropolitana. Santiago de Chile.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Buenos Aires: Katz Editores.

- Illouz, E. (2014). *Erotismo de autoayuda*. Cincuenta sombras de Grey y *el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Ingraham, C., & Saunders, C. (2016). Heterosexual Imaginary. In N. A. Naples (Ed.), *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Gender and Sexuality Studies* (first, pp. 1–4). Singapore: John Wiley & Sons, Ltd. <https://doi.org/10.1002/9781118663219.wbegss762>
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE – Chile). (2006). *Fecundidad en Chile. Situación reciente*. Retrieved in: http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/demografia_y_vitales/demografia/pdf/fecundidad.pdf
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE – Chile). (2009). Encuesta Experimental del Uso del Tiempo en el Gran Santiago. Retrieved in: http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/estadisticas_sociales_culturales/encuesta_tiemp
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE – Chile). (2012). Anuario de Estadísticas Vitales 2011. En: http://www.ine.cl/canales/menu/publicaciones/calendario_de_publicaciones/pdf/completa_vitales_2011.pdf
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE – Chile). (2018). Anuario de Estadísticas Vitales 2016. En: https://www.ine.cl/docs/default-source/demograficas-y-vitales/vitales/anuarios/2016/sintesis-vitales-final.pdf?sfvrsn=931156d2_11
- Instituto Nacional de la Juventud (INJUV – Chile). (2010). VI Encuesta Nacional de la Juventud. Santiago de Chile: INJUV.
- Instituto Nacional de la Juventud (INJUV – Chile). (2013). VII Encuesta Nacional de la Juventud. Santiago de Chile: INJUV.
- Instituto Nacional de la Juventud (INJUV – Chile). (2015). VIII Encuesta Nacional de la Juventud. Santiago de Chile: INJUV. Retrieved in: http://www.injuv.gob.cl/storage/docs/Libro_Octava_Encuesta_Nacional_de_Juventud.pdf
- Irvine, J. M. (2013). Paixões Reguladas. A invenção da inibição do desejo sexual e da adicção sexual. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (15), 148–177.
- Jackson, S. (1998). Theorizing Gender and Sexuality. In S. Jackson & J. Jones (Eds.), *Contemporary Feminist Theory*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Jackson, S. (1999). *Heterosexuality in Question*. London, Thousand Oaks & New Delhi: SAGE Publications.
- Jackson, S. (2006). Gender, sexuality and heterosexuality: The complexity (and limits) of heteronormativity. *Feminist Theory*, 7(1), 105–121. <https://doi.org/10.1177/1464700106061462>
- Jackson, S. (2007). Materialist Feminism, the Self and Global Late Modernity. In A. Jónasdóttir, V. Brynson & K. Jones (Eds.), *Sexuality, Gender and Power. Intersectional and Transnational Perspectives*. (pp. 15–29). London & New York: Routledge.
- Jackson, S. (2007). The Sexual Self in Late Modernity. In M. S. Kimmel (Ed.), *The sexual self: the construction of sexual scripts* (pp. 3–15). Nashville: Vanderbilt University Press.
- Jackson, S. & Scott, S. (2010b). Rehabilitating Interactionism for a Feminist Sociology of Sexuality. *Sociology*, 44(5), 811–826. doi:10.1177/0038038510375732
- Jackson, S., & Scott, S. (2010a). *Theorizing Sexuality*. Maidenhead: Open University Press.
- Jamieson, L. (1998). *Intimacy: Personal relationships in modern societies*. Cambridge: Polity Press.
- Jamieson, L. (1999). Intimacy Transformed? A Critical Look at the “Pure Relationship.” *Sociology*, 33(3), 477–494. doi:10.1177/S0038038599000310

- Joas, H. & Knöbl, W. (2009). *Social Theory. Twenty Introductory Lectures*. New York: Cambridge University Press.
- Johnson, K. (2015). *Sexuality: A psychosocial manifesto*. Cambridge: Polity Press.
- Jones, P. (2006). *Raymond Williams's Sociology of Culture*. London: Palgrave Macmillan UK. <https://doi.org/10.1057/9780230596894>
- Juteau-Lee, D. (1995). (Re)constructing the categories of 'race' and 'sex': the work of a precursor (Introduction). En Colette Guillaumin, *Racism, Sexism, Power and Ideology*. London & New York: Routledge
- Keller, E. (1987). The gender/science system: or, is sex to gender as nature is to science? *Hypatia*, 2(3), 37–49.
- Kornblit, A.L. (2007). Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas. En A.L. Kornblit, (Coord.), *Metodologías cualitativas en Ciencias Sociales: modelos y procedimientos de análisis* (pp. 15–33). Buenos Aires: Biblos.
- Lamas, M. (2013). El género. La construcción cultural de la diferencia sexual. Mexico DF: Miguel Angel Porrúa; PUEG/UNAM
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo: Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra
- Larraín, J. (1996). La trayectoria latinoamericana a la modernidad. *Estudios Públicos*, 66, 313–333.
- Lawler, S. (2002). Narrative in Social Research. In T. May (Ed.), *Qualitative Research in Action* (pp. 243–255). London & Thousand Oaks: SAGE Publications. <https://doi.org/10.4135/9781849209656>
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Liamputtong, P. & Ezzy, D. (2005). *Qualitative Research Methods* (2nd. Edition). Melbourne: Oxford University Press.
- Martuccelli, D. (2010). La individuación como macrosociología de la sociedad singularista. *Persona y Sociedad*, XXIV(3), 9–29.
- Martuccelli, D. & Singly, F. (2012). *Sociologías del individuo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Martuccelli, D. (2010b). *¿Existen individuos en el Sur?* Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Matus, C. (2005). El carrito como escenario. Una aproximación etnográfica a los códigos de la sexualidad ocasional en jóvenes urbanos. *Última Década*, 13(22), 9–28.
- McNay, L. (2000). *Gender and agency. Reconfiguring the subject in feminist and social theory*. Cambridge: Polity Press.
- McNay, L. (2004). Agency and experience: gender as a lived relation. *The Sociological Review*, 52; *supple*, 175–190. <http://doi.org/10.1111/j.1467-954X.2005.00530.x>
- Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia*. Madrid: Trotta.
- Minello, N. (1998). De las sexualidades, un intento de mirada sociológica. en S. Lerner & I. Szasz (Eds.) *Sexualidades en México* (pp.35–47). México: El Colegio de México
- Ministerio de Salud (MINSAL–Chile), Comisión Nacional del SIDA (CONASIDA–Chile) & Agence Nationale du Recherches sur le sida (ANRS–Francia). (2000). *Estudio Nacional de Comportamiento Sexual. Primeros Análisis, Chile 2000*. Santiago de Chile: MINSAL.
- Ministerio de Salud (MINSAL–Chile). (2013). Situación Actual del Embarazo Adolescente en Chile. Santiago de Chile: MINSAL.
- Ministerio del Interior y Seguridad Pública (Chile). (2013). Encuesta Nacional de Victimización por Violencia Intrafamiliar y Delitos Sexuales 2012. Retrieved:

- Montecino, S. & Obach, A. (Comps.). (1999). *Género y epistemología. Mujeres y disciplinas*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Montecino, S. & Rebolledo, L. (Comps.). (1995). *Mujer y género. Nuevos saberes en las universidades chilenas*. Santiago de Chile: Colección de Ciencias Sociales, Universidad de Chile; Bravo y Allende Editores.
- Mooney, J. E. P. (2012). Salvar vidas y gestar la modernidad: médicos, mujeres y Programas de Planificación Familiar en Chile. En M. S. Zárate (Ed.), *Por la salud del cuerpo. Historia y políticas sanitarias en Chile* (pp. 189–228). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Mora, C. (2006). The meaning of womanhood in the neoliberal age: class and age-based narratives of Chilean women. *Gender Issues*, 23(2), 44–62.
- Moreno, C. (2008). Nuevas (y viejas) configuraciones de la intimidad en el mundo contemporáneo: amor y sexualidad en contextos de cambio societal. En M. Prieto & K. Araujo (eds.), *Estudios sobre sexualidad en América Latina* (pp. 43–58). Quito: FLACSO –Ecuador
- Moreno, C. (2010, diciembre). Sexualidad, afectividad y género en jóvenes secundarios. Una aproximación desde las instituciones escolares. Ponencia presentada en el *Seminario Cuerpos en Escena: Tecnologías Audiovisuales, Televisión y Género*, FACS, ICEI, Universidad de Chile.
- Mulinari, D., & Sandell, K. (2009). A Feminist Re-reading of Theories of Late Modernity: Beck, Giddens and the Location of Gender. *Critical Sociology*, 35(4), 493–507. doi:10.1177/0896920509103980
- Neves A, S. (2007). As mulheres e os discursos *genderizados* sobre o amor: a caminho do ‘amor confluyente’ ou retorno ao mito do ‘amor romântico’? *Estudos Feministas*, 15(3), 609–627.
- Olavarría, J. (2005). ¿Dónde está el nuevo padre? Trabajo doméstico: de la retórica a la práctica. En X. Valdés y T. Valdés (eds.) *Familia y vida privada ¿Transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?* (pp. 215–250). Santiago de Chile: CEDEM, FLACSO –Chile.
- Padgug, R.A. (2007). Sexual matters: On conceptualizing sexuality in history. En R. Parker & P. Aggleton (Eds.) *Culture, society and sexuality* (pp. 17–30). London & New York: Routledge.
- Paiva, V. (2008). A psicologia redescobrirá a sexualidade? *Psicologia Em Estudo*, 13(4), 641–651. Retrieved from <http://www.scielo.br/pdf/pe/v13n4/v13n4a02.pdf>
- Palma, I. (2006). *Sociedad chilena en cambio, sexualidades en transformación*. Tesis de Doctorado. Universidad de Chile.
- Palma, I. (2008). Las instituciones religiosas en la transformación normativa contemporánea en la sexualidad en Chile. *Revista de Psicología*, XVII, 9–38. Retrieved from <http://www.claridad.uchile.cl/index.php/RDP/article/viewArticle/17135>
- Palma, I. (2010). Trayectorias sexuales, preventivas y sociales en el embarazo no previsto de los segmentos juveniles en Chile. *Última Década*, 33, 85–111.
- Palma, I. (2012). Las nuevas generaciones de mujeres, el embarazo no previsto, las edades y la segmentación social en la sociedad chilena. *Revista Médica de Chile*, (140), 319–325.
- Parker, R. & Gagnon, J. (eds.) (1995) *Conceiving Sexuality: approaches to sex research in a postmodern world*. New York & London: Routledge.
- Plummer, K. (2015). *Cosmopolitan Sexualities. Hope and the Humanist Imagination*. Cambridge: Polity Press.
- Policarpo, V. (n.d.). Experiência sexual: contributos para um novo conceito nos estudos de sexualidade e género. In *VII Congresso Português de Sociologia* (p. 14). Porto.

- Policarpo, V. (2011). *Indivíduo e Sexualidade: a construção social da experiência sexual*. Tesis de Doutorado em Ciências Sociais. Universidade de Lisboa.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD – Chile). (2000). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago de Chile: PNUD – Chile.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD – Chile). (2002). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos, un desafío cultural*. Santiago de Chile: PNUD – Chile.
- Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD – Chile). (2010). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Género, los desafíos de la igualdad*. Santiago de Chile: PNUD – Chile.
- Pujadas, J.J. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Colección Cuadernos Metodológicos Nº 5. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Reséndiz, R. (2001). Biografía: Procesos y nudos teórico-metodológicos. En M.L. Tarrés, (Coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 135–170). México: Miguel Ángel Porrúa, El Colegio de México, Flacso –México.
- Richardson, D. (2007). Patterned fluidities: (Re)imagining the relationship between gender and sexuality. *Sociology*, 41(3), 457–474. <https://doi.org/10.1177/0038038507076617>
- Riessman, C. K. (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*. Thousand Oaks: Sage.
- Risman, B. J., & Davis, G. (2013). From sex roles to gender structure. *Current Sociology*, 61(5–6), 733–755. <https://doi.org/10.1177/0011392113479315>
- Rodríguez, J. (2005). Reproducción en la adolescencia: el caso de Chile y sus implicaciones de política. *Revista de la CEPAL*, 8 6.
- Rojas Mira, C. (1994). Historia de la política de planificación familiar en Chile: un caso paradigmático. *Debate Feminista*, 5(10), 185–214.
- Rojas Mira, C. (2009). Lo global y lo local en los inicios de la planificación familiar en Chile. *Estudios Avanzados*, 11, 7–27. Retrieved from http://web.usach.cl/revistaidea/html/revista_11/EstudiosAvanzados_11_-_02_Rojas_Mira.pdf
- Rojas, M. (2001). Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos. En M.L. Tarrés, (Coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 171–197). México: Miguel Ángel Porrúa, El Colegio de México, Flacso –México.
- Rojas, M. (2001). Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de
- Rostagnol, S. (2012). De la maternidad elegida a no ser madre (por ahora): anticoncepción y aborto en la vida de las mujeres. *Sexualidad, Salud y Sociedad*, (12), 198–223.
- Rougemont, D. (2006). *El amor y occidente*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, VIII(30), 95–145.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. In C. S. Vance (Ed.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (Vol. IV, pp. 113–190). Madrid: Editorial Revolución.
- Scott, J. (1999) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En M. Navarro & C. Stimpson (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sharim, D. (2005). La identidad de género en tiempos de cambio: una aproximación desde los relatos de vida. *Psyche*, 14(2), 19 –32.
- Sharim, D. (2016). Tiempos de individualización y narcisismo: el monólogo colectivo en los vínculos de intimidad. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 6(2), 135–164. Retrieved from

http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-70262016000200008&lng=es&nrm=iso&tlng=es

- Sharim, D.; Araya, C.; Carmona, M. & Riquelme, P. (2011). Relatos de historias de casais no Chile atual: A intimidade como un monólogo coletivo. *Psicologia em Estudo*, 16(3), 347–358.
- Sharim, D.; Silva, U.; Rodó, A. & Rivera, D. (1996). *Los discursos contradictorios de la sexualidad*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Silva, J. & Barrientos, J. (2008). Guiones sexuales de la seducción, el erotismo y los encuentros sexuales en el norte de Chile. *Estudios Feministas*, 16(2), 539–556.
- Simon, W. & Gagnon, J. H. (1984). Sexual scripts. *Society*, 22(1), 53–60. doi:10.1007/BF02701260
- Singly, F. (2003). Intimité conjugale et intimité personnelle: À la recherche d'un équilibre entre deux exigences dans les sociétés modernes avancées. *Sociologie et Sociétés*, 35 (2), 79–96.
- Stecher, A. (2012). *Procesos de construcción de identidades laborales de trabajadores de la industria del retail en Santiago de Chile. Contribuciones al estudio de las subjetividades laborales en el nuevo capitalismo*. Disertación doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Stolke, V. (2004). La mujer es puro cuento: la cultura del género. *Estudios Feministas*, 12(2), 77–105.
- Szasz, I. & Lerner, S. (eds.) (1996). *Para comprender la subjetividad: Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México D.F.: El Colegio de México.
- Tarrés, M. L. (2012). A propósito de la categoría género: leer a Joan Scott. *Sociedade e Cultura*, 15(2), 379–391. <https://doi.org/10.5216/sec.v15i2.22406>
- UNICEF. (2012). *Cuarto Estudio de Maltrato Infantil*. Santiago de Chile: UNICEF
- Valdés, T.; Benavente, M. & Gysling, J. (1999). *El poder en la pareja, la sexualidad y la reproducción. Mujeres de Santiago*. Santiago de Chile: FLACSO –Chile.
- Valdés, X.; Caro, P.; Saavedra, R.; Godoy, C.; Rioja, T. & Raymond, E. (2005). Entre la reinención y la tradición selectiva: familia, conyugalidad, parentalidad y sujeto en Santiago de Chile. En X. Valdés & T. Valdés (eds.), *Familia y vida privada ¿Transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?* (pp. 163–214). Santiago de Chile: CEDEM, FLACSO –Chile.
- Valles, M. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Síntesis.
- Vance, C. (1989). Pleasure and danger. Toward a politics of sexuality. In C. Vance, (comp.), *Pleasure and danger. Exploring female sexuality* (pp. 1–27). Boston, London, Melbourne & Henley: Routledge & Kegan Paul. Retrieved from <https://archive.org/details/PleasureAndDangerExploringFemaleSexuality>
- Vance, C. (2007). Anthropology rediscovers sexuality: A theoretical comment. En R. Parker & P. Aggleton (eds.), *Culture, society and sexuality* (pp. 41–58). London & New York: Routledge.
- Viveros, M. (2007). La sexualización de la raza y la racionalización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Univesidad de Caldas*, 1, 1–25. Retrieved from http://ucaldas.edu.co/docs/seminario_familia/Ponencia_MARA_VIVEROS.pdf
- Wade, P. (2013). Articulations of eroticism and race: Domestic service in Latin America. *Feminist Theory*, 14(2), 187–202. <https://doi.org/10.1177/1464700113483248>
- Wagner, P. (1997). *Sociología de la modernidad*. Barcelona: Herder.
- Weeks, J. (1998a). La construcción cultural de las sexualidades. En I. Szasz & S. Lerner (eds.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde las Ciencias Sociales* (pp. 175–198). México D.F.: El Colegio de México.
- Weeks, J. (1998b). *Sexualidad*. México: UNAM –PUEG; Paidós.

- Weeks, J. (2009). The Remaking of Erotic and Intimate Life. *Política y Sociedad*, 46(1 –2), 13–25.
- Weeks, J. (2011). *The languages of sexuality*. London & New York: Routledge.
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Editorial EGALES, SL.
- Wright Mills, C. (2014). *La imaginación sociológica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Yopo, M. (2013). Individualización en Chile: Individuo y sociedad en las transformaciones culturales recientes. *Psicoperspectivas*, 12(2), 4–14. doi:10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL13-ISSUE2-FULLTEXT-254

Anexos

1. Construcción del guión de entrevista

El guión de entrevista se construye a partir de los objetivos específicos definidos por la investigación. De ellos se despliegan los objetos y dimensiones que requieren ser abordados, así como la técnica que permitirá producir dicha información. Recordemos entonces los objetivos generales propuestos:

Comprender los diversos modos de configuración, entendidos bajo el concepto de *orientaciones íntimas*, de las experiencias subjetivas y los sentidos referidos a la sexualidad, los marcos socioculturales de referencia, a la luz de su articulación con los procesos de individualización que caracterizan el contexto de las transformaciones sociales y culturales de más largo alcance que ha experimentado la sociedad chilena.

Comprender las declinaciones particulares que puedan observarse en estas configuraciones u orientaciones íntimas referidas al género, la edad y pertenencia generacional, y nivel socioeconómico de los sujetos.

A partir de los cuales se derivan los siguientes objetivos específicos,

Objetivos Específicos	Objeto	Dimensiones	Técnica
Describir y analizar las trayectorias afectivas y sexuales de distintas generaciones de sujetos, hombres y mujeres, y las orientaciones íntimas a las que dichas trayectorias se vinculan en la sociedad chilena.	Trayectorias afectivas y sexuales	<i>turning points</i> o hitos	Entrevista narrativa
Identificar y analizar los marcos socioculturales sobre la sexualidad presentes en la sociedad chilena observando las similitudes y diferencias, cambios y continuidades que se expresan en las biográficas desde una perspectiva de género y de generación.	Marcos socioculturales sobre la sexualidad	discursos disciplinarios saberes disciplinarios orientaciones normativas	

Identificar las experiencias y los sentidos referidos a la sexualidad de distintas generaciones de sujetos, hombres y mujeres, y las orientaciones íntimas a las que dichas trayectorias se vinculan en la sociedad chilena.	Experiencias subjetivas	prácticas sentidos de las prácticas identidad de género / sexual	
--	-------------------------	--	--

La entrevista se basa en un guión que, aunque relativamente estructurado, ha de ser utilizado con gran flexibilidad, permitiendo a los individuos expresarse con un alto grado de libertad en la (re)construcción de su biografía sexual y afectiva. El objetivo principal es hacer un llamamiento a la construcción de un discurso sobre las experiencias de la sexualidad, incluyendo los repertorios de prácticas sexuales, escenarios y significados.

- Dado el carácter más abierto y poco directivo de este tipo de dispositivo es que no se seguirá un guión de entrevista estructurado, sino más bien destacamos algunas de las dimensiones que se busca explorar a través de ellas:
- en relación a la sexualidad interesan los comportamientos y la construcción de identidad sexual de los sujetos, los contextos en que esos procesos se enmarcan;
- la definición subjetiva de estas experiencias: identificación, ordenación, estructuración;
- los significados que los sujetos atribuyen a esas experiencias;
- cómo se organizan estos significados en un discurso que conserva una cierta imagen de sí mismo, más o menos unificada, coherente, esencialista, en el interior o, por el contrario, complejo, disperso, contradictorio, conflictivo;
- los marcos de referencia a partir del cual los sujetos atribuyen estos significados, definen la realidad como sexual (o no).
- interrelación entre aspectos diversos de la biografía (sexualidad, relaciones afectivas, estudios, trabajo).

Es de especial interés atender a:

- la cadena temporal de los acontecimientos y sus significados unidos a ellos por los sujetos;
- para cada elemento relevante de esta experiencia, recoger el contexto de datos, tales como escenario, los actores involucrados, etc.;
- tener en cuenta los datos estructurales de contexto (educación, ocupación y situación en el empleo propia y de la generación anterior), u otros datos de contexto (de identidad y de práctica religiosa, orientaciones políticas).

La construcción de las preguntas deben evitar preguntar por argumentos abstractos o defensas lógicas. Por ejemplo, evitar preguntar “¿Cómo llegaste a tomar esa decisión?”, en cambio intentar elicitación un detalle narrativo: “Cuéntame sobre los eventos que te llevaron a eso”

(Bertaux & Kohli, 1984 citados en Liamputtong & Ezzy, 2005). En ese sentido, la pauta propuesta está estructurada en relación a tópicos, más que a preguntas previamente definidas.

Pauta de entrevista

Información básica

- Número de la entrevista y nombre del entrevistador
- Nombre (no preguntar apellidos, puede inventar nombre)
- Edad (mes y año de nacimiento)
- Sexo
- Situación de pareja actual
- Estado civil legal
- ¿Ha tenido parejas estables anteriormente? ¿Cuántas?
- Ocupación (preguntar por ocupación principal)
- Nivel de escolaridad (último grado cursado)
- ¿De dónde es originario?
- ¿Dónde creció?
- ¿Actualmente dónde vive? ¿Con quién? ¿Cuánto tiempo hace que vive en este lugar?
- ¿Cuántos hijos tiene? ¿Me puede decir el sexo y edad de él/ella/ellos?
- ¿Se considera usted una persona religiosa? ¿de qué religión es?

Parte I.

Se invita a el/la entrevistado/a a narrar su vida desde su infancia, especialmente en relación a lo sexual. Se le pide que recuerde respecto de sus primeras experiencias vinculadas a lo sexual, la primera relación amorosa o sexual, parejas (estables o no), uso de métodos preventivos, llegada de los hijos, conflictos y dificultades que afecten su vida sexual, pareja actual.

Parte II.

Aspectos relevantes a indagar:

Familia de origen y niñez, socialización primaria

- Composición y dinámica de la familia
- Relaciones con los pares
- Primeros aprendizajes sobre la sexualidad – en la familia, en la escuela, con el grupo de pares, televisión, internet u otros

Adolescencia, hasta la entrada en la edad adulta, socialización secundaria

- Conversaciones y aprendizajes sobre sexualidad – en la familia, en la escuela, con el grupo de pares, televisión, internet u otros
- Menarquia (mujeres) – conocimiento previo
- Primera polución (hombres) – conocimiento previo
- Masturbación
- Entrada en la vida amorosa.
- Primera relación sexual.
- Iniciativa, protección/contracepción, circunstancias. ¿Qué pasó después?
- ¿Que pasó entre su primera relación y primera pareja de convivencia?
- Número de parejas, frecuencia de relaciones, uso prevención

Vida adulta

- Historia contraceptiva.
- Hijos y su influencia sobre la vida sexual de la pareja.
- Conflictos y dificultades vinculadas a sexualidad.
- Prácticas sexuales
- Experiencia de relaciones eventuales y de prostitución
- Experiencias con su propio sexo (también para quienes no se declaran homosexuales)
- Experiencias de violencia sexual y/o de género.
- Experiencia de aborto
- Vida sexual después de la última separación.

Vida actual

- Vida de pareja (actual o última).

Representaciones y valores

- Actitud frente a la homosexualidad y al aborto.

2. Consentimiento Informado



DOCUMENTO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Configuraciones de la intimidad en la modernidad contemporánea: Orientaciones íntimas y trayectorias afectivas y sexuales en Santiago de Chile.

I. INFORMACIÓN

Usted ha sido invitado(a) a participar en la investigación "Configuraciones de la intimidad en la modernidad contemporánea: Orientaciones íntimas y trayectorias afectivas y sexuales en Santiago de Chile" que es desarrollada por la investigadora Claudia Moreno en el marco de su tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. El propósito del presente documento es ayudarle a tomar una decisión informada sobre su participación en el mismo.

Su objetivo es conocer los distintos modos en que las mujeres y hombres chilenos viven la experiencia de la sexualidad en una perspectiva de trayectoria de vida. Los criterios de selección de los participantes son el sexo, edad y pertenencia socioeconómica. En virtud de lo anterior, se ha extendido una invitación a un conjunto de mujeres y hombres, de distintas edades y sectores sociales, cuya participación será enteramente voluntaria.

Para decidir participar en esta investigación, es importante que considere la siguiente información. Séntase libre de preguntar cualquier asunto que no le quede claro:

Participación: Su participación consistirá en dar una entrevista a la investigadora, que está definida en dos sesiones, cada una de un lapso aproximado de una hora y media. En ambas ocasiones se abarcarán varias preguntas sobre su infancia, adolescencia y vida adulta respecto a sus relaciones afectivas y sexuales. Si es necesario y existe acuerdo, se realizará una tercera sesión para culminar con las preguntas pendientes.

La entrevista será realizada en el lugar, día y hora que usted estime conveniente.

Para facilitar el análisis, estas entrevistas serán grabadas. En cualquier caso, usted podrá interrumpir la grabación en cualquier momento, y retomarla cuando quiera.

Riesgos: Puede que algunas personas se sientan afectadas por el hecho de recordar algunas experiencias vividas en el transcurso de su historia vital. Si es el caso, usted puede negarse a responder algunas preguntas o terminar la entrevista si así lo desea. Además si usted lo requiere, la investigadora del proyecto puede contactarla con profesionales del Centro de Atención Psicológica de la Universidad de Chile, para que reciba atención psicoterapéutica. El valor de dicha atención tendría que ser costado por usted.

Beneficios: Usted no recibirá ningún beneficio directo, ni recompensa alguna, por participar en este estudio. No obstante, su participación permitirá generar información que puede ser usada en el diseño de políticas públicas, para que sean más cercanas y pertinentes a las experiencias de mujeres y hombres.



Voluntariedad: Su participación es absolutamente voluntaria. Usted tendrá la libertad de contestar las preguntas que desee, como también de detener su participación en cualquier momento que lo desee. Esto no implicará ningún perjuicio para usted.

Confidencialidad: Todas sus opiniones serán confidenciales, y mantenidas en estricta reserva. En las presentaciones y publicaciones de esta investigación, su nombre no aparecerá asociado a ninguna opinión particular. El aseguramiento de la confidencialidad de los y las participantes se realizará sobre la base de un seudónimo que los y las participantes elegirán para entregar su testimonio; al mismo tiempo, la investigadora almacenará la información sobre la base de códigos que impedirán todo tipo de acceso a la identidad de las participantes. Durante la realización del estudio se garantizará el resguardo de la información respecto de toda persona que no forme parte del equipo de investigación. La investigadora será la encargada de resguardar estos materiales, por un periodo de 3 años, con el objetivo de analizar el material en mayor profundidad.

Conocimiento de los resultados: Usted tiene derecho a conocer los resultados de esta investigación. Para ello, si lo desea, los resultados generales del estudio le serán enviados, realizando la solicitud respectiva por correo electrónico a la investigadora.

Datos de contacto: Si requiere mayor información, o comunicarse por cualquier motivo relacionado con esta investigación, puede contactar a la Investigadora Responsable de este estudio:

Claudia Moreno Standen
Teléfonos: (56 2) 29787857
Dirección: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Av. Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago.
Correo Electrónico: cmorenost@u.uchile.cl

También puede comunicarse con la Presidenta del Comité de Ética de la Investigación que aprobó este estudio:

Prof. Dra. Marcela Ferrer-Lues
Presidenta
Comité de Ética de la Investigación
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Chile
Teléfonos: (56-2) 2978 9726
Dirección: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Av. Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago.
Correo Electrónico: comité.etica@facso.cl



II. FORMULARIO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Yo,, acepto participar en el estudio "Configuraciones de la intimidad en la modernidad contemporánea: Orientaciones íntimas y trayectorias afectivas y sexuales en Santiago de Chile".

Declaro que he leído (o se me ha leído) y (he) comprendido, las condiciones de mi participación en este estudio. He tenido la oportunidad de hacer preguntas y estas han sido respondidas. No tengo dudas al respecto.

Firma Participante

Claudia Moreno Standen

Lugar y Fecha: _____

Este documento se firma en dos ejemplares, quedando una copia en cada parte.

3. Producción narrativa

Elisa (34 años)

Recibí el contacto de Elisa de parte de una estudiante de pregrado a quien le pedí que me asistiera en esa tarea. Tuvimos dos reuniones, con una semana de separación, de aproximadamente dos horas y media cada una (aunque el registro de audio fue de 1h47' y 1h51' respectivamente). Ambos encuentros fueron en su departamento ubicado en Santiago Centro, donde vive sola, por lo que ambas se desarrollaron de manera tranquila, fluida y sin interrupciones. Antes de comenzar a grabar, le explico siguiendo mi propia pauta, el propósito de las entrevistas, cuál es el objetivo de mi estudio y hago mucho hincapié en la confidencialidad, la garantía de anonimato y la libertad de responder a mis preguntas. Explico también que no hay buenas o malas historias, buenas o malas respuestas, que todo lo que ella pueda contarme será de utilidad porque lo que interesa, a fin de cuentas, son las experiencias de las personas y que no hay juicios morales sino un interés genuino por conocerlas. Por último, le pregunto si está de acuerdo con todo lo dicho, solicito su permiso para grabar y extendiendo el consentimiento informado, en el cual, explico, se encuentran detalladas las cosas que yo acabo de explicar. Elisa asiente, y me dice con mucha firmeza, que confía plenamente, haciéndome entender que firmar el consentimiento no es necesario, que no necesita pruebas de mi idoneidad. Yo me pregunto si esa confianza tan rápidamente entregada será porque le he dicho que soy psicóloga o porque es una suerte de transferencia de la confianza que ella tiene en K., la estudiante que me hizo el contacto. Probablemente sean ambas cosas. Una vez que nos servimos unas tazas de café enciendo la grabadora.

El relato de Elisa capta mi atención inmediatamente por su alta reflexividad, su capacidad de hilar eventos y describir experiencias dotándolas siempre de sentido. También la confianza con que fue develando su historia ante mi.

Elisa (1981, 34 años)

Elisa nació en Puerto Montt un 25 de diciembre de 1981, este año cumplirá 35. Su madre, una mujer fuerte, oriunda de Panguipulli, ciudad de la actual Región de Los Ríos, tuvo a Elisa a los 20 años sola, ya que el embarazo fue producto de una relación con un hombre que tenía otra familia y no quiso ni reconocer ni hacerse cargo de esta hija. En ese tiempo la madre ya tenía dos hijos más, los que había tenido a muy temprana edad, 14 y 15 años, sin embargo, estos niños quedaron a cargo de sus abuelos paternos después de que ella decidiera separarse de su entonces marido por “borracho” y “flojo” y partiera a trabajar más al sur. Su precaria educación (solo hizo hasta 5° o 6° básico) no le permitía acceder a trabajos más calificados, por lo que se empleaba como trabajadora de casa particular.

Nacida Elisa, su madre, pese a estar en una situación de gran pobreza y sin más apoyo familiar, rechaza la oferta que le hacen sus patrones de hacerse cargo de la niña y decide trasladarse a Santiago, buscando mejores oportunidades de trabajo.

Los primeros años de Elisa y hasta que cumple 16 años transcurren viviendo en distintas piezas que su mamá arrienda en la comuna de Quinta Normal. En Santiago están las dos solas, sin más apoyo ni redes, y su madre continúa trabajando en casas particulares. Durante el día, queda encargada a otras vecinas de la casa, a veces incluso, cuando hay algún peligro inminente, la deja encerrada. Elisa recuerda aquellos años como de mucha precariedad material, sin embargo,

“pese a que en mis recuerdos de niñez hay mucha pobreza no hay como tanta tristeza asociada a la misma pobreza porque vivíamos de una forma digna. Quizás vivíamos en pieza, un poco amontonados, pero no recuerdo haber pasado hambre, no recuerdo haber pasado frío, o sea, fue una pobreza como un poco mesurada”.

Se recuerda como una niña retraída e insegura. Comenzó a asistir al jardín bien temprano de modo de asegurar su cuidado. Está indefensión y debilidad que sentía, y que los otros niños parecían percibir, la hizo objeto de un acoso constante durante toda la enseñanza básica, que se expresaba en las burlas por no tener las mismas cosas que los otros niños y por el hecho de no ser bonita. Tampoco destacaba en lo académico y dado que su mamá no tenía estudios ni tiempo para apoyarla, estaba un poco a la deriva en ese aspecto.

“...la dueña de esta casa [donde arrendábamos] tenía una nieta y ella era como de mi misma edad o un año y medio menor que yo, y ella era un poco todo lo que yo quería tener como niña en ese entonces. No sé, mil juguetes, ropa, yo de niña no era muy bonita, era como negrita, flaquita y esta niña era rubia, de ojos azules, todo lo contrario a mí. Y ese era como mi espejo, y eso hizo que en el fondo tuviera muchas inseguridades.”

Cuando cumplió seis años su madre trae a vivir con ellas a su media hermana del sur que tenía 12. La relación siempre estuvo tensionada en el sentir de Elisa por los celos y el rencor que sus hermanos le tenían por el hecho de haber sido preferida en algún sentido por la madre para vivir con ella. En el momento que la hermana cumplió 18 años se escapó para casarse, con la desaprobación de la madre. Esto y otras cosas que sucedieron entre ellas, pero que forman parte de un secreto de familia, significó la ruptura entre ambas, con la consecuente tristeza casi crónica de la madre, quien tampoco contaba con el reconocimiento ni el amor de su otro hijo mayor.

A pesar del bullying hizo algunos amigos en el colegio (municipal) del que guarda recuerdos positivos en relación a la enseñanza que recibió. En especial registra la impronta que dejó en ella una profesora que tuvo de 1° a 5° básico quien constantemente les repetía la importancia del esfuerzo, del valor y la perseverancia que debían tener para poder alcanzar sus metas, insistiendo que no abandonaran la posibilidad de obtener un título profesional por el hecho de no estar en un colegio particular.

La enseñanza media la hizo en un liceo comercial, pese a que ella hubiera querido seguir en un liceo científico-humanista con la intención de seguir una carrera universitaria. Pero en su madre primaba el sentido práctico y la importancia de insertarse con rapidez en el mercado laboral, por lo que entró a estudiar Contabilidad, a pesar de que las matemáticas eran su área menos fuerte y de que ella tenía un interés marcado por las humanidades y las ciencias sociales,

“Yo creo que mi mamá más que exigente era como realista. Entonces ella me decía, “estudia porque para que no seas igual que yo, supérate”. En el fondo ella lo que siempre me inculcó era que yo tenía que terminar el cuarto medio y con eso ella era completamente feliz; como ella había llegado hasta quinto, no sé, sexto básico. Para ella su meta era como entregarme hasta la educación media y con eso sentía que había cumplido conmigo”.

En el liceo la experiencia fue un poco mejor, a pesar de que un incidente ocurrido en los primeros años, le valió el repudio de casi todo el alumnado. Sin embargo, aquí hizo amigas, y el hecho de que fuese un liceo exclusivamente de mujeres contribuyó a que no la molestaran tanto. En esos años a su mamá le sale una vivienda social en Puente Alto y se trasladan, sin embargo, continúa asistiendo al liceo en Quinta Normal. El cambio de sector fue duro, a pesar de que tenían un departamento para ellas solas, el ambiente era completamente diferente al que estaba acostumbrada, en su percepción más empobrecido e inseguro.

La búsqueda de un repertorio más amplio de experiencias y de grupos de referencia, la estimulan a asistir a grupos juveniles ligados a la iglesia para preparar la primera comunión y la confirmación. Este tipo de instancias, más ligadas al desarrollo personal, es buscada activamente por Elisa, a pesar de que no eran estimuladas por su mamá. Del mismo modo describe su camino académico, la búsqueda de liceo, instituto y posteriormente, universidad, es una empresa personal que gestiona al margen de las opiniones de su mamá.

Cuando termina el liceo comienza a trabajar en el departamento de contabilidad de un importante hotel de Santiago, su madre está feliz. Había conseguido que su hija lograra superar el destino de las mujeres de su clase: a los 18 años había terminado el liceo, tenía una ocupación que no era hacer el aseo y, además, no había sido madre. Sin embargo, para Elisa esto no es suficiente, y decide dar la PSU para probar suerte. Las notas que tiene y la poca preparación no le permiten obtener un puntaje para postular a una universidad pública. Después de trabajar un año decide entrar a estudiar una carrera técnica que le garantice mejores ingresos con los cuales pagar los estudios de Derecho, la carrera que ha elegido, en una universidad privada. Su madre se manifiesta escéptica, con miedo a que su hija fracase probablemente, pero la apoya a pesar de no entender del todo esta necesidad.

Fueron años duros en que Elisa trabajaba y estudiaba, sin embargo, consigue terminar la carrera de secretariado y obtiene un trabajo en el área de recursos humanos y administración de una fundación católica, con el cual no solo puede mejorar su salario sino que también le provee de una experiencia completamente diferente del trabajo. Siguiendo con su plan, ahorra dinero y se matricula en Derecho en modalidad vespertina, en una universidad privada muy ligada a la élite. Continúa trabajando, hasta hoy en el mismo lugar, para solventar los gastos de la universidad.

El ingreso a la universidad significa un cambio importante,

“El entrar a la universidad igual abre un mundo. O sea son otros tipos de compañeros, son otros tipos de conversaciones. Es finalmente entrar a otro mundo, a otros conocimientos... Creo que de cierto modo también cambié mis gustos, yo creo que las lecturas, los musicales, conversaciones, hasta amigos. Un cambio grande. Aparte que yo estudie en la FT que es una universidad súper cuica. Y estudié allí porque me gustaba la malla, porque era más dirigida al ámbito empresarial... Y si me afectó el hecho de que yo tenía un origen súper humilde y mis compañeros eran como algunos... O sea era una realidad totalmente diferente [...] Y me dejó cosas súper buenas, como los amigos que hice ahí”

La relación de Elisa con su madre recorre toda la trama de su relato. Los modos en que su relación marcaron su forma de ser, la admiración que siente por ella, y la tristeza irreparable de su pérdida. Una mujer estricta pero muy cariñosa, que en el equilibrio de ambas características, logró darle lo que ella considera esencial para su desarrollo, especialmente el apoyo afectivo. Este modelo quisiera replicarlo ella misma al momento de ser madre.

“La relación con mi mamá siempre fue súper cercana. Súper de dependencia, yo diría, casi absoluta. Mi mamá es una persona – AÚN aunque está fallecida – que ejerce todavía mucho poder en mí, como en mis decisiones: todas mis decisiones pasan por ella, súper sumisa. Yo creo que el hecho de haber sido tan regalona y tan dependiente de ella, me produjo un daño como súper complejo. Porque al morir – a todo esto su muerte fue súper violenta: ella se suicidó – al morir como que quedé casi como sin un miembro de mi cuerpo y la ausencia se siente como cada día de mi vida, en verdad.”

Hace 6 años la mamá se suicidó, una decisión en apariencia inexplicable, dado su carácter fuerte y alegre, pero que Elisa comprende a la luz de las penas que marcaron la vida de su madre, y que le habrían hecho arrastrar una depresión encubierta: la ruptura con sus hijos mayores, los fracasos amorosos y que, siendo ella ya adulta, no le era más indispensable.

“Fue un periodo súper complejo porque, claro, yo estaba en tercer año y se murió la persona más importante de mi vida. Como que quedé en el aire. Estuve un año yendo al psiquiatra. Los primeros meses iba dopada a trabajar, dopada a estudiar... Yo no sé cómo ese año lo terminé... Y la jefa de carrera habló conmigo y me dijo que si quería congelar no había ningún problema, hacían todos los trámites y retomaba el próximo año... Pero lo primero que se me vino a la cabeza fue que si yo paraba me iba a pique... Porque fue una conmoción tan fuerte, y todavía lo es y lo sigue siendo, era como yo me detengo y estoy en mi casa todos los días.... Y aparte que todavía tengo terror a llegar a lo que ella hizo. Jamás se me

ha pasado por la mente, pero siento que si me detengo, puedo caer dentro de un cuadro depresivo extremo, porque soy depresiva, y terminar como ella... Que espero que no. Porque nunca he tenido ni el indicio de hacerlo porque valoro bastante la vida... Pero si me da susto el hecho de que lo haya hecho siendo una persona tan alegre lo hizo. Y que si pasa conmigo que soy una persona en esencia depresiva... Quizás que pueda pasar conmigo... Entonces yo creo que a raíz de eso nunca me detuve y nunca me he detenido, o sea, ella se murió y yo seguí estudiando”.

En el trabajo y en el estudio Elisa ha encontrado un sostén existencial, uno que le permite, por una parte, sobrevivir a la pérdida de su vínculo más importante, pero que también le ha posibilitado la independencia material e intelectual que le permite diferenciarse de su madre, ser una mujer distinta a ella y tomar sus propias decisiones. Sin embargo, el miedo a repetir la historia de su madre es una amenaza, y da cuenta de una cierta fragilidad permanente que percibe en el sostén de su vida.

“Terminé la carrera, o sea egresé, inmediatamente a estudiar para el examen de grado, luego la práctica, ahora estoy terminando la memoria, espero titularme pronto y el próximo año pretendo sacar un diplomado y así. Es como que mi vida, desde que ella no está, ha sido no parar. Quizás es una decisión súper mala desde el punto de vista psicológico, quizás de análisis. Pero sí me da un poco de susto detenerme.”

Trayectoria sexual y afectiva

La infancia

La experiencia de vivir en una casa donde muchas familias comparten el mismo espacio, al mismo tiempo que daba lugar a manifestaciones de solidaridad, como el cuidado diurno que de ella hacían algunas vecinas, era una fuente de situaciones donde los límites de la intimidad pueden hacerse difusos. Así recuerda que alguna vez, muy pequeña, siguió a una pareja al baño de la casa donde vivían. Ella cree que solo debe haber tenido curiosidad por saber qué es lo que estaban haciendo, sin embargo, la vecina lo interpretó de otro modo. Fue a reclamarle a la mamá que enviaba a la niña a espiarlos, y entre la batahola, otra vecina le dice “María, la niña tiene curiosidad, báñate con ella, enséñale el cuerpo humano”. Esta curiosidad se habría acentuado, piensa ella, por el hecho de que, sin padre ni ningún referente masculino cercano, Elisa desconociera por completo el cuerpo masculino.

Siendo pequeña, tres o cuatro años, Elisa tiene una experiencia que, si bien no es completamente nítida para ella, la recuerda como un evento marcador de su sexualidad.

“De hecho yo, tengo como recuerdos vagos, pero recuerdo que se lo conté a ella de como fui víctima de un abuso sexual, muy chiquitita, como vivíamos en estas pieza recuerdo que teníamos una vecina, yo creo que ahí tenía 3-4 años, y había una vecina que tenía 12-13 años, por ejemplo, y que me invitaba a ver tele – en ese tiempo no teníamos ni tele, porque éramos súper pobres – y me invitaba a ver tele a su pieza. Y yo me acuerdo que me llevaba y me tocaba. Nunca me violó, pero si me tocaba encima de la ropa y me daba besos, parece. Algo así. Y fui como dos veces y a la tercera vez le dije a mi mamá “mamá no quiero ir porque esta niña” no sé cómo le habré dicho, me toca, me... no sé... me da besos, claro. Y mi mamá fue, la retó, peleó con todo el mundo, porque mi mamá era una leona, y en eso quedó el tema. Yo creo que eso fijate, de alguna manera como que sexualizó un poco mi vida.”

La idea de que este episodio sexualizó su vida, aludiría al hecho de que fue la primera experiencia sexual de la vida, que abre una suerte de conciencia sobre el tema en la infancia. La sexualidad comienza a configurarse en las experiencias tempranas como una zona de riesgo, la amenaza más o menos permanente a la indemnidad del cuerpo, la misma que debe estar siendo cautelada y protegida.

Los mensajes de “oye, si te toca alguien, me tienes que contar. Nadie te tiene que tocar, nadie te tiene que hacer cosas”, van haciéndose, en la medida que Elisa crece, más explícitos y se unen a una estrecha vigilancia: tiene que mantenerse alejada de los hombres y ocultar su cuerpo, cuidando el modo de vestir y comportarse.

Estos consejos explicitan una concepción de la sexualidad masculina que es irrefrenable, de la cual hay que estar alerta y cuidarse. Los hombres no son confiables y eso se debe a que sus instintos los gobiernan más allá de ellos mismos, es una cuestión de naturaleza humana.

“Siempre esos consejos que en verdad fueron súper útiles, y enseñarme que los hombres son, me decía ella: “los hombres son malos, si quieren hacer algo lo van a hacer, se van a olvidar... porque a ellos los manda otra cosa”, me decía.”

El comienzo de la pubertad y los cambios corporales no fueron fáciles debido, en parte, a lo temprano que este proceso comenzó en Elisa. A los 11 o 12 años ya estaba casi desarrollada cuando sus compañeras todavía eran niñas. La exigencia de recato fue incorporada por Elisa, quien hasta el día de hoy no se siente cómoda con ropa ajustada o escotada, ya que aparece como una incitación a la mirada de los hombres, no solo de aquellos que podrían gustarle sino de otros, la idea del viejo verde o el depravado.

La sensación de peligro vivida en la infancia se reactiva en la pubertad. Recuerda, así, vagamente una situación mientras vacacionaba en el sur en la que un hombre mayor la observa y la toca mientras ella está acostada durmiendo, el acoso del padre de su mejor amiga, así como las veces que recibió agarrones en el metro o en la micro. Estos episodios se anudan con la fantasía, todavía presente, de que puede ser atacada y violada.

“A raíz de esto mismo que me pasó y después con el transcurso del tiempo, después cuando tenía como once, doce años recuerdo que mi mamá me enviaba de vacaciones a la casa de los abuelos paternos de mi hermanos, y habían un señor de edad, unos sesenta y tantos años, que también como que me acosaba en cierto sentido, de hecho en una oportunidad estaba durmiendo... no tenía... creo botones de pechugas, nada, y desperté con el camión desabrochado y se me notaba una pechuga, una cosa así, y no sé si el tipo me estaba mirando o me estaba tocando, no lo recuerdo bien. Creo que estos episodios, tanto como el de niña o el de cuando tenía once años me aterraron. Siempre me ha aterrado el tema, por ejemplo, quedarme sola con un hombre mayor, o que cache que tenga malas intenciones, me da pánico... Pucha... El papá de mi mejor amiga también quiso propasarse conmigo, creo que tuve suerte de que no me violara ni nada, en verdad nunca tuvimos nada, nunca se dio la situación, siempre traté de evitar estar sola con él, y también se lo dije a mi mamá, y mi mamá también tuvo que ir a arreglar la situación. Siempre he tenido un cierto miedo a que me violen, a que me toquen, también me han manoseado en la micro, no sé dos o tres veces, en el metro también. Y a raíz de esa misma exposición que tuve de niña, es que también tapo mucho mi cuerpo. [...] Creo que a raíz de esto mismo que me pasó de niña... Y el desarrollo temprano de mi cuerpo. [...] Y a raíz de todos estos consejos es que en la actualidad soy súper miedosa, no me gusta andar sola en la noche... por ejemplo. Vivo sola, entonces cuando necesito que vengán a arreglar cualquier cosa, busco a una persona de ultra confianza que venga, soy súper miedosa de que me pase algo, desde el punto de vista que me violen, me da pánico, siempre me ha dado mucho susto y creo que también por la mala experiencia.”

La incomodidad y la tensión atraviesan la relación de Elisa con su cuerpo, el cual por una parte, reconoce y acepta como bonito y de gusto de los hombres, y por otra, rechaza por lo que puede producir en ellos, por el hecho de que la sitúe como objeto de deseo para cualquiera.

“Entonces siempre fue como un poco como... como que las niñas quieren tener pechugas y a mi me cargan, todavía, me cargan mis pechugas. Era como que todas las niñas estaban

con jeans ajustados y yo no, no quiero que se me vea nada. Porque era el foco de la mirada de los hombres y no me gustaba. Nunca me gustó. Me carga usar escotes, me carga usar ropa muy apretada. El tema es que no, nunca me sentí del todo conforme con mi cuerpo pese a que me decían “oye, tienes un cuerpo espectacular, súper curvilíneo, eres aquí, eres allá” y para mí no era la gran cosa y evitaba andar en la calle muy provocativa”

La imagen corporal que Elisa proyecta de si misma, siempre es antagónica con lo que ella concibe como lo que es hermoso, y que es también el ideal de belleza que impera en la sociedad chilena: se define negrita, flaquita y fea, versus su amiga y su hermana mayor, rubias y de ojos claros, e incluso de su propia madre, una mujer en su recuerdo de hermosa tez clara. La respuesta es que la afirmación de su belleza vendrá, a futuro, de los hombres, que es lo relevante, ya que al fin y al cabo, ellos serán sus admiradores y a quienes debe animar la belleza femenina.

“...a mi mamá yo siempre la encontré muy bonita – en realidad era bien, bien bonita – yo le decía, “pucha, usted es súper linda y yo salí morena fea” y ella me decía “no, tú eres bonita, tú eres igual a mí” o sea, no sé, el paralelo con mis amiga que era rubia, ojos azules y yo le decía, “pucha es que la Carola es bonita; pucha, ¿por qué no salí con ojos verdes?” comentarios como de niña, y ella me decía, “pucha, en verdad es que tú de grande te vas a dar cuenta que los hombres las prefieren morenas”, me decía. No sé, de hecho, de repente yo lo cuento y me dijo así como que, como para que quedara conforme de que, en cierto sentido no me sintiera tan mal, me decía “no es que ahora todo el mundo la encuentra bonita pero cuando las dos sean grandes te vas a dar cuenta que los hombres te van a preferir a tí y no a ella”, no sé. Ahora como que me da risa recordarlo”

La escuela como espacio de aprendizajes sexuales

La escuela también se configura como un espacio donde la sexualidad se aprende, tanto en las conversaciones de los compañeros como en los espacios formales de aprendizaje. Respecto de las primeras comienzan con la circulación de revistas o el comentario sobre videos pornográficos. Y sobre últimas, no estaban constituidas como espacios permanentes sino que se iban dando a partir de instancias más excepcionales, como la visita de algún especialista. Sin embargo, la información entregada no estaba en sintonía con las demandas y necesidades que tenían los estudiantes,

Un niño preguntó qué es lo que era el sexo oral: “¿Profesora, qué es lo que es el sexo oral?” Y esta niña, que era joven, yo tenía doce, ella habrá tenido unos veinticinco, por ahí, si era muy joven. Dijo “Bueno, es cuando las personas hablan de sexo”. Te juro que eso nos respondió. Después otro niño, eran los hombres los que preguntaban: “¿Por qué en las películas las mujeres cuando tienen sexo se quejan tanto?”, preguntó el niño... “porque eso es como súper habitual”, creo que dijo que había escuchado a los papás, no recuerdo muy bien. La niña ésta qué le dijo: “Bueno, es que a veces a las mujeres les duele, entonces es molesto”, le dijo ella. No sé, nos respondía cosas muy insólitas. De hecho, en esas charlas hablaba más que nada de las enfermedades de transmisión sexual, nos mostró fotos por ejemplo, igual eran como chocante, pero las preguntas eran casi para la chacota o la risa, yo creo que contestaba pero en verdad no quería explicar en detalle.

En esta época, entre los doce y trece años, el sexo aparece como una pregunta respecto de lo que es, por ejemplo, una relación sexual. Elisa acude, entonces, donde su hermana a preguntar, y ella le explica lo que significa la penetración. Su reacción es de asombro y rechazo, “¿y las mujeres dejan que le hagan eso?”. Y era como “no veo algo entrando a mi cuerpo”, era como “eso debe doler”, me decía yo: “Qué horror”, me acuerdo que quedé súper impactada.”

Los primeros amores y el despertar sexual

El despertar romántico no viene siempre de la mano con el despertar del deseo y la atracción por el otro. Elisa recuerda que su primer pololeo fue a los trece años, pero que la relación no pudo prosperar porque a ella no le gustaron los besos.

A los quince años estuvo enamorada de un vecino, Pancho, con quien avanzan de los besos a las caricias. Pero cuando ella sabe que él le ha contado a sus amigos, se enoja con él, y aparece un sentimiento de miedo de arriesgarse a que él pueda querer tener relaciones sexuales con ella, a pesar de que disfrutaba estando con él. La figura de su madre, y su exigencia de que debía llegar virgen al matrimonio además de la posibilidad de quedar embarazada, se instala en el corazón de las decisiones de Elisa.

“Nunca yo creo que, pese a... sí, disfrutaba de cierta manera del descubrimiento o despertar sexual, nunca me quise arriesgar tanto como para llegar a tener una relación sexual, porque me pasó con él, después pololié con otro chiquillo que también pasó que nos tocábamos pero nunca llegamos a tener relaciones, y nada con sexo, solamente tocarse...”

A los dieciséis se reencuentra con un chico que le gustaba hacía tiempo, Fabián, el hijo de su profesora. Él la invitaba a que hicieran la cimarra y pasaban todo el día en la casa de él, que estaba sola. Como uno de los pocos actos de rebeldía de su adolescencia, acepta ir varias veces. Hoy, Elisa se sorprende de que no hayan tenido relaciones sexuales, como cree que pasaría hoy casi naturalmente si dos jóvenes de dieciséis o diecisiete años están todo un día solos. A pesar de la insistencia de él y del deseo de ella, prevalecieron el pánico que sentía de defraudar a su madre, de quedar embarazada y de la relación sexual misma.

“Teníamos como 17 años, era como... y siempre fue como pánico de no, no. Y más que el pánico de la relación sexual misma o de quedar embarazada, era el pánico de mi mamá. SIEMPRE. Porque ella siempre fue como un... no sé, como que doblaba mucho mi voluntad, entonces influía mucho en mí y yo creo que el hecho de no haber tenido relaciones sexuales antes fue por ella. Como que pensaba siempre, como lo que te contaba, mi mamá es una figura súper importante moral y ética, y el hecho de quedar embarazada, yo sé que para ella hubiese sido una desilusión tremenda, entonces no, también estaba el tema de desilusionarla en ese punto de vista, en etapa de colegio, cero posibilidad de quedar embarazada. Y porque tenía miedo a la relación sexual misma, que el tema de que duele, de la pose, era como no. Yo creo que esos aspectos me frenaron. No porque yo no quisiera o porque el chiquillo este no me gustara – Fabián me gustaba mucho – pero nunca llegamos a tener relaciones sexuales. Y finalmente cuando perdí la virginidad, que llevaba un año pololeando tampoco fue como fácil.”

A pesar de que estuvieron cinco veces juntos y que cada una de esas veces podrían haber llegado a tener relaciones sexuales, Fabián no lograba tranquilizar los miedos de Elisa, que cuando le decía que le daba miedo la posibilidad de un embarazo, intentaba convencerla con “es que si quedas embarazada yo voy a estar súper contento porque va a ser un hijo tuyo, porque nos conocemos de niños, entonces va a ser súper lindo”, aludiendo a un imaginario en el cual el embarazo para las mujeres es complejo por la eventualidad de una maternidad en soltería y no por un conflicto con la maternidad misma.

Sociabilidad y sexualidad

El espacio formal de la escuela es precario en relación a producir conversaciones respecto de la sexualidad, no así sus espacios informales, donde el grupo de pares se congrega en torno al compartir información, esperando que las experiencias de unas ayuden a las otras en un tema que les es atractivo, pero desconocido.

Estas conversaciones, en el marco de relaciones de amistad más íntimas, no trascienden a círculos más amplios, es decir, no hacen parte de las conversaciones cotidianas entre pares, a no ser que se

den en el código del rumor o del pelambre. Los ideales respecto del buen comportamiento sexual de las mujeres siguen vigentes; si las jóvenes están en relaciones estables, en pololeos, puede ser legítimo que sean activas sexualmente, pero aquellas de las que se sospecha tienen relaciones con parejas ocasionales, o que buscan activamente situaciones para tener sexo, son sancionadas y desprestigiadas.

“Recuerdo haber tenido una amiga que, no sé, tenía sobrenombres porque se había acostado con varios chiquillos. Por ejemplo esta niña nos contaba que se iba a la Quinta Normal a tener sexo a una parte que le dicen El Hoyo. Entonces, mis amigas, que estudiábamos en el mismo colegio, era como: “oye, sipo, la Ángela, ¡qué lata! Se ha acostado no sé con cuántos hombres, y los conoce y se va a la Quinta, qué terrible”. Ese tipo de comentarios, como bien feos. En ese tiempo, era como las que estábamos en el curso, las que tenían ya sexo, como una sexualidad activa, lo escondían más que... quizá como puede ser ahora que es casi súper normal y como que andan con el preservativo en la mochila, y en ese tiempo era súper oculto.”

Elisa y sus amigas son flexibles respecto a que la exploración, las caricias y el atraque profundo es legítimo, no revisten peligros ni en un sentido material ni moral. Sin embargo, persiste un ideal muy alto respecto de lo que significa una relación sexual, como acto, irreparable, cambia el status. El ser sexualmente activa no es algo que se reconozca, sino que se mantiene oculto, en secreto.

En los espacios de intimidad las conversaciones tienen el objetivo de compartir experiencias, ir aprendiendo conociendo la experiencia de la otra. No solo la experiencia directa es parte de la información que se comparte, sino también aquello que circula en revistas y novelas eróticas, dando cuenta así de la apertura a nuevas formas discursivas que van participando como referencias socioculturales de la sexualidad.

“Y, el otro día nos acordamos, en ese tiempo no estaba de moda el celular ni nada de eso, yo me acuerdo que tenía mucha curiosidad de saber cómo era un pene, no tenía idea, tenía dieciséis años y yo le preguntaba a ella, que ya se lo había visto al pololo, y entonces era como “¿ya pero cómo es el pene?”, “pucha, es así, es así”, y yo le decía “dibújame un pene”, le decía yo, “pucha, es que tiene pelos”, “pero dónde tiene pelo ¿en todas partes?”. Ahora que nos juntamos que estamos viejas, nos matamos de la risa: “¿te acordai que te lo dibujaba?” Y ella me lo dibujaba. ... Mi amiga que era más de leer, le encanta la sexualidad, entonces ella nos empezó a enseñar a nosotras, era como: “¿saben qué chiquillas? Leí esta revista de esto, de cómo hacer sexo oral, súper interesante, tienen que leerlo porque salen los pasos”.

En esta mirada retrospectiva está presente la comparación con las posibilidades actuales que existen, con el acceso masivo a internet, respecto a la circulación de información o de material erótico y/o pornográfico.

La primera relación sexual y un amor para toda la vida

A los dieciocho años, ya terminando el liceo, Elisa conoce a Arturo, un joven de su misma edad y que vive en la misma población que ella. Durante un tiempo hace su práctica y luego queda desocupada a la espera de entrar a estudiar secretariado, por lo que tienen a su disposición el departamento durante el día. Pasó un año durante el cual Elisa continuó oponiendo resistencia a su pololo para no tener relaciones sexuales. Al contrario de la relación anterior, a pesar de que todavía pesaba en ella la demanda de virginidad de su madre, así como el miedo al embarazo, llegó un momento en que ya no era posible negarse más. Posiblemente eso ponía también en peligro el futuro de la relación. Si Elisa aceptó finalmente, aun sin estar convencida, fue porque pensaba que estaría con él para toda la vida, que llegarían a casarse y formar una familia.

“Por lo mismo lo decidí así, como que tuve muchas oportunidades antes de haber tenido sexo, pero siempre como que quise esperar, de que fuese algo más serio... mi ideal era ojalá

casarme con la persona que tuviera mi primera relación sexual. Me puse a pololear, llevábamos un año pololeando, y era así como, a los meses ya te empezai como a tocar, después era “cuándo lo vamos a hacer, si llevamos varios meses”. Después cuando llevábamos un año era casi la presión psicológica, “si ya llevábamos un año, yapo córtala”. Al final lo hicimos, pero tampoco fue algo como que yo quería ciegamente hacerlo, no era como que sentía las ganas ni la necesidad de hacerlo. Lo hice más que nada porque él me presionaba hartito como: “yapo, si somos pololos”, como “hasta cuándo poh”, aparte que él sí había tenido antes relaciones, entonces tenía experiencia sexual antes que yo.”

La operación normativa que hace Elisa se encuentra en la dirección de resignificar la norma de la virginidad hasta el matrimonio, por la virginidad reservada para la persona con quien crees que vas a pasar el resto de la vida. Así del ideal de retención que su madre le exige, transita a un ideal de primera relación, el cual funciona como fundamento de la relación que se desarrolla a posteriori.

“Yo creo que sí, fijate, sentía que era el gallo con el que iba a estar toda la vida. Estaba definitivamente enamorada, no estaba muy segura quizá de hacerlo, porque había esperado tanto tiempo y era como no estábamos casados, no sé, una tontera, pero a lo mejor no estaba tan segura de perder la virginidad en ese momento, pero sí estaba enamorada.”

Cuando llevaba poco tiempo teniendo relaciones sexuales, su mamá notó que pasaban más tiempo juntos y comienza a indagar al respecto, aludiendo a que nota cambios en su cuerpo. Elisa, que se confiesa incapaz de mentirle a su madre, finalmente le cuenta que ya están teniendo sexo. La reacción de su madre es tal y cómo se la había imaginado ella anteriormente...

En verdad lo que pasa es que ella se dio cuenta. Es la típica como “aah” pero... hija, ¿usted ha tenido relaciones sexuales? Y yo así como, “no”. Decía “a ver, porque te cambio el cuerpo, ya no tienes el trasero tan parado como antes”. El típico comentario de mamá y así fue... y yo aparte no le podía mentir. Entonces me acuerdo que me preguntó y yo así como “sí, mamá” y fue terrible. Cuando se lo dije a mi mamá, se quería morir. Y “¿CÓMO?” y “NO, SI TU TIENES QUE LLEGAR AL MATRIMONIO Y SI TU NO LLEGAS VIRGEN AL MATRIMONIO LOS OTROS HOMBRES QUE VENGAN DESPUÉS TUYO TE LO VAN A SACAR EN CARA Y VAS A SER CASI UNA PROSTITUTA Y...” porque se puso a llorar, porque aparte no le gustaba el niño, entonces era como que se puso a llorar, cómo es posible. Y casi como “voy a ir a pegarle” y así como que “¿te obligó?” y no, fue súper voluntario, llevábamos como un año pololeando.”

Esta rígida orientación normativa respecto de la conservación la virginidad para el marido, de la mamá de Elisa, no parece estar vinculada directamente a una noción religiosa de pecado ni tampoco a que el sexo sea una experiencia a preservar para un vínculo especial, de amor. Está más bien regido por el miedo al desprestigio y su posterior desvaloración como mujer, que se expresa en la idea de la “mercancía dañada”, que ve estropeadas las oportunidades de futuro. Esa oportunidad es que un buen hombre la pueda elegir.

“A los 19, claro, fue como al año después de que nos pusimos a pololear que perdí la virginidad, que fue terrible. Porque el hecho que mi mamá me haya inculcado tanto de que yo me tenía que casar virgen y que en el fondo tenía que tener un solo hombre en la vida fue ATROZ. Porque este pololeo terminó y yo quedé así, destruida. Y me pasé mil rollos. Era así como “nadie me va a querer, ningún otro hombre me va a mirar en serio”. Era como todos los demonios que me inculcaba mi mamá de que casi te vas a ir al infierno, que nadie te va a querer era como que se hicieron realidad. Entonces cuando terminé con este niño sufrí ene: caí en una depresión espantosa, bajé mucho de peso, me costó mucho superarlo porque era el primero”.

La experiencia en sí misma estuvo teñida por el pánico que sentía. La falta de referencias a las cuales asirse para anticipar lo que podría ser una relación sexual, significa que Elisa no sepa realmente que esperar de ese momento. Del desconcierto, pasa a la desesperación.

“Entre esas tardes fue cuando empezamos a darnos besos y a tocarnos, fue como “yapo, yapo”, íbamos para mi pieza y era como “yapo, pucha, si no te va a doler, si va a ser bonito” no sé, cero preparación, y era como “ya, pero no tenemos condón”, entonces me dijo: “ya, pero es tu primera relación sexual, qué fome que sea con condón, o sea por último recuerda algo”. Lo que sí no recuerdo es que me haya... yo creo que estaba tan nerviosa que ni siquiera recuerdo si me dolió, no tengo ese recuerdo, estaba demasiado nerviosa. Tampoco sangré, recuerdo que fui al baño y al rato después tenía gotitas de sangre en el calzón, pero tampoco fue tanto. Y lo que sí recuerdo es que estábamos haciéndolo y yo era como: “¿en qué momento termina esta cuestión?” porque para mí, como nunca había tenido una relación, y tampoco... no tenía la vivencia, pensé que era como lo metías y lo sacabas y listo por decirlo súper vulgar. Y no poh, seguía y seguía y era como “por favor sale, casi me estai ahogando, por favor”. No, fue súper desagradable, si en verdad dicen que la primera vez es espantosa, sí, para mí fue mi espantosa, muy desagradable. Recuerdo que lo hicimos, y más encima estaban tocando el timbre y era así como “¡por favor!” y el gallo tratando de terminar luego, como que terminó, me subí la ropa, fui a abrir la puerta, no me acuerdo quién era, me acuerdo que entré y me puse a llorar... porque en verdad, había sido muy penca, me había cargado y porque sentía que había defraudado a mi vieja, cachai, porque en verdad era como de “no, el matrimonio...”.

Posteriormente la vida sexual fue mejorando para ella, pudiendo encontrar placer en las relaciones, aunque mirado retrospectivamente y a la luz de las relaciones que vinieron después, está estuvo más signada por el compromiso de entrega a la pareja.

Movilizada por el temor a quedar embarazada, le pide a Álex que se cuiden, que esta vez, él use preservativo, pero, a juicio de él, la primera vez tiene que ser especial, así que no lo usan. Así, el uso del preservativo es ubicado como una interferencia, un elemento disruptivo en un acto en que se pretende alcanzar una suerte de pureza. Posiblemente porque inaugura una nueva forma de vida y de relación. Luego, él habla con su papá, quien les da dinero para que vayan al ginecólogo y comiencen a cuidarse. A partir de ese entonces, y hasta hoy, Elisa toma anticonceptivos.

Conseguir los anticonceptivos, sin embargo, no es fácil. Poniéndola en evidencia de que tiene una vida sexual activa, le da vergüenza comprarlas personalmente en la farmacia, por lo que le pide a su pololo que lo haga por ella. Esta vergüenza dice relación con la ilegitimidad que el sexo tiene para ella. A escondidas de su mamá las toma.

Si bien la decisión de usar un método de prevención estuvo en un primer momento orientado de manera heterónoma, por el miedo a provocar un desencanto a su madre, a poco andar, la fuerza de un proyecto biográfico orientado a la búsqueda de una carrera profesional, reinscribe esta decisión en el campo de la autonomía.

Su madre con el paso del tiempo va aceptando el pololeo nuevamente, pensando también que posiblemente en el futuro la relación se formalizará, del mismo modo como lo sueña Elisa. Sin embargo, un par de años después, se entera de que Álex le está siendo infiel y que, además, no es la primera vez. La infidelidad es motivo de una ruptura, aunque ello significa un derrumbe para Elisa. Durante un tiempo lo busca, tienen relaciones esporádicamente, pero siempre vuelve a enterarse de que él ha estado saliendo con otras chicas. Finalmente se termina todo definitivamente cuando Arturo deja embarazada a otra niña.

La caída del ideal amoroso

La ruptura desencadena un estado de mucho sufrimiento. Más que la pérdida del amor a Elisa la atormenta la idea de que las posibilidades futuras de amor están terminadas para ella. Las palabras de su madre amenazan con volverse reales. Del celo por el sexo como una suerte de don para la pareja, una práctica que viene más que nada a fortalecer un vínculo amoroso, Elisa transita al polo opuesto de esa percepción: el sexo queda desvalorizado.

“Después tuve relaciones... me pasó, Claudia, que después de esa primera relación sexual tan larga, que en el fondo fueron tres años y medio que estuve con él, solo con él, y que me enamoré tanto, sufrí tanto, porque de verdad sufrí mucho, como que desvaloricé el sexo, no era como con él que era amor puro, una entrega pura.”

Hay un hito que desencadena dicha transición. Después de un par de salidas con un compañero de trabajo, tienen relaciones sexuales. La relación no es duradera, a ella le gusta él y no aspira, en principio, a nada más, pero de esta experiencia aprende que la relación sexual en si puede ser muy diferente. Se da cuenta que, en algún sentido, ella había sobrevalorado lo que tenía con Arturo, porque era lo único que conocía, y además por ese amor inmenso que ella sentía por él.

El periodo que viene a continuación, es más que nada, de búsqueda de diferentes experiencias. En general, tiene como parejas sexuales a personas conocidas, como amigos, compañeros de trabajo o de universidad. “Tampoco es que me iba con cualquiera”, el plan de tener sexo con alguien a quien viene recién conociendo, por ejemplo, le resulta imposible de realizar. No es que no quisiera, o que lo encuentre incorrecto, es que no puede. Una imposibilidad que da cuenta de lo inscrito que se encuentra en su subjetividad la idea de que el sexo se acompaña de afecto y que no puede ser vivido, sino es con culpa. No de amor en un sentido absolutamente romántico, pero si de un grado de intimidad con el otro que posibilite el despliegue del deseo.

“Yo creo que estuve un tiempo en esa parada, de que lo quiero pasar bien, sin querer engancharme. Igual me sentía culpable, era como “si mi mamá supiera que en verdad que no he estado solamente con una persona, se muere”. Te juro que yo me sentía culpable, me daba vergüenza de repente contarle a mis amigas, era como “me he acostado solamente con una persona”, y yo así como “me he acostado con tres”, era como “no, no puedo decir eso porque voy a quedar como una prostituta”. Entonces en verdad me daba mucha plancha contar que en verdad no me había acostado solamente con el Arturo, me había acostado con más de uno, entonces igual era tema, como “ya, la pasé súper bien, pero no lo voy a contar”.

Reflexionando sobre este periodo, cae en la cuenta de que finalmente la desvinculación entre sexo y amor que ella misma presupone en un principio no es del todo completa, porque siempre está la esperanza de que eso sea el inicio de una relación, y que esta fusión de sentimientos obedece más a una cuestión de género que a algo personal.

“Las mujeres tendemos a mezclar el sexo con los sentimientos. Siempre, aunque uno diga “no, esto es solo sexo”, es mentira. Uno igual se ilusiona un poco, un poco que sea. Creo que pocas veces en mi vida he tenido sexo solamente por tener sexo, creo que de alguna manera una se pasa el rollo. Y el hombre no, creo que el hombre simplemente te encuentra rica y es como “vamos”. No funcionan como nosotras.”

Este periodo de encuentros esporádicos u ocasionales con distintas parejas finaliza con la llegada de una nueva relación. En el comienzo del uso de Facebook, buscando conocidos y relaciones en la red, se reencuentra con un amigo de la infancia. Después de la primera cita comienzan rápidamente a pololear. El primer año parece idílico, Joaquín es todo lo que ella ha esperado: es caballero, galante, tiene un rol protector, su relación llena todas sus expectativas. Pero después de ese tiempo algunos rasgos de la personalidad de él comienzan a hacerle ruido: reacciones rabiosas, comportamientos obsesivos, celos.

“Yo creo que el primer año fue maravilloso. Joaquín era una persona que tenía una personalidad muy extraña, porque en ese año que estuvimos pololeando y mi mamá estuvo viva, él era como el hombre ideal. Yo decía por qué no lo encontré antes. Yo le decía a él. “Por qué no nos vimos antes, por qué perdimos tanto tiempo”. Y... iba a mi casa, yo era súper regalona, no hacía nada, y él llegaba a mi casa y mi mamá me decía que tenía que planchar y lo hacía él. Era el hombre ideal. Me acompañaba a todas partes, me invitaba a comer y no me dejaba pagar nada, eran muy de gestos, muy de caballeros. Mi mamá lo adoraba, y con mi mamá era un siete. A mi mamá la adoraba. Pero, sin embargo, igual en ese año comencé a notar que tenía detonaciones explosivas... Recuerdo en una oportunidad que se tropezó y dais se cae y yo, lo típico, casi el efecto reflejo de reír, y me gritó y me dijo que por qué me reía, “si no es chistoso si me pude haber roto el pie”. Y yo así como que le pasa a este gallo, por qué grita. Eran como cosas así que yo lo atribuía a bueno, se enojó no más, pero a lo largo de ese año fue todo perfecto.”

Ya instalados en la relación, y pasado el periodo de seducción, comienza a mostrarse como un hombre “una persona machista, celosa, posesiva, insegura”.

Primera convivencia

Las decisiones respecto de las uniones muchas veces son desencadenadas por motivos que no tienen como primer fundamento la intención de iniciar un proyecto compartido, no están fundadas en ideales románticos, sino que tienen un motivo más práctico o instrumental. Así, en el contexto de la muerte de su mamá, Elisa se va a vivir con Joaquín, a pesar de que antes nunca hubieran siquiera planteado el tema o que fuera un proyecto a futuro.

La inadecuación social de su pareja, la agresividad con la que se relacionaba con otras personas provocaron que el círculo de amistades se fuera haciendo cada vez más pequeño. Especialmente por los celos que Joaquín manifestaba, la manera en que controlaba sus relaciones.

“Era un hombre cero presentable. Yo cuando lo iba a presentar hacía casi como una introducción, decía: “oye te voy a presentar a Joaquín, pero es desubicado, no tiene filtro, le gusta el doble sentido, puede ser hiriente”. No sé, trataba como de preparar a la gente porque era un personaje, era un verdadero personaje. Y me daba susto presentarlo. Entonces cuando salíamos yo estaba con el miedo de si se iba a poner a gritar, o agresivo porque si le tiraban una talla muy pesada se defendía y era el doble de pesado.”

Un evento gatilló que los celos y la agresividad de Joaquín se hicieran más intensos. Un día él propuso jugar al “juego de la verdad”, en que cada uno debía contar cuántas parejas sexuales habían tenido hasta ese momento. Al principio Elisa se resistió, pero ante la insistencia de él, y movida por un sentimiento de transparencia de la relación, le contó que había tenido 9 parejas antes. Esta revelación significó que la inseguridad de Joaquín aumentara, y que este hecho le penara a lo largo de toda la relación.

“El típico maraqueo lo viví con él”. La evidencia de que Elisa tenía más experiencia sexual que él, fue difícil de asimilar para Joaquín, ya que con esto rompía con el modelo esperado de comportamiento femenino. El sexo por placer, ocasional, solo lo puede comprender desde la tradicional idea de la mujer prostituta. Así, la relación se tornó en un constante acecho, en que los celos y las escenas se fueron haciendo cada vez más frecuentes y más graves.

Hasta este momento, la vida sexual había sido muy satisfactoria, Joaquín se esmeraba por que ella pudiera pasarlo bien, hasta que la dificultad de Elisa para alcanzar orgasmos se torna en un indicador respecto de la calidad de la sexualidad. Para él no es comprensible que ella pueda tener placer aun cuando no alcance un orgasmo. La relevancia del orgasmo funciona como una analogía de lo que este

significa para el placer masculino, en que la relación sexual, la eyaculación y el orgasmo se encuentran condensadas en una sola cosa.

“El tema del orgasmo no me frustra tanto ya que desde muy pequeña empecé, porque estaba sexualizada desde algún punto de vista, siempre experimenté como masturbándome, después de grande empecé a cachar en verdad que las sensaciones que me producía al masturbarme era normal, después de grande empecé a cachar. Entonces en el fondo, pese a que con mis parejas sexuales no tenía orgasmos, sí lo experimentaba como masturbándome. Tampoco tuve parejas como en un tiempo prolongado aparte de Joaquín, para mí nunca fue tema, era “lo pasaba bien, lo disfrutaba ene, pero no tenía orgasmos”. Mi ex rayaba un poco la papa, porque él decía que pese a que teníamos sexo, yo no la pasaba bien. Era como: “¿tu finges?”, “lo paso bien, el orgasmo de la relación sexual son cosas un poco diferentes, claro, una lleva a la otra, pero no implica que yo no lo pase bien”, “no, es que tú no la pasai bien”. Ahí fue cuando empecé a “es que no, es que tienes que tener orgasmos, es que lo vamos a lograr”. Entonces empezamos a probar diferentes cosas para que yo... bueno, hasta que al final se logró”.

Para Elisa su relación con Joaquín significó una apertura a nuevas formas de experimentar el sexo. Entre ellos, por ejemplo, el recurso a la pornografía como parte de los juegos de seducción, una práctica a la que ella se acostumbró, dice. Tradicionalmente la pornografía ha sido entendido como un sostén más de la fantasía masculina, especialmente porque la industria está orientada a la producción de material que satisfagan esos imaginarios.

Posteriormente, y en el contexto de mayor tensión en la relación, la tónica fue el sexo sin ganas, ya fuera por ahorrarse una discusión o un mal rato, ya que su pareja que le demandaba sexo a diario.

A pesar de todo esto, él le proveía de ciertas condiciones y la apoyaba para que pudiera compatibilizar el trabajo y los estudios. Sin embargo, la dependencia emocional en que se encontraba Elisa le impedía tomar alguna decisión.

“El año en que yo terminé con él di el examen de grado. Fue como que dije: no más. Este año doy el examen de grado y que sea lo que dios quiera, necesito avanzar. Él me propuso matrimonio, me regaló un anillo y en mi tontera de pensar que tenía que hacer todo bien, formar una familia, todo correctamente o lo socialmente correcto, fue como que traté de seguir el patrón de terminar la carrera, nos casamos, tenemos hijos, sin pensar que en verdad no lo quería, ya no estaba enamorada. Yo creo que más que cariño, o amor sentía una especie de agradecimiento para quien estuvo después de mi mamá. Él siempre me apoyó, me facilitó las cosas para que yo estudiara... Yo creo que por eso nomás dentro de todo seguíamos siendo pareja, porque de amor no había hace mucho”.

Ya habiendo terminado su carrera, ayudada por algunos amigos, decide poner término a la relación. Durante mucho tiempo sigue asustada, pensando en que él puede aparecer en cualquier momento. Comienza a reactivar sus redes sociales: desbloquea a sus amigos de Facebook, llama a las amigas que no ha visto en años, comienza a salir de a poco, pero cuidándose de no andar en la calle con otro hombre, aunque sea un amigo, por temor a que Joaquín la vea y la encare. Después de nueve meses decide que tiene que ser capaz de estar con otra persona, y demostrarse de ese modo que ya no está enganchada de su ex. Entonces vuelve a contactar a un compañero de universidad con quien había salido y tenido sexo antes de empezar su relación larga. Se reencuentran y tienen sexo nuevamente. De esta manera pareciera que el compromiso de fidelidad, que es lo que sostiene una relación contemporánea, se rompe finalmente y el quiebre se materializa.

“Entonces estuve nueve meses sola y ahí me acuerdo que me contacté con un ex, que de hecho es como cuático porque era como “no quiero acostarme con nadie nuevo, si vuelvo a tener sexo que sea con alguien con quien ya lo hice, con alguien conocido”. (...) Al final era como que... nos juntamos y tuvimos sexo, pero tampoco fue como... “ya, bacán tener

sexo”, pero fue como sexo nomás. (...) En esos nueve meses, no sé si tenía tantas ganas de tener sexo, así como que el cuerpo te pide, como dicen, no. Yo creo que eran las ganas de sacarme a mi ex de la cabeza, era poder demostrar que en verdad podía salir adelante sin él, porque en verdad el tipo me dejó tan mal en mi autoestima, mi seguridad... era como si yo sigo así sola, sin sentirme atractiva... este gallo seguía apoderándose de mí, seguía de otra manera controlándome, porque en verdad era ultra manipulador y era un gallo muy inteligente, malamente inteligente, de verdad me hizo mucho daño. Entonces creo que lo hice más que por tener sexo, más por demostrarme a mí misma que podía estar con otra persona que no fuera él. Llevaba casi siete años con una sola persona, entonces era como “no, tengo que sacármelo de la cabeza”. Y así, como que tuve sexo después de tanto tiempo.”

Un nuevo reencantamiento: pareja actual

A mediados del año pasado, Elisa comienza a realizar su práctica como todo egresado de leyes en la Corporación de Asistencia Judicial. Allí conoce a Nicolás, otro compañero de práctica, con quien tiene inmediatamente una buena conexión. Durante mucho tiempo mantienen una relación solo de amigos, y a pesar de que la intimidad entre ambos se va acrecentando, la posibilidad de un romance está vedada debido a las circunstancias vitales de Nicolás: va a ser papá en pocos meses y, a pesar de que lleva muy poco tiempo en esa relación, ha decidido jugarse por formar una familia y se ha ido a vivir con su polola.

La culpa y la carga moral que esta situación tiene para Elisa es enorme. Anticipando lo que podría ser mi propio juicio al respecto me pregunta, antes de comenzar a contarme esta parte de su historia, si yo creo en dios. Le contesto que no, que soy atea. en las cuales culpa, tema de la infidelidad y de la ruptura de una familia. Relación que tiene una suerte de pecado original.

“La verdad es que esta relación... Que todavía me pena... Yo no sé si es por un tema... ¿Tú eres católica? ... No sé si es por un tema moral o qué, pero a Nicolás yo lo quiero mucho porque es un tipo totalmente opuesto a Joaquín. Totalmente opuesto, así como del cielo a la tierra... Nació su guagüita, y al mes nos pusimos a pinchar. Mal... Así mal. Me sentía con un cargo de consciencia terrible, él también. Y estuvimos en esta dinámica como un mes. Un mes en que venía para acá, se quedaba conmigo y después se iba para su casa y siempre en el plano que estábamos haciendo algo malo. Los dos sabíamos que estábamos siendo infieles. Y si hay algo que me carga es andar con tipos... Jamás he andado con tipos casados, y con polola no, así lo evito a morir. Yo siempre le dije que... Finalmente caímos en esto.”

La vida sexual adquiere en esta relación un fundamento muy importante. La atracción que sienten el uno por el otro, así como lo bien que se entienden sexualmente, ha sido la causa de que hayan decidido finalmente estar juntos y no alejarse definitivamente. A su vez la conexión, el nivel de intimidad que ambos tienen, es para Elisa un potenciador de esa atracción y de la satisfacción sexual que alcanza estando con él. Hay una idea de aprendizaje que se va dando en el transcurso de las distintas relaciones, que ahora en esta relación actual, logra condensar placer y amor.

“Ahí empecé para adelante a cachar que el sexo podía ser más divertido. Con Arturo era como más amor, como que en verdad “así es nomás”. Más que disfrutar era el hecho de estar con él, me llenaba, era como “qué bacán”, qué bacán por último estar durmiendo en esa cama con él. Con el otro era sólo sexo, no había... cero amor, cero nada, sólo sexo. Y desde ahí en adelante fue una experiencia que tuviera sólo sexo. Cuando empecé a tener relaciones con Nicolás, empezó a cachar que nos llevamos superbién, que le encantaba cómo era yo, yo le decía “no es que esto que pasa ahora es que me pasó siempre con mis otras parejas sexuales, porque en verdad era hasta fome”. De hecho, mi pololo Joaquín me lo decía: “pucha, es que tú no me buscai...”, en verdad era él el que me buscaba siempre,

con mi ex pololo tenía relaciones sexuales todos los días pero era porque él me buscaba, yo era como “ya, bueno ya”, pero tampoco lo disfrutaba cien por ciento, como me pasaba con Nicolás. Entonces, yo creo que con Joaquín tuve como un despertar sexual, lo puse como en práctica con Nicolás. Eso fue lo que me pasó, definitivamente.”

Al igual que con su ex pareja, el tema del orgasmo es una preocupación para Nicolás, quien se empeña en lograr que ella alcance un orgasmo. Hasta ahora para Elisa no era un problema, ya que ella sí los conseguía sola masturbándose, pero también porque igual disfrutaba intensamente sus relaciones sexuales. Ahora, sin embargo, se lo está replanteando como una dificultad, pensando en la posibilidad de consultar con un sexólogo. El orgasmo aparece como un standard de lo que es una relación sexual completa o saludable.

“Cachai que también me pasaba con Nicolás, es como que me costó también contarle. Él me decía “¿por qué no te vai?”, “es que no puedo”, “¿pero cómo no podí?”, “no puedo, es que hay que hacerlo de otra manera, súper trabajado”. Entonces también Nico está en la misma onda que mi ex, como “ya, es que lo vamos a lograr”. Como que ha pasado un par de veces, pero es como “ya, pero lo vamos a lograr, es que vamos a buscar otras formas”. Pero también súper preocupado desde ese punto de vista. Bueno, con Camilo la pasamos superbién, pero es un sexo diferente que con mi ex, totalmente diferente, yo diría que potenciado como a un cien por ciento. Pero empezó a ser tema el orgasmo desde que estuve con mi último pololo, desde ahí en adelante ha sido tema, pero antes te juro que no, nunca fue como tema. De hecho me encantaría, me encantaría ver a un sexólogo para que vea este tema”.

El uso de juguetes sexuales y lencería, muchas de las cosas que antes resistía a hacer con Joaquín ahora tiene la iniciativa de proponerlas. Su negativa anterior se debía a que lo consideraba una suerte de premio inmerecido por la forma en que él la trataba.

La realización de sus fantasías sexuales – antes de que tengan hijos – es un tema del cual han conversado, sin embargo, no tienen un acuerdo. La propuesta de hacer un trío o de asistir a una fiesta swinger, que en el plano de la fantasía funciona muy bien para Elisa, se desarma cuando piensa en cómo sería ponerla en práctica. Para ella solo sería posible de realizar si lo hiciera con personas desconocidas, pero para Nicolás es importante también participar de modo que sea una experiencia compartida. El concepto de fidelidad que tiene Elisa le impide pensar que pueda estar con otro hombre, en presencia, y aún con el consentimiento de su pareja, sin estar engañándolo. Esta cuestión parece un desafío para las parejas actuales. Si en el pasado estaban definidos los límites de lo sexualmente permitido en una pareja establecida – entendiendo que existían otros espacios o tipos de relaciones donde se podían permitir mayores libertades –, hoy esa misma pareja debe sostenerse no sólo en lo afectivo, en el quehacer de lo cotidiano, sino que también en la realización de sus fantasías eróticas. Esto implica conocer cuales son los límites hasta donde se le puede exigir y que es capaz de sostener.

El futuro

Lo que Elisa espera para seguir su proyecto de vida es ser madre, de este modo, la necesidad de la maternidad aparece como un anhelo subjetivo, ya despojado de los ideales románticos de un casamiento y un matrimonio.

“Ya no pienso en el matrimonio. Nicolás es menor que yo, tiene veintiocho, nos llevamos años de diferencia y tenemos planes súper... no sé si diferentes, pero él ya tiene un hijo, tiene una guagua de cinco meses y entonces.... El otro día me decía que yo sé que para ti es un tema ser mamá por tu edad pero yo también estoy dispuesto, no ahora pero si el próximo año quizás. Pero... También me habla de formar una familia, también tiene pensado casarse y la verdad es que yo ya no pienso en eso... Como antes. Ya no tengo los mismos sueños de cuando era más joven; casarme, el vestido, la iglesia. Ahora soy súper práctica; sí estar con

alguien, tener un hijo y punto, pero ya no pienso en la fiesta... Y si me caso con suerte el registro civil y algo súper piola. Como que van cambiando las formas de pensar y las prioridades. Ahora ya no es prioridad casarme sino tener mi hijo”.

Elisa se presenta en el relato que hace de su vida como una mujer estudiosa y trabajadora que a punta de su esfuerzo personal, pero también del cuidado cariñoso y estricto de su madre, fue capaz de proyectar su destino más allá de las expectativas establecidas para las mujeres de su mismo contexto social. Pudo en el transcurso del tiempo trazar las líneas de su propia biografía anteponiendo su aspiración de tener una carrera profesional, y postergando en ello su deseo de formar una familia. En este camino se va marcando la ampliación de sus marcos de referencia socioculturales respecto del género y de la sexualidad, reinterpretando las normas rígidas en las cuales fue criada. Es un avance que no solo da cuenta de su crecimiento hacia la madurez, pudiendo independizarse de las normas maternas, sino que en el transcurso de las experiencias vividas, y a la luz del ejercicio reflexivo, se va constituyendo como un ámbito en el cual puede construir autonomía y una biografía más individualizada.

La sexualidad es significada en términos ambivalentes, es una dimensión importante en la vida personal, que sirve tanto en términos personales como fuente de placer, disfrute y de realización, como de sostén de la vida en pareja, pero que al mismo tiempo se constituye en una zona de riesgo y amenaza permanente. En este último sentido, cobra relevancia el tema del cuerpo. La disposición corporal que busca protegerse del acoso y del abuso, que tiene también como resultado una incomodidad permanente con el cuerpo en el espacio público.

Respecto de la vida en pareja el ideal romántico que moviliza sus primeras relaciones se va desdibujando, motivado por las sucesivas experiencias negativas que ha tenido. Fundamentalmente, cuestionado por la violencia que sufrió en su relación de convivencia y que pudo ser desnaturalizada gracias a una red de apoyo, así como de la autonomía ganada (especialmente una vez que abandona la posición de estudiante). La sexualidad es significada tanto como un motor de la pareja, un estímulo en el caso de Elisa y Nicolás para estar juntos a pesar de las circunstancias adversas, el que a la vez se ve potenciado por la relación de amor.

También la relación culposa respecto del sexo y el placer, especialmente cuando se da en un contexto de ocasionalidad, se hace difuso, lo que implica una creciente afirmación personal de la legitimidad del placer sexual. La emergencia de la dificultad para tener orgasmos como un problema, da cuenta de cómo esa relación al placer se encuentra fuertemente construida respecto de las expectativas de la pareja, así como del conocimiento circulante respecto del orgasmo como indicador de calidad y completud de una relación sexual.

El matrimonio, en sí mismo, como institución perdió la relevancia que alguna vez tuvo para ella. Hoy, en el inicio de una nueva relación, que se presenta como una oportunidad y como un desafío, aspira a una relación de pareja más igualitaria, donde tienen tanta relevancia los valores y los proyectos compartidos como el espacio para el desarrollo de los proyectos personales. El valor esencial sobre el que dicha relación se constituye es la confianza y la lealtad, pero que producto de las circunstancias en que ambos iniciaron su relación – la deslealtad de él a quien era su pareja y madre de su hijo, de la cual Elisa se siente cómplice – se encuentra en una suerte de entredicho, mancillando un cuadro que de otro modo sería perfecto.

Respecto de esto último, la posibilidad de la maternidad, tantas veces eludida, va tornándose en una necesidad subjetiva cada vez más importante, acechada por la urgencia que el paso del tiempo impone a las mujeres que llegando a la mitad de sus treinta años, ven como los márgenes de tiempo para concretarla se van estrechando. La gestión de los tiempos de la carrera profesional, el logro de metas

y sueños personales –como el viajar– y la maternidad se transforma en un puzzle de difícil resolución, especialmente para quien como Elisa ha tenido que invertir mucho más tiempo y trabajo en posibilitarse una carrera.